SARAH MEY

Hechos de colores



matchstories

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Playlist

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

HECHOS DE COLORES

Sarah Mey

matchstories

A quienes aún le deben una sonrisa a su reflejo,
que estas páginas sean un refugio de atardeceres
y colores.

Playlist

Sarà perché ti amo - Ricchi e Poveri
Could Have Been Me -The Struts
Let Her Go - Passenger
betty - Taylor Swift
Slow It Down - Benson Boone
You're the One That I Want – John Travolta, Olivia Newton-John
Till Forever Falls Apart – Ashe, FINNEAS
Yellow - Coldplay
Beautiful - Duncan Laurence
Iris - Natalie Taylor
Belong Together - Mark Ambor

1



Jane

El piar de los pájaros fue lo primero que me recibió al bajar del coche. Sentí la vegetación bajo mis zapatillas y el aire puro llenándome los pulmones. A pesar de los frondosos árboles, los rayos del sol me deslumbraron y tuve que entrecerrar los párpados. Ojalá hubiese traído conmigo mis Rayban. Estarían muertas de risa en el escritorio de mi antigua habitación mientras mis ojos se abrasaban por el sol. Sonaba dramática, pero tenía derecho a serlo después de lo que me había ocurrido. Además, tampoco es que hubiese tenido tiempo de guardar muchas cosas. Apreté los puños y conté hasta diez cuando la rabia recorrió sin piedad cada fibra de mi ser, como una descarga eléctrica. No aguantaba estar allí. ¿Cómo había podido hacerme eso?

¡Aquella situación era absurda! ¡Que yo estuviese allí era absurdo! Me había... No, no quería ni pensarlo. Me limité a tragar saliva y a controlar mi respiración, que se estaba volviendo tan errática como

todo mi mundo. Nada servía para mitigar el dolor de lo que me había ocurrido, ni siquiera haberme pasado todo el viaje llorando hasta bajar del avión.

—Espero que te lo pases bien y disfrutes del lugar, pequeña Jane.

—Gracias, señor Wilson —respondí a modo de despedida al amigo de papá que me había llevado hasta ahí. Un hombre mayor que se había pasado todo el camino hablando sin parar a pesar de que las ganas que tenía de llorar solo me habían dejado responder con monosílabos.

—Aquí tienes tus maletas. Supongo que recuerdas cuál es la casa de tu padre —comentó llevándose una mano a la barba tan gris como su cabello. Se apoyaba sobre un bastón de madera oscura, casi del mismo color que sus zapatos.

Ignoré la recriminación camuflada en su tono de broma mientras mi mirada se perdía en el paisaje. Las montañas brillaban con matices verdes detrás del lago que recorría todo el lugar. Fair Haven era uno de los pueblos más antiguos de Estados Unidos, uno que me traía tantos recuerdos que se me formó un nudo en el estómago. Me mojé los labios, nerviosa. No quería estar ahí. A pesar de la calma que desprendía aquel lugar perdido en medio de las montañas, en mi interior había una tormenta.

—¿Esa es la hija de Henry? —escuché comentar a una vecina que estaba tendiendo la ropa. No quería hablar con nadie más, pero no me quedó más remedio cuando se me acercó casi a la carrera. Era una mujer mayor, con el cabello también gris y los ojos azules llenos de alegría. Llevaba un delantal estampado con el dibujo de un osito que se comía un helado. No tardé mucho en reconocerla—. Oh, niña, pensé que ya nunca más volvería a verte. ¡Qué alegría que hayas regresado!

Su emoción me desbordó de la misma forma en la que lo hacían mis recuerdos. Esa mujer había sido una gran parte de mi infancia. Aún recordaba como cuidaba de mí mientras mi padre trabajaba, o mi madre... Mejor no pensar en ella.

—Deja a la chica, Margaret. Estará deseando llegar a casa.

—¡Señor Davies! —exclamé, sintiendo que la alegría de verlo disipaba un poco esa sensación de no estar en el lugar correcto.

George Davies era el barquero del pueblo desde incluso antes de que yo naciese, hacía ya dieciséis años. Se ganaba la vida paseando a los enamorados y a las familias por el gran lago Faellen. Sobre todo, en verano, cuando el pueblo se llenaba de turistas. También había sido profesor de arte, pero se había jubilado antes de tiempo para estar más cerca de su mujer.

—Qué alegría verlos a ambos —respondí dejando que Margaret me abrazase. Su olor a lavanda me trajo dulces recuerdos de cuando jugábamos al escondite en su porche.

—Cómo has crecido, pequeña Jane —me dijo con una sonrisa después de separarse de mí para observarme con detenimiento. Allí todos me llamaban así cuando era una niña; por lo visto, tenían intención de seguir haciéndolo—. Así que era verdad. Al final, tu madre... —La mujer no quiso acabar la frase—. Es una pena.

Cerré los ojos y contuve ese aluvión de sentimientos contradictorios que me sacudían el pecho. A pesar de que mi madre y yo habíamos estado viviendo a más de seiscientos kilómetros de distancia de ese pueblo, Margaret se las había apañado para seguir al tanto de nuestras vidas. No sabía cómo lo hacía, pero desde siempre había tenido ese don de enterarse de todo y de mantener informado al resto.

—¡Margaret, deja a la muchacha! —pidió su marido.

—Pero es cierto. Pobre pequeño Henry...

—No llames así al padre de la niña, ya sabes que no le gusta que te refieras a él de ese modo —le respondió el señor Davies.

Mi padre también había crecido en ese pueblo, y aquella pareja de ancianos lo había cuidado cuando mis abuelos fallecieron. Por lo visto, el señor Davies había sido un gran amigo de mi abuelo paterno. Aunque, por lo que sabía, no solo ellos se habían volcado en él cuando se había quedado huérfano, sino todo el vecindario. Era parte de la belleza de Fair Haven: todos se conocían y se apoyaban de un modo u otro. Hasta los que se caían mal, como el señor Davies y el señor Wilson.

—Oh, George, la niña no va a decir nada, ¿verdad que no, preciosa?

—Claro que no, señora Davies.

Ella me pellizcó la mejilla, y yo odié ese gesto, pero me contuve.

—Estoy convencida de que recuerdas que puedes llamarme Margaret, querida.

Le sonreí tímidamente mientras el señor Davies agarraba mis dos maletas con la jovialidad de un hombre de cuarenta. La fina boina gris que llevaba sobre en el pelo se movió un poco cuando se agachó. En pocas ocasiones lo había visto con la cabeza sin cubrir. Según me había explicado cuando era pequeña, usar boinas y sombreros lo hacía parecer más elegante.

—No hace falta que lleve eso, yo puedo...

—Tonterías, solo vamos al final de la calle. Así me aseguro de que el pequeño Henry no necesite nada —comentó guiñándome un ojo.

Reprimí una sonrisa.

—¿Quién acaba de llamar a quién de qué forma? —se burló su mujer detrás de él mientras volvía al porche de su casa.

—Solo he dicho que hoy estás preciosa, querida —comentó el anciano con una sonrisa encantadora.

—Oh, viejo embaucador —se rio ella antes de subir la escalera del porche y despedirnos con un gesto.

—¿Has dicho cautivador? Gracias, mi sol.

—Eso he dicho. Eso he dicho —siguió riendo ella, y le lanzó un beso que él atrapó en el aire.

La sonrisa se formó sola en mis labios. Era fácil llevarse bien con esa pareja de ancianos. Se adoraban tanto el uno al otro que era imposible no admirar su relación. Tenían algo tan real que te atrapaba sin remedio.

—¿Vamos, pequeña?

Asentí, todavía con esa sonrisa tonta. Bajamos por una calle llena de árboles y flores azules. Pasamos por unas seis casas similares a la del señor Davies, con un cuidado césped delante de un porche de madera. Reconocía todas y cada una de ellas. Algunas habían cambiado las macetas o la decoración, pero la esencia seguía allí. Era como caminar por una postal llena de colores y matices.

—Ahora que estamos solos, ¿cómo estás, Jane?

Agradecí en el alma que no me llamase «pequeña» de nuevo. Sentí como el sol me quemaba un poco la cara y la piel que no cubría mi camiseta blanca antes de responder:

—Estoy bien, aunque hubiese preferido poder quedarme en Nueva York.

Con el señor Davies era fácil hablar. Quizá su mujer fuese la cotilla del pueblo, pero él era todo lo contrario. Nunca comentaba nada de lo que otras personas le decían, y por eso lo quería tanto a pesar de llevar años sin verlo. En todo ese tiempo, él me había llamado casi todos los meses. Cuando traté de quitarle una de las maletas, me lo impidió con un ágil movimiento sumado a una mirada de advertencia.

—Es normal. Ahora eres una chica de ciudad. Estoy seguro de que no echabas de menos esto —comentó. Sin embargo, la verdad era que, en el momento en el que había puesto un pie en ese lugar, la nostalgia había comenzado a sacudirme el pecho—. ¿Cuántos años hace que te fuiste?

Suspiré hondo con pesar. Yo no había querido irme de Fair Haven, pero no me había quedado más remedio cuando mi madre se separó de mi padre. Una más de sus muchas decisiones poco razonables: marcharnos a cientos de kilómetros del que era mi hogar.

—Hace ya cuatro años.

Y había dejado atrás una parte muy importante de mí al hacerlo. Me quedé mirando la casa contigua a la de mi padre cuando pasamos frente a ella. Las paredes de madera seguían igual que siempre, pero estaba segura de que quien vivía entre ellas había cambiado tanto como yo. Mi compañero de juegos, de secretos y de sueños. El nudo en el pecho era inaguantable.

—Asher sigue viviendo ahí, si es lo que te preguntas. Lo que ocurrió hizo que su padre quisiese conservar la casa como recuerdo.

El señor Davies siempre había sido muy observador, y le había bastado con seguir la dirección de mi mirada para saber qué me estaba preguntando en silencio.

—Me enteré de lo que pasó y quise venir a verlo, pero mi madre no me dejó.

—Miranda tendría sus razones.

«Pues yo jamás las entenderé», quise decir, aunque las palabras se quedaron ahogadas en algún lugar de mi garganta. Mi madre había pensado que sería mala idea que regresase solo para eso. Yo sabía que Asher jamás me perdonaría no haber estado con él en un momento tan duro. En parte, yo tampoco lo hacía. Antes, le quitábamos a menudo el móvil a nuestros padres para hablar; sin

embargo, tras lo ocurrido, el suyo había dejado atrás todo aquello que le permitiese comunicarse con el mundo.

—El pequeño Asher lo pasó muy mal. Su padre se volvió aún más huraño que de costumbre.

Se me tensaron los hombros. Había querido tanto a Asher que me dolía escuchar aquello. Había detestado a mi madre por obligarme a irme de Fair Haven, y luego me había odiado a mí misma por adaptarme con tanta facilidad a Nueva York y a su prisa.

—Debió de... ser duro —comenté. No sabía qué más decir.

—Lo fue, pero, bueno, la vida sigue adelante, y es hacia donde hay que mirar. No podemos olvidarnos de vivir por pensar demasiado en el pasado. Asher lo sabe, y sigue adelante.

Quise preguntar cómo le iba, aunque algo en mi interior me detuvo. Puede que me hubiese acostumbrado a callar mis preguntas porque no solía recibir atención. A nadie le importaba lo que yo pensase o quisiera, y era muy doloroso.

Me quedé pensando en las palabras del señor Davies. De pronto, no podía sacarme a Asher de la cabeza. Yo había seguido con mi vida, y él había hecho lo mismo con la suya. No pude evitar preguntarme si él también me había echado de menos cuando me fui. Si me echaría de menos en ese momento. ¿Se alegraría de verme de nuevo en el pueblo?

El sonido de un cristal rompiéndose en la lejanía llamó mi atención y me sacó de mis pensamientos, a pesar de que el nombre de mi amigo de la infancia se quedó incrustado en algún lugar de mi mente.

—La casa sigue igual —comenté al llegar al porche de mi padre.

Como todas las demás casas del vecindario, tenía un cuidado césped en la parte delantera.

—Espérate a ver el interior —aseguró el señor Davies.

Una melodía a un volumen moderadamente bajo salía de sus paredes, y distinguí que se trataba de la canción *Sarà perche ti amo*, de Ricchi e Poveri. El anciano llamó a la aldaba de la puerta. Mi padre odiaba los timbres y jamás había querido poner uno en casa.

—Estoy seguro de que se alegrará de verte —aseguró el señor Davies mirando la casa de mi vecino.

Supuse que lo decía por Asher, porque yo sabía que mi padre estaba deseando volver a tenerme en casa. Siempre que hablábamos por teléfono me decía cuánto me echaba de menos. Y la verdad era que yo también lo extrañaba; aunque en cierto modo, el ritmo de la ciudad de Nueva York me había tenido ocupada. Por un instante, me imaginé a mi padre con una sonrisa de oreja a oreja al verme. Lo que jamás habría imaginado fue lo que me encontré cuando la puerta se abrió casi de la misma forma en la que lo hizo mi boca. «Pero... ¿qué?».

2



Asher

Mi padre últimamente discutía por todo. Casi podía escuchar su voz como en automático en algún lugar de mi cabeza. «Recoge tu cuarto», «No dejes la ropa sucia en la entrada», «¡Eh, esos calcetines al cesto!», «Deja la espuma de afeitar en su sitio». Eso último... Tampoco es que tuviese mucho pelo, pero me gustaba afeitarme como tantas veces había visto a mi padre hacer cuando yo era pequeño.

Ese día no me apetecía pelear por dejar los platos sucios sobre la mesa, así que decidí tener la fiesta en paz y meterlos yo mismo en el lavavajillas. Quizá no debería haberlo hecho, pues justo en ese instante la vi pasar frente a mi casa. Si hubiese decidido dejarlos en la mesa, no se me habría encendido el corazón de pura rabia. ¿Cómo se atrevía a volver después de lo que había hecho?

Me quedé observando cómo caminaba despreocupada junto al señor Davies. El barquero le llevaba varias maletas, mientras que ella solo cargaba con un pequeño bolso marrón. Por favor, ¿qué le

cabía en esa cosa tan diminuta? Como mucho, las llaves; dudaba que ni siquiera el móvil que llevaba en la mano le entrase ahí.

Cuando miró en mi dirección, sentí que algo me atravesaba. El aliento se atascó en alguna parte de mi garganta. Jane había cambiado tanto que me quedé paralizado, y el vaso que sostenía se deslizó entre mis dedos sin permiso. El sonido del cristal al romperse me hizo volver a la realidad. Mierda.

—¡Love, ahí quieta!

Mi perra tenía una afición extraña que consistía en no escucharme. Tenía solo seis años, y podía asegurar que no sufría ningún problema auditivo. Solo padecía de oído selectivo y era una rebelde sin causa. La *golden retriever* de color arena se acercó, y casi derrapé para obligarla a quedarse en el borde de la escalera y que no se pinchase.

—¡Aah! —rugí bajando la mirada a mis pies. Se me habían llenado de pequeños cristales que dolían lo suficiente como para recordar a toda la familia de Jane y no desearle nada bueno. «¡Maldita sea!».

La perra ladró a modo de protesta cuando eché el seguro de la escalera. Me llevó como diez minutos curarme los pies, mientras recordaba la voz de mi madre diciéndome que no anduviese descalzo por casa. Casi tiré el bote de desinfectante llevado por la irascibilidad que me recorrió. Odiaba pensar en ella. En ese momento, lo detestaba literalmente todo. Y, en cambio..., Jane parecía tan tranquila..., tan radiante, sin darse cuenta de todo el daño que había ocasionado.

—¿Por qué mierda has vuelto, Jane? —me pregunté a mí mismo observando mis ojos grises en el espejo del baño.

¿Cómo se superaba una cosa así? ¿Cómo, cuando la responsable de todo había regresado como si tal cosa? Negué con la cabeza. Parecía una chica totalmente distinta. Nueva York la había cambiado.

Ya no pertenecía a este lugar. Y yo... no la quería allí, y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para que volviese al sitio del que había venido. Costara lo que costase, iba a marcharse como que me llamaba Asher Brown.

3



Jane

—¡Hola, mi bella flor! —me saludó mi padre nada más abrir la puerta, con una sonrisa tan brillante que podría haber iluminado toda una ciudad. Y no solo por la felicidad que irradiaba, sino porque realmente se había pasado con el... blanqueador. Me abrazó mientras yo me quedaba en *shock* al verlo.

—¿Qué te has hecho en la boca? —pregunté mientras luchaba contra la parte de mí que quería decirle que no me llamase «mi bella flor». Sin embargo, había algo aún más importante de lo que me percaté en cuanto se separó—. Santo cielo. ¡Papá! ¿Te has puesto pelo?

Mi boca casi llegó al suelo de la impresión. Pero ¡si no hacía ni una semana desde que habíamos hecho la última videollamada! ¿A eso se debía su nuevo gusto por llevar gorras cuando antes nunca las había usado? Estaba... más joven... y más... ¿musculoso? Bueno, eso podía habérseme pasado porque casi siempre vestía con ropa

ancha. Aunque también estaba más... moreno. Tanto que sabía que aquel bronceado tampoco era natural.

—Solo estoy siguiendo un tratamiento dermatológico. Eso me pasa por no tener wifi. Me quedé sin datos hace unos días, por eso no he podido hacerte ninguna videollamada.

Esbozó una sonrisa que, ahora que me fijaba, también llevaba alguna carilla. «Espera... ¿cómo?».

—¡¿Acabas de decirme que no hay wifi en casa?! ¡¿Cómo quieres que sobreviva a eso?!

El señor Davies se rio detrás de mí y se despidió de mi padre con un gesto. No fui capaz ni de darle las gracias porque la noticia de que no tenía internet me había afectado demasiado. ¿Cómo iba a sobrevivir allí sin conectarme y hablar con mi mejor amiga?

—No seas dramática. Hace siglos, nadie tenía internet, y no se morían por eso.

—Yo podría morirme por eso. A lo mejor soy la primera, y así otra pobre adolescente podrá usarme de ejemplo para convencer a su padre de que...

—¡Jane, por favor!

Cielos. ¿Por qué no me entendía?

—Para mí, el internet es tan necesario como respirar. Vas a instalarlo, ¿verdad?

—No hay internet en todo el pueblo —comentó con un encogimiento de hombros.

Aquello era la peor película de terror para una adolescente. Lo miré con tal seriedad que estalló en carcajadas.

—No se bromea con eso —sentencié cuando pillé que me estaba tomando el pelo—. Vas a poner internet por mí, no?

Hice gala de mi mejor mirada de cordero, pero mi padre solo puso los ojos en blanco sin darme ninguna respuesta.

—Vamos, te ayudo con las maletas.

Las agarró para llevarlas hasta el que había sido mi dormitorio de pequeña. No obstante, yo no lo seguí. Me quedé en la entrada de la casa con una sensación de nostalgia que me ardía en el pecho. Cuando me había ido de allí con mamá... Uff..., ese no era un recuerdo bonito. Mi padre había suplicado que no me llevase con ella, pero mi madre me había arrancado de sus brazos sin piedad.

—Has cambiado toda la decoración —comenté, sintiendo la mirada fija de mi padre sobre mí.

Sus ojos azules se cruzaron con los míos marrones. Yo había heredado los rasgos de mi madre: piel algo tostada por el sol en cualquier época del año y tanto cabellera como mirada castañas. Mi padre, en cambio, era todo un norteamericano de película: alto, ojos azules, rubio... Con más pelo y sin las entradas en la cabeza que había tenido hasta hacía unas semanas. Y mucho más bronceado.

—Pensé que no tenía sentido mantener la casa a gusto de tu madre —respondió con otro encogimiento de hombros; un gesto que, aunque me costase reconocerlo, también había echado de menos.

Tragué saliva. Era cierto que no tenía nada que ver con la decoración de antes, pero le pegaba.

Antes todo había sido blanco; sin embargo, en ese momento..., los tonos madera me rodeaban. Todo era de un estilo mucho más rústico. La cocina americana tenía una encimera marrón, a juego con los muebles caoba que daban paso al salón, justo enfrente. Di unos pasos hacia delante, con cautela, observando ese entorno antes tan conocido para mí y que ahora era tan distinto. Una gran pila de leña adornaba una esquina, al lado de la chimenea negra que calentaba la estancia en otras estaciones, frente al sofá de un cálido tono beis. Las alarmas me saltaron casi de golpe. La casa estaba

bonita. ¡Bonita! ¡Casi con buen gusto! Eso no había podido decorarlo mi padre solo.

—Papá, ¿tienes novia?

Sus ojos se abrieron como platos.

—No digas tonterías.

Me acerqué a él. Tenía todo el derecho del mundo a cuestionarlo. Si iba a haber otra persona viviendo allí, quería saberlo.

—¿Quién te ha ayudado a decorar la casa?

Una sonrisa de orgullo nació en sus labios mientras hinchaba el pecho como un pavo real.

—Por favor..., me estás subestimando, bella flor.

Arqueé las cejas enfadada.

—No me llames así. Si no te ha ayudado nadie, ¿qué ocurre? ¿Estás atravesando ya la crisis de los cincuenta? ¿Por eso te has puesto pelo, has mejorado tus dientes, te has bronceado y has redecorado la casa? Por favor, ¡si tienes hasta músculos! ¡¿Estás haciendo deporte?!

Él parpadeó varias veces. Estaba segura de que lo último que había esperado era encontrarse con una adolescente en plena fase de desapego de su vida pasada, enfadada y a punto de estallar. Pero, para mí, dejar mi hogar en Nueva York para volver a un pueblo donde nunca ocurría nada interesante era un cambio monumental. En la gran ciudad siempre había miles de planes por hacer, incluso podía ir a conciertos. Mamá siempre me acompañaba..., hasta que... Ugg, prefería no pensar en ello porque me ardía la sangre. ¡¡¡Y, para colmo, no tenía internet!!!

—Por favor, Jane, solo tengo cuarenta y dos —respondió como si eso fuese lo único importante.

Fruncí los labios y puse los brazos en jarra.

—Los profes de mates nos enseñan a redondear hacia arriba —comenté, y él esbozó una expresión dolida.

—Pues no deberían, porque por un decimal...

—Se cae un edificio —lo interrumpí, sabiéndome de memoria su retahíla de siempre.

Mi padre era ingeniero, y trabajaba para una empresa tecnológica en el pueblo vecino. Eso le hacía tener un buen nivel de ingresos, con los que había podido costear mi manutención mientras vivía en Nueva York.

Aunque tampoco era que a mi madre le hiciese falta. Al menos no desde hace ya unas semanas. Se había casado en Las Vegas con un cantante medio famoso al que había conocido cuando fuimos a un concierto suyo, y en ese momento lo acompañaba en su gira por Estados Unidos. Por eso se había deshecho de mí, me había puesto las maletas en la puerta y le había pedido a su nuevo marido que me llevase al aeropuerto. La forma en la que lo había hecho... Prefería no pensar en ello. ¿Quién hacía algo así?

Los ojos se me llenaron de lágrimas al recordarlo. Trataba de no pensar que había preferido estar con él que conmigo, pero me dolía muchísimo que la persona que se suponía que tenía que estar siempre ahí para mí me hubiese rechazado a cambio de dinero y fama.

—¿Vas de lista porque ya eres mayor?

No le respondí porque veía que podíamos enfadarnos. En lugar de eso, me quedé mirando el color de su piel. ¿Qué lo había llevado a hacer tantos cambios? Un momento...

—¿Todo esto es porque mamá ha vuelto a casarse? —insté señalando su pelo.

Mi padre no respondió, pero la forma en la que apretó la mandíbula me dijo que sí. Mi madre no lo había invitado a la boda.

De hecho, no había invitado a nadie. Yo también me enteré más tarde porque a mí me dejó en casa de mi amiga Carmen. Mientras yo disfrutaba de un finde de chicas, ella había tomado una decisión horrorosa sin tenerme en cuenta. Encima, se había casado con alguien mucho más joven que papá, bronceado y con un pelazo.

—¿Te trata bien verdad?

—¿Te refieres al nuevo marido de mamá con el que no he tenido apenas trato hasta hoy? —pregunté sarcástica. No quería saber nada de él. Me limitaba a saludarlo y despedirlo cuando iba a casa, y poco más.

—¿Quieres hablarlo?

Tantas preguntas me ponían de los nervios.

—No. Estoy agotada y quiero descansar. ¿Ese sigue siendo mi cuarto o también lo has cambiado? No sé, quizá te ha dado por montar un gimnasio —le solté, a pesar de haber visto cómo dejaba mis maletas allí.

—Pues no te creas que no sería una buena idea. Mejor que mantener a una adolescente gruñona —bromeó, o, al menos, eso quise creer—. Voy a comprar algo para cenar. Vuelvo en un rato, bella flor.

Quise gritarle que no me llamase así, pero me contuve mientras veía cómo agarraba las llaves de su camioneta y se marchaba. Sabía que había crispado sus nervios; sin embargo, en ese momento no me importaba lo más mínimo porque solo echaba de menos mi habitación, mis cascos, internet y a mi amiga Carmen. ¿Cómo iba a comunicarme con ella si no podía hacer una videollamada? ¡Encima me había quedado sin datos al poco de bajar del avión!

Cerré los ojos, respiré hondo y di un leve paseo por el salón. Había colgado algunas fotos en la pared, pero solo de nosotros dos. Ni rastro de mamá.

También había alguna de mis abuelos, Leonard y Naomi, como esa en la que ambos estaban disfrutando de un pícnic en una barquita roja en medio del lago Faellen. Noté una especie de sensación cálida en el pecho. Aunque yo no había conocido a mis abuelos, me gustó volver a ver ese recuerdo.

También había una de papá, mucho más joven, con el señor Davies y Margaret. Sonreí al ver a la mujer con su cabellera castaña y larga, cuando ahora la llevaba un poco por debajo de los hombros y gris. Esas fotos eran lo único que quedaba de la decoración anterior. Aunque también había cambiado los marcos blancos por unos que pegaban más con la nueva estancia.

Fruncí los labios. No había tenido la oportunidad de llevarme nada cuando me marché de allí, pero, de haber podido, habrían sido esas fotos. Respiré hondo y alejé esos pensamientos. Con los labios fruncidos, abrí el frigorífico, y mi expresión cambió a una sonrisa al ver que, como siempre hacía cuando era pequeña, mi padre había hecho zumo de naranja con las frutas del árbol del jardín de atrás. Teníamos un naranjo y un limonero, y ambos me encantaban.

A través de la puerta trasera, vi que todo seguía igual en esa parte de la casa. Además de los mencionados árboles frutales, había otro enorme del que colgaba un columpio hecho por mi padre.

—Mi columpio... —susurré emocionada al verlo, aunque ya fuese demasiado mayor para usarlo.

La verdad era que había sido muy feliz ahí de pequeña, pero, en ese momento, tan solo quería huir. Esa sensación se me había incrustado en la piel. Como la arena de la playa de la que no podías deshacerte hasta que no te volvías a sumergir en el mar. Necesitaba irme. Regresar a Nueva York, donde se suponía que debería estar si mi madre no la hubiese fastidiado.

Fui al baño, me lavé la cara y, al mirar mi reflejo, noté que me estaba saliendo una espinilla en la barbilla. ¡Qué maravilla! Saqué el corrector del bolso y la camuflé como pude antes de tirarme en la cama de mi habitación. Miré por la ventana hacia la casa de Asher. Me sorprendió darme cuenta de que tenía tantas ganas de verlo como de evitarlo. ¿Qué pensaría de mí ahora? Ya no era ninguna niña. Tenía dieciséis años, y él diecisiete. En un mes, sería el cumpleaños de ambos. Yo cumplía el veinte de agosto, y él, el veintidós. De pequeños, solíamos celebrarlo juntos, y ahora... todo había cambiado tanto...

—¡Ah!

El sonido del teléfono fijo me sobresaltó tanto que pegué un salto en la cama. Mis pulsaciones se aceleraron sin remedio ante ese cacharro del diablo. Mi madre ya no tenía ese aparato que tan antiguo me parecía, pero no me extrañaba lo más mínimo que mi padre lo mantuviese. Era un nostálgico. Pensé en no responder, aunque luego se me ocurrió que podía ser papá para preguntarme si necesitaba algo. Y si no era él... Todavía con el corazón acelerado por el susto, me dirigí al salón y descolgué.

—¿Sí?

—Oh, querida, nunca respondas con un «sí» al teléfono. Puede ser un estafador, y ahora hay cosas muy modernas que pueden usar tu voz y robarte todo el dinero del banco —me respondió la voz de Margaret al otro lado de la línea.

—¿Se refiere a la inteligencia artificial? A esa no le hace falta que diga que sí.

—¿Ah, no? —Su voz se agudizó. Me la imaginé aterrada al otro lado del teléfono, y me sentí fatal por mi brusquedad.

—No, pero los bancos tienen modos de saber si están saqueando su cuenta, no se preocupe. ¿Qué quería? —Traté de cambiar de

tema con un pequeño nudo en el estómago, aunque, en realidad, no tenía ni idea de lo que los bancos podían o no hacer. En lo más profundo de mi ser, había esperado que fuese otra persona la que llamaba.

—Nada, pequeña, solo quería ver cómo te habías adaptado y saber si crees que ese lugar necesita una buena limpieza. Ya sabes que el pequeño Henry no es muy aficionado a las labores del hogar. Si no estás cómoda, puedo echarte una mano en lo que sea.

Se me calentó un poco el corazón al escucharla. Esa mujer había tenido devoción por mí desde que nací. Ella también me había llamado varias veces a lo largo de esos años, aunque a mi madre no le gustaba mucho que hablase con ella y siempre ponía alguna excusa para que colgara. La señora Davies solo quería ayudarme, y esa era su forma de hacerlo.

—Muchas gracias por el ofrecimiento, pero por ahora está todo limpio.

—También puedo cocinarte algo sano. Incluso a Henry le gusta mi receta más moderna —comentó con orgullo.

—¿Cuál es esa receta?

—He hecho *pizza* con base de brócoli.

Fruncí los labios. No tenía ni la más remota intención de probar eso.

—Vaya, muchas gracias, pero mi padre ha ido a hacer la compra para preparar la cena. No hace falta que se moleste.

—Bueno, si necesitas cualquier cosa, me lo dices. Estaré encantada de ayudarte. —Y sabía que era totalmente cierto. Era su forma de ser—. Ya le he dicho a Emily y a Grace que estás por aquí. Estoy segura de que pronto irán a verte.

Dios. Hacía cuatro años que no hablaba con mis dos amigas de la infancia. Bueno, Grace no es que hubiera sido muy amiga mía. De

pequeña era insoportable conmigo, y casi siempre se echaba a llorar diciendo mentiras sobre mí. Emily era diferente, más calmada y más simpática. La verdad era que me apetecía saber qué había sido de ellas.

—Vaya..., gracias de nuevo. ¿Puedo yo ayudarla a usted en algo? —pregunté, queriendo devolverle su amabilidad.

—Oh, pues quizá sí. Mañana me llega un pedido de decoración a la tienda de Lory. Tal vez podrías traérmelo. Mi George tiene que estar en el pequeño muelle del lago y se le hará muy tarde si va él.

Bueno, al menos eso podía hacerlo. Además, me vendría bien tener algo con lo que distraerme.

—Claro que sí. Cuente con ello, Margaret.

—Muchas gracias, querida. Te veo mañana, y te haré una tarta de chocolate como agradecimiento. Estoy segura de que eso te sigue gustando.

Le di las gracias y colgué. Lo cierto era que ni tan siquiera en Nueva York había probado una tarta como la suya. Junto con los pueblos vecinos, Fair Haven celebraba un concurso anual de tartas a final de verano, y la de la señora Davies siempre ganaba. Totalmente merecido, por cierto. Me toqué el estómago y traté de silenciar a esa vocecita que me decía que nunca iba a lograr mi objetivo de adelgazar varios kilos si me dedicaba a comer tartas cada vez que me las ofrecieran. Mi padre acababa de entrar y me observaba con cuatro bolsas en la mano.

—¿Quién era? —inquirió mientras las dejaba en la encimera.

—Margaret.

Él puso los ojos en blanco.

—Esta mañana estuvo limpiando aquí.

Me quedé boquiabierta.

—Pues me ha propuesto venir a limpiar si había visto algo sucio.

Ambos nos miramos un instante antes de romper a reír a carcajadas.

—Ya no sabe qué hacer para cotillear.

—¿Cómo puedes decir eso? Si es un encanto —le respondí con una sonrisa.

—Sí, es un encanto y tiene un corazón de oro. Invierte su tiempo en los demás y nunca espera nada a cambio, pero es un poco maruja. —Me observó con una chispa de diversión en sus ojos azules—. Como tú, en realidad. De pequeña, cuando la veías, corrías por la calle para decirle que tenías un chisme. Tendrías unos cinco años.

—¡No puede ser! ¡No recuerdo nada de eso!

—Oh, yo sí. Iba con miedo porque siempre te chivabas de cualquier cosa, y, a la mañana siguiente, la tenía en la puerta regañándome.

Volvimos a reír. Mi padre tenía solo diecisiete años cuando se había quedado huérfano, y la señora Davies lo había cuidado como si fuese su propio hijo. En el fondo, él la adoraba. Por un instante, me imaginé cómo sería perder a alguno de mis padres a esa edad y sentí que un escalofrío me atravesaba. Por una fracción de segundo, Asher me vino a la cabeza, y luego un recuerdo se desperezó en mi mente.

—Había veces que era mamá la que me pedía que le contase algo —le confesé provocando que me mirase con sorpresa.

—¿Sabes que me olí que pasaba algo así una vez que no quise llevar a tu madre al cine por nuestro aniversario? Margaret incluso me dio un tirón de orejas.

Reprimí una carcajada porque la imagen de aquella mujer agarrando de la oreja a mi padre era demasiado cómica.

—¿Por qué no quisiste llevarla?

—Porque nuestra rutina de aniversario era ir al restaurante de Brown, no al cine.

Escuchar el nombre de ese restaurante rodeado de árboles donde había pasado tantos momentos en mi infancia me sobrecogió. De pronto, recordé cuando Asher y yo hacíamos los deberes en las mesas de madera de fuera, que dejaban ver el gran lago Faellen.

—Podrías haberla llevado a otro sitio.

—Me gusta tener una rutina.

Pensé que a mi padre le costaba demasiado hacer cosas nuevas, pero no le dije nada. En su lugar, intenté ayudarlo a guardar la compra, aunque la verdad era que no sabía dónde iban ni la mitad de las cosas. Guardé un brócoli en el frigorífico, utilizando la poca lógica que me quedaba después del viaje y rezando por que mi padre no quisiese obligarme a comer aquello. Debí de quedarme más tiempo del preciso mirándolo, porque escuché la voz de mi padre de fondo.

—Se me ha olvidado preguntarte si te has hecho vegetariana o algo de eso.

Tragué saliva.

—Sigo igual que siempre, salvo que ahora soy alérgica al brócoli.

—Buen intento —me respondió con una media sonrisa.

—Es en serio. Si lo pruebo, me salen hasta ronchas.

Una expresión de ternura cruzó su cara.

—Sigues haciendo el mismo gesto que hacías de pequeña cuando mentías.

—¡No hago ningún gesto!

—Ya, claro. Pestañeas tanto que podrías salir volando, pero es cierto, olvidaba que tengo un helicóptero en lugar de una hija.

Indignada, llené los carrillos de aire mientras él metía la cabeza en el mueble de debajo de la vitrocerámica.

—Voy a hacer la cena. Tú puedes ayudar o sacar la basura.

—Creo que elijo la opción fácil —respondí encogiéndome de hombros. No sabía el lío en el que iba a meterme por esa elección.

Agarré la bolsa de basura y salí al porche. El aire puro, demasiado frío para ser verano, me sacudió. Y entonces lo vi. Me quedé tan paralizada que la bolsa de basura se cayó al suelo. Mi boca también lo hizo, aunque tratase de disimular. Aquel chico perfecto que tenía delante no podía ser él. ¿O sí?

4



Asher

El sonido de algo pesado al caerse al suelo la delató. Jane me miraba descaradamente mientras yo hacía como que sacaba la basura al cubo de fuera de mi casa. Puede ser que la estuviera esperando y que hubiese ideado un plan perfecto para hacerle pagar todo lo que me había hecho. Pensaba hacer su vida tan imposible que no le quedaría otro remedio que irse de Fair Haven.

—¿Jane? —pregunté mientras acortaba la distancia entre el lateral de su casa y el mío.

Traté por todos los medios de no fijarme en cómo había cambiado su cuerpo, aunque no pude evitar que mis ojos se deslizasen un momento hasta sus pechos. Joder, estaba tan distinta. Apenas quedaba algo de la niña que jugaba conmigo cuando éramos más pequeños. En su lugar... había una chica con el mismo encanto, pero que quería lo más lejos posible de mí.

—¿Jane, eres tú? —proseguí, haciendo como que me alegraba de verla.

—¿Asher?

—Claro que sí. ¿Quién iba a ser si no? Venga ya, si yo sigo igual que siempre. Solo estoy más cachas —bromeé.

Ella sonrió, sin contradecirme, cosa que le sentó demasiado bien a mi ego.

—¿Cómo estás? ¿Vienes a pasar el verano con tu padre?

Jane se acercó, y el olor de su perfume se me coló por las fosas nasales. ¿Así era como olían las chicas en la gran ciudad? Ese aroma era demasiado fuerte para un lugar como ese. O puede que no. Quizá estuviese bien y fuese yo, que detestaba todo de ella.

—Eh..., sí... En teoría, me quedo durante todo el verano.

Esa información me cabreó todavía más. No la quería en Fair Haven durante tanto tiempo ni de coña. Aun así, sonreí para mantener mi fachada.

—Guau, pues qué bien. ¿Te apuntas a venir esta noche a Riverbrook? Hay un festival de música que promete estar bastante bien.

Riverbrook era uno de los pueblos vecinos. Literalmente, vivía por y para la música, y el verano era su mejor época. Aunque el lugar al que iríamos... No pude evitar sonreír al pensar en la cara que pondría cuando viera dónde la iba a llevar si conseguía que aceptase. Aquello no iba a ser solo un festival, sino algo mucho más allá.

—Vaya..., no creo que a mi padre le haga mucha gracia que salga el primer día que estoy aquí con él.

Cambié la expresión de mi rostro por una de burla y altanería.

—Claro. Supongo que las chicas de ciudad seguís las normas y todo eso. No sé cómo he podido pensar que no serías una pava más que solo quiere salir por sitios chic. —Hice una mueca al pronunciar

esa última palabra. Busqué con tantas ganas su reacción que no pude reprimir una sonrisa cuando la logré.

—¿Pava?

—Así llamamos a las chicas de ciudad. Son unas aburridas. —Me encogí de hombros y di media vuelta.

—Espera, yo no soy aburrida.

Me removió algo dentro que sí se considerase de ciudad.

—¿Ah, no? Porque, ahora que lo pienso, de pequeña tampoco eras el alma de la fiesta. —Le saqué la lengua para que viese que bromeaba, pero sabía perfectamente que ella iba a tomárselo a malas. Dios, odiaba conocerla tanto.

—Está bien. ¿A qué hora piensas ir?

—Hemos quedado a las diez en la casa de Chai. Él nos llevará al... festival.

La vi tragar saliva, tensa. Las diez era demasiado tarde para cualquier norteamericano. Normalmente, en el pueblo quedábamos sobre las seis o las siete como muy tarde.

—¿A las diez?

—Claro. ¿Te vienes conmigo?

Mirarla era como abrirle la puerta a recuerdos que dolían demasiado y que guardaba con candado. Un brillo en sus ojos hizo que, de pronto, me sintiese peor; luego recordé todo lo que había ocurrido por su culpa y seguí adelante.

—Pero no me recojas. Yo vendré a buscarte a ti. O, mejor, nos encontramos por la puerta de atrás.

Le dediqué una media sonrisa.

—¿Vas a escaparte?

—¿De verdad crees que mi padre va a dejarme ir?

Negué con la cabeza mientras me cruzaba de brazos. Henry no la iba a dejar salir a esa hora ni de coña.

—Está bien. Pues a las diez te veo. —Me giré para volver a entrar en casa. El plan ya estaba en marcha. Miré hacia atrás y me di cuenta de que seguía allí, observándome fijamente; seguro que se arrepentía de lo que acababa de aceptar. Quizá por eso no pude evitar añadir—: No olvidarás esta noche.

5



Jane

¡Santo cielo! Pero ¿qué acababa de hacer? ¿Me había vuelto idiota? ¿Cómo iba a escaparme en mi primera noche de vuelta a Fair Haven? Aquello era un desastre. Todo lo era. ¿Qué demonios le había pasado a mi cabeza para decir que sí? Él. Había sido él. Había conseguido que mi sistema sanguíneo se acelerase y que todas mis hormonas se alteraran.

Dios. Asher Brown había cambiado tanto que estaba irreconocible. Antes, yo era más alta que él; ahora, me sacaba como dos cabezas. Estaba mucho más fuerte, tanto que se le notaban los bíceps y los cuádriceps. Llevaba el pelo oscuro y corto, y sus ojos grises con pequeños reflejos verdes eran capaces de llevarte a otra dimensión. Además, tenía una pinta de chico malo que podía ser perfectamente el protagonista de una película de Netflix.

Era como si le hubiese robado a mi cerebro la capacidad de razonar. Incluso me había quedado mirándolo como una tonta

cuando se había marchado. ¡Qué vergüenza! ¡Me había pillado! ¡¡¡Y me había prometido una noche que no iba a olvidar!!!

Un aluvión de sensaciones me recorrió al recordar esa frase. Había cenado con mi padre, disimulando que no iba a hacer algo horrible en mi primera noche con él. Pero no podía negarme. No cuando Asher me había recibido con esa sonrisa cautivadora y con una oferta que me demostraba que no me guardaba ningún tipo de rencor a pesar de no haber estado ahí cuando más me había necesitado. Por eso tenía que ir, aunque significase escaparme por primera vez de casa.

Miré la ropa que había traído de Nueva York. No tenía ni idea de qué ponerme. Sentía que nada me quedaba bien, y acabé con un montón de prendas apiladas en el suelo. Me solté el pelo y lo ondulé antes de maquillarme, aplazando la elección de la ropa. El mono que tenía de internet solo empeoraba las cosas. Necesitaba conectarme a mis redes sociales. Ni siquiera había podido hablar con Carmen para decirle que había llegado bien. Y mi madre...

Incluso Margaret me había llamado antes que ella. ¿Por qué no me había llamado para ver cómo estaba? Tampoco la había oído hablar con papá. Fruncí los labios en una mueca dolida. Cuando esa tarde había sonado el teléfono, había esperado que fuese ella. Probablemente, a mí me importara más ella que viceversa.

Ese último pensamiento me enfadó, y creo que eso fue lo que me dio fuerzas para decantarme por unos vaqueros cortos y una camiseta negra con el logo de una banda de *rock* que en realidad no había escuchado jamás.

Por un instante, me comparé con esas chicas perfectas de Tik Tok y detesté la forma en la que mi cintura sobresalía del vaquero. Puede que estuviera más gorda. Quizá solo fuese mi cabeza. Tal vez

debería usar una talla mediana en lugar de una pequeña. ¡¡¡Dios, necesitaba internet!!!

Me metí en la cama y, cuando mi padre entró a ver cómo estaba, coloqué un brazo encima de mi cara para que no viese que me había maquillado y fingí estar dormida. Incluso con los ojos cerrados, apreció que apagaba la luz de mi mesita de noche, y me sentí algo mal cuando me deseó buenas noches con un susurro. Esperé un buen rato después de escuchar cómo se acostaba antes de salir por la ventana de mi habitación. Estaba muy nerviosa, pero habría hecho cualquier cosa por recuperar la relación tan bonita que había tenido con Asher. Incluyendo todo aquello.

Me arrepentí de haberme puesto esos vaqueros tan cortos nada más salir de casa. No era solo porque el verano en Fair Haven fuese más frío que en Nueva York, sino porque me sentía fea e insuficiente. Seguía varios perfiles de chicas en redes sociales que eran todo lo que yo deseaba ser: guapas, brillantes, perfectas, felices, con cientos de miles de seguidores, viajando a lugares paradisíacos... Y ahí estaba yo, en un pueblo sin internet.

En la cena le había insistido a mi padre sobre el tema, aunque solo había obtenido un «ya lo pensaré» como respuesta. El sonido de algo que me pareció un TikTok inundó la tranquilidad de la noche. Asher me esperaba debajo del árbol que cubría parte del jardín trasero de su casa.

—¿Me compartes datos? —casi rogué.

Él elevó la cabeza para dedicarme una sonrisa canalla.

—¿Tú tampoco tienes internet en casa?

—¿«Tampoco»? No lo entiendo. Tú sí que tienes. Estabas viendo TikTok.

Cielos, estaba tan guapo. Llevaba una simple camiseta blanca y unos vaqueros, pero era muy atractivo. Sentí como me recorría con

la mirada y mi corazón se saltó un latido.

—No, mi padre es tan testarudo como el tuyo. Solo tengo internet porque a veces ayudo al señor Davies con el papeleo y, como agradecimiento, me ha incluido en su tarifa.

Ese anciano con boina siempre pensaba en los demás.

—¿Él tiene internet y nuestros padres no?

Era el mundo al revés.

—Digamos que él está enganchado a los deportes y su mujer a no sé qué serie.

Sonreí cuando un recuerdo se desperezó en mi cabeza. Una vez, había pillado al señor Davies fingiendo que arreglaba algo con el taladro mientras veía un partido de béisbol con el móvil en el jardín.

—Bueno, pues... ¿puedes compartirme la red y darme la contraseña?

—¿Tan necesitada estás? —Su sonrisa amortiguó un poco la crueldad de la pregunta.

—Llevo sin internet todo el día. Y ya he gastado los datos mensuales. Me va tan lento que directamente no funciona.

Su carcajada cruzó la noche que parecía desgarrarse sobre nosotros. No recordaba todas las estrellas que se veían en Fair Haven, pero era sobrecogedor. Como si el universo se abriese justo encima. De algún modo, ese pueblo parecía congelado en el tiempo. Aunque yo me había ido, ahí todo seguía igual. Por un instante, la certeza de que yo ya no pertenecía a ese lugar me sacudió por dentro. No debería estar allí, sino en Nueva York.

—Haremos un trato.

Arqueé la ceja mientras mi vecino tiraba de mí para salir de su patio trasero. La puerta crujió un poco al abrirla, y, por un instante, temí que a mi padre le diese por mirar por la ventana. Apreté el paso y Asher me imitó.

—¿Qué trato?

—Te doy la contraseña al final de la noche, solo si me aguantas el ritmo.

Hice una mueca de enfado. Un perro ladró en la lejanía.

—Por favor... ¿Cómo puedes tenértelo tan creído?

—¿Eso es un sí?

—Que conste, solo es por la clave del wifi.

Él se rio de nuevo y continuamos hacia no sé dónde. Era una locura, aunque jamás imaginé que podía salir tan mal.

6



Asher

Tenía a Jane justo donde la quería. Esa noche iba a aprender a no confiar tan rápido en la gente. El odio que sentía por ella me reverberaba en el pecho. Si por mí fuese...

—No recordaba cómo se veían las estrellas desde aquí —comentó sacándome de mis pensamientos.

—¿Es muy diferente de Nueva York? —pregunté, y apreté los puños con rabia, porque yo mismo habría podido saber eso si las cosas no hubiesen ocurrido como lo habían hecho.

—Allí directamente no hay estrellas. Es casi imposible verlas con las luces de la ciudad.

—Dicen que Nueva York es la ciudad que nunca duerme.

—Lo es. Además, siempre hay algo que hacer —dijo con el rostro lleno de añoranza.

—Solo llevas aquí unas horas y ya la extrañas.

—También echaba de menos esto —se sinceró—. ¿Escuchas eso?

Casi detuve mis pasos porque la verdad era que no escuchaba absolutamente nada salvo algún grillo en la distancia. Y los ladridos de un perro al que su dueño, el señor Miller, le acababa de decir que se callase.

—¿El silencio?

—La tranquilidad. Esto es imposible de encontrar allí. Y el aire, la forma en la que refresca los pulmones.

Por un instante, me resultó extraño que hablásemos con tanta naturalidad, como si, de alguna forma, el tiempo no hubiese pasado.

—El aire de allí tiene que estar mucho más contaminado que este.

Ella se rio antes de hablar:

—Pues claro, si aquí casi todo el mundo va en bici o en patín...

—Cierto... Menos tú, que solías caerte.

Jane bufó y me miró con los ojos entrecerrados. Justo en ese momento, las ramas de los árboles se movieron levemente con la brisa nocturna, provocando un murmullo casi inaudible que logró relajarme. Recordaba ese verano en el que había querido aprender a montar en patín...

—Me caí porque no tendrías que haber dejado de agarrarme hasta que yo te lo dijese —comentó ofendida.

—Lo hice para ayudarte a ganar confianza. Siempre has sido muy insegura.

Ella me miró incrédula con una ceja alzada.

—Entonces, ¿querías que fuese valiente asustándome?

—Es normal sentir un poco de miedo justo antes de ser valiente. Pero no, solo quería que confiases en ti.

—¿Qué confiase en que iba a caerme al suelo? —preguntó con los brazos en jarra.

Me encogí de hombros para camuflar mi diversión. ¿Cómo podía yo saber que por su cabeza de niña de seis años no iba a cruzar la

idea de que podía bajarse del patín cuando quisiese?

—Bueno, aprendiste que no puedes pasar del suelo si te caes. Tendrías que agradecerme la lección.

—Es cierto, ¿para qué decir «el cielo es el límite» cuando puede serlo el suelo? Así es como se gana la confianza.

Eché la cabeza hacia atrás, riéndome ante su desparpajo. Ese que solía tener siempre conmigo, pero que de más pequeña le costaba mostrar con otras personas. Tuve una pizca de curiosidad por saber si eso había cambiado.

—Claro que sí, cayéndote y levantándote.

—Y dejándote una rodilla por el camino... —En esa ocasión, sí que acompañó mis carcajadas. Maldición, no recordaba la última vez que me había reído así.

—Cuando quieres, eres la reina del drama.

—¡Me soltaste en la cuesta abajo que da a la tienda de Lory! ¡Eso fue maldad!

Alcé los brazos enseñando las palmas.

—¡Fue inocencia! ¿Cómo iba a imaginarme que no ibas a saltar del patín?

—Claro, la culpa siempre para otro.

—La culpa es el sentimiento más tonto que hay —afirmé, totalmente convencido.

—Bueno, te ayuda a no cometer dos veces los mismos errores, así que tan tonto no es.

Ella siempre me hacía dudar.

—Dramática y profunda, qué combinación. —Nos quedamos en silencio unos instantes, hasta que se me escapó—: ¿Y a mí?

Fundió sus ojos marrones en los míos y no pude evitar sentir un cosquilleo en el estómago. Desde pequeño, me había gustado ese color que me recordaba a las hojas de otoño al caer. Jane elevó un

poco más la cabeza. Las luces de una farola se reflejaron en su rostro, creando un entramado de sombras que suavizaban sus rasgos.

—¿A ti qué?

—¿Me has echado de menos?

No tenía ni idea de por qué preguntaba eso, pero la necesidad de saberlo me desbordó por completo. Me arrepentí nada más decirlo.

—Claro que sí. He pensado mucho en ti —contestó con naturalidad, como si ni siquiera pasase por su cabeza que pudiera ser de otra forma.

No esperaba esa respuesta. Yo también había pensado en ella casi a diario, aunque no de buena manera; no desde ese fatídico día. No me dio tiempo a decir nada más porque un matojo de cabello pelirrojo y rizado se abalanzó sobre nosotros.

—¡Jane!

La interpelada tardó en reconocer que se trataba de Emily. Miré hacia delante, donde Grace, que en ese momento ponía los ojos en blanco, nos esperaba con Mark y Chai.

—¿Emily? —En la voz de Jane se notaba que se alegraba de verla, y algo en mi pecho se encogió al pensar en el lío en el que iba a meterla esa noche. Aun así, no iba a echarme atrás. La quería fuera de ese lugar. Punto.

—¡Claro! —La chica movió su melena rizada y pelirroja mientras la miraba de arriba abajo—. Cielos, has cambiado muchísimo. ¿Qué te has hecho en el pelo?

Me la quedé mirando, porque la verdad era que con esas piernas infinitas y ese trasero tampoco había reparado mucho en su pelo. Ahora que me fijaba, Jane había peinado su cabello naturalmente liso en unas ondas que parecían caer como una cascada por su espalda. Podía decirse que estaba guapa, pero jamás lo admitiría.

—Solo se lo ha dejado crecer —comenté despreocupado al ver que ella se cortaba. Jane siempre había sido tímida y le costaba un poco interactuar con los demás. Imaginé que ver a Emily sin esperárselo la había cohibido un poco. De pronto, recordé que cuando era una niña siempre usaba dos coletas y yo jugaba a despeinarla. Algo me calentó el pecho durante un breve segundo.

—¿Qué llevas puesto? Pareces una vagabunda —intervino Grace, como siempre, sin pensar mucho lo que decía, o quizá diciéndolo con mala intención.

Alcé ambas cejas y miré de soslayo a Jane, esperando que la mandase a la mierda; sin embargo, ella solo sonrió con timidez y negó con la cabeza.

—Yo también me alegro de verte, Grace.

La chica rubia del corto vestido blanco la observó con detenimiento antes de devolverle una sonrisa que yo sabía que no era nada sincera.

—Anda, salúdanos como es debido —intervino Mark mientras se acercaba con los brazos abiertos.

Me puse tenso nada más verlos juntos, pero mantuve una expresión de indiferencia en el rostro. Chai, nuestro amigo coreano, no lo imitó, sino que se quedó donde estaba y la saludó con una leve inclinación de cabeza.

Pude sentir en cada parte de mi ser que Jane se arrepentía de haber salido y que se estaba planteando irse, así que me apresuré a añadir:

—¡Venga! ¿A qué estamos esperando?

Mark se montó en la parte de atrás de la camioneta, pero bastó un movimiento de mi cabeza para que se bajase.

—Solo por hoy, puedes ir delante —le susurré, llamando la atención de las tres chicas que se habían quedado en silencio,

mirándose las unas a las otras—. Vamos, subid.

Las tres me hicieron caso y se montaron en la camioneta. También me percaté de que Jane tensaba los hombros al ver que tendría que ir en un lugar donde no había asientos ni cinturones. Tampoco techo. Quizá fueron sus nervios los que me hicieron ponerme a su lado. Y me detesté por ello.

Chai arrancó la vieja camioneta de su padre y aceleró demasiado rápido. El cuerpo de Jane se pegó al mío.

—Lo siento —se disculpó con la mirada clavada en la mía durante unos instantes.

—No pasa nada. No todo el mundo puede tener buen equilibrio —le respondí. Grace y Emily iban a lo suyo y hablaban entre ellas, probablemente de Jane y lo cambiada que creían que estaba.

—Qué tonto eres. —Se sonrojó y trató de camuflar una sonrisa. Mi risa captó la atención de las otras dos, que no entendían qué acababa de pasar. Yo solo estaba usándola, haciendo que se sintiese cómoda, pero odiaba cómo su cercanía me hacía sentir.

—Me pareceré a ti, florecilla —bromeé, ganándome un suave codazo.

Chai subió la música justo en ese momento. Grace me rozó la pierna con la suya, recordándome que ella también estaba metida en el plan. Tampoco le había hecho gracia que Jane regresase después de haberse olvidado por completo de que tenía amigas allí. Aunque se seguían por las redes sociales, no habían vuelto a hablar. Emily, por su parte, tenía la cabeza casi metida en el móvil. A saber con quién estaría hablando.

—¿Así que has venido a visitar a tu padre? Ya era hora, desde luego. No sé cómo has podido pasar tanto tiempo sin verlo.

Jane observó a Grace mientras entrábamos en la carretera que daba a Riverbrook, también rodeada de árboles y con algunas

curvas.

—He estado ocupada en Nueva York —comentó con indiferencia, haciendo que la otra chica rabiase. Yo sabía que llevaba años pidiéndole a su madre ir de vacaciones allí.

—No entiendo qué podría tenerte tan ocupada como para no visitar a tu padre —prosiguió Grace. Conocía tan bien a Jane que sabía que ese comentario la había hecho sentir mal.

—Hemos mantenido el contacto como hemos podido —dijo tan solo, sin querer dar explicaciones.

Por un instante, me sentí mal por el bueno de Henry. Todo el pueblo se había enterado de que su mujer lo había dejado y de lo duro que había sido el divorcio para él. El recuerdo de un coche marchándose en mitad de la noche me sacudió durante un instante.

—Bueno, lo importante es que ahora está aquí y que vamos a pasarlo bien —intervino Emily, sonriendo de corazón. Ella no tenía ni idea de lo que íbamos a hacer Grace y yo. La primera dejó de prestar atención a la conversación y se puso a mirar su teléfono. Me repateaban las personas que hacían eso, y era algo que estaba tan normalizado que me enervaba todavía más.

—Esa es la actitud —respondí segundos antes de aceptar el vaso de plástico azul que Mark me tendía desde el asiento del copiloto.

Le di un trago y noté el sabor envolvente del alcohol. Las chicas no tardaron en tener sus bebidas en las manos, y me quedé mirando cómo Jane se pensaba si beber o no.

—¿Ya te estás rajando? —la piqué.

Ella me fulminó con la mirada antes de dar un trago corto. Mis labios esbozaron una sonrisa sin permiso cuando Jane trató de reprimir una mueca de disgusto por el fuerte sabor.

—¿Habéis visto el vídeo que ha subido Gabriella Menths?

Jane se inclinó un poco hacia Grace, que mostraba un vídeo de una *influencer* que bailaba en una isla paradisíaca.

—Esa vive mejor que nadie. Todos los días viajando —comentó Emily.

—No se sabe. Lo mismo ha ido solo uno o dos días, y ha estado corriendo de un lado para otro para grabar el contenido y hacer como que han sido varios días —repuse, sin creerme del todo que la vida del *influencer* fuese tan buena como la pintaban. Al fin y al cabo, en sus redes solo se veía lo que su equipo quería que mostrasen. Había escuchado que, en ocasiones, era el personal del lugar promocionado el que hacía la foto para luego mandársela a las *influencers* y que estas la publicasen como si ellas hubiesen estado ahí de verdad. Solo así me explicaba tantos desayunos en sitios tan lejanos geográficamente en tan cortos periodos de tiempo.

—Se ha puesto labios —informó Emily ignorando lo que acababa de decir.

—Eso mismo te hace falta a ti —comentó Grace mientras la miraba de soslayo.

La pelirroja se llevó una mano a la boca y bajó un poco la cabeza. Grace siempre hacía ese tipo de comentarios como si no tuviesen la menor importancia, aunque algo en la forma en la que Emily tensó los hombros me dejó ver que sí que la tenía. Quise decirle algo, pero la voz entusiasta de Mark me lo impidió:

—Se ha puesto tetas, ¿no? ¿Qué edad tenía esa?

—Quince —respondió Grace.

—¡Qué locura operarte a esa edad! —exclamó Chai mientras giraba en una calle con cuidado tras poner el intermitente.

—¡Y vaya melones que tiene! —añadió Mark.

—Si aún está creciendo —respondió el conductor.

—Eres un asqueroso —dijo Emily fulminando con la mirada a Mark.

Él se rio y la chica negó con la cabeza.

—Es solo un retoquito, y si ella se ve bien así... —intervino Grace, justo antes de volver a mirar a su amiga.

—Es una operación. El problema de las redes sociales es que se banaliza algo tan serio como pasar por un quirófano. Además, casi nunca se escucha hablar de las posibles complicaciones —comentó Jane, y yo sabía muy bien en quién pensaba al decir esa frase. Todos lo sabíamos.

—El concepto de belleza se nos está yendo de las manos —añadí yo—. Y los filtros...

—Pues a mí ponedme un filtro con una isla paradisíaca detrás. Yo firmaría por salir de aquí —me cortó Grace, a lo que Emily le dio la razón entre risas, olvidando que segundos antes le había hecho un comentario ofensivo.

Miré a Jane como si solo nosotros entendiésemos la profundidad de la conversación. Ella me devolvió una mirada audaz, quizá dándome la razón a lo que había dicho. Había filtros que te convertían en una versión irreal de ti mismo con la que luego te comparabas, y te sentías hasta mal por no ser tan perfecto como esa imagen. Absurdo, pero tan habitual que daba miedo.

—Ninguna valoráis la tranquilidad que tenemos en este lugar —dijo Chai girándose hacia nosotros por un instante antes de volver a posar la vista en la carretera.

—Eres un conformista. No quiero morirme en este lugar. Quiero ver mundo, como hacen las *influencers* —dijo Grace.

—Lo mismo te vuelves una... ¿Cuántos seguidores tenías, rubia? —le preguntó Mark.

Grace se había abierto un canal para hablar de moda, aunque todavía era muy pequeño.

—Vete a la mierda, Mark. Al menos tengo más que tú.

—Hola, chicas, bienvenidas a mi canal. Hoy os traigo un *haul* de... —la imitó, ganándose que Grace se levantase y le diese un manotazo que le sacó una carcajada al chico— de la tienda de la esquina de mi calle, porque de otro lado...

—Aggg —soltó ella irritada—. De verdad que no eres más tonto porque no entrenas. Mejor me pongo a cantar, como hace Asher —dijo en un intento de pasar el foco de atención negativa hacia mí.

—Pues solo le siguen dos mil personas o algo así. ¿Cuántas te seguían a ti, cuatrocientas? —intervino Chai, que había bajado un poco la música para enterarse mejor de la conversación. Mi amigo siempre me defendía, y le estaba muy agradecido por ello. Le devolví la sonrisa a través del retrovisor, aunque también pensé que en mi casa no cabrían cuatrocientas personas ni de coña.

—Espera, ¿qué? ¿Tienes dos mil seguidores? —La voz de Jane me hizo mirarla fijamente.

—Pero ¡si yo a ti te sigo! ¿Cómo es que no lo sabías? —respondí.

Ella se llevó ambas manos a la boca.

—¿Eres el que tiene como foto de perfil una imagen negra?

—¿En serio no me seguiste de vuelta? —En realidad, ya era consciente de eso, solo quería aprovechar para echárselo en cara.

—No. ¡Por favor! ¡No sabía que eras tú! ¿Quién pone como presentación simplemente la palabra «yo»? ¡Pensé que era alguna clase de estafa o algo así! Además, no tienes ninguna foto publicada.

Me reí porque ahí tenía razón. Mi perfil era privado, y solo aceptaba a quien yo quería. No tenía intención alguna de ser famoso ni nada por el estilo, aunque mucha gente me decía que cantaba

muy bien. Además, no publicaba fotos ni vídeos, solo historias que luego dejaba en destacadas para tenerlas ahí. Lo hacía para pasar el rato, nada más.

—Pues ahora ya sabes que soy yo. —Me encogí de hombros al ver que todos atendían a mi conversación con Jane.

Puede que yo sí que hubiese estado siguiendo su vida, y todos los conciertos a los que iba con su madre. También iba a clubs de lectura con una amiga llamada Carmen, que, por lo que había averiguado de ver tantas historias juntas, venía de México y trabajaba en una cafetería para cubrir sus gastos.

—Chavales, estamos llegando —comentó Chai mientras entraba por una calle sin asfaltar que daba a un recinto cerrado.

Jane lo observó todo con ojos brillantes, y luego me miró con preocupación al ver a cinco gorilas cubriendo la puerta principal.

—Asher, yo no tengo entrada.

Le sonreí. Justo en ese momento, comenzaba mi venganza.

7



Jane

La música sonaba tan fuerte que tuve que tragar saliva al notar que mi cabeza se quejaba un poco. Olía raro, como a porro mezclado con otras sustancias; aunque no me gustaba, respiré hondo y salí del vehículo cuando Asher me lo pidió. Me había puesto un poco nerviosa ir detrás con tantos baches, pero la presencia de mi amigo de la infancia me reconfortaba tanto que el miedo se había esfumado poco a poco.

La verdad era que no esperaba ver a Grace ni a Emily esa noche, pero, al fin y al cabo, siempre habíamos sido los seis. De pequeños, jugábamos juntos en el único parque que había en Fair Haven, cerca del lago Faellen. Asher solía columpiarme para que luego yo hiciese lo mismo con él, hasta que cumplió ocho años y comenzó a decir que ya era muy mayor para el columpio. Se le metió esa idea en la cabeza y empezó a hacer dominadas en la barra, aunque no tenía fuerza suficiente, y al principio le costó muchísimo hacer siquiera

una. Todavía recuerdo cómo me alegré cuando consiguió hacer la primera.

—Espera, esto no es Riverbrook... —comenté mirando hacia todos lados. Estábamos a las afueras del pueblo, en el circuito abandonado, que en ese momento estaba lleno de gente y de coches. Cinco hombres vestidos de negro custodiaban la puerta de cristal que daba acceso a la infraestructura.

—Asher..., ¿qué hacemos aquí?

—Esto ha cambiado bastante desde que veníamos de pequeños con nuestros padres a jugar a las carreras, florecilla.

Quise decirle que no me llamase así, pero estaba demasiado impactada por todo lo que veía. Una vez me había escapado con mi amiga Carmen y había estado en una fiesta ilegal en Nueva York, aunque no tenía nada que ver con lo que me rodeaba. Aquello era... Había coches con los maleteros abiertos de los que sobresalían aparatos de música enormes. Algunas chicas bailaban vaso en mano alrededor de varias bolas de discoteca que alguien había colocado por el suelo. Los motores rugían tanto dentro como fuera del circuito. Asher me agarró por la cintura, y mis nervios aumentaron al sentir la fuerza que tenían sus dedos. Se acercó a mí por detrás y me habló al oído:

—Te voy a contar un secreto, Jane. Ninguno tenemos entrada.

Me giré hacia él sin entenderlo, aunque me dejé llevar cuando tiró de mí hacia donde estaban los seguratas. Bastó con un vistazo para que lo dejasen entrar con un leve asentimiento de cabeza.

Si creía que el rugido de los motores era fuerte en el exterior, me equivocaba. Casi tuve que taparme los oídos al entrar al circuito, justo detrás de Asher. Por alguna razón, en ese momento fui más consciente que nunca de que me sacaba casi dos cabezas. Me sentía tan fuera de lugar que me costaba un poco respirar, pero no

pensaba demostrarle a nadie que no me gustaba estar en un sitio como aquel. Él me conocía lo suficiente como para saberlo. O quizá no, puede que para mi antiguo mejor amigo eso fuese una salida normal. Tal vez debería haberle dicho que no estaba cómoda, pero me mantuve callada. Me limité a seguirlo porque me daba miedo que se alejase de mí después de tantos años separados, así que me obligué a colocar una sonrisa en mis labios y a tragar saliva para paliar un poco la sequedad de mi garganta. Me moría por una botella de agua, y allí estaba, rodeada de alcohol.

—Vamos, Jane, no te pierdas —me dijo Emily, dándome la mano mientras Grace guiaba al grupo hacia otro mayor donde...

—¡Ah! —chillé cuando casi fui atropellada por una moto.

El único que pareció escucharme fue Asher, que en ese momento iba detrás de mí. Me giré hacia él a tiempo de ver cómo le quitaba la botella a un chico para lanzársela al conductor y darle en toda la cabeza. Era de plástico y ni se inmutó.

—¿Estás bien? —me preguntó enfadado.

Las pulsaciones me retumbaban en la cabeza al ritmo frenético de la música.

—Sí, pero he sentido la rueda rozarme el pie... —comenté, aunque no tuve tiempo de terminar la frase antes de que Asher me agarrase la pierna y me examinase con la linterna de su móvil. Todas mis hormonas despertaron ante aquel tacto que tan bien conocía de pequeña. Mi piel incluso se erizó cuando una descarga eléctrica me recorrió la zona baja del estómago.

—Lo tienes un poco rojo, pero no te ha hecho herida. Luego ajustaré cuentas con él.

No tenía muy claro a qué se refería con aquello, aunque tampoco me dio tiempo a pensar mucho más porque Grace y Emily se

acercaron a donde estábamos. Dios, en ese lugar ya no cabía ni un alfiler más.

—Vamos a las gradas —informó Grace antes de agarrar mi mano y alejarme de Asher tras intercambiar una mirada extraña con él. La seguí junto a Emily y otro grupo de chicas que debían de ser del pueblo vecino. Nos costaba horrores avanzar, pero las demás parecían disfrutar eso de ir caminando en medio de tanta gente. Incluso cantaban y bailaban. Yo solo me agobiaba cada vez más.

Me di cuenta de que había un pequeño escenario en medio de la multitud, donde tocaba un grupo que no conocía. Se encontraba justo en el centro del circuito donde varios coches competían entre sí. Alrededor de la pista, las gradas estaban tan llenas que me preocupaba que se cayesen y acabásemos atropelladas por los coches.

Aquello era una locura, pero empeoró cuando, después de pasar un rato en las gradas, Grace decidió que era buena idea cruzar para estar más cerca del escenario.

—¡No pienso atravesar la pista cuando hay coches compitiendo! ¡Pueden atropellarnos! —me atreví a decir, porque la verdad era que llevaba muy mal confrontarme con alguien.

Grace me miró de arriba abajo y negó con la cabeza.

—Quédate aquí sola si quieres. Ya se lo dije a Asher, te has vuelto una pava de ciudad. Y tan aburrida como siempre.

No era capaz de entender cómo ella no veía el peligro de cruzar cuando cada pocos segundos pasaba un coche a toda velocidad. A pesar de eso, me dio tanta rabia lo que había dicho que decidí seguirlas. Quizá fue que había empleado las mismas palabras que Asher esa tarde, pero me ardía la sangre al pensar que ella me había estado criticando con él. Joder, Asher siempre había sido mi mejor

amigo, no el de Grace. Ella siempre había sentido envidia de nuestra relación, y ahora... ¿hablaban mal de mí a mis espaldas? ¿Era eso?

—Está bien, voy con vosotras —respondí con calma a pesar de estar muy molesta. Mi madre siempre me decía que tenía que dejar de ser tan tímida, pero no se daba cuenta de que yo también odiaba no ser capaz de defenderme en situaciones así. Era como si, al considerarme tan poca cosa, lo que tuviese que decir no importase.

Las chicas del pueblo vecino me miraron de arriba abajo como si yo fuese alguien inferior, reafirmando cómo me sentía. Las observé y me di cuenta de que la gran mayoría parecían sacadas de una revista y de que cumplían con todos los estándares de belleza que no dejaba de ver en redes sociales: labios enormes, cuanto más mejor, capas de maquillaje y cintura delgada. Grace me había dicho que yo parecía una vagabunda; sin embargo, aquellas chicas no iban mucho mejor vestidas que yo, y a ellas les había dicho que estaban guapísimas. Llevaban pantalones mucho más cortos que los míos y camisetas que mostraban parte de su abdomen.

—A la de una, dos... ¡Espera, espera!, ¡que viene uno! —gritó una chica tan sonriente y despreocupada que no parecía estar a punto de pasar por el medio de una pista de carreras—. ¡Chin, chin! ¡Que casi morimos!

Levantó su vaso y las demás le siguieron la broma. Una parte de mí no paraba de recordarme todo lo que podía ocurrir si cruzaba aquel circuito, pero la otra estaba tan cabreada que tomó el control, y salí corriendo al mismo tiempo que las demás cuando se aseguraron de que no venía ningún coche. O eso creíamos, porque apareció uno de la nada y tuvo que esquivarnos de un volantazo que hizo que casi se tragara las gradas repletas de gente. Corrí tanto que me coloqué la primera del grupo hasta llegar al otro lado. Sentí un alivio inmenso mientras las pulsaciones me atronaban incluso en la

garganta. Iba a sacar los pulmones por la boca del miedo, aunque traté de que no se notase.

—¡Por nosotras, que casi no lo contamos! —rio la misma chica que me había caído como una patada en el estómago antes de beber de nuevo. Ya estaba en el otro lado de la pista, cerca del escenario—. ¡Chin, chin! ¡Ah, necesito otro cubata!

Yo no recordaba ni dónde estaba mi vaso. Probablemente se me había caído de las manos con el miedo a cruzar. Mi parte activista se sintió fatal por dejarlo ahí, pero luego entendí que ese lugar al día siguiente iba a ser un caos, y que en ese momento mi prioridad era no ser atropellada. Un coche pasó justo a nuestro lado a tal velocidad que movió mi cabello con rudeza, y agarré la mano de Emily.

—Vamos más para dentro —le pedí, haciendo como que me interesaba el concierto, aunque la verdad era que tenía la impresión de que, si uno de los coches se salía del circuito, iba a darnos de lleno estuviéramos donde estuviésemos.

Tenía tanto miedo que solo pensaba en la cama tan bonita que había dejado en la casa de mi padre. Y en la de Nueva York. Pensaba en todo, y, principalmente, en mi madre. En que había preferido estar con su nuevo marido antes que conmigo.

Por inercia, le quité a Grace el vaso que acababa de volver a llenar y me lo bebí de un trago. Era solo otra de las malas decisiones que estaba tomando ese día, sobre todo, teniendo en cuenta que yo no bebía. No obstante..., ¿qué podía ser peor que estar en medio de la nada en un festival de música improvisado situado en el centro de un circuito donde hacían carreras ilegales? ¿Por qué nadie salvo yo parecía darse cuenta de que aquello era peligroso?

Reprimí una mueca al sentir el líquido quemarme la garganta. Odiaba no ser capaz de ser más valiente e irme. Detestaba hacer

cosas para no desentonar, porque, en cierto modo, era como si yo fuese ese trozo del puzle que no encaja en ningún lado. Ni tan siquiera en casa.

¿Cómo era posible que mi madre todavía no me hubiese llamado? Mi mente parecía llena de una especie de neblina que me dificultaba pensar, pero los recuerdos me asaltaron con nitidez. Recordaba la forma en la que su nuevo marido me había puesto las maletas en la puerta de nuestra casa en Nueva York, y el mensaje de texto que me había enviado mi madre diciéndome que me fuese, que ella se iba de vacaciones con su novio y estaba ya en la furgoneta de su banda. Sabía que me había mentido, porque había escuchado ruido en el interior de casa. Me había dolido mucho más saber que mi madre estaba detrás de la puerta y que no se dignaba a salir y hablarme a la cara. Su marido me había explicado que tenía que irme con mi padre porque ella iba a seguirlo en la gira. Le había suplicado a mi madre que no me enviase de nuevo al pueblo, pero solo me había topado con su silencio al otro lado de la puerta y con la mirada preocupada de mi padrastro.

—Te irá bien pasar un tiempo lejos de todo este ruido —me había dicho él, camino de la estación, mientras yo seguía llorando sin entender por qué mi madre me obligaba a aquello y por qué ni tan siquiera se había despedido de mí.

Instintivamente, me alejé un poco de las chicas y me llevé el teléfono al oído. Mi madre volvió a ignorar mi llamada y la ira me recorrió de nuevo. Le quité el vaso a otra persona que ni conocía y di un buen trago. Quizá esa fuese la nueva yo, porque la antigua jamás habría cogido una copa sin pensar qué podría llevar dentro. Puede que el dolor hubiese agrietado tanto esa parte racional de mí que la rabia ocupara todo ese espacio.

—Ya has bebido bastante. —En esa ocasión, la voz no provenía de ningún recuerdo. Me giré hacia Asher, que colocó una mano en mi cadera mientras me quitaba el vaso que acababa de llevarme a los labios.

—No eres nadie para decirme lo que puedo o no hacer. —Me percaté de que me costaba un poco pronunciar las palabras. Sentía la lengua pesada, pero, al mismo tiempo, mi cuerpo parecía deslizarse con demasiada ligereza.

—No soy nadie, ¿eh? —respondió mirándome fijamente con esos ojos grises que tanto me gustaban de pequeña, y que ahora habían adquirido un matiz de advertencia.

—¡No hagas eso! —grité cuando Asher tiró el contenido del vaso al suelo. El chico al que se lo había quitado también protestó, aunque una mirada de mi vecino bastó para que se alejase sin decir nada.

—Será mejor que te lleve a casa, Jane —dijo al ver que, al dar un paso hacia él, me tambaleaba. Lo conocía lo suficientemente bien como para saber que estaba enfadado consigo mismo. No entendía el motivo, pero tampoco le di importancia cuando Grace me agarró y lo fulminó con la mirada.

—¿Ya le has contado lo mejor de la noche?

Mi mente se había ralentizado de repente.

—¿Lo mejor de qué? —respondí, e hipé tras terminar la frase. Lo peor era que no sentí ni vergüenza. Quizá me hubiese emborrachado sin saberlo; sin embargo, aquella era la menor de mis preocupaciones.

—Asher te tiene algo preparado —comentó con una sonrisa aviesa.

—No, no le tengo nada preparado, Grace —respondió él, acariciando cada una de las palabras con una cadencia peligrosa.

La chica abrió los ojos como platos; a su lado, Emily observaba la situación sin intervenir.

—¿No vas a competir? —inquirió la rubia como si se lo echase en cara.

Asher tragó saliva.

—Hay gente apostando, claro que va a competir —intervino Mark, mirando a su amigo con acritud.

El interpelado solo tenía ojos para mí, y, en lugar de incomodarme, me hacía sentir bien. Cuando me miraba directamente, era como si su mirada absorbiese todo el ruido que nos rodeaba. Los rugidos de los motores, las voces gritando, la música sonando... todo desaparecía de una manera que no sabía describir.

—Vas a perder mucho dinero si no lo haces —aseveró Chai, apareciendo justo detrás de él.

—¡Qué cojones! ¡Vas a meterte en un buen lío! —añadió Mark.

—No importa —respondió Asher. Entonces agarró mi cintura y tiró de mí para sacarme de allí.

Mientras su piel rozaba la mía no me parecía tan aterrador cruzar de nuevo por el circuito.

—¿Qué te crees que haces? —preguntó Grace golpeando la mano de Asher para que se separase de mi cuerpo. Sentí el vacío de la falta de su contacto.

—He sido bastante claro.

—Pues entonces llévame a mí —ordenó ella—. No vamos a perder dinero. He apostado por ti.

Mi cerebro aturdido entendió por fin que Asher competía en aquel circuito. ¡Por eso los guardias de la entrada lo habían dejado pasar! ¿Desde cuándo hacía este tipo de cosas? De pronto, la rabia porque fuese tan incauto me invadió. Estaba a punto de decirle algo, pero

otro chico, de cabello negro, piel bronceada por el sol y ojos azules, interrumpió nuestra conversación.

—¡Vaya, vaya! ¡Al fin ha ocurrido, el gran Asher Brown se ha cagado encima! ¿Te da miedo perder contra mí? Porque no te va a quedar otra —comentó con altanería.

—Jackson, cállate. Sabes que puedo ganarte cuando quiera.

El tal Jackson alzó ambos puños como si estuviese en un combate, retador, y soltó una carcajada que el séquito que tenía detrás secundó.

—¿Cuándo fue la última vez que ganaste? No la recuerdo...

Me puse tensa nada más oírlo. Asher competía de manera habitual. Tragué saliva y lo miré con toda la severidad que pude.

—No está bien decir mentiras, Jack... —respondió Asher. Puede que solo yo notase cuánto le enervaba ese otro chico.

—La última vez te derroté. ¿Cuánto dinero perdiste?

—No tanto como todo el que he conseguido ganándote. ¿Cuántas victorias fueron? ¿Unas seis?

—Tres —se apresuró a decir Jackson—. Pero tu racha de buena suerte ha acabado, y, como ves..., todos van a pensar que eres un cagado porque hoy te daba miedo perder contra mí.

Asher apretó los puños. Siempre había tenido la mecha corta.

—Él competirá conmigo —sentenció Grace, sosteniéndole la mirada a Jackson.

—¿Ahora tu noviecita habla por ti? Vas de mal en peor, Brown.

Sentí náuseas al escuchar esa frase, y no precisamente por lo que había bebido. ¿Novia? Me giré hacia Grace, que me observaba de un modo altivo, disfrutando de mi reacción. Idiota. Ella y yo. ¿Cómo había podido pensar que un chico tan guapo como Asher no iba a tener novia? Mierda. ¿Y por qué me importaba aquello? Yo acababa de llegar al pueblo, y estaba claro que, aunque Asher me pareciese

muy atractivo, no quería nada con él. Era solo mi mejor amigo de la infancia. El que estaba acostumbrada a tener para mí. El que se quedaba a dormir conmigo después de una noche de pelis. O el que me preparaba el desayuno porque se levantaba siempre antes que yo y luego me llamaba florecilla dormilona mientras se reía con papá. Los ojos se me empañaron porque entendí que quizá todo eso había quedado atrás para siempre, como un recuerdo al que ya solo podía acudir, pero no volver a vivir nunca más.

—Yo lo haré contigo, Jackson.

No entendí por qué esas palabras salieron de mis labios, pero lo hicieron. Sentí cómo Asher tensaba cada parte de su cuerpo y cómo retenía el aire en los labios. Odiaba conocerlo tanto. Era un cúmulo de sentimientos contradictorios andante. Solo sabía que iba a acabar explotando. Lo que no imaginé fue que lo haría de la forma en la que ocurrió.

8



Asher

¡¡Jane no podía haber dicho lo que acababa de decir!! ¡¿En qué cojones pensaba?! No podía montarse en el coche con mi archienemigo. Jackson y yo nos habíamos conocido compitiendo cuando yo iba por la vida hecho un caos y odiaba a todo el mundo. Nos llevábamos tan mal porque casi había tenido un accidente por su culpa, y él jamás había admitido que había embestido su coche contra el mío para que me chocase contra las gradas. Las carreras eran la forma en la que quemaba la adrenalina, lo único capaz de apaciguar el dolor tras la muerte de mi madre. Apreté los puños al recordar cómo había ocurrido. Odiaba saber que tenía a la responsable justo al lado.

Mi plan era montar a Jane conmigo en el coche y asustarla tanto que quisiese marcharse. No me importaba perder esa noche, solo quería que ella se fuese. Que se largase lejos. Pero había sido verla borracha y perdida, con esa tristeza en sus ojos, y simplemente no me había visto capaz. Quise llevarla a casa en cuanto vi la forma en

la que su mirada se fundió con la mía. La misma que había memorizado de pequeño. Deseé sacarla de allí y ponerla a salvo, porque hasta a mí habían estado a punto de atropellarme esa noche. Los sábados eran los peores días para competir porque se llenaba con mucha gente de fuera y teníamos que estar atentos a que no viniese la policía. Por eso había querido llevarla ese día. Ella se merecía lo peor. Y, sin embargo..., ahí estaba yo de nuevo. Faltando al plan que me había prometido cumplir.

Me detesté por ello.

Aunque no tanto como cuando Jackson se quedó mirando la frialdad de mi rostro, porque traté de no mover ni un solo músculo al oír a Jane decir eso. En serio, ¿en qué cojones pensaba para ofrecerse a montarse con ese tío?

—Será un placer llevarte...

—Jane —se presentó ella.

Cielo santo, iba a matarla. Si es que Jackson no lo hacía antes. Se me formó un nudo en el estómago. Estaba muy pendiente de cómo todos me observaban, por lo que me limité a asentir; sabía que, si Jackson no competía contra mí, lo haría contra otro. Y no podía permitir que el coche en el que iba Jane se enfrentase contra algún descerebrado que pudiese causarles un accidente. Tenía que ser yo. Incluso si competían más coches, yo tenía que estar ahí para asegurarme de que ninguno le hiciese nada al de Jackson.

—Está bien, pero luego no vengas llorando cuando pierdas —comenté, y no supe muy bien si se lo decía a él o a ella. Puede que a los dos, con la única diferencia de que a ella la consolaría y a él le pegaría un puñetazo.

Lo siguiente que recuerdo es estar esperando a que mi equipo terminara de preparar el coche en el que iba a montarme con una Grace emocionada que no paraba de criticar a Jane. Emily había

tratado de convencerla para que no compitiese, pero una vez que a Grace se le metía algo en la cabeza, no había forma de hacerla cambiar de opinión. Yo lo sabía mejor que nadie.

—No te expongas de esa forma, por favor... -—le rogaba su amiga, mordiéndose los labios.

—No seas pesada. Siempre estás igual. Sé divertida por una vez —le respondió Grace, y se alejó de ella. Emily soltó un suspiro, agobiada. Las demás chicas se acercaron a ella para animarla.

Mark supervisaba cada movimiento con el que dejaban listo el Nissan 350Z de mi padre. Ese era el único lujo que se había dado durante su vida en Estados Unidos. Por llamarlo de algún modo, porque tampoco era un Ferrari, y además lo había comprado de segunda mano. Iba a competir contra el Infiniti G37 de Jackson. Ambos estaban tuneados, y me sentía especialmente orgulloso del mío, ya que mezclaba los colores azul y negro de una forma armoniosa y llevaba las llantas a juego. Además, el motor era alucinante.

Mi iluso padre se creía que estaba en el taller. Cada vez que tenía competición, sacaba uno de los cables del interior del motor, y cuando él lo llevaba a arreglar al taller del señor Wilson, yo me las arreglaba para sacarlo sin que me viesen y traerlo hasta el lugar de la competición. Allí, Chai y Mark volvían a instalar las modificaciones. Todo eso lo hacíamos con la ayuda del hijo del señor Wilson, que trabajaba en el taller con él. Greg, de unos cuarenta años, tenía un problema con la bebida, pero sabía que, si le pasaba cualquier cosa al vehículo durante la competición, se encargaría de repararlo antes de que nuestros padres se enterasen.

Miré a Mark, sabiendo que él se había encargado de llevar las apuestas aquella noche. El segundo motivo por el que competía, más allá de la adrenalina y de dejar de pensar, era para largarme de

Fair Haven. Sentía que el pueblo me asfixiaba desde que mi madre se había ido y que todo el mundo me tenía pena por haberla perdido tan joven. Odiaba esa sensación.

Jane sonrió, y quise arrancarle ese maldito gesto de esos labios tan bonitos que tenía. Apreté los puños, cada vez más enfadado con que hubiese cometido la estupidez de subirse en el coche con Jackson. Aunque, al fin y al cabo, ¿quién era yo para decirle nada?

Entré en el vehículo mientras Greg y sus amigos estaban aún comprobando que todo fuese bien. No les di tiempo a terminar porque Jackson ya me esperaba con su Infiniti en la línea de salida. No quise mirar más de dos segundos a Jane. Solo eché un vistazo para asegurarme de que de verdad se había sentado al lado de ese capullo. Dios. Si pudiera, la sacaría de ahí. En serio... ¿En qué pensaba?

El segundo en el que nuestras miradas se cruzaron me hizo ver que ya no estaba tan segura de lo que estaba haciendo.

—Vete... —le pedí articulando exageradamente para que me entendiese sin pronunciar palabra.

Vi como soltaba aire, nerviosa, y cuando parecía que estaba a punto de irse fue justo cuando Grace se sentó a mi lado. Entonces los ojos de Jane refulgieron con algo que no supe identificar, pero bastó para que se girase hacia Jackson y se pusiese el cinturón de seguridad.

—¡Vamos a machacarlos, Asher! —me animó Grace mientras yo negaba con la cabeza.

Ella había sido la primera que había faltado al plan al ofrecerse a montarse conmigo. No era Grace la que tendría que estar a mi lado en ese momento. Tendría que ser mi maldita vecina. Y ahí estaba yo, con mi amiga y su vestido blanco, que se había vuelto aún más

corto. Miré por un instante sus torneadas y bronceadas piernas antes de centrarme en el circuito que tenía delante.

—¡Últimas apuestas! —gritó Mark mientras recorría la pista con un cuaderno y un fajo de billetes.

Jackson pisó el acelerador de su vehículo sin soltar el freno, llamando la atención de varias chicas, que lo vitorearon. Unos minutos más tarde, una chica con un traje rojo y una bandera se puso en el centro de la pista. Pisé el embrague para preparar el coche al mismo tiempo que centraba toda mi atención en ella.

Sentí la velocidad justo en el momento en el que bajó la bandera. El rugido de mi motor invadió la noche que parecía desgarrarse a nuestro alrededor, como si supiese lo que estaba a punto de pasar. Ojalá yo lo hubiese sabido.

Jackson me sacaba unos metros de distancia, así que aceleré justo en la curva donde sabía que él iba a reducir. Grace gritó eufórica cuando nos colocamos en el primer lugar, por delante de otros cuatro coches que también parecían volar. Competir era lo único que me hacía evadirme de todo lo demás, pero, en ese momento, mi mente estaba con Jane y con la sensación de preocupación por que le ocurriese algo.

Giré en otra curva y sentí cómo el coche se me desestabilizaba un poco, aunque conseguí mantenerlo recto. La adrenalina me recorría de tal forma que lo veía todo a cámara lenta al mismo tiempo que no era capaz de distinguir a los espectadores como algo más que figuras borrosas que vitoreaban. Las apuestas siempre corrían a nombre de Jackson o del mío. Éramos la atracción central del festival que improvisábamos antes de que los pueblos se llenasen de turistas. Ya no habría otra competición hasta final de verano. Normalmente, conseguía ganarle con facilidad, pero en el momento

en el que me adelantó, entendí que tenía que dejar de pensar en Jane si quería vencerlo.

—¡Vamos, Asher! —me alentó Grace a mi lado.

Aceleré arriesgándolo todo en la segunda vuelta de tres. Sabía que la distancia que avanzase en las curvas era crucial para ganar. Me coloqué una vez más en primer lugar y una sonrisa se dibujó en mis labios. Pero duró poco. Pité cuando un grupo de chicas se cruzó en el circuito para llegar al centro del festival, y tuve que reducir tanto que acabé en cuarta posición. Grace se había encogido en el asiento pensando que iba a atropellar a alguna.

—¡Maldición! —rugí mientras volvía a acelerar y notaba como mi corazón atronaba al pasar demasiado cerca del tercer coche.

Jackson seguía primero porque él no había frenado al verlas, sino acelerado. Recorrí el circuito con el acelerador bajado hasta el fondo. El rugido de mi motor sacudía la noche y era lo único que oía a pesar del concierto.

Tenía que ganar. Sobre todo, porque yo mismo había apostado demasiado dinero por mí en aquella carrera. No podía perderlo o tendría que pasarme el verano trabajando en el restaurante de mi padre. Me exasperé y apreté los puños sobre el volante.

—Mierda.

Mi enfado ante la posibilidad de perder dinero se esfumó por completo al ver un coche acercarse demasiado al de Jackson. Sobre todo, porque me di cuenta de que quería embestirlo por la derecha. Joder. ¡Jane iba ahí! No podía dejar que eso ocurriese. Aceleré y le di por atrás, haciendo que el conductor fijase su atención en mí. El instante en el que el conductor desvió la mirada del circuito fue suficiente para que se separase de Jackson, y yo aproveché ese espacio. Rebasé al segundo coche una maniobra peligrosa en la que casi le obligué a frenar al acercarme demasiado y adelantarlo para

colocarme justo delante. Solo quedaba Jackson, y la línea de meta estaba demasiado cerca.

Agarré el volante con ambas manos mientras sentía las pulsaciones en la garganta. Una gota de sudor me cayó por la frente. Sentía los nervios en el estómago. Grace estaba pálida a mi lado y su cara se pegó a la ventanilla cuando volví a girar con un derrape. Si la hubiese visto desde fuera, me habría reído, pero, en ese momento, no tenía tiempo para aquello. Cambié de nuevo las marchas en la curva y luego aceleré rozando el coche de Jackson.

—Capullo. —Estoy seguro de que dijo eso cuando nuestras miradas se cruzaron y vi cómo movía los labios. Jane iba tensa a su lado. No reparé más en ella porque el coche de Jackson embistió al mío y casi me sacó del circuito. Recuperé el control como pude y aceleré de nuevo en otra curva. No quise chocar contra su vehículo por miedo a que le ocurriese algo a Jane, pero sí que volví a adelantarlo, lo que lo obligó a frenar para no tragarme. Fue una maniobra muy arriesgada, pero también fue la que me dio la victoria. Crucé la línea de meta unos segundos después.

9



Jane

Jackson no paraba de maldecir, y yo hacía lo mismo. Sin embargo, a diferencia de sus insultos, que iban dirigidos a Asher, los míos iban hacia mí misma y solo los pronunciaba en mi mente. ¿Cómo había podido ser tan estúpida como para montarme en el coche de un desconocido y competir contra mi mejor amigo de la infancia? Nunca había estado tan mareada como en ese momento ni había temido tanto por mi vida. Ni siquiera cuando el avión que me había llevado a Fair Haven tuvo turbulencias, había pensado con tanta fuerza que iba a morirme. Dios..., me temblaban hasta los dedos de los pies y mis dientes chocaban los unos contra los otros en movimientos incontrolables. ¡Es que habíamos estado incluso a punto de atropellar a otras chicas!

—¡Ese cabrón nos ha adelantado en el último segundo! —vociferaba Jackson, que estaba tan enfadado que le daba puñetazos

al volante incluso antes de parar el coche, haciendo que su bocina sonara como seis veces seguidas.

Ni siquiera esperé a que parase del todo el vehículo; en cuanto redujo lo suficiente, abrí mi puerta y me lancé al suelo. Necesitaba salir de ahí, pero, por desgracia, no había visto el coche que se acercaba. Todo pasó como en cámara lenta. Me llevé una mano a la boca en un gesto de terror. El horror se condensó en el aire. Mi corazón se saltó un latido. Mi respiración se congeló en mis pulmones. Un escalofrío me recorrió la espalda y el estómago me dio un vuelco. El sonido del frenazo retumbó en mis oídos. La forma en la que salí volando por los aires sería el recuerdo al que volvería cuando tuviera pesadillas.

—¡Jane!

El grito de Asher pronunciando mi nombre rompió más partes de mí que aquel porrazo. Escuché su voz cerca, aunque él estaba demasiado lejos. Sentí su ausencia como si algo atrapase el vacío justo en el instante en el que caí al suelo. Noté la pista desgarrar la piel de mi mejilla y algo crujió en mi hombro. El horror se apoderó de mí justo en el momento en el que perdí la conciencia.

—¡Jane! ¡Jane! —La voz de Asher me hizo regresar.

De pronto, tenía un corro de gente alrededor, pero mis ojos solo enfocaban a mi mejor amigo. Lo veía borroso debido a la neblina mental y me costaba mantener los ojos abiertos. Sin embargo, sentía el calor que emanaba de su cuerpo y la manera en la que sus manos me acunaban mientras pedía ayuda. Dudaba que en una carrera ilegal hubiese alguien capaz de ayudarme, pero me equivocaba. Uno de los porteros resultó ser estudiante de último año de Medicina. Me examinó y asintió hacia Asher dándole permiso para moverme. Él me levantó en el aire como si fuese un peso pluma y me llevó hasta las gradas, donde despejaron una zona solo para mí.

—Me duele muchísimo el hombro —fui capaz de quejarme.

—Lo tienes quemado del pavimento, igual que la mejilla, pero te pondrás bien. Creo que no tienes nada roto. El coche ya estaba casi parado cuando te embistió —comentó el estudiante mientras me levantaba el brazo con cuidado para comprobar mi movilidad.

—¿La mejilla?

Me llevé una mano a esa zona y me entró el pánico al sentir la piel deshilachada.

—No va a quedar cicatriz si la cuidas bien. No es una herida profunda. En cuanto la desinfectemos, no tendrá tan mal aspecto.

—¿Mal aspecto? —repetía sus palabras presa del miedo. Yo solo quería ser como esas chicas perfectas que veía en redes sociales, y ahora iba a tener una herida en la cara que podía dejarme una cicatriz. ¡Santo cielo! Sentí como si alguien me apretase el estómago.

—Tranquila. Lo más probable es que ni se note de aquí a un mes.

—Quiero verla —pedí, y busqué mi móvil, que podía servirme como espejo. No lo encontré, y tampoco me di cuenta de que había comenzado a tirar de mi mejilla como si quisiese volver a tenerla lisa.

—Ahora eso no te ayudará. Confía en lo que te estoy diciendo.

El futuro médico me agarró la muñeca para evitar que siguiese tocando la herida y la infectase, pero ver la sangre en mi mano me mareó tanto que sentí que la energía abandonaba mi cuerpo. De fondo, escuché a Asher gritando al conductor que me había atropellado.

—¡Si llegas a hacerle más daño te habría hecho desaparecer del mapa!

—¡Ella saltó del coche! ¿Cómo iba yo a saberlo?

Tenía razón. No había forma de saber que iba a darme tanto miedo estar con Jackson que iba a saltar con el vehículo aún en marcha. La verdad era que ni había mirado si venía otro coche detrás. El chico no podía saberlo. Y, desde luego..., ¿cómo iba nadie a predecir lo que iba a pasar a continuación? A mí jamás se me habría pasado por la cabeza que la cosa todavía podía empeorar.

10



Asher

Reprimí las ganas de pegarle un puñetazo a Alan. Primero porque no quería liar más la cosa, y segundo porque Jane había vuelto a marearse y estaba sumamente pálida en las gradas.

—¡¿No tenéis otra cosa que mirar?! —gruñí al ver que algunas chicas estaban haciéndole fotos. ¡Dios, ¿en qué momento habíamos llegado a eso?! ¡La gente le hacía fotos en lugar de ayudarla! ¡Se preocupaban más de unos cuantos *likes* y del morbo *online* que de una persona!

Arropé a Jane con mis brazos nada más llegar a ella. La pobre tenía un rasguño sanguinolento en la mejilla izquierda, y su hombro también estaba lleno de sangre. No era nada que no se fuese a curar, pero, si seguía siendo igual de coqueta que de pequeña, aquello iba a resultarle duro hasta que sanase. Casi me odié por ello, porque realmente todo eso era mi culpa. Ella debería estar durmiendo en la casa de su padre, no en ese caos de festival improvisado donde la seguridad brillaba por su ausencia.

—A-Asher... —hipó Jane al recuperarse un poco de su desfallecimiento. Algo cálido reverberó en mi pecho al darme cuenta de que no me había visto a su lado. No me llamaba, me buscaba. Había sido la primera persona que había buscado al abrir los ojos.

—Estoy aquí, florecilla.

Sentí cómo su cuerpo se relajaba, aunque volvió a hipar cuando le agarré la mano con fuerza. Estaba borracha. Aquello era peor de lo que pensaba.

—Eres un cretino —me dijo mientras me encontraba con la mirada. Sus ojos marrones parecían tan cansados que tragué saliva.

—Lo sé. ¿Estás bien? ¿Puedes incorporarte?

Ella asintió con la cabeza y la ayudé a ponerse de pie. Pasé una mano por su cintura para que no perdiese el equilibrio. Al menos, esa era la excusa, porque de pronto no podía imaginar tenerla lejos. Me odié al instante por tener semejante pensamiento.

—Vamos, te ayudo.

—Pero no te vayas. Quédate conmigo —me suplicó haciendo un esfuerzo por vocalizar correctamente, aunque yo la conocía tanto que notaba que las palabras se le trababan un poco y que le costaba pronunciar la erre.

—Tranquila, florecilla. Te llevo a casa.

—¿De una pieza?

Sonreí al entender su burla. Siempre había sido así conmigo, y, joder, ¡cuánto lo había extrañado!

—¿Cuándo no he cuidado yo de ti? —Una mezcla contradictoria de sensaciones me invadió. Era un puto falso. Había querido montarla en el coche para asustarla y que se fuese. ¡En el mío, no en el de mi rival! No podía perdonarle a Jane lo que había hecho años atrás. Y, sin embargo, incluso compitiendo había estado pendiente de que ella estuviese bien. ¿Por qué seguía importándome tanto después de

todo ese tiempo? Ese no era el jodido plan. La quería de vuelta en Nueva York, no aquí.

—Siempre lo has hecho, elefante —susurró ella.

El tiempo se congeló. Cientos de sensaciones me recorrieron de pronto. Ella era la única que me llamaba así. Volví a ese recuerdo de la infancia, cuando me caí del columpio donde hacía dominadas y me despellejé la rodilla. Me había dolido tanto que no había podido aguantar el llanto. Jane había venido hacia mí a la carrera y me había dicho que el elefante superhéroe de mi camiseta se pondría triste si me veía llorar. Yo me había quejado, la había llamado tonta y había seguido llorando. Ella me había abrazado y me había dicho que los elefantes eran uno de los animales más fuertes, y que le recordaban a mí, porque yo también lo era. Había sido algo estúpido, pero, en ese momento, como crío de casi nueve años, me había consolado tanto que habíamos conservado ese apodo entre los dos. Era algo tan nuestro que tuve que obligarme a respirar hondo para volver a la realidad. Lo hice de golpe, cuando un tonto casi quemó a Jane con su cigarrillo.

—Joder —solté.

Lo aparté de ella de un manotazo, y una mirada bastó para que se alejase. El humo me entró por las fosas nasales por una ráfaga de viento y fruncí un poco la nariz. Salimos de la multitud para acercarnos a la puerta de salida, donde había menos gente. Jane se dejó caer en mí un poco más y movió el pie, dolorida.

—¿También te has hecho daño ahí?

—Creo que me he torcido un poco el tobillo, me duele al apoyarlo.

—En cuanto lleguemos a casa, voy a curarte.

Ella soltó una carcajada que me hizo vibrar.

—Entonces, más vale que me lleves al hospital. Tú de enfermero, qué horror.

—Idiota. Si sabes que soy el mejor poniendo tiritas.

Volvió a reír y, en esa ocasión, el sonido me relajó tanto que me la quedé mirando antes de que hipase de nuevo.

—¿Recuerdas cuando me vacunaron y el enfermero te dejó ponerme la tirita en el brazo?

La sonrisa en mis labios fue inmediata mientras llegábamos a la salida del circuito.

—¿Todavía me echas en cara eso? ¿Qué tenía, siete años?

Ella volvió a reír y yo no pude hacer otra cosa que imitarla sin dejar de contemplar embelesado la alegría en su herido rostro.

—Me pusiste la tirita más arriba de donde me había pinchado porque no fuiste capaz de mirar mientras me clavaban la aguja, y luego salió una gotita diminuta de sangre más abajo, indicándonos que claramente la habías puesto en donde no había nada.

—¿Hasta cuándo vas a burlarte de eso?

—No me burlo. Es un recuerdo bonito. De ti cuidando de mí. —Luego cambió la voz a una más dramática—. Por eso mismo, mejor llévame al hospital.

Me uní de nuevo a sus risas; en cierto modo, eran contagiosas.

—Fuera de bromas, ¿crees que deberíamos ir?

Ella frunció los labios.

—¿Teniendo en cuenta que me ha atropellado un coche? Naaah...

—Vamos entonces.

—Si vamos, tardaríamos tanto que mi padre podría despertarse y ver que he desaparecido. Le daría un infarto.

Me tomé mi tiempo para ver si ella misma llegaba a la conclusión de que su padre iba a saber que había salido al ver el estado de su cara y de su hombro.

—Mierda... —dijo al entenderlo por fin.

—Le diremos que quise llevarte en mi moto y que nos caímos.

Ella arqueó una ceja.

—¿Y tú no tienes ninguna herida?

—Bueno, puedo sacrificarme por ti y hacerme algo. O también puedo decirle que eres muy torpe y que te caíste tú sola. Todos sabemos que es perfectamente creíble.

Me dio un codazo y luego se quejó de que le dolía el cuerpo. Por primera vez, me planteé en serio eso de llevarla al hospital, aunque, si tuviese algo roto, estaría mucho peor. Vaya..., aquella noche había sido fatídica, y solo tenía ganas de que ambos estuviésemos en casa. Tardaríamos una media hora en regresar. O eso pensaba, porque, de pronto, todo se volvió caos.

—Oh, oh... ¡Mierda! —maldije asustado mientras analizaba lo que veían mis ojos y escuchaba el grito ahogado de Jane a mi lado.

11



Jane

No. Dios mío. No. Dios. Dios. ¡¡NO!!

—¿Asher? —pregunté asustada, dándome cuenta de que él estaba tan aterrado como yo.

—Corre —me dijo tan solo.

Giré la cabeza hacia él como si tuviese un resorte.

—Cierto, puedo correr sin problema. Ganaría a un atleta profesional ahora mismo.

—Siempre tan dramática.

La cara de Asher reflejaba miedo. Probablemente, la mía también. Él podría haber salido pitando. Yo, en cambio, estaba demasiado mareada para correr, aunque lo que de verdad me dolía era el hombro. Y...

—Mi tobillo...

—No importa. —No dijo nada más antes de levantarme en el aire y colocarme sobre su hombro. Algo en el mío se pinzó, pero no

podía centrarme en el dolor en aquel momento. No cuando mi cabeza había caído sobre su espalda y mis piernas en su pecho. Colocó la mano en mi trasero para sujetarme. En otro momento de mi vida, habría protestado y me habría puesto nerviosa. En ese instante, viendo lo que veía, solo quería escapar de ahí.

—¡Asher, por lo que más quieras, corre! —clamé con dificultad para pronunciar la erre—. ¡Yo no puedo ganar a un atleta profesional! ¡Tú sí! ¡Hoy es el día de demostrarlo!

—Jane... —me advirtió mientras corría de vuelta hacia una multitud, que no se había dado cuenta de nada. La música retumbaba en mis oídos a la par que sentía un aleteo nervioso en el vientre.

—Qué poco valoras tener a una animadora personal para ti —dije, empezando a enfadarme—. ¡Dios, ¿es que no puedes ir más deprisa?!

—¡Eso intento, Jane!

La policía avanzaba por el camino a la pista para hacer una redada, y, si nos atrapaban, seguro que nos encarcelarían y tendrían que venir nuestros padres a por nosotros. Mi vecino parecía saber el camino que daba a una segunda salida, y yo solo rezaba para que llegásemos a tiempo.

—¡Redada! —gritó Asher, provocando que todas las personas que había allí se hiciesen eco de sus palabras y corriesen a la primera salida. El corazón me iba a mil a pesar de que era mi amigo el que cargaba conmigo. Sentía sus músculos debajo de mi piel, y no podía evitar mirar la forma en la que sus fuertes glúteos se movían mientras avanzábamos.

El grupo dejó de tocar de golpe y las personas del escenario comenzaron a bajar apresuradamente. Al cesar la música, las sirenas de policía invadieron el lugar. Muchos gritaban asustados, otros

comenzaron a pegarse puñetazos contra los demás asistentes. De pronto, parecía como si estuviese en un campo de batalla. Yo solo cerré los ojos y dejé que Asher me llevase, deseando acabar de una vez con esa pesadilla. La postura en la que estaba y el bamboleo me provocaban náuseas. ¡Dios, si nos atrapaban, iba a pasar mi primera noche de vuelta a Fair Haven en un calabozo!

—Ya estamos casi en la segunda salida —me tranquilizó Asher.

Solo entonces abrí los ojos para ver cómo la policía le ponía las esposas a un chico en el suelo después de darle un golpe con la porra. Estaban por todos lados. Mierda.

—No puede ser... —farfullé horrorizada.

Alguien había prendido fuego al escenario. Me sentí como en una de esas películas de acción donde pasaban demasiadas cosas a la vez. La gente corría, la policía los detenía, había peleas por todos lados, un chaval meaba sobre otro que había perdido el conocimiento y se reía, una chica vomitaba en una esquina, el amigo que la miraba hacía lo mismo, otro había agarrado una silla y se defendía con ella de un corro de agentes. Un chico se subió a un coche y trató de salir del lugar, llevándose por delante a un policía, que se quedó agarrado a su limpiaparabrisas y sacó una pistola que hizo que el chico detuviese el coche y saliese corriendo. El fuego se expandía a pesar de que cuatro agentes trataban de apagarlo. Y unos ojos azules se clavaron en los míos con algo mucho más espeluznante que el mismo infierno. Si las miradas matasen, ella me habría fulminado.

Grace.

La habían atrapado mientras su novio trataba de sacarme a mí de aquel lugar. A mí, y no a ella. Me regocijé un poco en ese pensamiento, aunque no por mucho tiempo. Cuando un agente trató de colocarle las esposas, ella señaló hacia nosotros. Justo en ese

momento, supe que la policía iba a tener mi nombre y el de mi vecino aquella noche.

—Asher... —lo llamé para avisarlo, pero él estaba centrado en sacarme del circuito.

—Vamos a los vestuarios. Hay una ventana que da a la calle.

Vi como un agente requisaba el vehículo de mi mejor amigo; sin embargo, él siguió corriendo. Que le importase más sacarme a mí de allí que el coche de su padre me conmovió. Que me eligiese a mí me hacía pensar que yo también seguía siendo importante para él. No podía evitar sentirme en una nube ante esa idea. Puede que nada hubiese cambiado entre nosotros. Nada salvo que él estaba saliendo con una idiota.

—Un poco más... —murmuró mientras entraba en el pequeño edificio que estaba en una de las esquinas del circuito. En ese momento, entendí dónde íbamos. Asher abrió una puerta que daba a unas escaleras en las que jugábamos de pequeños.

—Bájame, vas a hacerte daño con tanto peso.

—¿Hacerme daño? ¿Yo? —presumió—. Además, no puedes correr. A tu ritmo, nos atraparían en nada.

Tenía razón. Subió los escalones con algo de esfuerzo, porque aminoró un poco el paso y su respiración se aceleró, pero no hizo ningún comentario al respecto. Y yo tampoco. La verdad era que me impresionaba lo fuerte que se había vuelto y la forma en la que sentía sus músculos trabajar debajo de mí.

—Ya casi estamos —me tranquilizó mientras entraba en el pasillo que daba al vestuario.

El edificio era pequeño y constaba de solo dos plantas. En la primera, se encontraba la oficina donde nuestros padres nos compraban los tiques cuando éramos pequeños. La segunda planta era donde estaban los vestuarios de los competidores

Mi vecino se detuvo en la arcada de la puerta del vestuario. Mi hombro volvió a quejarse cuando la abrió. Aquel dolor no me gustaba nada en absoluto, y parecía hacerse más punzante a medida que pasaba el tiempo.

El vestuario contaba con una puerta con cerrojo, que él cerró mientras yo inspeccionaba todo. De pequeña, me habría encantado estar allí, pero la entrada estaba prohibida. Había unos cuantos aseos, unas cinco duchas y varios bancos de madera y acero repartidos en fila alrededor de todo el espacio. También había cuatro más colocados en línea en el centro. Al final del vestuario, tres ventanas pequeñas daban al exterior.

—Vamos —dijo Asher, señalándolas con la cabeza.

—No estoy muy segura de caber por ahí...

—Si yo he podido otras veces, tú también. Vamos. No hay tiempo.

Fuera del vestuario todo era caos. Dentro, solo se oía el goteo de un grifo que no cerraba bien. Observé a Asher. Pocas veces lo había visto tan serio.

—Está bien. Ayúdame a subir.

Él asintió y se puso encima de un banco después de tomar mi mano. Con cuidado, me ayudó a subir para luego levantarme en volandas y colocarme sobre sus hombros. Me desestabilicé un poco, pero mantuve el equilibrio gracias a que tenía mis piernas agarradas con fuerza. Luego, colocó las manos en mis suelas y tiró de mí hacia arriba. Agradecí aquello; él había entendido que, por cómo tenía el tobillo y el hombro contrario, no iba a poder hacer fuerza para levantarme yo sola.

—¿Puedes abrir la ventana? —me preguntó mientras me dejaba muy cerca de una de ellas.

Tardé un poco, pero conseguí abrirla. Asentí cuando metí la cabeza a través de ella. Miré hacia todos lados, reconociendo el

terreno. Aquel lugar daba fuera del circuito, y había un cubo de basura estratégicamente colocado justo debajo. Era un segundo piso, pero no estaba muy alto.

—Ten mucho cuidado al salir —pidió. Sus manos seguían agarrando mis piernas cuando me di cuenta de que necesitaba colocarme en una posición más adecuada para saltar desde la ventana.

—Voy a sacar más el cuerpo —informé; sin embargo, el dolor proveniente de mi hombro me cegó nada más intentarlo. Cerré los ojos e hice una mueca para no gritar. Una punzada de dolor ardiente me recorrió desde el brazo hasta el estómago, activando cada uno de mis nervios con una de las peores sensaciones que jamás había experimentado.

—¿Jane? ¿Estás bien?

No fui capaz de moverme ni de responder hasta que no pasaron unos segundos. Tragué saliva e intenté de nuevo incorporarme sobre la ventana, pero el dolor volvió a sacudirme, esa vez con más brutalidad.

—Bájame —pedí.

—No, vamos, tienes que saltar. Inténtalo.

Las lágrimas caían de mis ojos, y ya no sabía si lloraba por el dolor que parecía latir en mi hombro o por la decepción de no ser capaz de salir de ahí. Necia, lo intenté una vez más, tratando de impulsarme con los pies. Solo logré que al dolor del hombro se le sumase el del tobillo. Esa vez no pude reprimir un grito que se mezcló con la rabia que sentía en el pecho.

—Está bien —dijo él, y había tal comprensión en su rostro cuando me bajó al suelo que no tuve que explicar nada.

—Salta tú. Vete —le pedí al ver que yo no era capaz de hacerlo. Además del dolor del hombro y del tobillo, me ardía la cara y estaba

algo mareada por el sufrimiento. No iba a llegar muy lejos yo sola.

—Inténtalo de nuevo. Por mí —pidió después de que escucháramos unas voces acompañadas de unos pasos peligrosamente cerca.

—No puedo...

Asher solo negó con la cabeza mientras trataba de volver a levantarme en el aire. Quería salvarme con tantas ganas que me obligué a intentarlo una vez más. Traté de agarrarme y salir por la ventana de nuevo, pero fue inútil. Era como si mi hombro diese descargas eléctricas que me hacían encogerme de dolor en cuanto hacía la mínima fuerza con él. Mi amigo, al darse cuenta, me bajó otra vez. Parecía asustado y nervioso. Nos habíamos metido en un buen lío.

—Vete, Asher.

—No voy a dejarte aquí.

Los pasos del pasillo sonaban cada vez más fuertes.

—Tu padre va a matarte si te quedas —aseguré, y con mi brazo bueno le empujé con todas mis fuerzas hacia la ventana, aunque él ni tan siquiera se movió. Sus ojos grises se fundieron en los míos y, por un instante, el tiempo se congeló. Un escalofrío nervioso me recorrió.

—He dicho que no voy a dejarte sola.

—No tienes que quedarte. Por favor, vete. ¡Asher!

La policía trató de abrir la puerta, pero el seguro estaba echado. De pronto, comenzaron a embestirla, y yo me encogí de puro miedo.

—Sal por la ventana —casi rogué. Estaba dispuesta a quedarme sola para que él se librase de aquello.

Mi corazón se aceleró al entender que la puerta estaba a punto de romperse.

—Nunca voy a dejarte, florecilla. Da igual lo que ocurra. Me tendrás a tu lado.

Me enternecí tanto como me asusté. La puerta casi había cedido. Volví a mirar la ventana. Él tenía que irse. La adrenalina me recorría y me hacía temblar.

—Yo también te quiero a mi lado, pero no así.

—¿No así? —preguntó con una sonrisa que me calmó antes de acortar la distancia entre ambos y abrazarme. Sus brazos se sintieron como hogar. Como algo seguro en medio de la tempestad. El gesto me pilló tan por sorpresa como todos los recuerdos que me devolvió el olor de su piel. No me moví. Solo cerré los ojos y respiré profundamente su aroma, ahora más masculino, que lograba erizarme la piel. Sus fuertes músculos se apretaban contra mi cuerpo y despertaban partes de mí que hasta ese momento jamás había sentido. Quise detener el tiempo. O eso pensé hasta que apretó más de la cuenta mi hombro y un dolor electrizante me recorrió. Asher se dio cuenta y disminuyó la fuerza de su abrazo.

—Mírame, Jane.

Obedecí a la par que él me agarraba con suavidad el mentón y me levantaba un poco la cabeza. Mis ojos se perdieron de nuevo en esa tormenta grisácea, pero había tanta calma y cariño en ella que el miedo pasó a un segundo plano. Estábamos tan cerca que nuestras frentes se rozaban. Respiré de él, y podría haber jurado que mi deseo se había cumplido. El tiempo se ralentizó mientras su fuerte mano bajaba por mi espalda. Una corriente nerviosa me recorrió el vientre en respuesta.

—Siento haberte metido en esto —susurró.

Sabía a qué se refería. Su mano me acarició el cabello. Me conocía tan bien que sabía que eso lograba relajarme. De pequeña, cuando algo me asustaba, hacía lo mismo.

—Yo no —fue todo lo que pude decir, porque realmente, en ese momento, había vuelto a conectar con él de una manera mucho más poderosa de lo que había sentido jamás.

Una media sonrisa canalla se esbozó en sus labios. Allí estábamos los dos, escondidos en un vestuario a punto de ser atrapados por la policía. Y, sin embargo, mucho más allá de sentir miedo, algo totalmente diferente palpitaba en mi pecho. Además, no podía dejar de mirar sus labios. Tenían algo que me hipnotizaba. Asher se acercó aún más, y una oleada de calor subió por mi estómago cuando su respiración cayó sobre la piel sensible de mi cuello.

—Recuerda. Pase lo que pase, estoy aquí.

Sus labios casi rozaron los míos mientras hablaba en una cadencia lenta y cautivadora. Me quedé sin aliento ante aquel gesto que no llegaba a ser un beso. Algo que, de repente, yo anhelaba. ¿Aquello que sentía era deseo?

De pronto, parecía que solo existía él. El tiempo se diluía como si un hilo espaciotemporal se hubiese deshilachado del universo. Ambos compartimos una mirada larga. Notaba el calor que desprendía su cuerpo, y como el mío se acaloraba. Su mano hizo presión sobre mi espalda y me acercó un poco más a él.

De repente, la puerta se abrió. Y lo hizo justo en el instante en el que estábamos a punto de acabar lo que, de una forma tan extraña, habíamos empezado. El caos volvió a invadirlo todo. Dos policías entraron apuntándonos con sus pistolas. Mi corazón quiso salirse del pecho, pero se agitó aún más cuando Asher se interpuso entre ellos y mi cuerpo. Me sentí pequeña y protegida a partes iguales. Y también confusa por lo que acababa de pasar entre nosotros.

—¡Al suelo! ¡Los dos! —gruñó uno de los agentes.

—Está herida y no puede doblar el tobillo —dijo Asher con toda la tranquilidad del mundo, como si no tuviese dos pistolas

apuntándolo.

—¡Al suelo! ¡YA! —rugió el mismo policía de mediana edad.

Obedecí, sobre todo, porque sabía que Asher iba a insistir en que no podía tumbarme bocabajo. Eso sí, me dolió tanto que tuve que reprimir un alarido. Mi amigo me imitó y se tiró al suelo justo a mi lado. Los ojos se me llenaron de lágrimas cuando el policía me esposó y me agarró con una fuerza descomunal teniendo en cuenta cómo tenía el brazo. Ahí sí que grité de dolor y se me saltaron las lágrimas.

—¡No seas animal! —gritó Asher, tratando de lanzarse hacia él, aunque el otro policía lo tenía ya agarrado—. ¡¿No ves que le duele el hombro?!

—Estás hecha un cuadro —se burló el agente tras ignorarlo.

Sentí una punzada de dolor en el pecho al escucharlo. Odiaba no haber podido verme. Dios, tampoco había encontrado mi móvil. ¿Dónde estaría? Mi padre iba a matarme. Enfadado, daba miedo. Y el de Asher, que siempre había sido más duro que el mío. Todo iba mal. Y, para colmo, seguía sin poder caminar bien a causa del mareo. El cansancio después del subidón también calaba en mis huesos poco a poco.

Asher no apartaba sus ojos grises de mí. Me sentía atada a él de una manera que no podía describir. Como si fuese un imán que tirase de mí. Al salir del edificio, nos metieron en uno de los coches de Policía que habían ocupado el circuito. Estaba arrestada, con mi mejor amigo de la infancia en el asiento trasero de un vehículo policial después de que hubiese ocurrido algo extraño entre ambos. Podría decir que las cosas ya no podían ir a peor; sin embargo, una vez más, me equivocaba.

12



Asher

No haber podido protegerla y que las cosas se hubiesen torcido tanto hacía que me ardiese la sangre. ¡Estaba arrestado! ¡Y Jane conmigo! Aquello iba a acabar fatal. Mi padre iba a matarme. Su padre iba a matarla a ella. Quizá esa noche la pasásemos en la cárcel. Aquello era un desastre.

Mientras el vehículo avanzaba y yo intentaba no fijarme en Jane, no pude evitar acordarme de un momento concreto que había ocurrido minutos atrás.

«Yo también te quiero a mi lado, pero no así», me había dicho después de rogarme que me fuese.

El momento tan íntimo que habíamos vivido en ese vestuario, donde la había elegido a ella por encima de mi libertad, me abrumaba. Había sido un idiota. Quería que se fuese; sin embargo, después de lo que acababa de hacer aquella noche, había logrado todo lo contrario. La miré de reojo antes de desviar la vista hacia la ventanilla. Detestaba ver su mejilla enrojecida y con la piel algo

levantada. La pobre se había dado un buen golpe. Sentí ganas de matar a Alan por haberla atropellado.

—Tranquilo, Asher. Lo peor que puede pasar es que nos castiguen de por vida sin salir —dijo ella, tratando de disimular su preocupación.

—O que nos encarcelen... —respondí sin poder reprimirme.

Algo me decía que estaba lo suficientemente borracha como para no percatarse de que existía la posibilidad de que nos metiesen presos por participar en carreras ilegales. Solo era necesario que alguien se fuese de la lengua y nos señalase como competidores, aunque ella únicamente hubiera ocupado un asiento en el coche de aquel idiota.

Y yo sabía quién era capaz de algo así. Grace. Tenía que encargarme de aquello cuanto antes.

—Siempre nos quedarán las ventanas —continuó ella con un bostezo, ignorando mis palabras y añadiendo más drama a lo que me había dicho antes.

En otro momento, habría reído por su ocurrencia. En ese, solo pude medio sonreír.

—Mi padre es capaz de poner barrotes para que no salga —respondí, y solté una bocanada de aire al mismo tiempo que Jane se dejaba caer en mi hombro. Me percaté de que sus párpados comenzaban a cerrarse. La pobre debía de estar agotada por el dolor de las heridas y por la bebida.

—Bueno, así estarás más tiempo con Love.

Que mencionase a la perrita de mi madre hizo que quisiese apartarla de mí. Todo lo que había ocurrido años atrás había sido por su culpa. Recordarlo me hizo apretar los puños.

—*Queral esla* —murmuró acomodándose un poco más en mi hombro, presa del sueño.

—¿Qué? —No entenderla y tener que centrarme en ella hizo que relajase las manos.

Los policías hablaban entre ellos en el asiento delantero mientras sonaba *Could have been me* de The Struts. Negué con la cabeza al sentir que mi mente se fundía con la música por un instante. Jane tardó tanto en volver a hablar que pensé que se había dormido. ¿Se sentiría muy mal? ¿Estaba tan borracha que al día siguiente no recordaría lo que había pasado entre ambos en el vestuario? ¿Y... por qué cojones me había quedado con ella?

—Quiero... verla... —se esforzó en decir al cabo de un rato, y supe que se refería a Love justo antes de que cerrase los ojos por completo. Notar como se quedaba dormida a mi lado solo hizo que tuviese ganas de abrazarla y de asegurarme de que no le ocurriría nada malo. ¡Dios, cómo odiaba eso! ¡La quería lejos y cerca al mismo tiempo! ¿Cómo era aquello posible? Tenía demasiados sentimientos contradictorios.

De pronto, la imagen de nosotros de pequeños, en su cuarto, jugando a ver quién se quedaba dormido antes me envolvió. El recuerdo de verla dormirse siendo aún una niña hizo que tragase saliva con esfuerzo. Maldita sea. No soportaba tener tantos recuerdos con la persona que había arruinado mi vida. Ni lo que había hecho yo esa noche.

Apreté los dientes con tanta fuerza que acabé haciéndome daño. Me entretuve mirando el paisaje infinito de árboles que rodeaban la carretera bañados por un manto de estrellas. Llegamos a la comisaría de Riverbrook unos quince minutos más tarde. Aunque el circuito estuviese fuera del pueblo, pertenecía a sus dominios. Tuve que despertar a Jane porque no soportaba que lo hiciese uno de aquellos policías. Quería sus manos lejos de ella.

—Jane..., vamos... Despierta, florecilla.

Ella se removió en sueños y yo insistí hasta que abrió los adormilados ojos. No pude reprimir darle un beso en la frente al verla así de tierna. Luego me recriminé por ello. Como por todo lo que había pasado entre ambos.

Una hora más tarde ya nos habían tomado declaración. No dije que había competido, pero, de alguna forma, supieron que el Nissan 350Z era de mi padre. Supuse que ellos tenían acceso a todo tipo de información de diferentes departamentos como Tráfico, porque no llevaba los papeles del coche en la guantera.

Pasé las siguientes horas encarcelado en una celda que olía a humedad y tenía un retrete en medio, a la vista de todos. Había al menos unos sesenta detenidos aquella noche, la mayoría menores. Me empezaba a agobiar que Jane estuviera en la misma situación a dos celdas de distancia. Me estiré por encima de la multitud encarcelada para verla. Se había hecho un ovillo y estaba durmiendo. Increíble pero cierto.

Un par de horas después, mi padre por fin llegó a la comisaría. Y lo supe porque sus gritos se escuchaban incluso desde dentro de las celdas. Además, ese acento colombiano era inconfundible para mí.

—Andrés, será mejor que te tranquilices —le dijo una voz.

Casi instintivamente, comencé a pensar en español en lugar de en inglés al oír cómo mi padre no dejaba de vociferar insultos colombianos. Debía de estar muy enfadado, pues normalmente reservaba ese idioma solo para hablar conmigo. Me iba a caer una buena bronca, o, como diría él «me iba a caer la cantaleta». Sin embargo, a esas alturas, me daba igual.

—¡¿Qué has hecho, Asher?! —me gritó en español cuando me sacaron de la celda con las esposas aún puestas—. ¡Qué pena! ¡Eres un conchudo!

Ya no recordaba la de veces que había escuchado a mi padre decir que se avergonzaba de mí. Algo ardió en mi pecho al oírlo de nuevo. Sus ojos marrones me fulminaron. Había heredado su pelo oscuro, pero todo lo demás era de mi madre. Tragué saliva al ver su expresión iracunda. Estaba a punto de responderle en el mismo idioma cuando el *sheriff* Díaz se interpuso.

—Vamos, acompañadme —ordenó antes de llevarnos a su despacho.

—Obedece, porque como te manden a la guandoca se te va a caer el pelo.

Y tenía razón. Si me llevaban a la cárcel por lo que había hecho iba a ser horrible. Un policía entró con varios papeles y los colocó en la mesa. Mi padre comenzó a hablar en inglés al verlo, pero en ese idioma también sabía insultos. Menos mal que el *sheriff* lo conocía y dejó caer que no iba a tener en cuenta que había competido por su amistad con mi padre. Los hispanohablantes de la zona solían conocerse, y el *sheriff* venía de familia mexicana. Finalmente, dijo que solo tendría que ir a juicio por participar de espectador en las carreras ilegales y colarme en el lugar.

—Lo más seguro es que esto acabe con una indemnización a los dueños del circuito.

—¿Una qué? —preguntó mi padre. A pesar de llevar años allí, algunas palabras aún le costaban.

—Una multa —simplificó el *sheriff*.

—Uff... —se me escapó al ver la mirada que me dirigió. Mi padre tendría que pagar una multa por mí..., una que no estaba muy seguro de que pudiese permitirse. No vi venir la colleja que me dio delante de su amigo—. Papá...

El otro policía salió del despacho tras un gesto de su jefe, aunque juraría que se estaba aguantando la risa.

—¡Poco es para lo que te mereces! ¡Es que se te aguó el champú! —dijo, de nuevo en español.

Resoplé ante la insinuación de que me había vuelto tonto mientras él volvía a disculparse con el *sheriff* y rellenaba los papeles necesarios.

Los dos teníamos muchas ganas de irnos a casa, pero esperamos un poco más hasta que Henry vino a por su hija. Cuando entró en la comisaría, fue directo al despacho del *sheriff* sin ni tan siquiera reparar en nosotros. De hecho, aunque antes eran amigos, desde que mamá había muerto ambos habían roto el contacto. Minutos más tarde, salió con tal cara de preocupación que temí que fuese a darle un infarto.

—Andrés —dijo con su acento norteamericano al verlo—. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo han hecho algo así?

Mi padre se detuvo a explicarle lo ocurrido, pero yo necesitaba añadir una disculpa antes de que Henry se enfrentase con su hija.

—Fue idea mía. Le dije que le daba la clave de internet solo si venía conmigo, y luego la convencí para entrar en esa carrera ilegal. Yo la obligué —le mentí, esperando que eso bastara para reducir su enfado—. Además..., un coche la atropelló, y aunque no le ha pasado nada grave, le duele el hombro y el tobillo, y tiene la mejilla desgarrada.

Henry se puso pálido.

—¿Qué tiene qué?

No me dio tiempo a añadir nada más.

—Pa-papá... —El *sheriff* había mandado sacar a Jane, y esta se acercaba hacia nosotros aún esposada—. Lo-lo... siento.

Hipó varias veces en esa pequeña oración. Tenía un aspecto horrible.

—Jincha... —comentó mi padre negando con la cabeza. Se había dado cuenta de que nuestra vecina estaba un poco perjudicada.

—¿Estás borracha? —inquirió Henry sin entender la palabra en español.

—Noooooooop —dijo ella, haciendo la o infinita. En otro momento, me habría reído de ello. En ese instante, no podía—. Aunque antes sí.

Me llevé una mano a la frente en un sutil golpe de desesperación. Un agente se acercó a ella con una llave y le agarró las manos.

—¡Es tu primera noche aquí! ¿Cómo se te ocurre escaparte? —gritó su padre.

El aire se tensó ante el enfado de Henry, pero Jane parecía no darse cuenta, porque caminaba despreocupada hacia él como si un policía no acabase de quitarle las esposas.

—Pero no ha pasado nada...

—Dios, mírate. ¡Nos vamos al hospital!

Jane tosió y se mareó tanto al hacerlo que Henry tuvo que agarrarla.

—Si solo es un rasguño.

—¿Un rasguño? ¡Por Dios, Jane! ¡Te mandaría de vuelta con tu madre si pudiese!

El ambiente se condensó y Jane se tensó tanto que formó una línea recta con los hombros. Esa última frase fue el detonante que la hizo estallar.

—¡¿Igual que ha hecho ella?! ¡Me puso las maletas en la puerta y su nuevo marido me obligó a irme! ¡¡Ni se dignó a despedirse!! ¡Ni me ha llamado! ¡Y tú eres igual! No te preocupes, que me largo en cuanto pueda recoger mis cosas.

Sentí su dolor en aquellas palabras y el descontrol que producían el cansancio y el alcohol en su cuerpo. Casi quise abrazarla cuando

comprendí que estaba a punto de echarse a llorar.

—No he querido decir eso... —intervino Henry con aires apaciguadores.

—¡Pues yo sí! ¡ODIO TODO ESTO! ¡Yo no tendría que haber vuelto si mamá no hubiese decidido irse de gira con su nuevo marido y su banda! —Se abstrajo durante unos instantes antes de continuar—: Por Dios..., ¡¿quién se casa en Las Vegas con un músico?!

Parpadeé varias veces, desconcertado. ¿Cómo podía pensar eso? ¿Acaso no le habían contado la verdad? La sorpresa me dejó boquiabierto, pero una mirada de mi padre bastó para que volviese a cerrar los labios y no pronunciase palabra. Jane salió de la comisaría tambaleándose, y todos la dejamos hacerlo. La mirada de complicidad que ambos adultos intercambiaron me dijo que ella no sabía qué ocurría realmente. Y eso solo hizo que me sintiese todavía peor.

—Tienes que firmarme esto, Henry —le dijo el *sheriff*, y le entregó unos papeles.

Desalentado, el hombre se sentó a leerlos, los firmó y salió del despacho murmurando una disculpa. Observé cómo se iban en su vieja camioneta mientras el *sheriff* se despedía de nosotros y me decía que esperaba no volver a verme de esa forma, sino en una cena agradable acompañado por su esposa. Agaché la cabeza y asentí, ya que aquella noche me había salvado de una buena y no era tan imbécil como para no darme cuenta.

Cuando me monté en el coche que el señor Wilson le había prestado a mi padre, comenzó de nuevo su retahíla. Su vehículo seguía requisado hasta que acabase la investigación.

—¿En qué pensabas, Asher? —Cuando se ponía así, sabía que era mejor no responderle. De todas formas, no iba a entenderme.

Siguió echándome en cara lo que había pasado durante al menos veinte minutos, pero conseguí desconectar de la bronca. Solo podía pensar en todo lo que Jane no sabía y yo sí. ¿Cómo podía creer que su madre se había ido con su nuevo marido de gira? Sentí incluso lástima.

—Has robado mi coche del taller y lo has conducido sin permiso —me reprochó mi padre, volviendo al inglés.

—Solo lo he...

—¡No! ¡No tenías que haberlo conducido! ¡Ni tan siquiera tienes carnet!

—Quizá porque no me has dejado sacármelo.

Él negó con la cabeza y resopló. O, mejor dicho, bufó con sorna. Lo ignoré porque ya estaba acostumbrado a su carácter.

—Claro, como vale tan barato y tú te tomas las cosas tan en serio... —respondió con sarcasmo.

Apreté los puños y me mordí la lengua mientras él seguía echándome cosas en cara. Luego se calló, probablemente por miedo a perder el control del coche. Solo retomó la conversación cuando llegamos a casa, unos minutos más tarde. No había ni rastro de la vieja camioneta de Henry en el patio de al lado.

—En lugar de hacer estas cosas, deberías estudiar. No sé qué he hecho tan mal contigo —estalló de nuevo antes de salir del vehículo y dar un portazo. Sus palabras me dolieron más de lo que podría admitir. Después de lo de mamá, yo no había sido un buen estudiante, pero parecía que tampoco un buen hijo. La relación con mi padre estaba peor que nunca, y me sentía un estorbo en casa. Por eso también quería irme. Además, a él únicamente le importaba el maldito restaurante.

—Estudiar es una mierda.

—Ganarte la vida sin estudios también, Asher.

Aquello era tan típico de los padres. Decían que solo querían lo mejor para nosotros; sin embargo, había mucha gente con carrera en el paro. Y seguro que sus padres también les habían dicho eso de que estudiasen.

—Hoy en día, estudiar una carrera no vale para nada.

—Te asegura un lugar en el mundo y un buen sueldo.

Me encogí de hombros mientras él abría la puerta de casa.

—Con eso del salario mínimo, al final, todos cobramos parecido —dije despreocupado, seguro de que, cuando llegase el momento, podría encargarme de todo.

—La diferencia está en cómo consigues ese dinero. No es lo mismo hacerlo en un despacho, sentado, con alguien que te sirva café, a pasarte ocho horas levantando ladrillos. Estudiar te da opciones y la libertad de elegir.

Sus palabras me dieron que pensar, porque tenía razón, aunque no iba a reconocérselo.

—¿No eras tú el que decía que todos los trabajos son dignos? —comenté mientras me echaba cereales en un cuenco. Tenía mucha hambre.

—Claro que sí, pero algunos son más difíciles que otros. Y estudiar te asegura no quedarte siempre en lo mismo a no ser que tú lo decidas. Este curso es tu última oportunidad para graduarte el año que viene y poder buscar una buena universidad.

—Eso de ir a la universidad es algo que está ya perdido. No van a darme ninguna beca —respondí, tamborileando con los dedos en la mesa.

—Porque tú no quieres. Nunca se te ha dado mal estudiar ni has sacado malas notas. Solo lo haces desde que murió mamá.

—¡Cállate de una vez! ¡No la menciones! —Reprimí las ganas de lanzar el cuenco de cereales contra la pared, porque en casa el

dinero no sobraba, y pensar eso me dio aún más rabia. Quizá si papá hubiese estado con nosotros cuando había ocurrido todo, no habría pasado nada. No entendía por qué no había querido acompañarnos. Tampoco que hubiese sido tan frío con mamá en sus últimos meses de vida, pero luego hubiera llorado tanto durante su funeral. Sentí que el dolor en el pecho me rompía en dos. Si mi madre todavía viviese..., todo sería tan diferente. Antes éramos una familia de verdad, y ahora solo estábamos rotos.

—No te das cuenta de la suerte tan grande que tienes de estar aquí y llevar el apellido de tu madre en lugar del mío. Asher, la vida te da opciones, y las estás desperdiciando. Olvídate de sacarte el carnet este año si no te gradúas —dijo masajeándose la sien.

—¡Deja de decidir por mí!

Mi padre dio un golpe en la encimera, furioso.

—¡Solo quiero lo mejor para ti! ¡Yo habría matado por tener las oportunidades que tú tienes! ¡Y mírate! ¡En lugar de estudiar, te dedicas a competir en carreras ilegales!

—¡Pero yo no soy tú, papá!

Me encerré en mi habitación con un portazo. Eso sí, con mi cuenco de cereales, que, de pronto, no me apetecían nada.

—¡Estás castigado sin móvil y sin videojuegos! ¡Y sin salir! —lo escuché decir desde la cocina—. ¡Mañana por la mañana te lo confisco todo! ¡Y si vuelves a dar otro portazo, te quito la puerta!

Negué con la cabeza y casi rugí. Quise tirar el móvil por la ventana. Me parecía mejor que dárselo a mi padre. Enfadado, irritable y a punto de estallar, hice una de las peores cosas que se podían hacer: abrí mis redes sociales para encontrarme con cientos de adolescentes como yo, viviendo sus increíbles vidas. Todo perfecto. O, al menos, enseñando esas partes perfectas como si fuesen un todo. Uno lleno de filtros que hacían parecer estupendo lo

que no lo era. Fruncí los labios sin querer creerme esa mentira. Pensábamos que conocíamos a alguien solo por ver su vida a través de una pantalla. Seguro que todos ellos también tenían problemas; al fin y al cabo, si algo tenían en común todos los seres humanos, eran los problemas. Más grandes o más pequeños, pero a todo el mundo le preocupaba algo. Y yo sabía perfectamente qué era lo que preocupaba a mi padre.

Cuando me calmé, saqué un fajo de billetes de debajo del colchón. Llevaba meses compitiendo. No iba a dejar que mi padre pagase la multa cuando sabía que no andaba bien de dinero. Ahora que se había enterado de que había competido esa noche, podía decirle que lo había ganado justamente con esa carrera. No tenía por qué saber que había habido más. Salí de mi habitación y dejé los billetes en la mesa del salón, ante su atenta mirada. Su semblante serio y su profundo silencio me persiguieron durante toda la noche.

13



Jane

El mes de julio casi había llegado a su fin. Habían pasado ya dos semanas desde que nos habían arrestado, pero las imágenes de aquella noche todavía vagaban por mi cabeza. Esa madrugada no habíamos vuelto a casa hasta casi las seis de la mañana, pues mi padre había insistido en llevarme al hospital.

Me habían puesto un cabestrillo porque, por lo visto, tenía levemente dañado uno de los tendones del hombro. No tenía palabras para describir todo lo que había dolido que un médico me lo toquetease antes de que se dignara a pedirme una radiografía.

Ver la mala pinta que tenía mi mejilla izquierda me había provocado un ataque de ansiedad en plena consulta, incluso cuando los médicos ya la habían desinfectado. Todos me habían asegurado que no me iba a quedar ninguna cicatriz, y que sería cuestión de semanas que volviera a estar como antes, pero odiaba verme así.

Además, tenía la preocupación constante de que se equivocasen. No sería la primera vez.

—Tienes que tener muchísimo cuidado con el sol —me había dicho el doctor.

Cuidado con el sol. ¡En verano! No pensaba volver a salir de casa. Y ahí estaba. Tirada en la cama de mi habitación mientras terminaba de sonar la canción *Let her go* de Passenger. Aquello era lo único que me apetecía hacer.

—¡Eeh!

Mi padre entró en la habitación como un torbellino, y el sonido de su voz enfadada se coló a través de mis auriculares. No llegué a escuchar lo que decía exactamente, aunque bastó para que me incorporase y me retirase los cascos de los oídos. Me dio rabia porque justo había comenzado a sonar *Betty* de Taylor Swift.

—¡No puedes quedarte aquí todo el verano! —rugió mi padre.

—Estoy castigada sin salir hasta los ochenta, ¿recuerdas?

Se llevó una mano a la cabeza.

—Tienes que ser la única adolescente del mundo que usa su castigo a su favor.

—Conoces a pocas adolescentes —me burlé.

—Conozco a una que va a estar sin su móvil hasta los ochenta.

—¡Papá, no se bromea con eso! —rugí.

Cuando lograse mi sueño de ser abogada, pensaba proponer una ley para que los padres no pudiesen castigar a sus hijos sin teléfono. Detestaba al mío por eso. Por Dios, si estaba teniendo que usar su viejo móvil para escuchar música. ¡Llevaba más de dos semanas suplicando para hablar con Carmen! Y con Asher... Tenía tantas ganas de hablar con él que me daba miedo. Me sentía fatal porque lo hubiesen pillado por mi culpa.

—Hoy vas a salir. El señor Davies vendrá a por ti en una media hora.

Puse los ojos en blanco.

—El médico dijo que no podía salir.

—No exageres, Jane. Solo dijo que tenías que tener cuidado con el sol. Te he comprado un protector solar del cincuenta y una gorra. Llevas aquí encerrada más de dos semanas. Es absurdo que no quieras salir ni a sacar la basura. Además, esto parece una cueva.

—¿Eso quiere decir que me levantas el castigo?

—Perdona por no darme cuenta de que eres esa clase de adolescente a la que hay que castigar obligándola a salir de casa. Si por ti fuera, te pasarías todo el verano aquí encerrada.

—¡Entonces, vuelvo a tener móvil! —exclamé entusiasmada.

—No he dicho eso en ningún momento.

Mierda. Respiré hondo y negué con la cabeza. Por nada del mundo iba a moverme de ahí. Mi padre abrió las persianas para que la oscuridad de mi cuarto desapareciese.

—¡Papá! —me quejé tapándome la herida.

—Deja de comportarte así. Ya ni se te nota. Solo te queda una pequeña marquita que seguro que desaparece en poco tiempo.

—No es pequeña —refunfuñé mientras trataba de volver a bajar las persianas, pero él me lo impidió.

—Te he dicho que vas a irte un rato con el señor Davies. Necesitas salir de aquí.

Puse los ojos en blanco, y eso que me encantaba ese anciano. Sin embargo, tenía la constante sensación de no estar bien y de no querer hacer nada. Todo me costaba trabajo y no encontraba ningún tipo de motivación para salir de mi cuarto.

Además, Asher no había vuelto a dar señales de vida más allá de las veces que lo veía a través de las ventanas de casa. Y, por su

parte, Grace se había encargado de dejarme una carta diciéndome que todo el pueblo sabía que había regresado únicamente a causar problemas. La noticia de que nos habían detenido había corrido como la pólvora, y, como venganza por que Asher me hubiera sacado a mí del circuito y no a ella, Grace había dicho que había sido yo quien había insistido en ir allí.

Por si todo eso fuese poco, tenía la mejilla con una postilla que parecía no querer caerse nunca. Me sentía fea, inútil, y dolida. Ya no solo por todo eso, sino también por mi madre.

No entendía cómo me había echado de su vida por un músico. En estos quince días, únicamente había hablado con ella tres veces, y habían sido las conversaciones más cortas de la historia porque la música estaba a tope en su lado de la línea y no la escuchaba bien. Además, no había buena cobertura, y su voz se cortaba todo el rato, como si hubiera interferencias. Siempre sonaba diferente, distante; parecía que estuviese deseando colgarme. Y eso era muy doloroso, porque, antes de que me echase de casa, era mi mejor amiga.

Mi madre siempre me había escuchado y siempre había sido un pilar fundamental para mí. Cuando me pasaba algo bueno, era la primera a la que llamaba, y si algo me ponía triste y necesitaba hablar, también. La poca diferencia de edad que nos separaba nos había hecho conectar muchísimo. Me había tenido con solo diecisiete años, y, a veces, era como si fuese yo la que cuidaba de ella. No entendía cómo se había deshecho de mí con tanta facilidad cuando yo sentía que me faltaba hasta el aire.

—No voy a salir.

—Pues entonces haré que el señor Davies suba y vea cómo tienes el cuarto —sentenció papá.

Miré a mi alrededor. Era cierto que tenía la ropa desperdigada por todas partes, pero era porque no me veía bien con nada.

—Voy si, a cambio, me das el teléfono.

A esas alturas seguro que ya volvía a tener datos. El mono de no estar conectada también me hacía arder la sangre. Era como si me estuviese perdiendo algo del mundo. Algo importante que todos sabían menos yo.

—¿Ese mismo teléfono que encontró un policía porque participaste en una carrera ilegal después de escaparte a escondidas de casa la primera noche que dormías aquí?

Tragué saliva y fruncí los labios a la vez que me cruzaba de brazos.

—¿Ese que tuve tanta suerte de que encontrasen con la pantalla rota y que aún no se ha arreglado? —pregunté siguiéndole el juego.

—Ni se va a arreglar.

—¡Papá, por favor!

—No pienso dártelo. Estás castigada.

—Pues, entonces, no me has levantado el castigo, por lo que no me muevo de aquí —sentencié al mismo tiempo que me sentaba en el colchón, mirándolo con decisión. Si de algo estaba orgullosa, era de lo cabezota que podía ser. Pasara lo que pasase, no me iba a mover de allí. Y mi padre lo sabía, por eso me estudió con la mirada mientras negaba con la cabeza.

—Te dejo el móvil una hora al día.

No supe si emocionarme o enfadarme.

—No soy una niña pequeña para estar tan poco tiempo.

Él se cruzó de brazos, duro.

—Una y media —rogué.

—Cuarenta minutos.

—¿Más? —me sorprendí con inocencia.

—No, ya no es una hora. Ahora son solo cuarenta minutos.

—Pero, ¡papá!

—Y la oferta termina en tres, dos, u...

—¡Vale! ¡Una hora!

Dios, odiaba ser tan parecida a él. Ambos éramos personas rígidas que, cuando se nos metía algo en la cabeza, no había forma de hacernos cambiar de opinión.

—Vístete y merienda algo —ordenó, antes de dar un toquecito al bote de crema solar y salir de mi cuarto—. No te olvides de ponértela. Por cierto, cuando vuelvas, quiero que ordenes esta pocilga.

Observé la ropa tirada en el suelo con intención de encontrar algo que no estuviese arrugado y que me sirviese. Recogí todas las prendas y las puse sobre la silla del escritorio. Aunque más de una se me cayó de lo llena que estaba, y otras acabaron incluso debajo de la cama. Ya me encargaría de eso más tarde. Cogí una camisa blanca y, al ponérmela, me di cuenta de que se me veía el sujetador negro.

—A cambiarse de nuevo —mascullé mientras me quitaba la camisa y elegía otro sujetador.

—¡Jane, es para hoy! —oí gritar a mi padre.

—Qué paciencia tengo que tener con este hombre —me quejé a la vez que me ponía un sujetador más soso pero que no se transparentaba. De pronto, tampoco me apetecía llevar una camisa blanca. De todas formas, ¿dónde podía llevarme el señor Davies? Era un hombre mayor, y no lo veía haciendo ningún plan que me gustase. No tenía ni idea de adónde iba, aunque tampoco me importaba. Recuperaría mi teléfono, y eso era lo único que me interesaba.

14



Jane

Cuando salí de mi cuarto, me encontré a mi padre preparándome un sándwich y al señor Davies tomándose una cerveza. En la tele tenían puesta la repetición de un partido, aunque pitaron el descanso justo en ese momento. Mi padre cambió el canal a una emisora de música. Ya nadie hacía esas cosas, pero ahí estaba él. Usando la tele como radio. Creía firmemente que mi costumbre de escuchar música era herencia suya. No era por ser una adolescente. Me gustaba escucharla desde pequeña, y me pasaba horas con los cascos puestos.

—Vas demasiado arreglada —me dijo mi padre al verme.

Me había puesto una camisa de rayas verde y blanca, a juego con un *short* verde y unas sandalias marrones. No iba muy arreglada. En Nueva York, aquello sería un *outfit* casual.

—Imagino que, donde quiera que vaya con el señor Davies, habrá gente mayor, y después de lo que pasó hace dos semanas, no es

buena idea que cree peor impresión.

—¿Peor impresión? ¿A quién? —inquirió mi padre ganándose que lo mirase con incredulidad.

—A la gente del pueblo.

—¿Quién te ha dicho que les has causado mala impresión? ¡Niña, si son tus vecinos! ¡Te vieron crecer! —estalló el señor Davies.

Parpadeé varias veces y me mordí los labios. El pensamiento de que Grace se hubiese inventado que los vecinos me echaban las culpas a mí y que yo llevase semanas encerrada pensando eso me paralizó. Mi padre cortó el sándwich por la mitad antes de volver a hablar:

—Nadie piensa nada malo de ti. De todas formas, ¿y qué si lo hacen?

—Se los manda al infierno —respondió el señor Davies encogiéndose de hombros despreocupado mientras miraba el periódico.

—¡Oh, George! Vengo a ver a la niña y te escucho hablando así —comentó Margaret, que en ese momento entraba en casa con un bizcocho recién hecho.

El olor inundó el lugar y removió mis tripas. La boca se me hizo agua. Margaret llevaba puesto un delantal de un perrito que enseñaba una tarta que parecía de queso. Era extraño verla sin uno, porque se pasaba casi todo el tiempo cocinando. Era algo que amaba tanto que a veces incluso ayudaba en el restaurante de Brown, que solía llenarse si se sabía que ella estaría en la cocina.

—No he hablado mal. Solo he dicho que a la gente que te critica se la manda al...

—¡Ya te hemos oído, George! No seas grosero —lo cortó Margaret. Tanto mi padre como yo sonreímos al ver como el hombre dejaba de

leer el periódico y negaba con la cabeza. Una canción que reconocí comenzó a sonar en la televisión. *Slow it down*, de Benson Boone.

—¿Me has oído decir que hoy estás preciosa? —le preguntó su marido.

—Oh, siempre sabes cómo arreglarlo —dijo ella dejando que el señor Davies le diese un beso en la mejilla para luego tratar de quitarle el bizcocho de las manos sin éxito. Margaret fue más rápida y le dio un manotazo—. Este no es para ti. Tienes que cuidar tu azúcar.

—Morir sería mejor que eso —refunfuñó.

—¡George! ¡Que no digas esas cosas!

—Solo digo que cocinas divinamente, querida.

—Divino vas a quedar tú si sigues comiendo así —respondió ella mientras ponía el bizcocho en la mesa para luego mover los brazos imitando el aleteo de un pájaro.

—¿Cómo? ¿Así? —respondió él, y comenzó a perseguirla por la habitación imitando a un ángel. O, más bien, a un avión, porque tampoco movía mucho los brazos. Margaret trató de alejarse, pero se dejó agarrar enseguida entre carcajadas.

Mi padre y yo no pudimos evitar reír con ellos. Siempre estaban igual. Eran capaces de bromear hasta con cosas tan serias como aquella. Era entrañable verlos, sobre todo, porque se miraban como si tuviesen un tesoro que solo les pertenecía a ellos.

—Eres un viejo loco.

—Loco por ti, mi sol.

Nosotros nos los quedamos mirando, disfrutando de una de las muestras de amor más bonitas y sinceras. No pude evitar preguntarme si en algún momento yo llegaría a tener algo así con alguien. ¿Por qué demonios volvía a pensar en Asher? Era irritante.

—Toma un trozo de bizcocho. Seguro que está más bueno que ese sándwich con mala pinta que te ha hecho Henry —me dijo Margaret mientras me tendía un plato.

—¡Oye! ¡Un respeto! —se quejó mi padre, pero una dulce sonrisa de la que fue su madre adoptiva bastó para que se calmase.

Me acabé el trozo de bizcocho y repetí, aunque luego me sentí mal por ello. La forma en la que Margaret cocinaba debería ser considerada otra de las maravillas del mundo. Al final, el señor Davies consiguió un pedazo cuando su mujer se retiró para ir al baño. Algo me decía que lo había hecho estratégicamente, porque había dejado cortada una porción más pequeña que las demás.

—Guardadme un trozo más grande que este. Luego me pasaré a por él —pidió el anciano en susurros mientras se colocaba su boina marrón.

—Margaret va a matarme si se entera —respondió mi padre.

—No tiene por qué enterarse —tentó con una cara de pillo que me provocó ternura.

Dejé que hablasen entre ellos y me retiré a servirme un vaso de zumo de piña. Miré por la ventana de la cocina justo cuando Asher salía de su casa dando un portazo. Estaba guapísimo, para variar. Tenía el pelo oscuro despeinado y llevaba una camiseta negra con unos vaqueros que se pegaban a su musculoso cuerpo. No pude evitar recordar todo lo que había pasado entre nosotros en ese vestuario. Algo dentro de mí quemó al hacerlo. Su padre abrió la puerta y le gritó algo en español que no fui capaz de entender. No pude evitar sentir un revoloteo en el vientre al verlo montarse en su moto y alejarse.

—¿Nos vamos, pequeña Jane? —preguntó una afable voz tras de mí.

—Claro.

Salí de casa y eché a andar junto al señor Davies, sin saber muy bien a dónde nos dirigíamos. Su mujer se quedó con mi padre jugando a las cartas mientras acababa la repetición del partido. Yo sabía que Margaret solía hacer trampas. Antes de jugar, se metía algún as en el bolsillo del delantal. Mi padre, por su parte, se sentaba sobre algunas cartas. Eran dos tramposos de cuidado.

—¿Ya no necesitas esa cosa? —me preguntó el anciano.

Sabía a qué se refería. Por fin había dejado el cabestrillo en casa. El hombro ya no me molestaba, aunque no podría hacer movimientos bruscos ni forzarlo en una temporada. Respiré hondo antes de hablar, llenando los pulmones del aire veraniego de Fair Haven. La tranquilidad reinaba por las calles rodeadas de enormes árboles que proporcionaban cobijo del sol.

—Ya estoy perfecta —respondí sonriente—. Salvo por esta cosa de aquí. Mi mejilla está horrible.

Me sentí fatal después de pronunciar eso en voz alta y me recoloqué la gorra para que no me diese el sol en la zona de la herida. La verdad era que nunca me había sentido guapa, pero, en ese momento, mi autoestima estaba por el suelo. Además, también me seguía molestando un poco el pie al andar.

—No está horrible. —El barquero sonrió—. Solo le estás dando demasiada importancia a esa zona de tu cara. ¿Aún no sabes lo que ocurre con todo lo que recibe atención? Crece, pequeña Jane. Así que dale importancia a otras cosas buenas de ti, porque estas también crecerán.

Me quedé pensando en sus palabras, e iba a responderle justo cuando me percaté de que estábamos pasando frente a la casa de Emily. Su abuelo estaba cortando el césped y la puerta principal se encontraba abierta. No pude evitar sentir morriña al ver de nuevo esa entrada donde tantas veces había estado. Vi cómo mi amiga de

la infancia se miraba en el espejo que tenían al lado del aparador. Por un momento, el corazón se me paró porque parecía como si se estuviese limpiando las lágrimas. Paré en seco, nerviosa de pronto. Iba a acercarme cuando ella me vio y se apresuró a cerrar la puerta.

—¿Te duele el tobillo? ¿Por eso vas tan lenta? —me preguntó el señor Davies, ajeno a lo que acababa de ocurrir.

Aquello había sido tan raro que tuve que esforzarme por aparentar normalidad. Quizá me lo había imaginado. Estaba bastante lejos. Quizá solo se hubiese frotado los ojos y yo lo hubiera malinterpretado. Sí, seguro que era eso. Y muy probablemente no me hubiese visto en la calle. Puede que cerrase la puerta por cualquier otra razón.

—Me molesta un poco, pero es soportable.

—Podemos ir más despacio si lo prefieres.

—Gracias.

Proseguimos nuestro camino en silencio durante unos minutos, hasta que descubrí dónde íbamos. El lago Faellen estaba ante nosotros, y el señor Davies se había detenido justo ante una pequeña barquita de color rojo.

—¡No me lo puedo creer! ¿Va a darme un paseo como cuando era pequeña?

No tardé en montarme después de que él me lo indicase con un gesto. Incluso con mi torpeza, sería incapaz de caerme de esa pequeña embarcación donde tanto tiempo había pasado de pequeña.

—Algo me dijo que te vendría bien.

Comenzó a remar y no me permitió ayudarlo. Me dio la excusa de que podía hacerme daño en el hombro, y, en realidad, tenía razón. Sentí la embarcación moverse debajo de nosotros junto al frescor que proporcionaba el agua fría. Metí una mano en el lago y me

centré en percibir la frialdad. Era una sensación tan agradable. La calma me inundaba de pronto. Quizá estuviese equivocada y perteneciese más a ese lugar que a ninguna gran ciudad. Puede que los pueblos como aquel tuviesen esa capacidad para transformar el interior de las personas. De lejos, veía como el señor Wilson tiraba migajas de pan a las palomas.

—Echaba de menos esto y no me había dado ni cuenta —comenté mientras pasábamos por debajo de un pequeño puente de madera lleno de macetas de flores rosas. En Nueva York había varios lagos, como el de Central Park, pero ni por asomo se respiraba la misma tranquilidad que en aquel lugar. Allí había verdadero silencio. Uno denso que solo se mezclaba con el sonido del remo al sumergirse en el agua y con algún pájaro de fondo.

—Este pequeño pueblo tiene algo que, una vez que lo conoces, no te abandona, aunque te vayas lejos.

—¿Usted se ha ido alguna vez? Quiero decir, sé que no nació aquí, pero... ¿volvió a irse?

—En nuestra luna de miel, mi querida Margaret y yo fuimos a San Francisco. Ese ritmo de vida no era para nosotros.

Sabía que se refería a la prisa de la gran ciudad. Fair Haven era como un refugio donde reinaba todo lo contrario.

—Una vez que te acostumbras, ya no es para tanto —respondí mirando el sol y la forma en la que se perdía entre las ramas de los árboles.

—Estás en la edad de acostumbrarte fácilmente a los cambios, pero, cuando seas más mayor entenderás que, en la sociedad en la que vivimos, parar es un acto de rebeldía.

En aquel momento no comprendí del todo lo que quería decir. Solo interpreté que había que descansar de vez en cuando, y que no solo era necesario hacerlo físicamente, sino también descansar la mente,

que parecía relajarse en la naturaleza. O, al menos, la mía lo hacía. Era como si los pensamientos se volviesen más lentos y pesasen menos en el alma.

—No sabía que fueron a San Francisco en su luna de miel. Mi padre jamás me lo contó.

—Él no había nacido entonces. Aunque cueste creerlo, alguna vez tu padre también fue un niño travieso.

Sonreí mientras me contaba cosas sobre mi padre, como que una vez había querido hacer un columpio en una rama donde había un panal de abejas. Me lo contó divertido porque dijo que había salido corriendo y no se le había ocurrido otra cosa que entrar en la casa... dejando la puerta abierta tras él. El señor Davies recordó cómo se habían colado dentro al menos veinte abejas. Entre risas, me enseñó dónde le habían picado.

—Tendrías que haber visto a mi esposa... Encima se enfadó conmigo por no haber quitado el panal cuando me lo pidió.

—Seguro que se lo pidió muchas veces.

—Probablemente —corroboró.

El agua chocaba con lentitud contra la barca mientras seguíamos avanzando por el pueblo hasta llegar al restaurante de Brown. Los árboles lo rodeaban, y no pude evitar fijarme en que el letrero verde con el nombre seguía en uno de los árboles de la entrada. Asher y yo habíamos ayudado a colocarlo ahí de pequeños porque su padre era el dueño. Había adoptado el apellido de su esposa para el negocio. Vi a Andrés en la distancia, hablando con la señora Wilson, su cocinera. Reparé en él unos instantes porque parecía enfadado. Tenía un papel en la mano que movía entre aspavientos. Me pregunté qué estaría pasando. La voz del señor Davies interrumpió el curso de mis pensamientos.

—La pobre lleva aguantándome demasiado tiempo —comentó mientras se acariciaba la corta barba gris.

—¿Cómo se conocieron? —pregunté de pronto.

—Fue en la calle que daba al parque. Un... amigo en común nos presentó. La verdad es que me enamoré de Margaret a primera vista cuando tenía dieciocho años, pero ella no quiso salir conmigo.

Él tamborileó con los dedos en el filo de la barca. Yo me quedé mirando esas manos en las que se dibujaba el paso del tiempo.

—¿Cómo fue eso?

—Yo siempre he sido directo, y ella me gustaba. Se lo confesé al cabo de unas semanas. Le dije: «Margaret, quiero que seas lo primero que vea cada día al despertar». Había copiado esa frase de mi padre, de una conversación en la que me contó cómo se había declarado a mi madre.

El señor Davies dejó de remar y se recostó en su asiento, sumido en sus recuerdos.

—Eso es precioso. ¿Qué le respondió ella?

—Me pegó un puñetazo.

Mi boca se cayó al suelo. ¿Había escuchado bien?

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Mi chica siempre ha tenido carácter.

La forma en la que la llamó me enterneció.

—No se merecía ese puñetazo —le respondí mientras me imaginaba la escena.

—Oh, pequeña Jane. Claro que me lo merecía. Le robé el gato solo para hablar con ella cuando saliese a buscarlo y hacerme el héroe.

Solté una carcajada sin poder reprimirme.

—¿Le robó el gato?

Él se llevó una mano a la cabeza y se rascó en un gesto que me pareció divertido, parecía recoger toda la burla del universo. Estaba disfrutando de contarme esa historia y se le notaba.

—Debería haberle regalado flores.

—Y, en lugar de eso..., secuestró a su gato —repetí asimilando aquella información.

Era difícil imaginarse a ese anciano como un chico de dieciocho años capaz de hacer eso por amor. Asintió con la cabeza antes de mirarme y de que ambos nos echásemos a reír.

—Me llevé varios arañazos del animal —comentó antes de dejar de remar para disfrutar del lugar.

—Normal...

Aquello no estaba tan mal. El agua parecía vibrar a nuestro alrededor cuando el sol comenzó a ponerse. La vegetación que rodeaba el lago Faellen proporcionaba aún más calma. Un perro ladró en la lejanía mientras el sonido del agua al mecerse nos envolvía. Me quedé unos instantes mirando el atardecer, y el señor Davies me imitó. En silencio, pude sentir que compartía algo con ese hombre que nos unía de algún modo especial. Me pregunté cuántas personas más estarían viendo ese ocaso desde diferentes partes del mundo.

Y pensé en mi madre. En si ella alguna vez se había detenido a observar el sol caer en este lugar. Recordé las palabras del barquero, quizá entendiéndolas entonces un poco más. Vivíamos en una sociedad tan acelerada que, a veces, parar era un acto heroico.

—Es hora de volver —dijo al cabo de un rato—. Me gustaría acabar de ver el atardecer con mi señora.

Sabía que los dos solían sentarse en el porche mientras anochecía. Los veía muchas veces de pequeña, y me pareció precioso que lo siguiesen haciendo. Volvimos a nuestra calle después de cruzarnos

con varios conocidos que saludaban al señor Davies con una sonrisa. Él les respondía a todos dos cosas: que tenía prisa y que yo era la hija de Henry.

Al volver a casa, mi padre me esperaba con una media sonrisa y mi teléfono en la mano.

—¿Ves como te ha venido bien salir de esa cueva?

—Jamás admitiré que tienes razón en algo, porque luego no habrá quien te aguante.

Me dio un apretón en el hombro bueno, el máximo gesto de cariño que podía esperar de él en un momento así, y volvió a sentarse en el sofá a leer mientras sonaba una canción que no conocía. ¡Bien, tenía datos! Literalmente, me quede ahí de pie con la cabeza casi metida en mi móvil. Había recuperado una parte de mí que había extrañado muchísimo. Abrí TikTok y lo primero que vi fueron varios vídeos de chicas que salían bailando con cuerpos perfectos o maquillándose sus caras hermosísimas. En serio, ¿cómo había gente tan guapa? ¿Era todo aquello real? Me metí en mis otras redes sociales y vi varios mensajes de mis amigas. Les respondí, aunque, en realidad, la que me interesaba era mi amiga Carmen. Había tratado de contactarme en al menos sesenta ocasiones. ¡Dios, la quería tanto!

Carmen: Da señales de una vez. Tengo demasiadas cosas que contarte.

Yo: Estoy bien, yo también tengo que contarte. He estado castigada, sin móvil y sin datos.

Me metí en su perfil para bombardearla a «me gusta». Durante mi ausencia, había subido tres fotos nuevas y varias *stories* que había puesto en destacados. Dejé comentarios en todas ellas antes de que me respondiese.

Carmen: Mierda. Te hago una videollamada en cuanto salga del trabajo y me cuentas.

Mi mejor amiga tenía un trabajo parcial en una cafetería como muchos otros adolescentes de Estados Unidos. En su caso, lo hacía porque sus padres no solían darle casi nada de dinero para sus caprichos, y ella siempre bromeaba con que nunca tenía suficientes libros ni suficiente ropa.

Yo: Solo tengo el móvil durante una hora, pero mañana que no trabajas, nos llamamos.

Carmen: Hay algo que tienes que saber. ¡Me moría por contártelo durante estas dos semanas!

Vi como los puntos suspensivos, que eran la clara señal de que estaba escribiendo, cesaron de golpe. Probablemente el antipático de su jefe la había pillado con el móvil y la estuviese riñendo.

Yo: Caaaaaarmen, cuéntame. ¡No me dejes así! ¿Carmen?☹ Espero que Stephen no esté comportándose como el capullo que es.

Le envié un mensaje a Emily mientras esperaba a que mi otra amiga me respondiese, pero la pelirroja tampoco contestó. Y eso que estaba en línea. Seguí mirando durante unos instantes la red social después de mandarle una foto con un filtro y con cara de pena a Carmen. Lo peor de conectarse era que no te dabas cuenta de todo el tiempo que te robaba, porque fue la voz de mi padre la que me sacó de un sinfín de publicaciones que parecían haberme absorbido. Desde luego que el algoritmo sabía lo que te gustaba y te lo daba para tenerte pillada mirando la pantalla.

—¿Vas a quedarte ahí de pie durante toda la hora?

Lo miré y negué con la cabeza. Carmen me mandó un mensaje justo en ese momento.

—Te gusta quejarte por todo, ¿eh?

—¿A que te quito el móvil?

—Papá, un trato es un trato...

—Pues no me hagas replanteármelo.

El mensaje de mi amiga hizo que volviese a centrarme en la pantalla. Lo que encontré me dejó sin habla.

Carmen: Ha pasado algo que tienes que saber.
Algo increíble. Dame un momento que me libre
de Stephen.

Entonces fue ella la que me mandó una foto haciendo como que lloraba.

Yo: ¿Qué ha ocurrido?

Me mordí el labio, preocupada. Podría ser cualquier cosa. Resoplé intrigada y me di cuenta de que mi padre me miraba con curiosidad. No me apetecía darle explicaciones, así que entré en mi habitación después de coger una bolsita de galletas Oreo. No me di cuenta de que no estaba sola hasta que fue demasiado tarde. De pronto, una mano me tapó la boca y un cuerpo duro chocó contra mi espalda.

15



Asher

Jane no me había visto, y yo había aprovechado para atraparla desde detrás. Coloqué una mano sobre su boca y la otra sobre su estómago al mismo tiempo que ella daba un grito ahogado.

—Tienes la habitación hecha un desastre, florecilla.

Sentí como todo su cuerpo se relajaba al saber que se trataba de mí, y a la parte de mi ser que aún quería venganza aquello no le gustó lo más mínimo.

—Habrá que ver la tuya —comentó, y se alejó de mí en cuanto aflojé mi agarre.

No pude evitar recorrer su cuerpo con la mirada, desde sus infinitas piernas hasta sus ojos marrones que me observaban con enfado.

—¿Con quién hablabas con esa cara de preocupada?

La había visto cuando estaba parada en el pasillo. Ella tragó saliva y se mordió los labios. Conocía bien ese gesto.

—¿Qué más te da?

—Es verdad. No me importa.

Pero sí que lo hacía. Jane resopló después de mirarme de arriba abajo.

—Le he mandado un mensaje a Emily. Antes pasé por su casa y...

—¿Y?

—Creo que la vi llorando. No lo sé. Quizá me lo he imaginado.

La información me pilló por sorpresa. Aunque..., en cierto modo, sí que sabía algo.

—Puede que sea por su pelea con Grace.

—¿Se han peleado?

Me senté en su cama. Como si no hubiese pasado el tiempo y volviera a ser ese crío que consideraba que aquel era también como su propio cuarto.

—Por una tontería. Algo de que Emily siempre le da me gusta a las fotos de Grace, pero ella pasa de hacer lo mismo.

Vi como parpadeaba mientras se sentaba a mi lado. Seguía incómoda, vigilando mis movimientos.

—No creo que llorase por eso.

Yo tampoco. Hacía muchos meses que tenía un pensamiento recurrente sobre Emily. Algo que no me había atrevido a preguntarle directamente.

—Puede que Grace le hiciese alguno de sus comentarios. Hablaré con ella.

A pesar de que Emily y yo no teníamos una relación tan cercana como cuando éramos pequeños y jugábamos al escondite en el patio trasero de mi casa con todos los demás, la seguía considerando una amiga. Y había que cuidar a los amigos.

—No entiendo cómo aguanta que la trate así —comentó Jane.

Yo sí, precisamente por eso quería hablar con ella. Ambos nos quedamos en silencio unos instantes hasta que Jane se levantó.

—¿Qué haces aquí? —preguntó de pronto.

—Me pareció buena idea venir a ver cómo estabas —respondí, levantándome de la cama—. Además, te debía la clave del wifi.

Me encogí de hombros y ella sonrió. Podría haberme perdido en esa sonrisa.

—Siempre cumples lo que prometes, ¿verdad?

La conocía lo suficiente como para saber que se refería a cuando le había prometido una noche que no iba a olvidar. Joder. ¡Si habíamos acabado en comisaría! Traté de no pensar en esa fatídica noche y respiré hondo antes de ofrecerle el pequeño trozo de papel donde había escrito la contraseña. Nuestras manos se rozaron durante un mero instante. Noté una chispa de nerviosismo que me sirvió para recordar el motivo de mi visita.

La noche siguiente habría una fiesta en el lago y, pasara lo que pasase, Jane tenía que ir. No estaba dispuesto a cometer el mismo error dos veces. Ese instinto protector que había surgido en el circuito no iba a volver a aparecer.

—¿La contraseña? —aventuró, ajena a mis pensamientos.

—Lo prometido es deuda —comenté con indiferencia mientras intentaba que esa maldita chispa de nerviosismo se extinguiese.

Esas dos semanas que habíamos pasado separados me habían venido bien para zafarme de los recuerdos de la infancia donde había sido mi mejor amiga. Lo tenía claro. Jane tenía que irse, y, en esa ocasión, Grace iba a encargarse de ello. Teníamos que lograrlo, sobre todo porque había escuchado a mi padre hablar con la señora Davies y decir que probablemente mi vecina tuviese que hacer allí su último año de instituto. Todo por culpa de lo que le había pasado a su madre.

Apreté los puños al pensar en ella. La verdad era que Miranda se había portado muy bien conmigo cuando era pequeño y jugaba con

su hija en su jardín; sin embargo, ni siquiera me había llamado al fallecer mi madre. Había decidido irse del pueblo, por motivos que no llegué a conocer del todo. Entendía que cuando el amor se acababa lo mejor era poner tierra de por medio, pero, con una hija en común, me había parecido una conducta muy infantil que se alejase tanto de su exmarido. Aun así, a pesar de haberse ido y de haberme apartado de Jane, yo no le deseaba ningún mal. Es más, lo único que quería era que su hija volviese con ella.

—¿Querías algo más?

La notaba claramente nerviosa porque la habitación no estaba recogida. Y me daba igual. Disfrutaba poniéndola así. Por un momento, recordé esas veces en las que, de pequeños, discutíamos por cosas de niños y ambos tratábamos de quedar por encima del otro. Nunca durábamos más de unos minutos enfadados.

—Venía a ver cómo estabas, y también a invitarte a salir mañana por la noche —respondí con ojos de cordero—. Vamos, habrá una fiesta en la zona más alejada del lago. Nos lo pasaremos bien.

Ella parpadeó varias veces.

—No pienso ir a ningún sitio así.

Supe que se refería a su cara y negué con la cabeza.

—Pero si estás igual de fea que siempre —bromeé para picarla, aunque, al ver que se tomaba en serio mis palabras, me acerqué y la obligué a mirarme colocando una mano bajo su mentón—. Vamos, mira esos ojos. ¿Cómo va a ser fea alguien con tus ojos?

—Si son marrones.

—Marrones como las hojas del otoño a punto de caer.

Nos quedamos en silencio unos instantes. Sus mejillas se colorearon un poco. Habría pagado por saber qué se le pasaba por la cabeza.

—Todos van a meterse conmigo —dijo al fin.

—No eres adivina y no puedes saber a ciencia cierta lo que va a pasar. De todas formas... ¿Quiénes son todos? ¿Grace y puede que Mark? ¿Por un par de comentarios de dos tontos te vas a quedar sin pasarlo bien? ¿Conmigo?

Ella rio ante la última pregunta. Yo no pude reprimir mi sonrisa. Odiaba que le fuese tan fácil sacar mi mejor versión. Joder.

—¿Así hablas de tu novia?

—Si te refieres a lo que dijo Jackson en el circuito, Grace no es mi novia. Es más bien mi amiga con derecho. No tenemos ningún compromiso, y lo sabe —comenté. Ella dio un paso hacia atrás y me miró con recelo.

—Seguro que habrá más gente —dijo al fin.

—¿Y? Si no te conocen y hablan de ti, significa que... —Tardé unos segundos en saber cómo acabar esa frase. Jane arqueó una ceja y acortó de nuevo las distancias conmigo, divertida. Volvíamos a estar tan cerca que podría tocarla con solo alzar una mano.

—Significa que... —repitió ella, como si supiera que me había quedado sin saber qué decir exactamente.

—Que la gente da lo que tiene dentro. Si te critican sin conocerte, es porque son inseguros y se tratan peor a sí mismos. ¿Qué más te da la opinión de gente así?

Detestaba que me saliese el lado protector con ella, pero, en aquel momento en el que necesitaba que viniese a la fiesta, podía permitírmelo.

—Sigues siendo tan encantador como cuando éramos pequeños, Asher Brown.

—Por favor..., ahora lo soy mucho más, Jane Robinson.

Ella volvió a reír y negó con la cabeza mientras fruncía los labios. Vi como abría el papel con la contraseña del wifi y no pude evitar sonreír.

—¡Oh, pero qué creído te lo tienes! —estalló al leerla.

—Venga ya. Esa contraseña es la hostia. Y más te vale no cabrearme, porque te la cambio y te quedas sin datos.

Jane enarcó una ceja y apretó los labios para no reírse.

—Ahora vuelvo a tener activos los de mi contrato. Aun así... ¿«Asher es perfecto»? ¿No se te ocurrió nada más original como contraseña?

—He ido a lo obvio —comenté con un encogimiento de hombros. La broma bailaba entre ambos. La verdad era que me había pasado un buen rato pensando qué poner como contraseña para cabrearla. Que se riese no era el resultado esperado, aunque era reconfortante.

—Pues yo no veo nada de esto tan obvio.

—Ay... ¿Has oído eso? ¿Era mi corazón? ¿Se ha roto? —bromeé, a lo que ella soltó una carcajada suave y me dio un leve manotazo en el pecho. Mi mano sujetó la suya justo sobre mi corazón. Nos quedamos así unos instantes, mirándonos fijamente. Vaya, no sabía qué estaba pensando, pero, de pronto, no podía dejar de observar su boca. Estábamos peligrosamente cerca.

La música entraba en la habitación procedente del salón. No podía imaginarme la casa de Jane en silencio. Siempre sonaba alguna melodía, salvo los meses posteriores a que Miranda abandonase a su marido. Si el viejo Henry me pillaba ahí, iba a matarme. Sin embargo, me daba igual. Una brisa fría entró por la misma ventana por la que yo lo había hecho minutos antes. Jane se puso tensa y no dudé en echarle mi sudadera por encima.

—Que caballeroso, pero tengo decenas de cosas que ponerme para no quitarte nada a ti —repuso mientras me la devolvía.

—Podríamos buscar otra forma de entrar en calor —comenté con un encogimiento de hombros y enarcando ambas cejas al mismo tiempo que la recorría con la mirada.

Ella me imitó y me miró de arriba abajo. Aquellas palabras habían salido sin pensar, aunque no me arrepentía ni un poco. O sí, claro que me arrepentía. Mierda. ¿Qué cojones estaba haciendo? De pronto era como si no fuese capaz de pensar. Ese era el maldito efecto que mi vecina tenía en mí. Siempre había sido así. Me hacía sentir tan cómodo que daba miedo.

—¿Como qué?

Tenía que alejarme, y, en lugar de eso, me acerqué más a ella y coloqué una mano en la parte baja de su espalda, cerca de su trasero. Noté como se estremeció. Había algo electrizante cada vez que nuestros cuerpos se tocaban.

—Cierra los ojos.

Jane sonrió tan cerca de mi boca que fue como si su sonrisa naciese en mí.

—No.

—¿Ya no confías en mí?

—Ni un poco.

Me perdí en sus ojos marrones y avancé unos centímetros más hacia ella. Su pecho chocó contra el mío. El ambiente se volvió más tenso. Agarré su mejilla y levanté su rostro.

—¿Cuándo te has vuelto una cobarde?

—¿Y tú tan idiota?

Solté una pequeña carcajada, y no pude evitar sonreír cuando ella cerró los ojos. Saboreé tanto su proximidad que, sin querer, respiré en sus labios. Vi como ella aguantaba la respiración. Me percaté de lo bonita que era su boca justo cuando mi estómago comenzó a dar vueltas. Yo no era inmune a Jane, y lo sabía perfectamente. Por eso tenía que aguantar esas ganas locas de besarla. Joder. No podía ser tan débil...

16



Jane

Sentir el aliento de Asher en mis labios revivió algo en mi interior que había estado dormido hasta ese momento. Conocía tanto a la persona que tenía delante que me daba miedo que todo fuesen imaginaciones mías. Lo que había pasado en aquel vestuario rondaba mi cabeza con más frecuencia de la que debería, y lo que ocurría justo en ese momento, aquella respiración casi naciendo en mi boca, me hizo estremecer. Fue como si el ambiente se cargase de algo difícil de explicar. Sobre todo, cuando acortó aún más la ínfima distancia entre ambos y sus dedos se enredaron en mi pelo. Una de sus manos comenzó un peregrinaje por mi espalda, y una corriente eléctrica me atravesó. Lo notaba todo como si me hubiesen quitado una capa de piel. Intenso, imparable, nuestro.

—Asher... —Casi gemí su nombre al sentir como su respiración se posaba en mi cuello. Todas mis hormonas se anticiparon a lo que iba a ocurrir y cada nervio de mi cuerpo se despertó.

—Di mi nombre otra vez, Jane —pidió antes de besarme en la mejilla, en una zona muy pero que muy cercana a la comisura de mis labios. El efecto que ese gesto tuvo en mí fue arrasador. Tanto que no pude aguantar las ganas de besarlo y giré la cabeza para hacerlo. Sin embargo, él alejó su boca al mismo tiempo que se mordía el labio inferior. Nunca había visto algo tan sensual como aquel gesto. Pero... ¿acababa de rechazarme? No supe cómo actuar. Una punzada de vergüenza se instaló en mi pecho y me hizo sentir muy mal.

Al menos, hasta que él apretó las manos sobre mí y volvió a besarme en el mentón con lentitud. Ver como se contradecía hizo que me olvidase de respirar. Primero se alejaba y luego no podía irse. Me quedé muy quieta mientras Asher me recorría el cuello con besos húmedos y se deslizaba hasta mi clavícula. Ni tan siquiera fui capaz de recordar que segundos antes había evitado besarme.

—Asher... —repetí al notar que su mano bajaba hasta casi agarrarme el trasero y la otra comenzaba un lento y tortuoso recorrido desde mi estómago hasta mi pecho. Notaba la maravillosa fuerza de sus dedos contra mi piel. Deslicé las manos por su duro abdomen y percibí su respiración irregular. Abrí los ojos cuando sentí que su aliento se había parado en mis labios, y lo encontré luchando contra sí mismo.

—Mierda —farfulló en una voz tan baja que creí habérmela imaginado.

Sus ojos grises me taladraron y me hicieron temblar. Él también quería besarme. Algo en mi interior me lo gritaba. ¿Qué lo detenía? Había tal intensidad en su mirada que no pude evitar alzar la cabeza para que nuestros labios se rozasen. Necesitaba de su tacto de la misma forma en la que su boca por fin atrapó la mía, con anhelo,

necesidad y hambre. Nos besamos entregando todo lo que éramos en aquel beso.

Asher me agarró el cuello con suavidad mientras apretaba su cuerpo contra el mío. Aun así, yo lo necesitaba más cerca. Como si cada lugar en el que no estuviésemos en contacto doliese. Su lengua comenzó a recorrer cada parte de mi boca con maestría, al mismo tiempo que sus dedos acariciaban mi cuerpo. Agarré su dura espalda y deslicé las manos por ella, sintiendo cada uno de sus músculos.

Mi corazón bombeaba a una velocidad infinita. El momento era perfecto, hasta que, de pronto, escuchamos unos pasos por el pasillo. Ambos nos separamos con una mirada asustada, y Asher reaccionó lo suficientemente rápido como para esconderse debajo de la cama. La puerta se abrió de golpe y mi padre entró en la habitación. Yo me quedé sin respiración y con cara de circunstancias.

—¿Qué estás haciendo?

No supe dónde meterme ni qué decirle. Tragué saliva e intenté recordar cómo se respiraba.

—Tienes que llamar a la puerta —respondí al fin, y me percaté de que mis mejillas se estaban incendiando.

—Es cierto —contestó—. Ya se acabó el tiempo del móvil.

De alguna forma, el aire pareció volver a mi cerebro, porque a eso sí que supe contestar a la primera.

—Pero ¡papá! ¡Si apenas lo he usado!

—Dijimos una hora.

—¡Es imposible que lleve una hora!

—La llevas, si cuentas el tiempo que te quedaste como un pasmarote en el pasillo. Vamos, dame el móvil.

Mi otra yo le habría suplicado que me lo dejase más tiempo. La de ese momento tan solo deseaba que se fuese de mi habitación para

poder estar con Asher. Sentía mi cuerpo clamar por más atención de una forma indescriptible.

—Está bien —dije mientras se lo entregaba, justo cuando sonó la alerta de un mensaje. Carmen me había enviado algo que no pude ver porque mi padre ya me había quitado el teléfono de las manos. Jo.

—Así me gusta. Y, ahora, ordena tu habitación. —Tras decir eso, se fue, dejándome aún más roja de vergüenza al recordar el desastre que había en mi cuarto.

Me giré al mismo tiempo que mi vecino salía de debajo de la cama y me recorría con la mirada. El momento se había roto, pero una parte de mí deseaba volver a él. Asher solo se mojó los labios en un gesto tan sexi que debería ser ilegal y se dio la vuelta con un resoplido de indiferencia.

—¿Vas a irte? —pregunté sintiéndome desesperada al ver que se dirigía hacia mi ventana.

—Es hora... Por cierto, bonito sujetador. Seguro que puesto queda aún mejor.

Me quedé boquiabierta al ver que tenía mi sujetador negro en las manos. Ese mismo que me había quitado antes porque se me veía a través de la camisa. Debía de haberlo cogido de debajo de la cama. Asher se asomó a la ventana y comenzó a salir, como si segundos antes no hubiese ocurrido nada entre nosotros.

—No puedes llevártelo.

—Te lo devolveré mañana por la noche, florecilla. Ya sabes dónde —respondió con una frialdad que me paralizó.

—No puedes...

No me dio tiempo a decir nada más, porque Asher salió por la ventana en el momento exacto en el que mi padre volvía a entrar para asegurarse de que estaba ordenando mi habitación.

—¿Tengo que quedarme aquí para que recojas?

—¡No hace falta, papá! —refunfuñé enfadada por la forma en la que mi vecino se había ido.

—¡Pues no me obligues a quedarme y recoge esto de una vez!

Volvió a salir de mi cuarto y yo contuve las ganas de gritar. Maldije a Asher por haberse ido así. Horrorizada, me di cuenta de otro detalle. ¿Y si me había mentido y Grace sí que era su pareja? No... Asher no me mentiría. Nunca lo hacía de pequeño. Pero... ¿y si había cambiado? Si entre ellos había algo..., ¡acababa de meterme en medio! ¿Era por eso por lo que no había querido besarme en un primer momento? ¿Cómo había sido capaz de hacer algo así? Tenía que contarle todo aquello a Carmen. Mierda. ¡Carmen! Me había mandado un mensaje importante, y no había tenido la oportunidad de saber qué era eso tan increíble que había ocurrido. ¿Qué querría contarme?

17



Asher

Menos mal que Henry había entrado en el momento justo, porque si no... No quería ni pensarlo. Si hubiese seguido en su habitación un solo instante más, no habría vuelta atrás. Si Jane hubiese querido, la habría hecho mía, y, por primera vez, alguien me habría hecho suyo. Era difícil de entender, pero todas las veces que me había acostado con alguien había sido solo eso, sexo. En cambio, con Jane había una línea invisible que haría que fuese algo mucho mayor. ¡Y cómo odiaba eso! ¡Odiaba no haber podido alejarme!

Cuando llegué a casa fui directamente a darme una ducha helada, aunque ni aun así conseguí quitarme el calor excesivo de mi cuerpo al pensar en el de mi antigua mejor amiga. Recordaba sus pechos, sus piernas infinitas, el olor de su piel, el sabor de sus labios...

—¡Mierda! —grité en la ducha, dando un golpe a la pared. Se suponía que debía echarla de Fair Haven, no enrollarme con ella. ¡Y mucho menos no poder dejar de pensar en ella!

De pronto, fue como si volviese a vivir el peor momento de mi vida. Habían pasado ya tres años desde el accidente, pero parecía estar ocurriendo justo en ese momento.

Estoy en el asiento de atrás, moviendo la cabeza al ritmo de la música. Mi madre ha parado en una estación de servicio para ir al baño, y yo me he quedado en el coche. Tengo trece años, y en nada cumpliré los catorce. Sostengo una invitación para mi cumpleaños en la mano, porque pienso dársela a mi mejor amiga en cuanto la vea. Han pasado más de seis meses desde que Jane se fue de Fair Haven, y no puedo tener más ganas de verla. Además, si mi sueño se hace realidad y viene a mi cumple, podríamos celebrar también el suyo, como hemos hecho desde pequeños. Yo tengo un año más que ella, soy el mayor, y por eso voy a ser yo quien me encargue de organizarle a ella un cumpleaños sorpresa. Va a ser alucinante. O, al menos, eso pienso en mi cerebro de niño entusiasta y lleno de vida, porque cuando mi madre vuelve a nuestro vehículo, tiene los ojos rojos, hinchados, y me da la peor noticia del mundo.

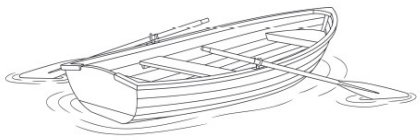
Me hice un ovillo en el plato de la ducha mientras el agua fría seguía corriendo por mi espalda. El dolor a veces era abismal, y recordar lo que había pasado justo después fue lo que me obligó a levantarme con los puños cerrados y coger el móvil.

Yo: ¿Te hace una pelea?

Eran las dos de la madrugada, pero sabía que Chai siempre estaba dispuesto a hacer lo que fuese para que me sintiera mejor. Además, era cinturón negro en kárate y daba patadas como nadie.

Chai: Más te vale haber entrenado algo estos días, porque como me levantes de la cama para algo que no sea bueno, voy a reventarte.

Sonreí, volví a vestirme con ropa de calle y cogí los guantes de boxeo del armario. Chai sabía el verdadero motivo por el que quería a Jane fuera de nuestro pueblo, y era el único que se había atrevido a encararme en varias ocasiones para decirme que no estaba haciendo lo correcto. Pero ¿qué más daba lo correcto? Era la responsable de todo, e iba a pagar por ello.



A la mañana siguiente, mi padre me despertó sobre las doce abriendo sin piedad la persiana y las cortinas para dejar que el sol calentase e iluminase la estancia.

—Aquí huele a establo. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no te acuestes sin ducharte?

«Ayer me duché», quise decirle. Aunque luego, cuando volví de entrenar con Chai, había caído rendido en la cama.

—Cierra las persianas —me quejé poniéndome la almohada sobre la cabeza.

Love se tiró en la cama a mi lado y sentí la forma en la que movía la cola de felicidad por darme los buenos días. Alargué la mano, sin sacar la cabeza de debajo de la almohada, y le toqué la suya. Ella era tan inteligente que supo que la buscaba y se acurrucó a mi lado.

—Vístete. Hoy trabajas.

—¿Qué? ¡Hoy no me toca! —me quejé.

—Hasta que no recupere mi coche, que me quitaron por tu culpa, te tocará cuando yo diga —me restregó, haciendo énfasis en la segunda frase.

Quise decirle que le había dado el dinero suficiente para comprarse uno de segunda mano mientras acababa la investigación del *sheriff*; sin embargo, me limité a apretar los labios. Mi padre había metido el dinero en el banco para que yo lo usase para estudiar y no había tocado ni un dólar. Además, había hablado de apuntarme a algún sitio para que compitiese con las protecciones adecuadas. No le había prestado mucha atención cuando me lo contó, la verdad.

—Pero si solo vas del trabajo a casa y de casa al trabajo —respondí malhumorado antes de incorporarme—. ¡Y además vas en mi moto!

—Es cierto. Voy en tu moto. Y tú vas a ir a patita.

—Papá, venga ya. —Me froté los ojos con cansancio.

—Solo hay que bajar dos calles para llegar al restaurante.

—Espera, voy contigo.

—Tienes que darte una ducha antes. Yo me voy ya. Te quiero allí en media hora.

—Maldito sea —refunfuñé mientras lo escuchaba bajar las escaleras hacia la segunda planta. Por si fuese poco, Love ladró con alegría, sabiendo de alguna manera en su cerebro perruno que la cama iba a quedarse para ella sola.

Suspiré hondo y me levanté. Más valía no hacer enfadar a mi padre. Casi una hora después, cuando llegué al restaurante, él estaba tan ocupado atendiendo a los turistas y a la gente del pueblo que no me dijo nada por llegar tarde salvo que «se me aguó el champú». Me metí en la cocina a ayudar a la señora Davies, que había ido a su vez a ayudar a la señora Wilson, la cocinera de mi padre.

—Asher, pareces cansado. Esta noche no has dormido bien, ¿verdad?

La voz de la señora Davies me hizo girarme hacia ella, pero una mirada de mi padre bastó para que volviese a lavar los platos. Odiaba ese trabajo con toda mi alma.

—Mi padre me ha despertado.

—A las doce de la mañana. Tendría que haber estado despierto desde las siete —se inmiscuyó él.

—¡Si me acosté a las cinco! —me quejé.

—Ese no es mi problema.

—Pero me siento mal.

—Repito: no es mi problema.

Mi padre tenía la inteligencia emocional de una patata.

—Oh, Andrés, no seas tan duro con el chico —dijo la señora Davies pronunciando mal la erre.

—El chico ya no es tan chico, y, si no estudia, debe tener otras obligaciones.

Y no, el que habló no fue mi padre, sino la señora Wilson, que era igual de cerrada de mente que él. Además, estaba enfadada conmigo por otros motivos diferentes.

—Pobrecito, podrías estar en el lago y estás aquí aguantando a estos dos viejos —me dijo la señora Davies. A mí se me escapó una risita mientras los interpelados la miraban mal.

—¿Esta tarde sigue en pie su cumpleaños, señora Davies? —pregunté para cambiar de tema cuando ella se acercó a secarme los platos.

—Claro que sí. Voy a hacer un pastel de rechupete. ¿Vendrás, Yolanda? —La pregunta la dirigió a la señora Wilson. Ambas eran muy amigas, a pesar de que sus maridos no se llevaban nada bien. Aunque antes también habían sido amigos, como Jackson y yo.

—Si el señor Wilson no se inventa cualquier excusa para no ir, ten por seguro que allí estaré.

—Y si se las inventa, ¿qué harás? —preguntó la anciana.

—Amenazarlo con preparar cenas con coliflor.

La señora Davies asintió, orgullosa.

—Eso nunca falla, querida. A mi George lo amenazo con tartas de verduras.

—¿Eso existe? —pregunté curioso. Era imposible que mi comida favorita pudiese estar rellena de mi enemigo más odiado, la verdura.

—Si te portas mal, lo sabrás. Y no me verás venir hasta que te hayas tragado el trozo. Te lo cubriré de chocolate para que no te des cuenta —me aseguró la señora Davies, altanera. Yo tragué saliva; no esperaba que pudiese tener tanta maldad. Más me valía no enfadar nunca a esa mujer.

—¡Margaret, no asustes al niño! —la riñó la señora Wilson.

—Sí, sí, asústalo, que quizá yo haga algo parecido —intervino mi padre con malicia.

—Venga ya, a ti no te saldría bien un pastel ni en mil años —aseguré, ganándome una leve sonrisa de su parte.

—Será una celebración maravillosa —nos ignoró la señora Davies, sumida en sus pensamientos y dando una palmada en el aire. Estaba muy emocionada—. Debería pedirle a George que vaya decorando la casa.

—Estoy segura de que mi Louis puede ayudarlo —dijo la señora Wilson.

—Si dejamos a esos dos juntos, incendiarán la casa —aventuró con seriedad la otra mujer, antes de echarse a reír acompañada de su amiga. Todo el pueblo sabía lo mal que se llevaban ambos hombres desde que el señor Wilson había hecho algo de lo que yo no llegué a enterarme bien. Solo sabía que estaba relacionado con un negocio.

—Mamá, no puedo cargar con más sacos de patatas —se quejó Greg mientras entraba en la cocina cubierto de sudor.

—Pero bien que pudiste sacar un coche del taller de tu padre —replicó la señora Wilson.

Quise hacerme un ovillo en el suelo y desaparecer. Aquello había sido mi culpa. Ese era el motivo de que la mujer estuviera tan enfadada conmigo. El señor Wilson había echado a Greg del taller por ayudarme a sacar a escondidas el coche de mi padre para la competición. Por eso había pasado a echar una mano a su madre en el restaurante.

—Voy a matarte —articuló Greg hacia mí sin que el menor sonido saliese de sus labios.

Asentí con la cabeza; sabía que me lo había buscado.

—Lo siento. Yo también estoy castigado. Llevo semanas fregando.

—Y las que te quedan —respondió mi padre cuando entró a por nuevas comandas.

—Anda, Asher, ve a decirles al señor Wilson y al señor Davies que comiencen a decorar mi fiesta —intervino Margaret, mirando fijamente a mi padre.

Yo no necesité escucharlo dos veces. Salí pitando de la cocina, pero tuve que detenerme para saludar a algunos de los clientes habituales. Mientras hablaba con uno de ellos, vi como la señora Wilson se acercaba a su marido. Parecía que estaban discutiendo por algo, pero no pude prestarles mucha atención. La vi volver a la cocina con una sonrisa victoriosa, así que fuera lo que fuese, había ganado ella. Tardé como diez minutos en llegar hasta la mesa donde el señor Davies leía el periódico y se comía una ensalada.

—Buenas tardes, ¿cómo está?

El anciano desvió la mirada del periódico para observarme. Tenía el ceño fruncido y parecía molesto.

—Lo mejor que se puede estar comiendo lechuga. Mi Margaret se empeña en controlar mi alimentación. Soy una vaca que come pasto.

La mujer se asomó por la barra para ver a su marido, quien le lanzó un beso. Ella lo recogió en un gesto antes de decirle:

—¡Cómetelo todo, George! ¡Eso tiene vitaminas!

Su marido hizo el amago de llorar, y ella regresó entre risas a la cocina.

—Te doy cincuenta dólares si me traes una chuleta de las de la señora Wilson.

—Es tentador, pero no seré yo quien despierte la ira de su esposa —aseguré al recordar la amenaza de la tarta de verduras—. De hecho, he venido porque me ha pedido que le diga que ya puede empezar a decorar su casa para la fiesta de esta tarde. —Tragué saliva antes de añadir—: Ha dicho que podía hacerlo con el señor Wilson.

—Oh, eso sí que ni hablar. No se me ha perdido nada con ese viejo.

—Tarde, porque no seré yo el que haga enfadar a mi señora. Me ha pedido que te ayude y eso voy a hacer —comentó el señor Wilson, acercándose con su cabello gris y su bastón, a la par que miraba de arriba abajo al señor Davies—. Te viene bien comer eso. Últimamente estabas ganando peso.

—¿Ganando peso? ¿Yo? No te pillaría con esa barriga cervecera que tienes ni aunque me sentase a comer porquerías a diario.

—Venga ya, te arde no poder comer lo que quieras como yo.

Esos dos ancianos siempre estaban igual, pero todos sabíamos que, en el fondo, se tenían cariño. George Davies había sido profesor en el pueblo de al lado, y Louis Wilson, a pesar de que debería haberse jubilado hacía años, se seguía dedicando a su taller. A los dos los unía su pasión por el lago Faellen y por dar paseos

disfrutando de la tranquilidad. Recuerdo que cuando era niño los veía muchas veces yendo a pescar. Era una pena que se hubieran peleado...

—No hace falta que vengas conmigo a ningún sitio —aseveró el señor Davies.

—Yolanda me ha dado las llaves, George. Se las dio tu mujer.

—Oh, maldita sea. Esta mujer quiere enterrarme antes de tiempo, Louis.

—Tranquilo, bailaré sobre tu tumba en tu honor —respondió el señor Wilson con una sonrisa.

—Eso será en otra vida, porque, en esta, pienso enterrarte yo a ti.

—Solo sabes decir tonterías, George.

—Mira quién habla.

—Ya te gustaría. Si estás en tan baja forma que no puedes ni caminar rápido —se jactó el señor Wilson.

—No soy yo el que necesita un bastón, Louis.

Ante mi atónita mirada, ambos se levantaron y comenzaron a caminar hacia la casa del señor Davies. ¿Aquello era una carrera? Posiblemente sí, porque cada vez andaban más rápido.

Ambos ancianos se alejaron inmersos en esa competición y yo no pude reprimir una carcajada cuando el señor Wilson dejó caer su bastón sobre el señor Davies y lo pisó para ganar terreno. George quiso tomar la revancha, así que comenzó a correr y lo adelantó en menos de treinta segundos. Le hizo un gesto infantil poniendo ambas manos junto a sus orejas. Louis le dijo algo ininteligible y lo siguió. Me di cuenta de que la mayoría de los clientes también los observaban. El día que ambos hiciesen las paces todo el pueblo iba a celebrarlo.

—¿Por qué los han hecho ir juntos? —pregunté a las ancianas una vez dentro de la cocina.

—Oh, van a picarse tanto que voy a tener la decoración más bonita de toda la historia de Fair Haven —comentó la señora Davies entre risas.

Por un momento, recordé la decoración de Navidad del año anterior. Ambos habían querido quedar por encima del otro, y poco había faltado para que declarasen Fair Haven la capital navideña. Literalmente decoraron toda su calle. Nunca había visto tantas luces de colores juntas.

—Su cumpleaños puede írseles de las manos, señora Davies —dije con una sonrisa.

—Ya he llamado al jefe de bomberos por si acaso, para que se dé una vuelta y los controle —añadió la señora Wilson.

—En algún momento volverán a ser amigos... —afirmó la señora Davies con añoranza.

La otra mujer le colocó una mano en el hombro en un gesto de apoyo. Yo me las quedé mirando hasta que mi padre entró en la cocina y me gritó en español que no estuviese parado. Mientras trabajaba, no pude evitar pensar en si Jane también iría a la fiesta de la señora Davies esa tarde, o en si iría esa noche al lago. Todavía tenía su sujetador guardado debajo de mi almohada. Imaginármela con él puesto me provocó un revoloteo nervioso en el vientre. Aquello tenía que acabarse ya. Y yo estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario.

18



Jane

Cuando mi padre entró en la casa, yo estaba hablando con Carmen por teléfono. Por lo visto, una de nuestras amigas se había liado con otra. Eso era aquello tan importante que tenía que decirme. Además, esa amiga salía con un chico del que Carmen llevaba enamorada desde que lo vio por primera vez. Aunque, bueno, ella era un poco impulsiva y sus enamoramientos no duraban mucho. Le había contado lo de Asher y me había obligado a pasarle una foto para cotillearlo. Solo había tenido palabras buenas para él, y la verdad era que yo no podía decir que no me gustase escucharla hablar bien de mi amigo. Sin embargo, el tema de que estuviese con Grace, a pesar de que según él no era nada serio, me corroía por dentro. Yo no quería ser esa clase de persona que no respetaba a otras. Pero era Asher. *Mi* Asher. Nos habíamos visto crecer, y todo había sido... natural. Como si no hubiese podido ocurrir de otra forma. ¿Me estaba montando una película?

—Vas a pagarme la factura del teléfono este mes.

Mi padre se quejó porque había encontrado un vacío en su castigo. Solo me dejaba usar mi móvil durante una hora, pero jamás mencionó nada del teléfono fijo.

—Por supuesto. Lo haré con mucho gusto. Y con mis ahorros imaginarios.

Mi padre gruñó al mismo tiempo que Carmen se reía al otro lado de la línea.

—Cuéntame luego cómo te va con la nueva novia de tu padre —me despedí de Carmen, quien esa noche iba a conocer a su madrastra.

—Y tú cuéntame si ocurre algo más entre el chico guapo y tú.

—No lo llames así... —le pedí.

—Vaaale... Oye, te echo de menos. Ojalá vernos pronto.

Suspiré hondo.

—Y yo a ti. Pero recuerda lo que prometimos.

—Aunque haya distancia, seguiremos siendo mejores amigas —recordó Carmen.

Sabía que lo había hecho mal al no mantener el contacto con mis amigos de la infancia. Mi madre no había tenido el teléfono de ninguno de ellos, y cuando había sido lo suficientemente mayor como para tener redes sociales, me había dado vergüenza volver a contactar con ellos después de tantos años sin dar señales de vida. Además, como Grace tenía el perfil público, podía ver que se lo estaban pasando bien y que no parecía que me echasen de menos. No iba a cometer el mismo error dos veces. Quería mantener a Carmen en mi vida. Nos despedimos durante unos segundos más. Luego colgué el fijo de casa ante la atenta mirada de mi padre.

—Nos vamos en una media hora —comentó mientras abría la nevera para servirse un vaso de zumo y ponerme otro a mí—.

Tenemos un cumple, ¿te acuerdas?

Asentí con la cabeza mientras daba un trago. Eran las tres y media de la tarde. Con algo de suerte, a las seis estaríamos de vuelta y podría reunirme con Asher en el lago. No tenía muchas ganas de ver a Grace después de su carta en la que me decía que todos me echaban la culpa de lo que había ocurrido en la carrera, aunque estaba dispuesta a hablar con ella. Y con Emily, que no había respondido al mensaje que le envié preguntándole cómo estaba. Pensar en Asher me puso nerviosa, así que traté de evadirme mirándome en el espejo. Era cierto que tenía la herida mejor y ya apenas se notaba, pero seguía usando muchísima protección y poniéndome la gorra para evitar el sol.

—¿Estás lista? —me preguntó mi padre un rato después.

Asentí mientras estiraba un poco la tela de mi vestido azul. Lo había combinado con unas sandalias blancas y llevaba el pelo recogido en una trenza.

—¿Te gusto? —inquirió mi padre tras dar una vuelta sobre sí mismo. Llevaba unos vaqueros y una camisa de manga corta.

—Pareces recién salido de un desfile... —él me sonrió, sin verse venir lo siguiente— de ancianos.

Salí de casa entre risas y notando su burla tras de mí. Acomodé la gorra beis para que no me diese el sol en la cara.

—No tienes remedio.

Mientras caminábamos calle abajo, me di cuenta de lo que había echado de menos bromear con mi padre. Pensativa, acaricié con cuidado una de las flores azules que llenaban nuestro vecindario. Recordé con pesar lo que había dicho Grace de que podría haber venido a verlo. La verdad era que lo había intentado sin éxito durante meses. Al principio me había enfadado muchísimo no volver,

pero, con el tiempo, llegué a acostumbrarme a esa nueva rutina donde siempre había actividades por hacer.

—¡Margaret! ¡Felicidades! —saludó mi padre.

La señora Davies estaba a unas cuatro casas de la suya, hablando con la señora Wilson, que se llevaba ambas manos a la cabeza en ese momento. Nos sonrió, aunque no nos respondió porque estaba atendiendo al monólogo de su amiga.

—¡Que no piense ni por asomo que yo voy a limpiar eso! ¡Voy a dejarlo solito! —se quejaba la señora Wilson cuando llegamos a donde estaban.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó mi padre al verla tan exasperada.

—Mi marido y el señor Wilson... han competido para ver quién dejaba la casa más decorada —informó Margaret—. Fue idea mía, aunque no pensé que se les fuese a ir tanto de las manos...

Mi padre se dio una palmada en la frente, viéndose venir la que podrían haber montado esos dos. Yo solo sonreí. La competitividad sana que veía en ese lugar no la encontraba en ningún otro lado.

Por un momento, pensé en todas las veces que había competido con Asher de pequeña en las distintas actividades que hacía el pueblo. Aún recordaba la última carrera a dos manos que se había celebrado en el mes de octubre de hacía ya cinco años. Casi todo el pueblo participaba, en Fair Haven todo era así. Recordaba cómo había competido junto a Asher, agarrando sus piernas como si fuera una carretilla mientras él iba avanzando a dos manos, y la manera tan bonita en la que nuestros padres nos animaban. Para mí, lo mejor había sido escuchar a Asher quejarse cuando se había dado de bruces contra el suelo.

—¡Y no se les ha ocurrido otra cosa que llenarlo todo de confeti! Te aseguro que van a limpiarlo ellos, Maggie. Tranquila. Yo me encargaré de ello —afirmó la señora Wilson antes de mirarme,

sacándome de mis recuerdos—. Vaya, cuánto has crecido, pequeña Jane. Estás guapísima.

Le sonreí a modo de saludo, porque seguía sin hacerme gracia que me llamasen así.

—Será mejor que nos vayamos. Los invitados ya están llegando —dijo Margaret—. Ya pensaremos cómo haremos que esos dos limpien el desastre.

—¿Ha invitado a mucha gente? —pregunté.

—Oh, no, solo los necesarios.

Que, en un pueblo pequeño, resultaba ser todos los habitantes que quisiesen ir. Cuando llegamos a la casa de la señora Davies, mi boca se abrió sola hasta el suelo. En el jardín trasero, habían colocado un castillo hinchable, y muchos ancianos del pueblo estaban subidos a él con sus nietos. Otros niños correteaban lanzándose cubos de agua. Me reí cuando uno le cayó de lleno al señor Wilson. La música sonaba mientras el señor Davies servía algún tipo de licor a todo el que se acercaba. Había globos por todas partes y un cartel que ponía: «Feliz dieciocho cumpleaños, Margaret». ¿Cuántos años cumpliría realmente? ¿Setenta y uno? ¿Setenta y dos?

—George, por favor, quítate ese collar de flores —le pidió su esposa, y se acercó a él avergonzada.

—¿Y dejar a Louis pensar que él es el más animado de la fiesta? Por supuesto que no.

Busqué con la mirada al señor Wilson y vi que llevaba unas gafas y una nariz falsa de las grandes. En su defensa, el señor Davies se había puesto un sombrero de purpurina rosa. Margaret camufló una sonrisa, pero parecía una niña pequeña con su marido. Me pregunté si en algún momento yo tendría la suerte de encontrar a alguien que

me quisiese como George quería a su esposa. Que, con más de setenta años, me hiciese sentir una niña en brazos de quien amaba.

No se me pasó por alto el gesto que el señor Davies hizo a Mark, que era a su vez familiar del señor Wilson y que estaba haciendo de DJ. *You're the One that I Want* de *Grease* comenzó a sonar de fondo mientras Margaret se ilusionaba como una niña pequeña.

—¡Esa es nuestra canción!

—Vamos, querida, bailemos —pidió el señor Davies, y le colocó el collar de flores a ella.

Me perdí unos instantes observando a la pareja hasta que sentí una presencia justo detrás de mí.

—Jane.

Tragué saliva, nerviosa al recordar sus manos paseando por mi cuerpo. Todo mi sistema nervioso se activó y me temblaron las piernas. Lo cierto era que esa noche había dormido poco pensando en lo que había ocurrido entre ambos.

—Asher... —respondí sin querer que notase mi nerviosismo.

—¿Vienes al porche?

—Nada de alcohol —gruñó mi padre mientras nos rodeaba y miraba fijamente al padre de Asher, que se alejaba en la dirección contraria.

—Por supuesto, señor Robinson —afirmó él.

Luego me sirvió un refresco y lo seguí hasta el porche delantero. Allí puso los dos vasos sobre una mesita de madera y sacó una petaca.

—¿Quieres?

Dudé, pero acabé por asentir. Vertió el contenido en nuestros vasos para luego ofrecerme uno de ellos. Yo lo agarré, a pesar de que todavía no me gustaba del todo beber. *Till forever falls apart*, de Ashe y Finneas, comenzó a sonar en el otro lado de la casa. Era una

de las canciones que habían elegido para sus bodas de oro después de que mi padre les hiciese una selección. Observé a Asher. En realidad, agradecí estar a solas con él. Éramos los dos únicos adolescentes de toda la fiesta sin contar a Mark.

—Podríamos acabar lo que empezamos ayer —me dijo con una sonrisa socarrona, como si no me estuviese proponiendo algo indecente y, peor, en una fiesta de personas mayores.

—¡Asher, por favor!

Él se rio ante mi respuesta, aunque la verdad era que no había podido sacarlo de mi cabeza desde el día anterior. Una parte de mí se preguntó qué estábamos haciendo. Y por qué era algo tan natural. Me quedé mirando la forma en la que Asher era capaz de sonreír con toda la cara, y no solo con su boca. Como si todas sus facciones se iluminasen cuando se reía de verdad. Magnético. Así lo describiría.

—Bien, si eliges la opción aburrida, ¿cómo te divertías en Nueva York sin mí?

Su mera presencia me ponía nerviosa, pero la sensación aumentó cuando se sentó en el sofá balancín que tenían los señores Davies en el porche y tiró de mí para que quedase entre sus dos fuertes piernas. Me agarró la cintura con la mano para impedir que me moviese. Tampoco es que quisiese hacerlo. El tiempo se ralentizó a nuestro alrededor.

—Lo típico que se hace en una gran ciudad —respondí, sin sentirme nada segura de mis palabras. Era como si su presencia me volviese idiota. No podía formular más de dos frases seguidas sin quedarme en blanco.

—Estoy deseando largarme.

Tragué saliva, pensando que antes de regresar allí yo tampoco quería volver. Sin embargo, una vez que había entrado de nuevo en

la calma que se respiraba en ese lugar...

—Al final, querrás regresar a Fair Haven.

Su mirada se deslizó con avidez por mi cuerpo. Comenzó a acariciarme la espalda. Sentir sus dedos sobre mi piel me reconfortaba. Contuve el aliento.

—¿Por qué no volviste ni una sola vez?

—Mi madre no quería que viniese. No sé muy bien por qué, pero se negaba a pagarme el billete. Siempre me decía que no iba bien de dinero, aunque papá le enviase la pensión todos los meses.

Asher calibró mis palabras en silencio.

—¿Crees que te mintió?

—Creo que no quería que me separase de ella, y ahora, en cambio...

La tristeza de que mi madre pasase de mí me pudo durante un instante. Él pareció notarlo mientras me daba un toquecito en la gorra para quitármela. La colocó en la mesita que había en el porche.

—Eh, todo va a ir bien. Estoy seguro de que tu madre tiene algún motivo para actuar así —comentó leyéndome la mente.

—Ha perdido la cabeza por un músico y se ha olvidado de mí.

Lo peor era que encima sabía que había veces en que su nuevo marido no la trataba bien. Una vez lo escuché decirle que nada le quedaba bien y que debería adelgazar un poco. Me dio tanta rabia que me fui a casa de Carmen sin pedir permiso. Asher apretó los labios, como si luchase contra la necesidad de decirme algo. Pasó así unos segundos hasta que suspiró y volvió a hablar.

—Hay una cosa que tengo que con... —No pudo acabar la frase porque el sonido de algo estallando lo interrumpió. No tardamos en descubrir que eran fuegos artificiales.

—¡George! ¡Haz el favor de esperar a que sea de noche! —gritó la señora Davies, haciendo que ambos rompiésemos a reír. Me quedé perdida en la risa de Asher y en la forma en la que sus ojos grises con reflejos verdes se achicaban cuando sonreía de verdad. Me gustaba verlo así.

Quise preguntarle qué iba a decir, también por qué no había venido a verme, pero la forma en la que me movió, como si yo solo fuese una muñeca en sus manos, logró evadirme de esa pregunta. De pronto, estaba sentada sobre él. Ambos quedamos cara a cara, sumamente cerca, hasta que me acomodé entre sus piernas y recuperé algo de espacio. Si nos veían, iba a caérsenos el pelo. Y me daba igual. En el momento en el que mi cuerpo tocó el suyo, todo dejó de importar. Me nublaba la mente.

Mi mano subió sola hacia su abdomen, duro y trabajado, y se coló por debajo de su camisa. Su tersa piel ardía mientras algo reverberaba en mi vientre.

—Si sigues tocándome así, voy a tener que imitarte —me dijo al mismo tiempo que me transmitía miles de cosas con su mirada—. Y no te aseguro que pueda parar.

—No voy a dejarte. Hay demasiada gente.

—¿Y si estuviésemos solos? Estoy seguro de que serías mía. —Sus manos subieron lentamente por mis piernas, trazando pequeños círculos que se sentían como descargas eléctricas.

Alcé ambas cejas. Yo tampoco tenía ninguna duda de eso. Había algo entre ambos que nos ataba de una manera casi magnética. En cierto modo, siempre había sido así, pero ahora había evolucionado con una intensidad que asustaba.

—Ni en tus mejores sueños —le dije, tan cerca que rocé sus labios.

—Vas a ser mía, Jane. Siempre consigo lo que quiero.

Sus dedos me acariciaron el cuello deliberadamente y me estremecí.

—¿Siempre consigues lo que quieres? —me burlé, aunque él se mantuvo serio.

—Ahora solo te quiero a ti.

Algo en mi pecho ardió. Contuve la respiración cuando me dio un beso suave y cálido que duró menos de tres segundos. Se llevó una mano a la frente, como si tuviese sentimientos contradictorios. Luego maldijo con rabia y su mano tiró de mí con más fuerza. Mi pecho tocó el suyo y mi respiración cayó sobre su barbilla. En ese momento, yo era un flan. Temblaba entre sus manos. Jamás me habían tratado así ni me habían dicho cosas como aquellas. Nos miramos fijamente un instante antes de que me apartase con brusquedad y me sentase en el banquito junto al columpio. Su padre llegó a donde estábamos segundos después. Siempre me había sorprendido el buen oído que tenía Asher. O esa capacidad suya para darse cuenta de todo lo que nos rodeaba mientras yo solo le prestaba atención a él.

—Vamos a partir la tarta y a dar los regalos.

Asher asintió y se levantó despreocupado, como si no nos hubiésemos besado una vez más. Como si no hubiésemos compartido otro de los momentos más íntimos de mi vida. Por mi parte, como había pasado con mi propio padre, a duras penas pude hacer algo más que poner cara de circunstancias. Andrés nos miró y se alejó después de negar con la cabeza.

—Me voy adelantando —comentó Asher.

—¿Y tú? —pregunté sin poder reprimirme.

Él me miró sin entender. Un rayo de sol cayó justo sobre sus ojos, en los que relució todavía más ese verde imposible que tanto me gustaba. Era como si el bosque se mezclase con una tormenta.

—¿Yo qué?

Tragué saliva en medio de aquel porche que tantos hermosos momentos había presenciado.

—¿Qué has hecho todo este tiempo sin mí?

La mirada de Asher se turbó durante un segundo. Volvió a fruncir los labios para luego negar con la cabeza, como si estuviese perdiendo una guerra contra sí mismo.

—He llenado los vacíos que dejaste cuando te fuiste.

Me dio la espalda y se marchó hacia el jardín trasero mientras yo asimilaba lo que acababa de decirme. Mi corazón parecía querer correr detrás de él y amenazaba con salirse de mi pecho. ¿Qué estábamos haciendo? ¿Qué era aquello?

19



Asher

Me sentí como un completo idiota después de decirle eso; sin embargo, era la única verdad. Durante todo el tiempo que había estado sin ella, había sido como si solo existiese el vacío. Y, en ese momento, parecía haberse llenado con algo difícil de explicar. No paraba de repetirme que la quería lejos, pero me dolía cada vez que nos separábamos. Dios, me encontraba tan perdido desde que mamá había muerto.

Los años habían pasado y yo seguía igual. Era como si no viviese, aunque tampoco podía hacer otra cosa que sentarme a ver mi vida pasar. No tenía ambiciones, ni metas, ni un camino claro. Me cuestionaba demasiadas cosas, aunque no hacía nada para buscar las respuestas. Me quedé unos instantes pensando en aquello. Había compartido eso mismo con el barquero hacía meses, y sus palabras parecían volver a mi cabeza como si las tuviese dibujadas justo enfrente de mí. «Quizá eso de sentirse perdido también sea una

parte de la vida. Una de las menos bonitas, pero tal vez la más necesaria para averiguar qué quieres de verdad».

Sin embargo, el tiempo seguía pasando, y yo continuaba sin tener ni idea de qué era lo que tenía que hacer. Sabía que mi padre esperaba muchas cosas de mí, aunque yo dudaba poder dárselas. No era bueno en los estudios, no desde que mamá murió. Tampoco se me daba especialmente bien ayudar en el restaurante. Y mucho menos me llevaba bien con mi padre. Además, competía en carreras ilegales. Solo así conseguía que mi mente parara. Compitiendo y peleando. Joder... Mi padre seguía sin coche por mi culpa. Mi vida parecía ser una serie de malas decisiones que no me llevaban a ninguna parte, y lo peor era que no tenía ni idea de qué hacer para salir de donde estaba metido.

La aparición de la tarta con las velas me sacó de mis pensamientos.

—¡Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseamos, Margaret, cumpleaños feliz!

Fue gracioso que los invitados la llamasen por su nombre y tan solo Mark y yo «señora Davies». Mi amigo se alejó para poner otra canción. Jane se rio por algo que hizo el señor Wilson que no llegué a ver. Intercambiamos una mirada que me impidió regresar a mi retahíla mental. A veces me resultaba demasiado fácil aislarme, como si nada tuviese importancia realmente.

—¡George, ni se te ocurra ponerme tarta en la nariz o te alimentaré a base de brócoli durante toda una semana! —advirtió Margaret sin fiarse de su marido y haciendo que todos riésemos.

Por un instante, me pregunté si en algún momento yo viviría algo como lo que ellos dos tenían. El señor Davies juró de una forma muy poco creíble que no iba a hacerle nada.

—Sopla las velas, Margaret —insistió la señora Wilson con una sonrisa mientras aplaudía, animándola.

—No olvides pedir un deseo, querida —dijo el señor Davies, y me guiñó un ojo. Sabía que tramaba algo.

—Claro.

Justo cuando Margaret empezó a soplar las velas, su marido hizo como que se desmayaba, ganándose las carcajadas de todos. Incluso el señor Wilson camufló una sonrisa.

—¡George! —se quejó su esposa.

—¡Perdona! ¡Pensaba que pedías perderme de vista!

—Pero ¡mira que eres tonto!

—Un tonto con suerte —dijo antes de besarla y generar un «oooh» colectivo.

—¿Ves? Tú deberías ser más romántico, Louis —se quejó la señora Wilson, a lo que su marido puso los ojos en blanco y le dio un beso en la mejilla.

El señor Davies lo llamó copión y él lo fulminó con la mirada. Cuando llegó el momento de los regalos, me acerqué a la cumpleañera para darle el mío. Bueno, el que había pagado con el dinero de mi padre. Margaret lo aceptó diciendo que no tenía que haberme molestado, pero en sus ojos vi que le encantó la *pashmina* verde. Me dio un abrazo y un beso en la mejilla. Un rato después, me despedí de ella y dejé a mi padre allí con todos. Le hice una señal a Jane, quien me observaba mordiéndose el labio. A diferencia de otras chicas que conocía, ella solo hacía ese gesto cuando estaba pensando en algo con fuerza.

—Cobarde —articulé sin pronunciar ni una sola sílaba.

Ella parpadeó sorprendida por lo que acababa de leer en mis labios. Me di la vuelta y sentí como me seguía calle abajo. Cuando

llegué a mi moto, sus pasos acabaron de acortar la distancia entre ambos.

—No vuelvas a decirme eso.

—¿A decir qué? No he dicho nada.

Y no podía negarme que fuese cierto, porque no había salido ningún sonido de mi boca.

—Mentiroso —articuló sin pronunciar palabra. Luego me sonrió y se cruzó de brazos provocándome una sonrisa. Tuve que recordarme que después de esa noche querría irse por lo que habíamos planeado Grace y yo. Joder, odiaba lo fácil que le resultaba hacerme sentir cómodo. La quería lejos ya.

—Demuéstramelo —le dije antes de ponerme el casco—. Oh, no, cierto. Tienes que pedir permiso a tu padre —me burlé, ganándome que sus ojos se incendiasen. Lo que no me esperaba era que se volviese a la fiesta dejándome allí plantado. ¿Dónde había quedado la chica que se incendiaba con nada?

—Paso de ti —la escuché murmurar.

—Venga ya. ¡Si no salgo de tu cabeza, florecilla! —grité.

Disfruté de como se giraba con los puños apretados. Me dirigió una mirada que me congeló por dentro. Me subí en la moto justo antes de que ella negase con la cabeza y se acercase a mí de nuevo.

—¿Tienes otro casco?

Le dediqué una media sonrisa. Sabía que estaba a un segundo de poner los ojos en blanco.

—Para ti, tengo lo que quieras.

No me equivocaba. Puso una expresión de exasperación mientras soltaba un bufido. La cima de una montaña se veía justo detrás de ella y los árboles de la calle proyectaban un entramado de sombras en su rostro. Me perdí en su mirada durante una fracción de segundo. Sus ojos marrones parecieron un tono más claro cuando

un rayo de sol se escapó de las ramas y cayó sobre ellos. Me encantaba ese color de las hojas de otoño cuando estaban a punto de desprenderse de las ramas.

—¿Lo que quiera? ¿Puedes tomarte algún sedante o algo para no tener que soportarte?

Reconozco que me ardió la sangre.

—Yo no tomo nada de eso, pero tengo un sedante entre las piernas si quieres usarlo.

—Dios, Asher. Eres asqueroso.

Solté una carcajada mientras ella negaba con la cabeza como si fuese un caso perdido. Puede que lo fuese. Por ella.

—Vamos, déjame ponerte el casco. —Me bajé de la moto y le dediqué una sonrisa sincera cuando vi que sus mejillas se habían coloreado un poco. Todavía se le notaba la herida del rostro, aunque era un arañazo insignificante comparado con cómo había estado. Jane se mantuvo quieta mientras subía el sillín de mi moto para sacar un casco negro. Me acerqué a ella más de la cuenta porque quería ponerla nerviosa. Lo que no esperaba era que ella me pusiese nervioso a mí. Su olor a coco entró por mis fosas nasales y perdí la noción del tiempo. Había dejado de usar ese perfume tan cargado de chica de ciudad y en ese momento olía como lo hacía de pequeña. Quizá fuese su champú. No lo sabía, pero me quedé un rato prendido de ese olor y los recuerdos que me generaba.

—Puedo ponérmelo yo sola —comentó, y buscó el cierre para acabar lo que yo había empezado. Agarré sus manos con suavidad y las detuve. Tocarla fue como sentir una corriente eléctrica recorrerme. Como si saltasen chispas. Me quedé unos segundos acariciando su suave piel, y ambos nos perdimos en una mirada que gritaba demasiadas cosas.

—Lo sé, pero me gusta cuidar de ti.

Sentí esas palabras saliendo de mis labios como la más absoluta de las verdades. Siempre había sido así. De pequeño, me encantaba estar con ella y verla bien. Era feliz cuando reíamos juntos o cuando la veía colorear paisajes debajo del columpio de su casa. O cuando iba a verla nada más despertarme, o bajaba las escaleras de casa y me la encontraba en la cocina desayunando con mi madre. Jane tenía algo que tiraba de mí para seguirla donde fuese, quizá por eso me dolió tanto cuando dejó Fair Haven, como si mi amistad no fuese motivo suficiente para quedarse con su padre. La había echado tanto de menos que había pasado meses llorando por ella. Tanto que, tras varios berrinches, mi madre al final acabó aceptando mi propuesta de ir a verla e invitarla a mi cumpleaños. Los recuerdos me sacudieron de pronto. Me paralizaron. Me robaron el aire.

Soy la persona más infeliz del mundo cuando mi madre para en esa gasolinera, llama por teléfono y vuelve al cabo de un rato con los ojos rojos. De pronto, su dulzura se ha vuelto dureza. La observo dar la vuelta en la gasolinera y regresar a la carretera. Llevamos más de una hora de camino hacia el aeropuerto más cercano. Nueva York está tan lejos que vamos a tener que coger un avión, y, aunque me da algo de miedo, no puedo esperar para volver a ver a mi mejor amiga. Tal vez por eso mi respiración se detiene cuando mi madre me habla desde el asiento delantero.

—Jane no quiere verte, cielo. Será mejor que volvamos.

Se lleva una mano a la boca después de decir esa frase. El aire se queda en mi garganta. A ella también le ha afectado su rechazo.

—¿Cómo que no quiere verme? Pero ¡si es mi mejor amiga! — Siento como si alguien me estuviese estrujando el corazón. Las palabras que acaba de decir mi madre me hacen daño. Demasiado. Aprieto con rabia la invitación a mi cumpleaños que tengo entre las manos.

—Lo siento, cielo, volvemos a casa —dice mirándome a través del retrovisor central del coche.

Pero ella no volvió jamás.

«Puto falso», me grité a mí mismo en mi cabeza. Me dolía tanto el corazón que parecía que iba a estallar en mil pedazos de un momento a otro. Como cuando mi madre murió regresando por esa carretera. En ese odioso accidente en el que había visto como atravesaba la luna del coche. Todo había sido por culpa de Jane. Ni tan siquiera debería seguir considerándola mi amiga cuando no había querido verme en Nueva York.

La quería lejos por lo que había hecho, y, sin embargo, ahí seguía ese instinto protector que solo parecía latir con ella. Lo peor de todo era que la parte más humana de mí sabía que aquello era verdad. Aunque quisiese asustarla esa noche, no le deseaba nada malo. Solo que se alejase, por mucho que eso me destruyese. Me mataba estar con ella tanto como la idea de separarnos otra vez, pero sabía que era lo que necesitaba hacer. Quizá por eso lo que me dijo a continuación se quedó dando vueltas en mi cabeza durante mucho tiempo después.

20



Jane

Asher estaba especialmente guapo cuando se relajaba, y parecía que solo lograba hacerlo conmigo. Quizá siempre había sido así. Siempre habíamos sido nosotros. Desde que nací, había estado a su lado porque nuestros padres eran amigos y nuestras casas se encontraban al lado. Sabía tanto de él. Conocía cómo dormía, cómo respiraba en sueños y cómo su respiración se alteraba al tener una pesadilla. O la manera en que su cuerpo reaccionaba a las picaduras de araña; por eso mi madre limpiaba y comprobaba a fondo mi habitación, para que no hubiese ninguna que pudiese picarle. También recordaba como mi padre elegía canciones que a él le gustasen cuando estaba en la cocina.

Habíamos compartido viajes, Navidades y... sueños. Incluso recordaba quedarme en su casa cuando era pequeña a esperar a Santa Claus. Hasta trazamos un plan maestro para pillarlo mientras nuestros padres dormían. Ese pequeño Asher de ocho años se

enfadó muchísimo cuando no lo conseguimos, pero bastó que le diese un abrazo para que se le pasase. Eso y los regalos que nos esperaban bajo el árbol. Siempre había regalos para mí en su casa, y para él en la mía.

—Yo también extrañaba cuidar de ti. Aunque yo tengo más trabajo contigo que tú conmigo —dije con una media sonrisa.

Él enarcó las cejas, se montó en su moto y me hizo un gesto para que me subiese detrás. Obedecí y pegué el pecho a su espalda al agarrarme a él. Por un instante, me preocupó que mi cercanía le molestase. Estuve a punto de alejarme al sentir como su postura cambiaba radicalmente. Se volvió más tensa, y su cuerpo se inclinó hacia delante. A veces me daba la sensación de que se alejaba de mí a conciencia. Otras, me decía a mí misma que eso no era posible.

—¿A qué te refieres? —Hasta su voz sonó más dura. Yo traté de calmarme y hablar como si no hubiese notado nada.

—¿También vas a ir a toda velocidad ahora?

Él soltó un bufido, y sus abdominales se movieron al hacerlo. Dios, estaba tan duro.

—¿Me estás regañando? —bromeó, y sentir como se relajaba hizo que yo sonriese.

—¿Por ser un idiota que compite en carreras ilegales?

—Un idiota que las gana —se mofó.

—Eso mismo.

—Si hubieses montado conmigo, habría preferido perder a ponerte en peligro. ¿Por qué te subiste con Jackson? ¿En qué pensabas? —preguntó.

Entonces la que se rio fui yo.

—Perdona, ¿ahora me estás riñendo tú a mí?

Asher arrancó antes de responder.

—Tuve que reprimir las ganas de sacarte de ese coche en contra de tu voluntad.

El sonido del motor llenaba el lugar y asustó a algunos pájaros, que salieron volando de las ramas.

—¿Y por qué no lo hiciste?

Miré su rostro a través del retrovisor. Sus ojos grises brillaban bajo el sol y parecían de un color imposible. Noté un aleteo nervioso en el vientre cuando su pupila encontró la mía.

—Porque eres tan cabezota que seguro que eso solo te hubiera dado más ganas de montarte con él.

Asher conducía por uno de los caminos más bonitos de Fair Haven, rodeado de árboles y coloridas flores. El lago quedaba a nuestra derecha y se mecía con suavidad mientras varios niños pequeños jugaban en la orilla. Una ligera brisa recorría el lugar y camuflaba un poco ese calor asfixiante del verano. En comparación con Nueva York, ahí se estaba mucho mejor. Ese bochorno pegajoso que hacía que la ropa se te pegase a la piel era mucho más suave en el pueblo que en la gran ciudad.

—Puede que tengas razón —acepté—. Sobre todo, teniendo en cuenta que me emborrachaste.

—Pero bueno... ¡Yo no te emborraché! ¡Qué dramática eres! —se quejó.

—Me diste un vaso con alcohol.

—Sí, y los demás vasos llegaron a tu mano por arte de magia. También podrías haber dicho que no bebías.

Tenía razón una vez más. El problema era que me costaba decir que no e imponerme. Solo con Asher me atrevía a ser yo misma. Bueno, y con mi amiga Carmen.

—No quería desentonar nada más regresar —confesé.

—Bueno, no tenías por qué hacerlo. Los chicos te habrían dicho algo, pero luego te habrían dejado en paz.

Puse los ojos en blanco. Para él era fácil decirlo. Todos lo adoraban.

—Estoy segura de que Grace se habría pasado toda la noche criticándome.

—Eso iba a hacerlo igualmente. Ya sabes cómo es.

—No iba a sentirme cómoda con ella de todas formas —confesé.

—¿No crees que le estás dando demasiada importancia a Grace? Además, pocas personas se sienten cómodas con ella.

Él era una de esas personas. La forma en la que Asher volvió a inclinarse hacia delante, separándose de mí, habló por sí misma. El pellizco en mi estómago lo hizo por mí. Removí las piernas, molesta, y mi tobillo se quejó un poco al hacerlo.

Nos acercamos a la parte norte del lago Faellen. A pesar de tener a Grace en la cabeza, no pude evitar disfrutar de ese camino que cada vez se volvía más desierto. De pequeña, había oído que los chicos mayores se reunían en el linde del lago, a las afueras de Fair Haven, para beber y bailar junto a pequeñas hogueras. No podía evitar sentirme un poco ansiosa por haberme convertido en una de esas chicas mayores que yo misma veía ir en moto en esa dirección cuando era una niña mientras pescaba con Asher y su padre. A mí no es que me apasionase la pesca, lo que me gustaba era ver a mi mejor amigo de la infancia, con unos nueve años, emocionado por haber pescado un pez. Si era muy pequeño, lo devolvía al lago con una sonrisa orgullosa. Dios, tenía tantos recuerdos con Asher que era difícil no perderse en alguno. Toda mi infancia estaba llena de él. De su amabilidad cuando con mi torpeza se me caía una bola de helado y él me daba una de las suyas. O cuando a él se le olvidaba hacer algún trabajo del colegio y yo se lo hacía en mis clases para

que no lo castigasen. O cuando no entendía las tareas de matemáticas y él me las explicaba con una paciencia infinita. Lo había extrañado tanto...

—¿Recuerdas cuando fuimos de viaje con nuestros padres y nos quedamos en ese hotel que era tan grande que te perdiste?

Asher resopló, aunque cuando habló pude notar la sonrisa en su voz.

—No me hagas recordar la que liaron mis padres.

Me percaté de que reducía un poco en una curva y luego volvía a acelerar.

—Estaban aterrados. Podría haberte pasado cualquier cosa.

—Pero si yo estaba tranquilito comiendo galletas fuera de la piscina de olas cuando de pronto escucho que alguien me llama por el megáfono. «Asher Brown, por favor, acuda a las oficinas de recepción, sus padres están preocupados buscándolo. Asher Brown, repetimos» —recordó.

—Y luego se dirigieron a las personas que estaban en el resort diciendo que se había perdido un niño de ocho años. «Viste bañador de Pokémon y una camiseta blanca. Tiene el pelo oscuro y los ojos grises» —proseguí con la conversación y me mordí los labios para no reírme.

—Me sentí tan observado de pronto que me escondí. Literalmente todos me miraban.

—Tuviste la peor de las ocurrencias.

—¡No! ¡Esa la tuvieron mis padres! Acababan de informar de que un niño andaba solo. ¡A saber si entre toda la gente que había escuchado el mensaje había delincuentes secuestradores de niños!

Fue inevitable soltar una carcajada por su tono burlón.

—Y luego la dramática soy yo.

Asher también se rio mientras continuábamos el camino. Las cumbres de las montañas se veían a lo lejos, como un manto verdoso que lo cubría todo. La carretera se terminó en algún punto y comenzó un camino de arena.

—Bueno, ahora que soy mayor, quizá debería admitir que, tras esconderme, robé una camiseta azul que estaba en una de las hamacas y me la puse encima de la mía para que nadie pensase que era yo el que se había perdido.

Aquella revelación me pareció de lo más curiosa.

—¿Llevaste dos camisetas a la vez?

—Y nadie se dio cuenta. Luego, sabiendo donde estaban mis padres y aprovechando el revuelo, me colé en el todo incluido que estaba de camino. Saqueé la fuente de chocolate, me manché la camiseta azul y, al quitármela, rocé la blanca sin querer y también la manché.

—¡Lo sabía! Todavía recuerdo esa mancha de chocolate en tu camiseta —comenté—. ¡Dios, y le diste la camiseta azul al de recepción diciendo que te la habías encontrado en el suelo! ¡Y dijeron que eras un niño muy atento! Pero ¡¡qué falso!!

Asher rio durante más de cinco segundos seguidos. Yo lo imité mientras recordaba perfectamente toda la escena. La verdad era que yo también me había preocupado por él.

—Y mi madre se creyó que luego me dolía la barriga del disgusto. Y era del empacho...

—Pobrecita.

De pronto, mi amigo se quedó serio. Lo observé a través del retrovisor. La vulnerabilidad bailó en su rostro e hizo que yo contuviese la respiración. Duró tan poco que creía que me lo había imaginado, pero sus palabras me demostraron que no había sido así.

—Hay veces que aún me cuesta creer que ya no voy a verla más.

Sentí el dolor que atravesaba su voz y coloqué una mano sobre su hombro.

—Amber era maravillosa, y estoy segura de que estaría orgullosa del chico en el que te has convertido —dije en un intento de reconfortarlo, aunque estaba convencida de lo que había dicho. Yo quería muchísimo a su madre. Ella siempre había sido buena y amable conmigo.

Asher no me respondió. Sus puños se apretaron y aceleró la moto. Sus hombros también se tensaron, y parecía tan molesto que no me atreví a decir nada más. Quizá necesitaba un poco de tiempo para calmarse después de hablar de su madre.

Unos minutos después, descubrí que lo que decían era cierto. El lago Faellen estaba rodeado de corros de jóvenes que bebían alrededor de varias hogueras mientras sonaba una música muy alta. Mi vecino acercó su moto a uno de los últimos muelles de madera, donde no había nadie.

La vista era preciosa, con el lago Faellen y las montañas de fondo. La paz que transmitía me reconfortó durante unos instantes. Giré la cabeza hacia las hogueras. En la lejanía, distinguí a Emily charlando sonriente con Chai. De pronto, recordé cuando, al día siguiente de pasar media noche retenidos en los calabozos, la vi sacando a su perro a través de mi ventana y ella decidió no saludarme. Tuve sentimientos contradictorios, porque no entendía por qué me ignoraba. ¿No me había visto? ¿Y por qué todavía no había respondido a mi mensaje?

—Bájate por el lado contrario al tubo de escape —me alertó Asher, sacándome de mis pensamientos. Tuvo que gritarme para que me enterase por lo fuerte que estaba la música. Su voz seguía sonando tan seria que me puse nerviosa e hice todo lo contrario.

—Mierda.

—¡Jane!

Mi pierna había pasado junto al tubo de escape y me había asustado al sentir el calor cerca de mi piel. Con tan mala suerte que me había desestabilizado y casi había tirado a Asher de la moto.

—Lo siento.

—¿Estás bien? —preguntó con la mandíbula apretada en un gesto que rezumaba peligro.

—Sí.

Sus hombros se relajaron por un instante para luego volver a formar una línea recta con su cuello.

—Joder, esto solo te pasa a ti.

No sé por qué estaba tan enfadado, pero me habló con un tono fulminante antes de apagar el motor y bajarse de la moto. Me quitó el casco de manera brusca para luego hacer lo mismo con el suyo y guardarlos bajo el asiento. Hacía cada gesto como si estuviese reprimiendo sus ganas de romper algo. De hecho, dio una patada a uno de los palos del muelle que formaban una especie de banquito de madera. La garganta se me secó mientras lo observaba. Me fijé en su moto, por si acaso la había arañado, pero nada. No era eso.

—Ya te he dicho que lo siento. ¿Qué te pasa? No lo he hecho a propósito. —Ni tan siquiera se dignó a mirarme. Se alejó de mí sin responder—. ¡Asher! ¿Qué ocurre?

¡Me ignoraba! Mi mejor amigo me ignoraba. Algo comenzó a apretarme el pecho. ¿Desde cuándo pasábamos de hablar de un tema sensible a pelear? ¿A qué venía su actitud?

—¡ASHER! —volví a gritar—. ¿Vas a explicarme qué te ocurre?

—Tú me ocurres, joder —respondió furibundo al mismo tiempo que se giraba. Nunca lo había visto tan molesto. Me sentí fatal, porque estaba claro que había hecho algo que lo había puesto así.

—¿Yo?

Él se agarró el pelo justo antes de acortar distancias conmigo. Sus brazos me agarraron bruscamente por las muñecas. Di un paso atrás, aturdida, porque lo conocía demasiado bien como para tener miedo de él. Asher nunca me haría daño. Esa era mi verdad más absoluta. Sus ojos grises me taladraron. Algo en mi vientre ardió. Mi corazón se aceleró sin que pudiese hacer nada para evitarlo.

—Me vuelves loco, Jane. Debería sacarte de mi vida, y no soy capaz ni de hacerlo de mi mente. Maldita seas.

Me esforcé en respirar cuando él se acercó más a mí y subió las manos por mis brazos, acariciando mi piel con fuerza. Con rabia. Una que no sabía de dónde venía. ¿Acababa de decirme que quería echarme de su vida? ¿Por qué? ¿Qué había hecho yo?

—Asher..., no te entiendo —logré decir, porque la verdad era que tenerlo tan cerca me desestabilizaba. Él respiró hondo y su aliento cayó en mi frente. Me miró como si ya no pudiese más. Como si estuviese a punto de estallar. En otro momento, me habría echado a llorar. En ese instante, veía tal desesperación en él que era incapaz.

—No me saco tu beso de la maldita cabeza. No puedo dejar de pensar en ti. En tu boca. En tus ojos.

—Asher...

Sus palabras me habían desarmado por completo. Bajé la vista sin saber qué más decir, cohibida por la situación. Su altura me intimidaba. Me hacía sentir pequeña en comparación con su musculoso cuerpo. Lo escuché bufar antes de que agarrara mi rostro con ambas manos y me obligase a mirarlo fijamente.

—Eres mi razón para volver a sentir.

Me plantó un beso en los labios de una forma tan impulsiva que solté un gemido. Luego me entregué a él, como si no fuese posible otra cosa. Porque, en cierto modo, no lo era. Todo mi cuerpo se activaba cuando Asher estaba cerca. Él no era el único que se volvía

loco. Yo también lo hacía. Le rodeé el cuello con los brazos mientras él colocaba una mano firmemente en la parte baja de mi espalda. Me arqueé para acortar todavía más el espacio entre ambos. El beso se volvió desenfrenado, frenético, brutal. Nos besamos con una necesidad irrefrenable, como si estuviésemos hambrientos el uno del otro.

Cerré los ojos, sumergiéndome en la forma en la que él me hacía sentir. Aquello tenía que ser parecido a perder el juicio. Solo que sus manos me sujetaban con tanta fuerza que eran mi ancla a la cordura. Parecía que había una cortina entre nosotros y el mundo exterior. Como si estuviésemos atrapados en nuestra propia burbuja. Asher me agarró el trasero con ambas manos, como si no pudiese contener sus ganas, y me levantó en el aire para colocarme sobre la madera del muelle. Yo abrí las piernas para darle acceso a mi cuerpo cuando quedé a su altura. Con más cuidado, me agarró el cuello posesivamente antes de volver a introducir la lengua en mi boca. El gesto me pudo. Me hizo perder la cabeza y la poca compostura que me quedaba.

—Mírame, florecilla —me pidió en una cadencia lenta mientras acariciaba la comisura de mi boca con uno de sus dedos. Abrí los ojos sintiendo todo con demasiada intensidad. Su mirada, que parecía la mayor de las tormentas, vio dentro de mí. No sé cómo lo hizo, pero sucedió. Asher Brown era capaz de ver a través de mi piel. Sus manos subieron por mis piernas, acariciándolas con una lentitud casi tortuosa. Era como si hubiese una bomba en mi cuerpo. Una que amenazaba con romperlo todo y hacerme arder.

—Tú también me haces sentir a mí —le confesé cuando estaba a punto de besarme de nuevo.

De pronto, Asher vaciló e hizo lo que menos podía esperarme. Se alejó de mí como si mi piel quemase. El vacío llenó todos esos

lugares donde su cuerpo había estado en contacto con el mío.

—Esto es un puto error. *Tú* eres un error, Jane —soltó iracundo.

Me quedé sin aire. Asher rugió. Sí, rugió, antes de alejarse y dejarme completamente sola y sin tener ni idea de qué hacer. Algo dentro de mí se rompió.

21



Jane

«Tú eres un error, Jane».

Era pensar en esas palabras y notar una angustia en mi pecho que me asfixiaba. Nadie se acercó a mí mientras permanecía en el mismo muelle donde mi mejor amigo me había besado con pasión, me había dicho que yo era su razón para volver a sentir y, luego, que era un error. Un *puto* error.

—Jane, eres idiota... —murmuré, y contuve las ganas de llorar. No iba a darle el gusto. Ni aunque me doliese el pecho y me faltase el aire. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Por qué actuaba así? No lo entendía, pero tenía muy claro que no había hecho nada para que me tratase así. Yo no era un maldito juguete sin sentimientos. Era una persona y merecía que me tratasen bien. Dios, Asher iba a enterarse por haberse comportado así conmigo. Aunque antes necesitaba calmarme. Si por mi fuese, habría llamado a mi madre, pero no tenía móvil. Tampoco estaba segura de que ella fuese a

estar dispuesta a escucharme cuando todavía me ignoraba. Mierda..., quizá Asher ya no fuese mi amigo nunca más.

Pensar eso hizo que el nudo en mi garganta creciese. De pronto, fue como si tuviese una bola enorme en el estómago y lo apretara. Aguanté esa horrible sensación mientras todo el mundo disfrutaba detrás de mí. Tras un rato que me pareció eterno, conseguí calmarme. No sabía cuánto tiempo había pasado, al menos habían sido veinte minutos.

¿Dónde diablos estaba Asher? ¿De verdad le había parecido bien irse y dejarme allí como si tal cosa? Cuando lo encontré, la imagen me impactó un poco por lo atractiva que me resultó. Estaba desnudo de cintura para arriba. El sol caía sobre su bronceada piel mientras hacía dominadas con sus amigos. Las hacía con una facilidad apabullante si lo comparaba con cómo le salían de pequeño. Algo se removió dentro de mí. Mark le daba un trago cada vez que subía la cabeza por encima de la barra. Los demás chicos lo animaban a través de la música que sonaba de fondo. Vi como Grace se acercaba justo cuando Asher saltó de la barra victorioso tras hacer sabe Dios cuántas dominadas. Todos lo vitorearon. Sentí una impotencia fría recorrerme. Estaba tan tranquilo que parecía que no acababa de romperme el corazón.

«Espera, ¿Grace está en bragas y sujetador?». Percibí una tirantez en mi vientre.

Joder, qué culo tan perfecto. Por un momento, comparé mi cuerpo con el suyo y me sentí fatal. Ella era como esas chicas que se veían en redes sociales. Cuerpo bonito, cara angelical. Todo lo que a mí me faltaba. Yo solo era alguien del montón. Me dolió compararme con ella y ser consciente de lo poco que me valoraba a mí misma.

Me llevé una mano a la frente y masajeé mi piel. Me dolía un poco la cabeza. Por primera vez, me fijé en que había muchas más chicas,

empapadas porque acababan de salir del lago, que, al igual que Grace, iban en ropa interior. Todas menos Emily, que llevaba un bikini negro atado al cuello. Por un instante, nuestras miradas se cruzaron. Se quedó mirándome y yo desvié la vista y me giré una vez más. En ese momento, estaba tan sola que no tenía ni idea de qué hacer. Quería irme, pero para ello tenía que atravesar la multitud, y no me apetecía que nadie comenzase a preguntarme por qué me marchaba.

—No sabía que habías venido con Asher —me dijo una voz a mis espaldas varios minutos después.

—Hola, Emily —la saludé sin querer mirarla.

—Jane..., ¿has llorado? —me preguntó, lo que me hizo mirarla. Tenía una mano en la boca y se mordía una uña exageradamente.

—No, no lo he hecho.

Aunque sí que había tenido que aguantar las lágrimas. Quizá se me notaba de alguna manera.

—Pues tus ojos cuentan otra cosa.

—¿Ahora te interesa? Me ignoraste cuando te mandé un mensaje.

Ella respiró hondo.

—No tenía ganas de hablar con nadie —comentó, y apartó un poco la mano sin darse cuenta, provocando que el tema de conversación cambiase del todo.

—Dios, Emily, ¿te has puesto labios?

Mi amiga de la infancia alzó ambas cejas a la par que colocaba las dos manos sobre su boca.

—No.

—Déjame ver —pedí, y ella acabó cediendo. Tenía la boca tan hinchada que parecía un mono.

—Esto es una reacción al producto. Se me pasará en unos días, y, si no, me pondré el líquido que elimina el ácido hialurónico.

Estaba impactada de verla así. ¿Por qué había hecho eso? De pronto, caí en que, cuando íbamos camino a la carrera ilegal, Grace le había hecho un comentario muy poco acertado a Emily sobre sus labios. Le había dado a entender que le hacía falta rellenárselos, a pesar de que los labios finos también eran bonitos y la pelirroja los tenía preciosos antes de retocárselos.

—¿Fue por lo que te dijo Grace?

Emily respiró hondo y se sentó en el suelo, luego me indicó que yo también lo hiciese. La imité, y me ofreció su vaso para que diese un trago. Al hacerlo, noté como el líquido burbujeaba en mi garganta.

—Es fuerte —afirmé refiriéndome a la bebida, y le devolví el vaso. No me gustaba el alcohol, aunque, en ese momento, no me importaba lo más mínimo beber. No después de lo que me había hecho Asher. Tan solo quería olvidar. Dejar de sangrar por dentro.

—Puedes quedártelo. Aún me cuesta la vida beber con esta boca.

—Imagino.

Ella me dio un codazo y yo me quejé, pero luego nos sonreímos. Por un instante, recordé algunos momentos de nuestra infancia. Cuando Emily se había pasado meses viniendo a mi casa porque su madre la dejaba sola sin nadie que la cuidase. Mi madre iba siempre a buscarla en cuanto veía que la suya se marchaba con un nuevo novio, hasta que, al final, no regresó. Habían sido los Davies los que habían llamado a su abuelo, el señor Watson, quien había trasladado su negocio, una pequeña librería, a Fair Haven. Desde entonces, Emily vivía con él.

Comenzaba a atardecer, y los rayos del sol se reflejaban anaranjados y rosados sobre el lago. Nos quedamos en silencio unos instantes hasta que Emily volvió a hablar. Mientras, yo reflexionaba sobre lo difícil que era saber cuánto podían afectar nuestras palabras a otras personas. Hacía semanas, cuando Grace le había hecho ese

comentario desafortunado a Emily, había dado la impresión de que no le había importado en absoluto. Y, sin embargo, lo había hecho lo suficiente como para retocar el aspecto natural de su boca.

—Parece que nunca soy lo suficiente buena para ella —me confesó refiriéndose claramente a Grace—. Ahora me ha criticado porque están muy grandes. Solo espero que bajen en unos días.

Grace siempre estaba igual. Se la pasaba criticando a todo el mundo por una cosa u otra. No entendía qué era lo que la hacía ser así.

—Tenías unos labios muy bonitos. Estoy segura de que pronto volverán a estar bien —la alenté.

Ella se exasperó e hizo una mueca de dolor.

—No pienso volver a ponerme nada en la boca nunca más. No he podido ni comer bien durante estos días. Me he dado cuenta de que seguir las modas es algo muy molesto.

—Y es tan fácil caer en ellas, ¿verdad? Todo el mundo habla de la importancia de quererse a uno mismo, pero nadie de lo difícil que es conseguirlo.

—¿De qué hablas?

Di otro sorbo a esa asquerosa bebida. La imagen de mi madre se desperezó en algún lugar de mi mente.

—Creo que no deberías cambiar nada de ti para agradar a otras personas, Emily. Cambiar cosas de uno mismo no da la felicidad. Al menos, si no lo haces de manera consciente y solo por ti.

Me sorprendí de la sabiduría de mis palabras y de lo poco que me lo aplicaba. Yo era la primera que me sentía insegura.

—¿Qué la da, entonces?

—¿La felicidad? No lo sé. Supongo que quererte a ti misma y a las personas que te quieren.

Emily se me quedó mirando. Sus ojos verdes me traspasaron.

—¿Tú te quieres a ti misma, Jane?

Esa pregunta fue como abrirme en canal. La boca se me secó y tragué saliva. La respuesta variaba según el día.

—Creo que a veces sí, aunque no como debería. Siempre estoy comparándome y pensando que puedo ser mejor. —Dudé unos segundos antes de preguntar—: ¿Y tú?

—Puede que sentirse así sea algo más normal de lo que se piensa —dijo, sin responder a mi pregunta—. Todos tenemos que valorarnos más. Eso es lo que me ha enseñado pasar hambre por culpa de la boca. Siempre hay algo que nos gusta más de otras personas que de nosotras, pero, luego, te enteras de que hay a quienes les gusta más lo que tú tienes que lo que tienen ellos.

—¿Esos nuevos labios venían con un cerebro incluido? Lo que acabas de decir es muy profundo.

—Oh, vete a la mierda.

Me reí por la forma en la que lo dijo. Entonces recordé que nuestra amistad de pequeñas era muy parecida a aquello.

—Lo siento, ya paro. Yo tampoco es que tenga muy buen aspecto.

—Es cierto. Parece que vienes de un funeral.

—¡Venga ya!

Emily me observó fijamente antes de dedicarme una sonrisa genuina. Luego se giró hacia Grace, que, en la distancia, estaba tratando de hacer una dominada mientras Asher le agarraba las piernas. Sentí un sabor amargo en la boca al ver esa escena, aunque no pude centrarme mucho en ella porque Emily volvió a hablar con seriedad.

—También hay veces en las que la voz de otras personas se te mete dentro, y parece que suena más fuerte que la tuya propia. Cambiemos de tema. ¿Por qué estabas triste tú?

Dejé caer la cabeza sobre su hombro.

—Exactamente por lo mismo que acabas de decir. La voz de otra persona se me ha metido en el pecho. —Y el hecho de que era un error.

Seguimos hablando durante un rato más hasta que Emily se levantó. Volvió a llevarse la mano a la boca y me indicó que fuésemos con los demás.

—Siento haberte ignorado —se disculpó.

—No importa.

Lo decía en serio. Sentía que acababa de recuperar a una amiga de la infancia, y eso era algo bonito. Miré al cielo justo en ese momento en el que la luna y el sol se saludaban. Quedaba poco tiempo de claridad antes de que anocheciera por completo. Caminamos un rato hasta encontrar a los chicos, que estaban cerca de una hoguera. Me notaba un poco mejor al haberme abierto con Emily. No le había contado nada de Asher, aunque me daba la impresión de que ella sabía que ocultaba algo.

Mi vecino ni tan siquiera me miró. Grace le agarró la mano, y los ojos de Asher se desviaron a su trasero justo antes de que ella tirase de él para que saltasen a la parte menos honda del lago Faellen. Me quedé a cuadros mientras la canción *Yellow* de Coldplay sonaba de fondo en alguna parte. Observé a Grace hacerle una ahogadilla a Asher y el modo en que él sacaba la cabeza y sacudía esa mata de pelo oscuro como si fuese un modelo. No pude negar que sentí envidia al escucharlos reír. Eran tal para cual. Los dos guapísimos, como sacados de una revista. Me abracé a mí misma unos instantes antes de llegar hasta Chai y Mark.

—Hola, chicos —saludé.

—Hombre, Jane. Por fin te decides a venir a vernos —comentó Mark.

—Quería apreciar lo bonito que es el lago sin que unos cretinos la molestasen —me defendió Emily, ganándose una mueca de Chai.

—Bueno, entonces, ¿te parece guapa esa chica de allí? —preguntó Mark a Chai, quien pocas veces había hecho algún comentario sobre otra persona que yo recordase.

—Es muy guapa, pero no quiero que hagas nada —advirtió.

Su amigo, que llevaba una camiseta blanca que resaltaba la palidez natural de su piel, sonrió con malicia antes de responder:

—Tranquilo..., solo voy a... ¡Eh, la de rojo! ¡¡Este de aquí piensa que estás buena!!

Las mejillas de Chai se pusieron del mismo color que el bikini de la chica.

—¡Mark, por favor! —clamó Chai.

—Eso es lo que te estoy haciendo, amigo. Un favor —se burló.

—No tiene remedio —dijo Emily con una risa.

—Es Mark... —comenté.

Empezaba a sentirme más integrada cuando mis ojos se desviaron de nuevo hasta Grace y Asher. Había tratado por todos los medios de no observarlos; sin embargo, era como si un imán atrajese mi mirada. Seguían en la parte menos honda, y yo conocía perfectamente el motivo. Grace no sabía nadar. Cuando era pequeña, su padre la había llevado a pescar y se había dormido un poco antes de que ella se cayese al lago. Se había pasado más de dos semanas ingresada porque había tragado demasiada agua. Cuando me marché de Fair Haven, todavía no había conseguido volver a acercarse al lago. Tras el accidente, sus padres habían querido apuntarla a clases de natación, pero no hubo forma. Ni tan siquiera se bañaba en su piscina, solo se quedaba en los escalones. El agua profunda le impactaba.

Casi tanto como lo estaba yo en ese instante.

Emily me estaba diciendo algo, pero yo apenas la escuchaba. La angustia crecía en mi interior mientras veía como Grace besaba a Asher. El nudo en la garganta me cortó la respiración. El estómago me dio un vuelco. La sangre se congeló en mi interior. Ella le agarró el cabello y vi como sus manos se enredaban en él. Mi vecino me daba la espalda; sin embargo, Grace no apartaba la mirada de mí sin dejar de enrollarse con él. ¿Por qué se besaba con ella después de haberlo hecho conmigo? Yo no era capaz de sacar ese beso de mi cabeza, y él... Para Asher no había sido nada. Solo un error. Sentí como si mi corazón se partiese en varios pedazos. Las lágrimas salieron solas de mis ojos. Me giré hacia el bosque que lindaba con la montaña para que nadie me viese llorar.

—Jane, ¿te encuentras bien? —preguntó Emily.

—Necesito estar sola —pedí, y si alguien era capaz de respetar eso, era Emily. La misma que hacía unos minutos me había dicho que no había respondido mi mensaje porque no tenía ganas.

¡¡Es que se habían besado!! «Seguro que esos dos han hecho algo más que besarse», me dijo una vocecita en la cabeza que me hizo sollozar. Quizá yo no fuese solo un error, sino también fácil de olvidar. Me tragué las lágrimas como pude y me obligué a rehacer el camino hacia casa. La vegetación me hacía cosquillas en los tobillos, pero apenas le presté atención. No entendía cómo el dolor del corazón podía proyectarse hacia todas partes. Incluso me costaba andar y respirar al mismo tiempo. No volví a mirar al lago Faellen. Odié a Grace y sentí algo mucho peor por Asher.

Caminé hasta que escuché una voz pronunciar mi nombre, aunque, para mi sorpresa, no era la de la única persona capaz de hacer que parase de llorar. Cuando mis ojos enfocaron a quien venía hacia mí, mi corazón se aceleró sin poder hacer nada para evitarlo.

22



Asher

El enfado de haberme dejado llevar con Jane después de que hablásemos de mi madre todavía me latía en las venas. Odiaba sentir que la necesitaba tanto cuando todo había sido por su maldita culpa. Y esa atracción que sentía hacia ella... Era inexplicable. ¿Cómo se las apañaba para hacerme sentir tanto cuando me había pasado años muerto? Sabía que me había comportado como un capullo, pero no podía más. Querer alejarme y acercarme al mismo tiempo me estaba volviendo loco.

—Asher..., me encantan tus labios —me dijo Grace, haciéndome volver a la realidad.

Ambos nos encontrábamos en el lago. Y lo peor era que, a pesar de estar con ella, no lograba sacar a mi vecina de mi puta cabeza. Todo había sido un error.

—Grace, para.

Me separé de ella en cuanto fui capaz de reaccionar. No quería besarla, y mucho menos delante de Jane. «No sé cómo me he

dejado liar. Maldita Grace. Sabe exactamente cómo usarme para conseguir lo que quiere». Ella detestaba a Jane desde pequeñas, y sus motivos para quererla lejos de Fair Haven eran muy diferentes de los míos.

—No vuelvas a besarme —le dije dando un paso hacia atrás al mismo tiempo que buscaba con la mirada a mi vecina, que caminaba hacia el sendero de tierra por el que habíamos venido.

—¿Qué te pasa? Antes te encantaba que te besase —me respondió haciéndose la dolida, aunque estaba convencido de que ella no sentía nada por mí más allá de la emoción de tenerme para presumir de mí delante de sus amigas.

—Pues ya no quiero que lo hagas. Esto... Nosotros... Se ha terminado —le respondí antes de comenzar a nadar hacia la orilla hecho un completo lío. ¿Por qué había dicho eso? Joder, yo estaba bien con lo que tenía con Grace, y ahora...

—¿Es por esa?

Me giré hacia Grace y me llevé las manos a la cabeza.

—Lo de esta noche se cancela —le advertí cambiando de tema.

Ella me fulminó con la mirada.

—Eres un cobarde. Esa a la que quieres perseguir como un perrito faldero es la responsable de que tu madre esté muerta.

Apreté los párpados con rabia para reprimir las lágrimas. Lo sabía. Sus palabras eran ciertas, y me sentía como la peor persona del mundo. A mi madre le había dolido que Jane no quisiese que fuésemos a verla. Mi madre se había muerto llorando en el camino de vuelta a casa. Y todo por culpa de Jane. ¿Por qué cojones sentía eso por ella? ¿Por qué no podía serme indiferente?

—Deja de tratar de manipularme como haces con todos a tu alrededor.

—¡Yo no manipulo a nadie! —se quejó—. Solo te digo la verdad. Si no fuese por ella, tu madre aún estaría aquí. Te prepararía el desayuno todas las mañanas y te daría las buenas noches. Todo fue por su culpa.

Sumergí la cabeza en el lago para gritar debajo del agua mientras notaba la rabia arañarme por dentro, como un monstruo dispuesto a salir a través de mi corazón. Sentía el dolor por las palabras de Grace recorrerme desde el pecho hasta la punta de los dedos. Y tenía razón. Mi madre, la persona que más me había querido en mi vida, estaba muerta por culpa de Jane. Salí del agua con los ojos llenos de lágrimas, pero agradecí que nadie pudiese distinguirlas del agua que me empapaba.

—Tu madre tiene que estar revolviéndose en su tumba —añadió Grace, quieta, sin dejar de mirarme.

—¡Cállate de una vez! ¡Cállate! —estallé, y le di un puñetazo a una de las maderas del muelle.

La gente se quedó mirándome, pero me dio exactamente igual. Había visto a alguien acercarse a Jane. Alguien que no me gustaba lo más mínimo.

Quizá por eso salí disparado hacia él para pegarle un puñetazo. Violento, cargado de odio hacia todos, aunque en especial hacia mí mismo. Tenía la ropa empapada y la sentía pesada, pero eso no explicaba que todo pareciese suceder a cámara lenta. Jackson no se vio venir mi puño volando hacia su cara, ni yo fui capaz de ver cómo varios de sus amigos se lanzaban contra mí.

—¡Asher! —gritó Jane.

Y fue todo lo que escuché, porque nada más parecía importar. Mis amigos se encararon contra los amigos de Jackson nada más ver lo que estaba ocurriendo. Esquivé un puñetazo con una finta y di una patada que le golpeó de lleno en el estómago. Él me dio otra que

impactó en mi hombro e hizo que retrocediese unos pasos. Alguien se echó sobre mi espalda y lo tiré hacia delante aprovechando su peso. Le di una patada justo antes de que me agarrasen entre dos y mordiera a uno de ellos para que me soltase. Jackson se echó encima de mí y me desestabilizó. Yo hice gala de toda mi fuerza para que ambos rodásemos por el suelo, y traté de colocarme encima de él. No sabía cuántos puñetazos había dado, ni cuántos había recibido, pero acabaron por separarnos en menos de tres minutos.

—¿Qué cojones haces? —me espetó Jackson.

—¿Cómo se te ocurre hacer eso? —me recriminó Jane al unísono.

Alcé las manos con las palmas al frente para que me soltasen y me alejé con cara de pocos amigos hacia el interior del bosque. Necesitaba estar solo. O volver a partirme la cara con alguien. El odio era abismal y recorría cada parte de mi ser. Lo peor era que me odiaba a mí mismo.

—¡¿Me explicas qué acabas de hacer?! ¡¿Desde cuándo eres así de violento?! —exclamó Jane, que había cometido el tremendo error de seguirme en el momento en el que estaba estallando en todos los sentidos.

—¡Desde que estás aquí! —le respondí al mismo tiempo que me giraba hacia ella en medio de la oscuridad del bosque. Di la vuelta y seguí avanzando tras esquivar una rama más baja de la cuenta.

—Pero ¿qué problema tienes?

Me giré de nuevo hacia donde estaba.

—¡Tú eres mi puto problema! ¡¿Por qué cojones tuviste que regresar?!

A pesar de la penumbra, pude ver que le había hecho daño. Su respiración se congeló en sus labios y un rayo de luna me dejó apreciar que su rostro estaba lleno de lágrimas.

—¿No querías que regresara? —preguntó con un hilo de voz.

Ojalá me hubiese callado entonces.

—¿Para qué? ¿Para poner toda mi vida patas arriba? ¡¿No te basta con lo que hiciste?!

Ella me observó como si no me entendiera.

—No sé de qué estás hablando, Asher.

No podía más. De verdad que no podía más. Mi madre había muerto por su culpa, y ella... Dios. Me pasé una mano por el pelo y luego por la boca, reprimiendo las ganas de echarme a llorar. Me sentía tan impotente, tan dolido, tan roto... Como una muñeca sin cuerda abandonada en un hogar donde no había vida.

—¡¿Que no sabes de qué hablo?! ¡Tú eres la maldita responsable de todo! ¡NADA HABRÍA PASADO SI NO FUESE POR TI! —Las palabras que Grace me había dedicado salían de mi propia boca como si se hubiesen metido en mi piel.

—Asher, tranquilo, sea lo que sea, podemos solucionarlo —dijo Jane con un tono apacible, a pesar de estar claramente asustada.

Un silencio sepulcral invadió el lugar.

—¿Arreglarlo? ¡Dime cómo puedes arreglar la muerte de mi madre! ¡¿CÓMO?! ¡¿CÓMO, JANE?!

Lo solté todo de golpe mientras caía derrumbado. Mis rodillas chocaron contra las hojas que cubrían el suelo y sentí el peso del mundo sobre mis hombros. Jane se quedó paralizada unos segundos que me parecieron eternos.

—Asher..., no sé de qué hablas. ¿Cómo puedo tener yo algo que ver con eso?

De pronto, la rabia pasó a ser agotamiento. ¿Cómo era posible que no lo supiese? Sin previo aviso, estaba exhausto, triste, sin ganas ni de vivir.

—Jane..., no... no puedo más...

Ella no se lo pensó dos veces antes de acercarse a mí y abrazarme. Mi cabeza cayó justo sobre su pecho. Percibí lo alteradas que estaban sus pulsaciones. Su cuerpo temblaba. O tal vez fuese el mío. Apreté los puños un instante antes de devolverle el abrazo.

—Asher..., dime qué es lo que crees que pasó. Quizá así pueda entenderte. Quiero que sepas que, pase lo que pase, estoy a tu lado. Voy a estarlo siempre. Si tú me dejas.

Me aparté de ella como si su piel quemase. Sé que le dolió, pero me dolió más a mí.

—¡¿No ves que ese es el problema?! ¡No te quiero cerca! ¡Joder! ¡No te quiero cerca, y, al mismo tiempo, siento que no puedo vivir sin ti! ¡Te detesto y te necesito a la vez!

Escuchar el sollozo de sus labios hizo que quisiese devolver todas esas palabras a mi boca.

—Yo... De verdad que no sé qué he hecho para que... me detestes.

Apreté los párpados y me senté de nuevo sobre la vegetación. Me dolía la mejilla izquierda de los puñetazos. La sentía hinchada. Me ardía el hombro. Sin embargo, nada de eso era comparable con lo que me explotaba en el pecho.

—Iba a ir a tu casa en Nueva York. Iba a... verte. Me pasé meses llorando para que mis padres me dejasen ir a visitarte. E iba a hacerlo... Yo...

—Asher, ¿qué dices? ¿Cómo que ibas a venir? —La sorpresa sincera de su voz me desconcertó.

—¡No te hagas la que no lo sabía!

—Pero ¡claro que no lo sabía! ¡No fuiste el único que le lloraba a sus padres! ¡Yo le rogaba a mi madre día y noche que fuéramos a verte! ¡Lo hi-hice durante meses! Quería verte a ti... incluso mucho más de lo que quería ver a... mi pa-padre. ¡Te necesitaba!

Acabó la frase en un sollozo, las palabras se le trababan. Se agachó y se sentó sobre la hierba justo enfrente de mí. Sus manos limpiaron mis lágrimas mientras yo asimilaba lo que ella acababa de decir. Dejé que agarrase mi teléfono y encendiese la linterna. Lo dejó a nuestro lado para que tuviésemos más luz. A lo lejos, comenzó a sonar una canción que me encantaba, *Beautiful*, de Duncan Laurence. Cada vez que la escuchaba, no podía parar de pensar en Jane. Por mucho que la hubiese odiado, volvía a mi mente una y otra vez. Si tuviese que elegir nuestra canción, sería esa.

—¿Me estás diciendo que no le dijiste a mi madre que no querías verme?

—Asher, yo siempre voy a querer verte. ¿Cómo se te ocurre pensar eso?

Algo en mi pecho se quebró, y en lugar de más dolor, sentí alivio. Jane no estaba mintiendo. La conocía lo suficiente como para saberlo. Pero entonces...

—No lo entiendo. Mi madre conducía camino al aeropuerto. Íbamos a ir a tu casa, y, a mitad de camino, te llamó y dijiste que no querías verme.

Ella negó con la cabeza. Sus manos volvieron a atrapar mi rostro.

—Asher, jamás hablé con tu madre, y si lo hubiese hecho, solo habría llorado de alegría y preguntado a qué hora llegaba vuestro vuelo para estar allí y recibiros.

Me llevé una mano a la cabeza. De pronto, me dolía. ¿Cómo era aquello posible? Todo lo que había creído como una verdad absoluta desde hacía años se estaba rompiendo ante mí.

—Pero mi madre volvió llorando y diciendo que no querías verme. No entiendo nada. Yo estaba ahí. La vi llo-llorar. —Mi voz se rompió en la última palabra, como un hilo fino a punto de desvanecerse.

Jane se mordió un labio mientras negaba con la cabeza.

—Tal vez habló con mi madre, pero no conmigo. Aunque no lo entiendo. ¿Por qué iba mi madre a decir que no? Eran mejores amigas —inquirió ella.

Mejores amigas que habían dejado de hablarse. ¿Por qué harían algo así? Nos quedamos mirándonos durante unos segundos, respirando el uno en el otro. Jane se acercó más a mí, y dejé caer los labios sobre su frente antes de aspirar el aroma de su cabello. Coco. Estaba seguro. Olía a coco, y era por su pelo. Seguía usando el mismo champú que de pequeña.

—¿Sabes por qué se fue tu madre? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Le pedí explicaciones mil veces, pero nunca me dijo nada.

—¿No te respondía?

Jane volvió a hacer un movimiento negativo.

—No. Nunca supe por qué nos marchamos. Como mucho, me cambiaba de tema para decir que desde Nueva York podíamos ir fácilmente a cualquier lugar, porque estaba muy bien conectado. También me contaba que su mayor ilusión era que yo viese el mundo —me aseguró.

—¿Lo hiciste?

Ella me dedicó una sonrisa triste. Acaricié su mejilla.

—Yo no quería ver el mundo, Asher. Quería verte a ti.

—Yo habría ido al fin del mundo por ti, Jane.

Me ahorré contarle que había tratado de escapar varias veces para ir a verla. Ella me acarició el cabello y yo me dejé caer en su pecho. Aquello era demasiado por asimilar, y tenía muchas preguntas sin respuestas. Cerré los ojos y me centré en escuchar su corazón. Si algo podía calmarme, eran los latidos de mi mejor amiga, y saber que ella también se había tranquilizado.

—Yo adoraba a tu madre, pero la mía no me dejó ir al funeral. Tuvieron que llevarme al hospital con un ataque de ansiedad cuando me enteré de lo que le ocurrió.

El alivio que sentía era inexplicable. La forma en la que lloraba sin poder reprimirme, todavía más.

—Nunca te había echado más de menos que en ese momento.

—Siento muchísimo no haber estado. Le pedí tantas veces volver con mi padre...

Me acurruqué más en su pecho, ese mismo lugar que había sido mi refugio cuando era un crío al que el mundo le superaba. Dejé que continuase con sus caricias en mi pelo, como si eso pudiese apartar el dolor que me sacudía al pensar que mi madre ya no estaba allí. Y que había odiado a la persona incorrecta durante todo ese tiempo. No obstante, ¿qué fue lo que pasó en realidad? Mi madre nunca me había mentido, ¿por qué lo había hecho entonces? ¿Y por qué estaba tan seguro de que Jane decía la verdad?

23



Jane

El dolor que Asher sentía me abrumaba. Me odiaba por no haber estado ahí, y mucho más por no haber sabido que su madre nos había llamado y que la mía le había dicho que yo no quería verlos. No entendía por qué había hecho algo así, pero iba a averiguarlo en cuanto dejase el lago. Me limité a abrazar a mi amigo y a sentir su cuerpo mojado junto al mío. Asher siguió llorando durante al menos quince minutos más. Odié no poder hacer otra cosa que sujetar sus pedazos rotos, tratando de mantenerlos a flote.

—Estoy aquí. Estoy aquí —le repetía una y otra vez.

Perder a una madre era algo horrible. Y él no solo la había perdido a ella. Si pensaba que yo había tenido algo que ver, también habría sentido que me había perdido a mí. Y el hecho de que yo no fuese a su funeral y de que su padre se deshiciese de su teléfono y no quisiese contacto con nadie... Incluso en una de mis llamadas le rogué a mi padre que, por favor, me pusiese con Asher, que lo

buscase, y él me dijo que no podía hacer eso porque no hablaba con Andrés desde el fallecimiento de Amber, así que tampoco podía conversar con su hijo. Recordar aquello hizo que un estremecimiento me recorriese.

—¿Tienes frío? —me preguntó Asher, tratando de dejar de llorar.

—No, ¿y tú?

—¿Vas a darme tu rebeca o algo? Ah, no, espera, que no tienes. ¿Quieres tú una camiseta mojada? —bromeó con calma, lo cual hizo que me relajase y me sintiese reconfortada por dentro.

Que me hubiese creído sin cuestionarme me demostraba que nuestra amistad todavía seguía ahí. Ahora quizá convertida en algo más, porque lo que sentía en el pecho me dejaba sin aliento. Como cada vez que lo miraba. Seguíamos alejados de todos, alumbrados por la linterna de su móvil y por los pocos rayos de luna que se colaban entre las ramas.

—Siempre queriendo presumir de abdominales —me quejé con una sonrisa.

—Porque no me dejas presumir de otra cosa.

—¡Por Dios, Asher!

—¿Ves?

Él soltó una suave carcajada que a mí me supo a gloria después de haberlo visto tan mal. Que su humor siguiese ahí me tranquilizaba. El silencio volvió a invadirnos.

—Es como si hubiese estado viviendo una mentira —confesó al cabo de un rato.

—Tenías motivos para creerla, pero te aseguro que vamos a averiguar qué pasó esa noche. Juntos. No estás solo, Asher. Yo jamás te dejaría estarlo. No ahora que ya soy mayor y puedo montarme sola en un avión. ¿Sabes? Traté de colarme en uno hace unos años para venir aquí. Pero estaba tan nerviosa que me

equivoqué y casi me subí en uno que iba a Los Ángeles. Menos mal que me pillaron antes de embarcar.

Él se rio sin muchas ganas, presa del cansancio. Estaba claro que el tema le afectaba muchísimo. Se merecía saber qué le había ocurrido realmente a su madre.

—Vaya, eres tan patosa que eso te pega. ¿Cómo te colaste?

—Fingí que iba con una familia que tenía muchos hijos pequeños. Le di la mano a uno de ellos e imagino que la persona del control perdió la cuenta de cuántos billetes había visto. Además, no llevaba nada de equipaje.

—Habría pagado para verte. La chica buena rompiendo las reglas.

«Por ti», pensé. No se lo dije para no quedar como una cursi.

—Si es que lo que no hagas por mí —añadió él leyéndome la mente.

—Idiota —le dije con enfado fingido pero sonriendo porque solo él era capaz de calentarme el corazón.

—Perdóname por amargarte la noche. Será mejor que volvamos.

—Tener una conversación sincera con mi mejor amigo no es amargarme la noche.

—¿Sigo siendo tu mejor amigo?

—¿Cómo puedes dudarlo? Amigos para siempre, ¿recuerdas?

Él sonrió al escuchar una de nuestras muchas promesas de pequeños mientras se levantaba. Una muy similar a la que había hecho hacía poco con Carmen.

—¿Quieres volver ya a casa?

Teniendo en cuenta que no le había dicho a mi padre que me iba y que tenía que estar hecho una furia...

—Por favor. Además..., no paro de pensar que aquí puede picarnos algún bicho.

En otro momento, estaba segura de que Asher habría fingido que era un insecto y habría intentado picarme, pero se encontraba demasiado afectado para ello. Estaba convencida de que él también iba a pensar en nuestra conversación. Ni tan siquiera nos despedimos de nadie. Me monté en su moto y me agarré a él mientras conducía hacia nuestras casas.

No paraba de pensar en lo que me había contado, y no era capaz de entender por qué mi madre había dicho aquella mentira. Quizá fuera porque no quisiese que nadie se enterara de que había vuelto a operarse por pura estética. Al año siguiente de que lo dejase con mi padre, se había puesto implantes en los pechos sin decir nada a nadie. Simplemente desapareció durante dos días sin dar señales de vida, para luego volver y decirme que se había operado. Esa era una de nuestras mayores discusiones. El hecho de que pasaba demasiadas veces por quirófano por gusto y que nunca era suficiente. Siempre veía algo mal en ella, y, en cierto modo, eso me hacía ver algo malo también en mí.

Esa noche no tuve mi hora de móvil. Mi padre se había enfadado por no haberle dicho que me iba con Asher, pero me las apañé para llamar a mamá desde el fijo de casa. La diferencia horaria entre nuestros estados no era muy grande, allí debían de ser las tres de la mañana. Para mi sorpresa, entonces sí que respondió a la primera.

—¿Henry? —La voz de mi madre sonó asustada, y a mí se me llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Por qué me has hecho esto, mamá? ¿Por qué me pusiste las maletas en la puerta de casa y ni te despediste de mí? ¿Es que ya no me quieres?

El silencio invadió el otro lado de la línea, solo escuchaba su respiración.

—¿Mamá? —insistí.

Sabía que tenía que preguntarle por la madre de Asher, pero tenía tanto dolor dentro que era inevitable que saliese.

—*Caro* que... te... *quero*... —dijo comiéndose letras y hablando muy raro.

—Dios, ¿estás borracha? —pregunté asustada. Estaba segura de que era eso... o, peor aún, drogada.

—No..., *carinio-o*..., no dudes... de que... te *quero*... —dijo sin apenas vocalizar.

—Mamá, ¿qué te pasa?

—Lo siento —logró decir.

Me estaba desesperando. Ya no solo era la conversación que había mantenido con Asher la que me tenía en vilo, sino también la que tenía en ese momento con mi madre.

—¡Necesito una explicación! ¡¿Por qué estoy aquí?! ¿De verdad prefieres a esa estrella del *rock* antes que a mí? ¡SOY TU HIJA! ¡Ni tan siquiera respondes a mis llamadas!

Escuché unos pasos tras de mí y supe que mi padre se había unido a la conversación. Aunque sentía su mirada en la nuca, no me giré hacia él. Estaba tan enfadada con mi madre. Necesitaba tantas respuestas. Sin embargo, solo había silencio al otro lado de la línea.

—Hay una-a ex-explicación..., pero... ahora... no *pued*... *artela*... —respondió. Odiaba que estuviese drogada. Tenía que ser eso. Llevaba ya medio mes allí, y, a excepción de algunas llamadas rápidas, ella había pasado olímpicamente de mí. ¿Qué era lo que ocurría realmente?

—Mamá... —Tuve que recordarme que no llamaba para echarle su actitud en cara, sino para obtener respuestas en torno a la madre de Asher—. Necesito que me cuentes algo. Amber te llamó hace años, cuando iba de camino a visitarnos en Nueva York, y tú le dijiste que yo no quería verla. ¿Por qué hiciste algo así?

Me quedé unos instantes esperando su respuesta hasta que comprendí que había colgado.

—¡¡AAAG!! —vociferé, y dejé el teléfono de un golpe en su sitio.

Tenía los ojos llenos de lágrimas y el corazón en un puño. ¿Por qué no obtenía ni una sola respuesta? ¡¿Por qué mi madre actuaba así?!

—Jane, tranquila... —pidió mi padre con delicadeza.

—¡¿Tranquila?! ¡No puedo más, papá! ¡Mamá me ha abandonado aquí! ¡Me ha echado de su vida como si fuese un simple objeto y no me da ninguna respuesta! ¡Y encima ahora me entero de que Amber quiso ir a visitarnos y que ella dijo que YO no quería verlos! ¡Tuvo el accidente justo después de eso!

Mi padre me abrazó y yo dejé que lo hiciese mientras lloraba como si me hubiesen sacado el corazón del pecho. Estaba demasiado sensible. La verdad era que haber visto a Asher tan mal me había afectado muchísimo.

—Estás muy cansada...

—No, o sí, puede que sí, pero necesito respuestas. —Me alejé de él para observarlo—. Seguro que tú sabes lo que ocurre. ¿Por qué mamá pasa de mí? ¿Por qué se fue?

Mi padre tragó saliva con dureza. Ambos estábamos en mitad del salón, sentados en uno de sus nuevos y modernos sillones de dos plazas.

—No pasa de ti, mi bella flor. Aunque lo que le ocurre... no me corresponde a mí contártelo.

Me quedé en silencio mirándolo con la boca abierta.

—Pero ¿le ocurre algo? ¡Papá! —grité al ver que no me respondía.

—No le ocurre nada que no tenga solución.

Me alejé y me llevé una mano a la boca para ahogar un sollozo.

—¿Por qué todo son secretos? ¿Por qué no vais de frente? ¿Acaso está enferma?

Él se tocó la barbilla, y me dio la sensación de que no sabía qué responder.

—Mi vida..., ¿por qué no vas ya a descansar?

—i¿Crees que puedo descansar sin saber qué es lo que le ocurre a mamá?! ¡Respóndeme! ¿Está enferma?

Mi padre tuvo que ver dolor en mis ojos porque me agarró por los hombros y me dio un beso en la frente.

—Jane, mamá no te ha abandonado. No me corresponde a mí contártelo, pero... ella desde siempre ha tenido problemas de autoestima. Sabes que a veces incluso deja de comer, que necesita la validación de otras personas. Puede que yo tenga mucha culpa en eso. No supe quererla como se merecía. Como ambas os merecíais.

Me lo quedé mirando mientras trataba de tranquilizarme y me sorbía la nariz. Él sacó un pañuelo de tela del bolsillo. Hasta para eso era antiguo.

—Mamá tiene periodos en los que está deprimida, aunque nunca me ha alejado de su lado en ninguno de ellos.

—Lo sé. Pero quiero que entiendas que el motivo por el que está así no es culpa tuya. Cuando llegue el momento, ella misma te lo contará. Ahora tienes que tranquilizarte, Jane.

Me llevé ambas manos a la cara y el pañuelo se cayó al suelo.

—¿Cómo quieres que me tranquilice?

—Déjame hablar con tu madre, ¿vale? Estoy seguro de que ella misma te contará lo que le ocurre cuando ambas os tranquilicéis. Solo tienes que saber que está bien. Vamos, ve a descansar.

No me dio opción a decir nada más. Dejé que mi padre me metiese en la cama como cuando era pequeña y que me arropase,

pero, en cuanto lo escuché agarrar el teléfono fijo, me levanté y me quedé pegada a la puerta de mi habitación.

—Tienes que contárselo. Por muy mal que estés, ella necesita saberlo —dijo—. Quiero que mañana la llames y se lo cuentes. Prométeme que lo harás.

Entonces entendí que quizá mi padre me había mentido, y que tal vez mi madre sí que estuviese enferma. Esa noche no pegué ojo. Como mucho, lograría dormir una hora. Fuera lo que fuese, me prometí a mí misma que, si algún día tenía una hija, nunca le ocultaría cosas como mi madre me las había ocultado a mí.

24



Asher

Esa noche me había despertado unas tres veces. Una de ellas, juraría que había visto a mi madre justo antes de abrir los párpados. Su sonrisa cálida, sus ojos de mi mismo color, su pelo rubio y por debajo de los hombros. Love debió de sentirme nervioso y se había pasado parte de la noche en mi cama. No podía negar que su pelaje me había dado calor, y también me había reconfortado sentirla respirando a mi lado.

No entendía por qué mi madre me había mentido. ¿Por qué había dicho que Jane no quería verme? ¿Y si había sido Miranda la que no había dicho la verdad?

Me levanté con dolor de cabeza. Me sentaba fatal despertarme tantas veces en la noche. Desayuné, me tomé una pastilla, saqué a Love al jardín trasero y le dediqué un gruñido a mi padre a modo de saludo cuando bajó por las escaleras.

—Buenos días a ti también —me respondió. Estaba de mejor humor porque el día anterior había recuperado su coche. Otro favor

del *sheriff*, quien, por cierto, iría esa noche a cenar con su esposa—. Espero que estés preparándote las asignaturas del próximo curso.

—Claro... —mentí. La verdad era que, salvo las actividades extraescolares, todo lo demás me daba igual. No tenía pensado ir a la universidad.

Observé como llenaba de agua y pienso el comedero de Love, que seguía jugueteando con los pájaros en el jardín. Por una fracción de segundo, me planteé preguntarle si él sabía el verdadero motivo por el que mamá había dado la vuelta ese día en la carretera. Sin embargo, era imposible que lo supiese. No había dado tiempo.

—Tu turno hoy es por la mañana hasta el almuerzo —me dijo, y se puso la camiseta de las apuestas. Era tradición que el último sábado de los meses de verano mi padre hiciese una competición entre la gente del pueblo para ver quién podía comerse más chuletones.

—Qué maravilloso es pasarme el verano trabajando y sin cobrar nada —comenté molesto mientras abría la nevera para dar un trago a mi botella de agua. Yo tenía la mía, mi padre la suya y había otra por si venían invitados de la que ninguno bebíamos a morro.

—Vamos, hoy te llevo yo. Dicen que va a llover, aunque debería dejar que fueses andando y te mojases. Aún no se me ha olvidado que robaste el coche.

Mi padre y su resentimiento. Me callé porque la verdad era que estaba algo nublado, aunque casi se agradecía con el calor pegajoso que hacía. Además, las tormentas de verano eran comunes en nuestro pueblo.

—Te espero fuera, en el coche —respondí después de acariciar a Love, que había vuelto a entrar en la casa. Mi padre se quedó observándome mientras yo salía por la puerta.

Al menos no iba a tener que declarar; el abogado se había encargado ya de ello. Que el *sheriff* fuese amigo de mi padre era

algo por lo que estaba muy agradecido. Miré hacia la casa de Jane al salir fuera. Los pájaros piaban y se escuchaba una ligera melodía proveniente del salón de Henry. Siempre había música en su casa.

La conversación de la noche anterior y la forma en la que había cuidado de mí hizo que algo reverberase dentro de mi pecho. Era fácil ser yo mismo cuando estábamos juntos, aunque no tenía muy claro dónde había ido a parar nuestra amistad. Sobre todo, porque tenía ganas de estar con ella y de besarla a todas horas. Quizá eso era a lo que se había referido el señor Davies cuando me había dicho que no podía parar de pensar en Margaret. Que, aunque le volvía loco, el mundo era un lugar más sombrío sin ella. Y algo así sentía yo cuando estaba con Jane, como si llenase cada uno de los vacíos que habitaban en mi interior.

—Nos vamos —informó mi padre arrancando el coche. En ese momento sonó mi móvil.

Grace: ¿Estás bien? Ayer te oí gritar...

Respiré hondo tras ver su mensaje. Mierda. Si ella me había oído, los demás también.

Yo: Sí. Tuvisteis espectáculo, entonces.

Grace: Todo lo haces a lo grande <3.

El icono de corazón me indicó que quizá no le hubiese quedado del todo clara la conversación que habíamos mantenido en el lago.

Yo: Grace... Tenemos que hablar. ¿Podemos vernos luego?

Vi como escribía y luego dejaba de hacerlo, así que guardé el móvil en el bolsillo del pantalón. No iba a responderme. No cuando

sabía lo que significaban esas palabras.

Me abroché el cinturón y me dispuse a pasar la mañana en la cocina del restaurante. Me gustaba que nuestros vecinos hubiesen tenido el detalle de correr el boca a boca sobre el concurso de quién come más, aunque la verdad era que muchos de ellos lo esperaban como una actividad más de todas las que hacíamos durante el verano. Era el noveno año consecutivo que lo celebrábamos, y esperábamos a muchos de nuestros vecinos. Al final, el refrán era cierto: «Dale una competición a Fair Haven y se recordará hasta la próxima». No había nada que disfrutasen más que competir con sus amigos.

Me pasé como dos horas ayudando en la cocina. Los días de competición ganábamos mucho más que cualquier otro, pero también trabajábamos el triple. Cuando salí de la cocina, la señora Wilson discutía con su marido porque no quería que participase en el concurso. A su lado, el señor Davies disfrutaba de la escena mientras se bebía una limonada.

—Al menos yo voy a participar, George —le dijo el señor Wilson.

—Yo no participo solo para perder como tú —respondió el señor Davies.

—¿Para perder? Tú perdiste el día que naciste —replicó el otro anciano, molesto.

—¡Louis, contrólate! —exclamó su esposa.

—Que se controle él —respondió el señor Wilson, viendo como George se reía junto a otras personas que contemplaban la escena. En realidad, era casi tierno verlos a ambos así. Se notaba que, aunque se burlasen el uno del otro, en el fondo se tenían cariño por la forma en la que estaban pendientes mutuamente.

—¡Señor Davies! —exclamó el nieto pequeño del señor Wilson al entrar en el restaurante.

—Hola, pequeño. Ya tengo aquí tu regalo. Mira, lo he hecho yo mismo —le dijo George mientras sacaba un trenecito de madera del bolsillo.

—¡Es precioso! —El niño pequeño se volvió loco de alegría y le dio las gracias con un abrazo. Su abuelo se quedó mirándolo con el ceño fruncido, aunque sus ojos contaban otra historia. En el fondo, todos sabían que a Louis le gustaba que el señor Davies tratase bien a su nieto pequeño, que sentía devoción por los trenes y los barcos—. ¿Y la señora Davies?

El anciano frunció los labios y se tocó la pequeña boina que llevaba en la cabeza.

—Se trae algo entre manos, pero no sé qué.

Me picó la curiosidad por saber qué estaba haciendo Margaret, aunque tampoco me dio tiempo a mucho más. Jane y su padre entraron en el restaurante. Ella tenía los ojos rojos e hinchados. Quise acercarme, pero, al notar como desviaba la mirada al verme y la forma en la que su padre negaba con la cabeza cuando nuestras miradas se cruzaron, hice gala de todo mi autocontrol para quedarme donde estaba. ¿Qué le había ocurrido?

—Bueno, ¿estáis listos? —preguntó mi padre mientras ponía varios platos de chuletones delante de los concursantes junto a un temporizador de cinco minutos.

—¿Para ver fracasar a Louis? Claro que sí. Seguro que tiene que interrumpir la competición porque necesita ir al baño —bromeó el señor Davies.

—Por amor de Dios, ¿dónde está Margaret para mandarte callar? —respondió el señor Wilson.

El teléfono del señor Davies comenzó a sonar en ese preciso momento.

—Hablando de ella... —comentó el barquero, aceptando la llamada.

—Trae aquí —intervino el señor Wilson acercándose y arrebatándole el móvil sin que a George le diese tiempo a reaccionar.

—¡Cómo te atreves!

Tarde. El señor Wilson puso la llamada en altavoz mientras le daba suavemente con el bastón al barquero, que trataba de recuperar su teléfono.

—Margaret, querida —saludó mientras el señor Davies se daba una palmada en la frente y maldecía al otro anciano.

—Oh, Louis, dime que mi marido no la ha armado otra vez. ¡George! ¡No puedo dejarte solo! Tienes que comportarte.

El señor Davies abrió la boca de par en par mientras el señor Wilson le dedicaba una sonrisa radiante.

—Cariño, no he hecho nada —se defendió.

—Si Louis te ha quitado el teléfono, será por algo. Yolanda, querida, siéntete libre de mandarlo callar.

—Tranquila, cariño. Pronto mi marido tendrá la boca llena y no podrá responderle al tuyo. Un beso y no te distraigo más —respondió la señora Wilson.

—Cuidado de no atragantarte, Louis —dijo el barquero en voz baja al mismo tiempo que la otra mujer se despedía de Margaret.

El señor Wilson achicó los ojos.

—Otro para ti. Y, George, deja en paz a Louis —le riñó su esposa.

—Sí, señora —respondió él mientras fulminaba con la mirada al señor Wilson, que se frotaba las manos ante el plato de chuletones que mi padre le había puesto justo delante.

—¡Y, Louis! ¡Deja en paz a mi George!

—Está bien, Margaret —asintió el otro anciano, sin esperarse que le regañasen también a él.

Su mujer sonrió. Todos éramos conscientes de que tanto ella como la señora Davies habían intentado por todos los medios que sus maridos hiciesen las paces. Y sabíamos que ambos estaban deseándolo.

—Yo también participo —dijo de pronto Henry, captando demasiadas miradas.

—¿Papá? —preguntó Jane.

—¿No has visto que hoy no he desayunado? Me ofrecen comida gratis si gano, bella flor.

El hombre se sentó en la mesa y miró fijamente a mi padre, quien no tardó en colocar otro plato junto a él y desearle suerte. La tirantez de ambos era palpable.

—Comenzamos en... tres..., dos..., uno... ¡Al ataque! —ordenó mi padre, radiante.

Por un instante, me quedé observando al hombre enérgico que acababa de hablar. Me dolía cómo cambiaba cuando se trataba de otras personas. Con todos los demás era alguien diferente. Conmigo, era serio y de pocas palabras. Apenas hablábamos o hacíamos cosas juntos más allá de trabajar. Una punzada en el pecho me atravesó. Yo creía saber muy bien el motivo de que actuara así, y era uno muy doloroso.

Aproveché que todos estaban centrados en los adultos que devoraban lo que tenían delante para acercarme a Jane. Ella me recibió sin mirarme directamente a la cara, así que agarré su rostro y la obligué a fundir su mirada con la mía.

—¿Qué va mal? —le pregunté.

Ella me hizo un gesto para ir fuera. Salimos por la puerta que daba al lago Faellen. El sonido del agua nos envolvió mientras que dentro vitoreaban para ver quién acababa más chuletones en el tiempo estipulado.

—¿Cómo estás tú? —inquirió Jane.

—Dentro de lo que cabe, bien. Pero a ti te pasa algo. Sabes que puedes contarme lo que sea —le solté.

Ella se dejó caer contra la pared del restaurante.

—Es mi madre. Ayer la llamé, y no quiso hablar conmigo. Asher, parecía que estaba drogada. Le costaba muchísimo hablar. Y hoy quedó en llamarme, pero no lo ha hecho. Ni me ha respondido al teléfono.

Cerré los ojos. Yo sabía perfectamente lo que le había pasado, y no era un tema de drogas. Era algo bien distinto.

—No es por eso, Jane. ¿Ella aún no te ha contado nada?

Mi mejor amiga se me quedó mirando con la boca abierta.

—¿Tú sabes qué ocurre?

Bajé la vista a los pies, sabiendo que iba a meterme en un lío.

—Todos me prohibieron mencionarlo.

Jane me agarró las manos, nerviosa.

—¿Todos me lo están ocultando? Oh, Dios. Está enferma y va a morirse —dijo dejándose llevar mientras los ojos se le humedecían —. No es que me haya abandonado por un músico, es que está enferma. Es que...

—Sssh... Voy a contártelo, pero necesito que te tranquilices.

—¿Cómo quieres que me tranquilice si mi madre está mal? —me gritó. El escándalo de dentro hizo que nadie más se enterase.

—No está mal. Bueno..., no del todo...

Jane soltó todo el aire de golpe, seguro que pensando en lo peor.

—¡Suéltalo de una vez!

—Tu madre se hizo otra operación estética, y no salió bien. Cuando se despertó, descubrió que le habían tocado algunos nervios faciales y eso le ha provocado una parálisis. Cuando habló contigo,

no estaba borracha, ni drogada. Por lo que le oí a la señora Davies, con la parálisis facial le cuesta vocalizar.

Jane se quedó pálida de pronto. Se llevó una mano al pecho mientras su boca se abría y se cerraba como si fuese uno de esos pececitos de colores que se veían en las ferias.

—¿Qué? —fue capaz de decir.

—Le dio vergüenza contártelo. Por eso está tratando de solucionarlo con varios especialistas en Washington.

Vi que estaba a punto de caerse y la agarré antes de que le fallasen las piernas.

—¿Jane? Reacciona.

—Que mi madre ha... Mi madre... —Tardó unos instantes en continuar—. ¿Qué se ha operado? Pero ¡si ya se hizo una rinoplastia hace unos meses! ¡Y va a sesiones para quemar la grasa del estómago! ¡¿Qué necesidad tenía de hacer nada más?! Oh, Dios... En ninguna de esas ocasiones me dijo nada antes de hacérselo. Y yo la llamé idiota por pasar por esas operaciones. Santo cielo. ¡No ha querido decírmelo por eso!

La observé mientras apretaba los puños, enfadada. Me llamé imbécil a mí mismo por contárselo con tan poca sensibilidad.

—No, no ha querido decírtelo para no hacerte daño.

Ella se miró las manos. Le temblaban.

—¡¿Y era mejor dejarme pensar que me había abandonado por un músico?! —gritó furiosa.

—¿En algún momento te dio pruebas de eso? ¿O fue la película que te montaste en tu cabeza? —pregunté con delicadeza. No la suficiente, porque ella me fulminó con la mirada.

No sabía qué hacer, pero, gracias al cielo, su padre salió justo en ese momento. Por lo visto, había abandonado la competición al no verla en el restaurante.

—¿Qué está pasando aquí?

—¡¿Por qué no me dijiste que mamá se había operado y había salido mal?! —le gritó Jane sin dejarlo ni acabar de hablar.

La mirada asesina que me dedicó Henry me dejó más helado que ver a mi mejor amiga perder los papeles. Tenía todo el derecho del mundo a hacerlo. Su madre debería habérselo dicho. Había querido protegerla y, en lugar de eso, solo la había herido. Jane se alejó camino abajo justo cuando empezaba a llover.

—No tenías ningún derecho a contárselo —aseveró Henry con seriedad antes de salir tras ella.

—Ni vosotros a ocultárselo sabiendo lo mal que está —le respondí, siguiéndolo.

Él apretó la mandíbula y se detuvo.

—Yo quise decírselo. Es más, quise ir a cuidar a Miranda, pero...

No acabó la frase. La señora Wilson había salido justo en ese momento, preocupada, y sus palabras se quedaron en el aire. Sin embargo, yo sabía perfectamente lo que quería decir. Su mujer no le había dejado, y él tampoco había insistido. No cuando por fin tenía allí a su hija. Yo mismo lo había visto llorar varias veces en su jardín durante esos años en los que no la había tenido consigo. A veces, se quedaba mirando el columpio vacío antes de llevarse una mano a la cara y entrar apesadumbrado en su casa.

—¿Qué ocurre? —preguntó la señora Wilson alternando la mirada de uno a otro.

Henry la tranquilizó con un gesto.

—Siento habérselo dicho yo, pero era necesario —me disculpé, porque, al fin y al cabo, respetaba a ese hombre. Él alzó las cejas, sorprendido por mis palabras—. Yo iré por ella. Estoy seguro de que a ti no quiere verte.

Salí corriendo calle abajo mientras las gotas penetraban la superficie del lago Faellen.

—¡Gracias! —le escuché decir, y aquello me alentó.

Corrí por la callejuela que pasaba por la tienda de Lory y dejé varios comercios más atrás antes de encontrarla sentada en un banco a las afueras del pueblo. Estaba empapada, y maldije no haber tenido la brillante idea de quitarle el coche a mi padre una vez más.

—Eh... Lo siento... —me disculpé nada más llegar junto a ella y sentarme a su lado.

—Ella es preciosa, pero no para de hacer esas cosas. Se retoca algo prácticamente cada mes.

Por un instante, pensé en aquella vez que la madre de Jane había entrado en mi casa, con los labios a punto de estallarle, para que mi madre la ayudase porque no quería decirle a Henry que había vuelto a inyectarse. Y en Emily, que, con solo dieciséis años, había sentido la presión de hacerse un retoque.

—Porque vivimos en una sociedad donde se cree que es más fácil cambiar lo que no nos gusta que aceptarlo y aprender a querernos.

De pronto, pareció llover con más fuerza. Pensé que deberíamos ponernos a cubierto, pero Jane no se movió ni un ápice, y yo no quise irme sin ella. El día anterior había estado ahí para mí, y yo iba a hacer lo mismo. Un relámpago surcó el cielo mientras pegaba mi hombro al suyo.

—Lo peor de mi madre es que se piensa que, una vez que se opere, va a ser feliz. Y nunca es así. Siempre surge una nueva cosa que quiere cambiar —me respondió ella—. ¿Qué ha sido esta vez? ¿Qué se ha operado?

Respiré hondo antes de contestarle:

—Se ha quitado la papada.

Jane dejó de fruncir el ceño y abrió mucho los ojos.

—¿La papada? ¡Si apenas tenía! —bufó antes de llevarse ambas manos a la cara.

—Al parecer, pasan muchos nervios por esa zona, y han tocado alguno que recorre el rostro —expliqué.

—¿Va a recuperarse?

—Mi padre me dijo que sí, pero que necesitaría tiempo.

—¡Dios! ¿Por qué ha salido tan mal?

Le coloqué una mano en el hombro, comprensivo. Me ahorré decirle que ninguna operación estaba libre de peligro, porque ella era la primera que sabía eso. Había visto a su madre recuperarse de un sinfín de intervenciones. Y pasar también por alguna que otra infección.

—Quizá ese sea el problema. Que no se habla de cuando las cosas no salen bien.

—Y las redes sociales frivolizan todo ese tema. Mi madre siempre usa filtros porque no le gusta su cara. Dios, tiene que estar deprimida y pasándolo fatal. Necesito verla, Asher.

Me giré hacia ella en el banco.

—¿Quieres que tome prestado el coche de mi padre para ir a Washington? Ni siquiera sabemos dónde está, pero...

Ella bufó.

—¿Serías capaz de volver a cogerle el coche sin permiso para llevarme a ver a mi madre?

—Haría lo que fuera para que dejes de llorar.

25



Jane

Lo que Asher acababa de decirme me calmó un poco por dentro. Saber que él estaba dispuesto a recorrer tres estados solo para que yo llegase hasta mi madre me reconfortaba. Me levanté del banco y tiré de mi vecino hasta colocarnos bajo un toldo para protegernos de la lluvia.

—Se me ocurre una idea mejor. ¿Sabes cómo poner tu móvil en número oculto? —pregunté.

Él hizo lo que le pedía. Por un breve instante, me perdí en lo guapo que estaba con las gotas de lluvia recorriendo su rostro. Me miró a través de sus largas pestañas mientras yo guardaba el número de mi madre en su móvil antes de llamarla.

—¿La estás llamando con número oculto?

Asentí con la cabeza y esperé a que mi madre respondiese.

—¿Iga? —Su voz estaba teñida de preocupación. Me percaté de que no había pronunciado la letra de.

No le di tiempo a colgar antes de soltarlo todo de golpe.

—Sé que te has operado. Quiero verte, o mañana mismo cogeré un vuelo para casa. No sé de dónde sacaré el dinero, pero iré allí. O a donde quiera que estés. No puedo perdonar lo que has hecho, mamá. Pensaba que me habías echado de tu vida, y resulta que lo que pasaba es que has vuelto a operarte. ¿Cómo se te ocurre? Quiero que me hagas una videollamada a este... nú-número. Quiero... verte —acabé la frase llorando y gimoteando sin poder hacer nada por evitarlo.

—¿Me has en... ga... ña... do? —preguntó.

—Creo que tú has hecho lo mismo —respondí. El silencio al otro lado me preocupó tanto que separé el teléfono de mi oreja para ver si me había colgado.

—Lo sien... to mucho, no estoy... prepa... rada para que me veas.

—Llevas evitándome semanas, mamá. Solo quiero verte. Por muy mal que estés, para mí sigues siendo mi madre.

—No... lo en... tiendes.

—¡Claro que no lo entiendo! Pero estoy aquí para ti, mamá. Para lo que necesites. El padre de Asher dice que la parálisis es pasajera. Estoy convencida de que se solucionará.

En cierto modo, era capaz de entender que mi madre estaba enferma mentalmente. Hablé con ella durante unos minutos más hasta que se decidió a hacerme una videollamada. Se encontraba en una habitación de hospital. Su boca y su ojo caían un poco hacia abajo en uno de los lados de su cara. No podía parpadear con el ojo afectado. La imagen me impactó tanto que fui incapaz de decir nada. Sentí la mano de Asher agarrando la mía, y eso me dio algo de fuerzas.

—No que... ría que me vie... ses así.

La tristeza se dibujaba en su rostro. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Me dolía el alma de verla así. Era demasiado duro.

—No está tan mal —aseguró Asher a mi lado al ver que me había quedado sin saber qué decir de la impresión.

—¿Asher? Estás... enor... me —se sorprendió mi madre antes de tratar de cubrirse la cara con una mano.

—Esto también va a pasar, mamá. Quedará como un mal recuerdo más. —No sabía qué otra cosa decirle—. Estoy segura de que vas a volver a estar como antes en poco tiempo.

No tenía pruebas, pero tampoco dudas. Para eso estaban los médicos. Y si no lo lograban, seguro que conseguirían que estuviese lo más cómoda posible de un modo u otro. De pronto, mi madre rompió a llorar desesperada.

—¿Cómo voy... a... a salir a la ca... lle así?

—Incluso si te quedases así, la vida es mucho más que eso —intervino Asher—. Estoy seguro de que va a tener solución, pero, en el peor de los casos, por muy duro que sea, vas a salir adelante. Aunque no estoy diciendo que no sea una putada.

—Una put... ada se que... da corto —dijo mi madre.

Oír esa expresión en ella me hizo sonreír.

—¿Te sientes mejor? —pregunté.

—Al menos aho... ra soy capaz de ha... blar mejor. He mej-mejorado al... go.

Debía de haber sido un *shock* para ella verse así de mal.

—Y vas a seguir haciéndolo, mamá.

Una enfermera fue a buscarla a la habitación y le dijo que era su turno.

—¿Estás ingresada? —me atreví a preguntarle.

—No, pero ven... go varios días a la se... mana y algu... no de ell-ellos me quedo a dor... mir en la clínica. Tengo que... col... gar.

Cuída... te.

—Cuídate tú también, mamá. Y llámame, por favor.

Cuando colgó, comencé a llorar de nuevo. Asher no tardó en abrazarme y darme un beso en la frente. El toldo empezó a calar y las pequeñas gotas de lluvia lo traspasaron. Tenía frío, pero era uno que venía de muy dentro, de mis huesos. Estaba convencida de que mi madre había hecho aquello porque no había soportado que la criticasen por haberse casado con un cantante famoso. Había salido en varias revistas y muchísima gente la insultaba sin conocerla lo más mínimo. Estaba convencida de que esa presión la había llevado a operarse. Solo era una víctima más de una sociedad en la que cómo fueses físicamente importaba más que lo que tuvieses dentro. Vomitivo. Aquello era vomitivo. En algún momento, todos abandonaríamos este mundo y dejaríamos el envase que era el cuerpo. ¿Por qué, mientras estábamos aquí, lo pasábamos tan mal por ser de una forma u otra? ¿Por qué era tan difícil aceptarnos?

—Has sido muy fuerte —me alentó Asher antes de colocar su frente sobre la mía y comenzar a trazar círculos en el óvalo de mis mejillas.

—Han sido las críticas. Cada vez que las leía, encontraba una cosa nueva que no le gustaba de sí misma. ¿Cómo ha podido sentirse tan insuficiente como para operarse tantas veces por estética? ¿Y si se queda así? Yo voy a quererla igual, pero ella..., y su nuevo marido...

—Nadie puede quitarte la belleza interior, y solo los que sean capaces de ver ese tipo de belleza en ti son los que merecen estar en tu vida. Tu madre tiene mucha gente que la quiere de verdad. Además, se va a solucionar. Está poniendo de su parte para que así ocurra.

—¿Y si no es suficiente? —pregunté desesperada.

—Pues todo pasa por algo, y tendrá que empezar a hacerse otras preguntas, como, por ejemplo: «¿Qué me está enseñando esto?» en lugar de «¿Por qué me pasa esto a mí?». Quizá, si no le hubiese sucedido esto, se habría operado otra vez y no habría tenido la suerte de salir de la operación. Es que nunca se sabe.

Asher me enjugó las lágrimas mientras yo negaba con la cabeza. Sonaba demasiado frío.

—Eso es muy fácil de decir, pero, si me hubiese pasado a mí, no sabría qué hacer. Conociéndola, entiendo que se haya alejado y que no esté bien ahora. O que no lo estuviese antes y se volviese a operar. Desde que tenemos uso de razón, las redes sociales y la sociedad nos bombardean con pieles y cuerpos perfectos a todas horas. Parece que todo es criticable, y eso hunde la autoestima de muchas personas, entre ellas mi madre. Y... hasta a mí. Es como si nunca llegase a sentirme contenta conmigo misma, o como si algo en mí no estuviera bien y siempre fuese mejorable.

No pude evitar compararme una vez más con esas chicas perfectas que veía en redes sociales, o incluso en anuncios. O con Gabriella Menths y su vida perfecta. Era inevitable. Antes, estaba obsesionada con ella y no me perdía ni uno de sus vídeos. Quizá debería admitir que le tenía envidia. Ella era tan perfecta, y yo... El mero pensamiento dolió. La punzada en el pecho me hizo contener la respiración. Me comparé hasta con Grace y su cuerpo perfecto. O con Emily y lo delgada que estaba. ¿Por qué era tan difícil encajar? ¿O sentirse válida y valorarse?

—Eh, Jane, mírame. Vamos, florecilla. La sociedad impone desde siempre cánones de belleza que solo cumplen unos pocos, y lo hacen precisamente por eso, para que gastes toneladas de dinero en parecerte a otra persona, cuando en realidad tú eres perfecta tal y como eres. Nadie debería decirte nunca cómo tienes que ser

físicamente, porque eres así por algún motivo que solo pertenece al destino. Necesitas ser como eres para llegar a tu propósito en la vida. Habrá gente para la que nunca serás suficiente, y otros para los que eres perfecta simplemente por ser tú misma. Y déjame decirte una verdad que pocos conocen, florecilla.

—¿Cuál?

—No hay una forma correcta de ser tú misma.

Aquella conversación era dolorosa, pero su última frase tocó algo muy dentro de mí. Mi conversación con Emily me vino a la cabeza. Esas malditas voces que nos decían que no éramos suficiente, cuando realmente sí que lo éramos. Asher tenía razón. No había una forma correcta de ser nosotros mismos. Todas las personas éramos válidas de un modo u otro, y desde pequeños deberían enseñarnos que no hay un único tipo de belleza. Hay miles. Y el más bello de todos es el que hace sentir bien a los demás. Éramos bellas cuando apoyábamos a otras personas. Éramos bellas cuando, después de un bache, nos levantábamos. Éramos bellas cuando elegíamos seguir a pesar de lo malo que nos hubiese pasado. Porque éramos suficiente. Siempre lo habíamos sido. Pero nunca nos habían enseñado a creérnoslo. Trataban de hacernos encajar en moldes en los que muy pocos cabían. Respiré hondo, dándome cuenta de algo importante. Quizá no necesitase encajar, sino ser yo misma. Miré las nubes antes de soltar el aire poco a poco.

—¿Puedes llevarme a casa?

—No, he venido en el coche con mi padre. Pero te acompaño. Aunque, si te duele el tobillo, puedo tratar de llevarte a cuestas.

—No me duele —mentí. La verdad era que me molestaba un poco por la carrera.

—Está bien. A ver si en algún momento del camino deja de llover —bromeó, intentando hacerme sentir mejor.

—No sé qué habría hecho si no hubieses estado conmigo. He perdido el control.

—Yo lo perdí ayer, florecilla. Y ahí estuviste, sosteniéndome.

Su mano agarró la mía con calidez y mi corazón se encogió.

—Siempre te sostendré.

Me besó la mano con dulzura y me dedicó una sonrisa que me llegó a lo más hondo.

—Vamos —instó, y pasó un brazo por encima de mi hombro.

Me sentía agotada después de hablar con mi madre, pero también más calmada tras haber podido encontrar algunas respuestas. Aunque todavía me quedaban otras que iban a poner mi mundo patas arriba.

—Gracias por estar, Asher.

—Te lo dije. Siempre voy a estar para ti, Jane.

Su respuesta vino acompañada de sus labios sobre mi mejilla. Sentir su cuerpo junto al mío lograba calentar mi piel a pesar de la lluvia. Y su mera presencia, que llenaba el lugar, parecía complementarse con la tranquilidad que daban las gotas al deslizarse sobre nuestros cuerpos. Caminamos en silencio hasta la mitad del camino que daba a nuestras casas, y justo cuando comenzó de nuevo a llover más fuerte, nos encontramos con algo que nos dejó boquiabiertos.

26



Asher

No iba a negar que ver así a Miranda me había impactado. Yo la recordaba como una mujer jovial y con ganas de comerse el mundo. Tampoco podía decir que no había tenido ganas de preguntarle por qué le había dicho a mi madre que no fuésemos a verlas a Nueva York, pero no era el momento.

—¿Esa de ahí no es la señora Davies? —preguntó Jane haciendo que enfocase la vista.

En la distancia, Margaret se peleaba con el paraguas mientras cargaba con un bote de lo que parecía pintura. Literalmente, tenía el paraguas dado la vuelta y maldecía algo ininteligible. Me apresuré para echarle una mano y Jane me imitó.

—Señora Davies, ¿necesita ayuda? —pregunté justo cuando pasábamos por la única librería del pueblo, la del abuelo de Emily.

—Oh, Asher. Solo estoy luchando contra el tiempo sin ningún éxito.

—Déjeme ayudarla con eso —dije, y agarré el bote de pintura, que, para mi sorpresa, pesaba bastante.

—¿Qué se trae entre manos, Margaret? —inquirió mi vecina.

Ella sonrió y pasó una mano por el hombro de Jane.

—Quiero darle una sorpresa a mi George —confesó mientras se le iluminaba la mirada.

—¿Una sorpresa?

La señora Davies solo asintió. Era curioso, ella se dedicaba a charlotear y a contar todo lo que escuchaba a los cuatro vientos, pero, cuando se trataba de su marido, había que sacarle las palabras a cuentagotas.

—Es algo que sé que le gustará mucho, aunque tengo que hacerlo sin que se entere.

—¿Y puede saberse qué es? —pregunté intrigado.

Llegamos a nuestra calle mientras la señora Davies nos explicaba su plan para sorprender a su marido. La enorme sonrisa de sus labios era contagiosa. Jane y yo la escuchamos dejándonos embriagar por su ilusión.

—Pasad, pasad —alentó Margaret, que nos había invitado a su casa para ofrecernos un trozo de pastel—. Gracias por ayudarme a traer la pintura.

—No ha sido nada —respondí, frotando la suela de mis zapatillas en el felpudo de la entrada para no mojar mucho el suelo. Con cuidado, la señora Davies agarró el bote que yo llevaba en las manos.

—Jane, el pastel está en la cocina. También hay limonada. Tráela mientras voy a dejar esto y cojo un par de toallas para que os sequéis. Asher, pon la mesa; las cosas están donde siempre.

Mi vecina se fue a la cocina y yo saqué el mantel de uno de los cajones, como había hecho tantas veces de pequeño, y lo extendí

sobre la mesa del salón. Me acerqué al mueble de madera donde se exhibía una vajilla blanca y azul, agarré tres platos y sus respectivos cubiertos y los coloqué sobre el mantel. Hacía ya tiempo desde la última ocasión en la que había estado allí. No pude evitar pasear la mirada por la habitación.

No era muy grande, pero tenía todo lo necesario. Desde una televisión en la que el señor Davies veía los partidos, pasando por un sofá beis, hasta varios muebles de almacenaje. También había un cuadro colgado sobre la chimenea. Uno que el barquero le había pintado a su esposa cuando era más joven donde ella llevaba un vestido amarillo. Justo debajo, estaba la foto de los padres de Margaret, cocinando junto a ella con una sonrisa. A la derecha, había otra foto de la señora Davies y de Yolanda, de cuando eran jóvenes. Y a la izquierda, la imagen de dos ancianos a los que no había visto antes.

—Ella era Stella, y él, Levi. Stella era la abuela de la señora Wilson, pero también fue importante para Margaret. El que está a su lado con una boina es Levi, un amigo de sus padres —me contó Jane al entrar con la comida y la bebida.

—Parecían simpáticos.

—Por las veces que escuché a Margaret hablar de ella cuando pasaba tiempo en su casa, Stella era el alma de la fiesta.

La señora Davies volvió con dos toallas blancas y nos ofreció una a cada uno.

—Qué pinta —comenté, reparando en el pastel que Jane había dejado en la mesa.

—Voy a darme una ducha rápida, que estando mojada soy capaz de resfriarme. Enseguida vuelvo. Sentíos como en casa —dijo, a lo que yo asentí metiéndome en la boca un trozo de pastel.

Jane dio un trago a su limonada antes de mirarme fijamente.

—¿Estás pensando lo mismo que yo, Asher?

La observé mientras ella esbozaba una sonrisa con cara de tramar algo.

—Quieres ayudarla, ¿verdad?

—Para ella va a ser duro pintar toda esa habitación. Además, es una sorpresa preciosa.

Yo también di un trago a la limonada, que estaba exquisita.

—Pues quitémonos esta ropa mojada y la ayudamos.

Jane había comenzado a secarse el pelo con una de las toallas que la señora Davies nos había traído. Sus ojos se achicaron cuando le dije eso. Como respuesta, solo corté otro trozo de bizcocho y comencé a devorarlo.

—Casi mejor que voy a casa a cambiarme —dijo ella antes de salir por la puerta. Volvió unos minutos después con otra ropa puesta, un pantalón corto negro que parecía un poco viejo y un top a juego. Para mi sorpresa, también traía para mí.

—¿Has entrado en mi casa? —me sorprendí.

—¿Ahora resulta que tú eres el único que puede colarse sin permiso en la casa de sus vecinos?

Solté una carcajada porque me hizo gracia la forma en la que lo había dicho.

—No, tranquilo, solo es ropa vieja de mi padre. No querrás que tu ropa de marca pija se manche de pintura ¿verdad? —prosiguió ella.

—Me siento muy ofendido por ese comentario —me quejé, a lo que Jane se rio. Me gustaba verla así, despreocupada, aunque en el fondo sabía que se seguía acordando de su madre. Me metí en una de las habitaciones para cambiarme de ropa. Nada más salir, mi vecina se me quedó mirando, divertida.

—¿Empezamos?

Formulé esa pregunta justo cuando la señora Davies salía del baño con un vestido de flores y el cabello mojado.

—¿Vais a pintar vosotros la habitación para mi George? —preguntó con ojos iluminados al ver nuestra ropa vieja.

—Claro que sí —respondió Jane con una sonrisa.

Margaret quería arreglar su trastero para que su marido tuviese una sala donde sentarse a pintar tranquilo. Él antes era profesor de arte. Amaba pintar, y su mujer adoraba mirar mientras lo hacía, pero no tenían un espacio donde disfrutar de ello sin ser molestados. Aquella sorpresa iba a enamorar aún más al barquero, aunque la señora Davies estaba haciendo lo posible para que él no sospechase y le había prohibido el paso al trastero con la excusa de que iba a hacer yoga allí.

—En ese caso, dejad que os haga una cena rica. Pero tendréis que llevárosla, porque mi George no podrá ni olerla sin que se le suba el azúcar —bromeó.

Aceptamos el trato y comenzamos a vaciar el trastero para pintarlo. La señora Davies iba eligiendo qué cosas quedarse, cuáles tirar por su estado y cuáles donar. Yo agarraba los objetos más pesados, y le dejaba los más livianos a Margaret y a Jane. Cuando comenzamos a pintar la estancia de un azul cielo, la señora Davies se retiró a la cocina.

—Pareces un pitufo —se burló Jane mirándome fijamente a la cara.

Me pasé una mano por la frente y vi que me había manchado con alguna que otra gota de pintura.

—¿Te digo yo qué pareces tú? —respondí mientras me acercaba a ella, que estaba subida en una escalera y pintaba las cornisas de la habitación. Eso sí, tratando de no forzar el hombro y parando las veces necesarias.

Jane alzó una ceja, alegre y curiosa.

—No tengo ningún interés en saberlo —bromeó haciéndose la difícil.

—Qué pena. En ese caso, voy a esperar a que me lo pidas.

Ella no pudo camuflar una sonrisa.

—¿A que te lo pida?

—Que te vuelva a besar —le respondí, y me subí al escalón justo por debajo de donde ella estaba.

Vi como sus mejillas se colorearon cuando la agarré por las caderas y la giré con lentitud hacia mí. Su cara quedó justo enfrente de la mía mientras deslizaba una mano sobre su cintura. Entrelacé los dedos con los suyos cuando se inclinó un poco más hacia delante.

—Puedes pedirle eso a tu amiguita. Os vi besándoos en el lago antes de que le pegases un puñetazo a Jackson por acercarse a mí. Justo después de besarme, por cierto —murmuró con resentimiento —. Deberías tener más claro qué es lo que quieres.

—Tengo lo que quiero justo delante —le respondí agarrando su mentón—. Grace y yo nunca hemos sido más que amiguitos, como tú dices. Jamás hemos sido novios. Aún tengo una conversación pendiente con ella para aclararlo, aunque te prometo que ya nunca será nada más que una amiga sin ningún tipo de derecho. Y siento mucho haber dejado que me besase justo después de hacerlo contigo. En ese momento, aún pensaba que habías tenido algo que ver con la muerte de mi madre. Estaba ciego de dolor. Sé que no es excusa, y acepto que estés enfadada conmigo, pero te aseguro que jamás volverá a pasar. Solo tengo ojos para ti, Jane, y lo único que deseo es verte feliz.

A pesar de haberle dicho decenas de veces a Grace que no quería nada serio con ella, sabía que se merecía una conversación cara a

cara para aclarar las cosas. De alguna forma, sentí el alivio de Jane. La manera en la que sus ojos se iluminaron hizo que contuviese el aliento. Me gustaba demasiado. Y ya era hora de reconocerlo.

—¿Por qué siempre me pones tan difícil enfadarme contigo?

—Porque sabes que soy encantador.

Ella puso los ojos en blanco y yo me reí.

—Creído.

—Preciosa.

Jane se ruborizó, y mis labios esbozaron una sonrisa sin mi permiso. Con ella todo era así, fácil. Nos quedamos en silencio unos instantes, estudiándonos con la mirada. Joder, jamás me cansaría de observarla. Había algo que nos envolvía a ambos y llenaba el ambiente de intimidad. Coloqué un dedo sobre sus labios y los acaricié antes de agarrarla por las caderas para levantarla en el aire. Ella me rodeó con las piernas y nos quedamos mirándonos fijamente. Respiré su olor a coco antes de volver a hablar:

—No sé qué me pasa contigo, pero no sales de mi cabeza.

—Yo sí lo sé —dijo ella—. Te pasa lo mismo que a mí.

Sentí un hilo invisible tirar de mi cuerpo hasta el suyo. Como si fuésemos dos imanes que habían sido creados para encajar el uno en el otro. Su mirada me dejaba sin aliento. Recorrí la línea de su cuello con una caricia antes de volver a perder mis labios en los suyos. Como si fuesen el único lugar en el mundo donde debiesen estar. Presioné y me acerqué más a ella, apretando su cuerpo contra el mío. Toda distancia, por pequeña que fuese, me parecía demasiada. Todo tenía sentido cuando estaba con ella. La vida, los sueños, las ganas.

27



Jane

El hambre voraz de Asher me atrapó como un remolino. Parecía tirar de una parte de mí que solo se despertaba ante su presencia. El corazón me latía desbocado por su cercanía, y, al mismo tiempo, en una mezcla casi imposible, sentía paz. Él era como mi hogar. Quien había estado a mi lado durante toda mi vida. Respiré hondo. Su olor se mezclaba con el de la lluvia que seguía cayendo fuera. De pronto, un pensamiento cruzó mi cabeza. Uno que me hizo sonreír.

—¿Qué? —preguntó él, tras separarse un poco ante mi gesto.

Me encantó la sonrisa que se le dibujó en la cara al ver la mía. Y la forma en la que sus ojos se achicaron hizo que algo cálido reverberase en mi interior.

—¿Al final quién ha besado a quién? —lo piqué, disfrutando del momento.

—Mierda —soltó él antes de reírse.

Lo hizo justo en mis labios, y fue una experiencia sobrecogedoramente bonita. Luego, volvió a besarme con dulzura. Su cabello aún estaba mojado, y esas pequeñas gotas que caían salvajes por su rostro le daban un aspecto más cautivador. Asher abandonó mi boca y sus labios comenzaron a bajar a través de la tela de mi top. Era tan fina que sentía cada uno de sus besos atravesarme.

—Pueden vernos —fui capaz de decir, presa del momento pero consciente de que no estábamos a solas en la casa.

Él me miró desde abajo, canalla. Ver su imagen ante mí, atrapando la tela de mi sujetador entre sus dientes, me desarmó.

—Eres la suerte de mi vida, Jane.

Una parte de mí se derritió cuando su voz me hizo cosquillas en el pecho. Me estremecí y arqueé la espalda hacia él. Volvió a besar mi cuerpo justo antes de depositar otro beso dulce y tierno en mis labios.

—Coge el pincel y sube a la escalera, corre —me advirtió tras escuchar unos pasos que se acercaban por el pasillo. Asher disimuló agarrando el rodillo y pasándolo por la pared. A mí me costó un poco más volver a ubicarme, y la señora Davies me pilló mirando a mi vecino embelesada.

—¿Cómo vais? —preguntó con una ceja enarcada en mi dirección.

—Llevamos ya casi la mitad —le sonrió Asher—. Creo que, si el señor Wilson distrae a su marido, podemos acabarlo en un rato.

—Genial. Ahí voy a poner un cuadro que me hizo cuando yo era joven. Y ahí, sus pinceles, junto a sus libros de historia del arte. Y voy a cambiar las cortinas por unas blancas. También quiero buscar algunos muebles en color blanco. Estoy segura de que lo tendré listo en unas semanas.

—Seguro que quedará precioso —le respondí, todavía pensando si ella sabría lo que acabábamos de hacer solo por ver nuestras caras. Bueno, la mía, porque Asher disimulaba a la perfección.

Me centré en acabar de pintar una de las esquinas del techo mientras mi mejor amigo terminaba con una de las paredes. No dijimos nada más durante el resto de la tarde, pero, cuando acabamos, nos despedimos con otro beso en la puerta de mi casa.

Entré en mi cuarto con una sonrisa, recordando la forma tan bonita en la que me había hecho sentir. Necesité un buen rato para que mi corazón se calmase. Cuando lo conseguí, fui a la cocina a calentar el táper de comida que Margaret nos había hecho y dividido en dos. Me pregunté si Asher también estaría cenando en ese momento, y no pude evitar mirar por la ventana. Estaba en su salón, jugando con Love mientras se metía un trozo de pastel de carne en la boca. Me quedé mirándolo embelesada hasta que mi padre entró en casa y me preguntó si quería hablar con él. La verdad era que no me apetecía hablar sobre mi madre. Negué con la cabeza y se sentó a cenar conmigo. La señora Davies había hecho de sobra para que nuestros padres también comiesen.

—¿Puedes sacar la basura? —me preguntó más tarde, a lo que asentí porque él estaba lavando los platos, y yo odiaba hacer eso. Sacar la basura era lo más fácil.

Cuando volví, me cepillé los dientes justo antes de decirle que iba a acostarme. La verdad era que me dolía un poco el tobillo y me apetecía estar tumbada. Y hablar con mi madre para ver cómo se había encontrado esa tarde. Esperaba que nuestra relación mejorase a partir de entonces. Estaba tan cansada que no vi que había alguien más en la habitación, y, en esa ocasión, no era Asher.

—¿Emily? ¿Qué haces aquí?

La chica pelirroja llevaba el cabello recogido tras una diadema beis, a juego con un vestido blanco con detalles de ese mismo color. Sus labios seguían hinchados, pero ya no tanto como antes.

—¿Desde cuándo le quitas el novio a tus amigas? Grace ha venido llorando a mi casa porque dice que te ha visto besándote con Asher en casa de la señora Davies. ¿No se te cae la cara de vergüenza?

—Yo... —No supe qué decir. Todo me había pillado por sorpresa—. Ya no están juntos.

—Pero ¡si ayer se besaron delante de todos!

—Asher me aseguró que no era nada serio y que no tenían ningún compromiso. Además, en todo caso, deberías pedirle explicaciones a él y no a mí.

—Te las pido a ti porque también nos conocemos desde pequeñas. Pasaba horas en tu casa y en la de Asher. ¿Cómo has podido hacerle daño a Grace? ¿O señalarte así al poco de volver?

La fuerza con la que defendía a esa chica me asombraba.

—Emily..., yo no le he hecho nada. Asher y yo..., no sé muy bien qué somos, pero siempre hemos sido algo. Es difícil de explicar.

Ella seguía negando con la cabeza, como si diese igual lo que yo dijese.

—No me esperaba esto de ti. ¿Sabes? Has destrozado a Grace.

Cerré los ojos demasiado molesta. Tal vez me hubiese equivocado, pero, desde luego, no le había robado nada a nadie.

—Yo no he destrozado nada.

Emily me miró de arriba abajo y negó con la cabeza.

—Todos te llaman zorra. Además, en el vídeo se ve muy clarito que Grace dice la verdad.

Tragué saliva mientras me llevaba una mano al pecho, sobrecogida. «¿Qué vídeo? ¿Nos han grabado? ¿Cuándo?».

—¿De qué hablas?

Emily se llevó ambas manos a la cabeza, fuera de sí. De pronto, caí. La ventana. Cuando Asher y yo nos besamos, se nos veía a través de la ventana.

—Te aprovechas de que Asher siempre ha sentido debilidad por ti. Lo estás usando para hacerle daño a Grace.

La sangre se me congeló. ¿Cómo podía pensar eso?

—Yo no he...

—¡Lo he visto, Jane! ¡No te atrevas a negarlo!

El enfado comenzó a recorrerme. No podía acusarme de algo así.

—¿Ha sido ella quien te ha enviado? —pregunté cruzándome de brazos.

Emily respiró hondo.

—No. He venido porque, después de nuestra conversación de ayer, pensaba que éramos amigas. Pero las amigas no se hacen daño. Y si le haces daño a mis amigas, me lo haces a mí. Así que tú y yo ya no somos nada. No vaya a ser que me guste alguien y me lo quites.

Entonces lo entendí.

—Emily..., ¿te gusta Asher?

Ella me miró tan fijamente que me asusté. Puede que a Emily le gustase mi vecino antes que a Grace, pero, para mantener su amistad con ella, no hubiese dicho nada.

—Solo he venido a avisarte de que Grace no va a dejar esto así —dijo sin responderme.

El peligro bailaba en su voz e hizo que me estremeciese. Entender que había venido a avisarme me generó sentimientos contradictorios. Todos sabíamos que, si alguien era peligroso y manipulador en Fair Haven, esa era Grace.

—No me has contestado.

Emily me observó con sus ojos claros enmarcados por un ceño fruncido.

—Ni voy a hacerlo. Quien me guste o me deje de gustar no es de tu incumbencia. Además, te fuiste y nos dejaste aquí. Trataste de llamar a Asher, pero nunca a mí. Yo también te eché de menos, ¿sabes? Pero ya no me haces falta. Solo necesito la amistad de Grace.

—No pude llamarte, no tenía tu teléfono.

—Podrías habérselo pedido a cualquiera —respondió mientras se alejaba con intención de salir de mi cuarto.

—¡Era una niña! ¡Y mi madre no tenía tu número! ¡Ni tan siquiera podía hablar con Asher cuando su padre le quitó el teléfono!

—Si hubieses querido, habrías encontrado la manera.

Cerré los ojos, molesta. En cierto modo, tenía razón.

—Puede que cometiese un error, y lo siento, pero tú también podrías haberme...

—¡No te atrevas a hacer esto cosa mía! Sabes perfectamente que, justo después de que te marcharas, fue cuando mi abuelo obtuvo mi custodia. Yo no podía haberte llamado porque, a diferencia de ti, estaba acostumbrándome a vivir con otra persona a la que nunca antes había visto.

Tragué saliva. Los abuelos de Emily no habían querido saber nada de su madre cuando ella había abandonado su casa tras quedarse embarazada. Su abuela no había llegado a conocerla porque había fallecido pronto, pero su abuelo se había convertido en su pilar. Podría haberle echado otras cosas en cara, o decirle que yo también me había tenido que adaptar a una nueva ciudad y que echaba de menos a mi padre. En lugar de eso, decidí no añadir leña al fuego.

—Siento que pasases por eso sola.

—¡Oh, cállate! Siempre tienes que ir de buena, pero bien que se la has jugado a Grace.

Apreté los puños, enfadada porque ella eligiese seguir peleando.

—Grace no es tu amiga. Solo te está manipulando para conseguir lo que quiere. Esto, que vengas a mi casa y me digas que me están llamando zorra, es exactamente lo que ella busca. Una buena amiga no te manipula, Emily. Ni te hace sentir insegura o insuficiente como lo hace ella. Una buena amiga te acepta como eres sin querer cambiarte.

Emily rugió.

—No seas ridícula. Grace no me manipula, pero, como cualquier otra amiga, me ha llamado cuando ha estado mal y me ha pedido que fuera a verla. No me puedo creer que hayas dicho eso.

Vi cómo se iba por la ventana de mi cuarto sin ser capaz de decirle nada más. No entendía por qué me había atrevido a contarle que Grace la manipulaba; aquello era un paso enorme para mí. Lo que no llevaba tan bien era que hubiese un vídeo mío rondando por ahí en el que me enrollaba con Asher.

Aproveché que todavía me quedaba un rato de mi hora de teléfono para mandarle un mensaje a mi vecino, justo después de asegurarme de que Grace no había subido nada a sus redes sociales. Le conté lo que acababa de averiguar, sintiéndome como una chivata, pero me daba pánico que Grace lo compartiese. No quería que nadie pensase que le había robado a su supuesta pareja, sobre todo porque no eran novios. Claro que, según Emily, todos creían que sí que lo eran y pensaban mal de mí.

—Mierda —susurré.

De pronto, me acordé de las palabras de Asher. Esas que me había dedicado la noche que había entrado en mi habitación para invitarme a la fiesta del lago, cuando todavía me preocupaba tener una postilla en la cara y que se burlasen de mí.

¿Quiénes eran todos? ¿De verdad me compensaba preocuparme por cuatro o cinco personas? De alguna forma, sentía que había

madurado en ese aspecto. Que pensasen lo que quisieran. Después de lo que le había pasado a mi madre, había comprobado lo necesario que era poner límites para que la opinión de otras personas no nos afectase. Si querían pensar cosas malas de mí, iban a hacerlo, quisiese yo o no. Me preocupase o no. Sufriese o no. La gente iba a hacer y a decir lo que le diera la gana, y era algo que estaba fuera de mi control. Lo que sí podía decidir era cómo reaccionaba yo ante lo que me pasaba. Tenía dos opciones: o sufrir por lo que otras personas que no vivían mi vida decían y pensaban, o enfocarme en cosas que me aportasen y me hiciesen feliz.

Me arrepentí de haber escrito a Asher nada más obtener su respuesta. Ojalá hubiese pensado toda esa retahíla mental antes de haber enviado el mensaje.

Asher: No te preocupes, yo me encargo.

Esa fue la contestación de mi mejor amigo justo antes de desconectarse. Los celos se me metieron en el estómago. Iba a verla. Él mismo me había reconocido que tenían una conversación pendiente. Maldición. De pronto, me preocupaba que Asher fuese a buscarla en mitad de la noche, porque sabía lo convincente que podía ser Grace cuando quería algo. Y lo quería a él.

28



Asher

Mi único plan para esa noche era acostarme y dormir hasta que fuesen las doce de la mañana como mínimo. Mi padre estaba enfadado porque me había ido del trabajo, así que procuré no pasar mucho tiempo con él cuando llegó a casa. Sobre todo, porque empezó a discutir conmigo incluso antes de salir del coche. Dios, echaba tanto de menos a mamá. Era una sensación constante de que faltaba algo importante en mi vida. Ella siempre lograba que mi relación con papá fuese bien y que nos sentásemos a ver algún partido de la liga. Ahora, ni tan siquiera venía a verme a mí cuando estaba en temporada. Todos los padres de mis amigos iban, pero el mío estaba demasiado ocupado con el restaurante. Apenas pasábamos tiempo juntos y, cuando podíamos hacerlo, él siempre ponía excusas.

Me puse una sudadera fina porque esa noche había refrescado. Algo me decía que pronto iba a volver a llover. El tiempo en Fair Haven siempre era un poco más frío que en otras partes, y en

verano, aunque hiciese calor, era típico que lloviese a menudo. Al igual que, a partir de otoño, solía nevar. De hecho, los fundadores del pueblo le habían puesto ese nombre porque, al llegar, solo habían visto un pequeño refugio cubierto de nieve a su alrededor.

Saqué el móvil del bolsillo. Ya había hablado con Grace para vernos. Sabía que me estaba esperando. Que yo fuese a ella después de haberla rechazado era exactamente lo que quería. Marqué su número en cuanto salí de mi casa sin hacer ruido. Love había ocupado toda la cama a cambio de no ladrar.

—¿Dónde estás? —le pregunté en cuanto respondió a mi llamada.

—En el árbol —me respondió antes de colgarme.

Odiaba saber que lo tenía todo preparado. No me extrañó que estuviese en la casa del árbol que su padre le había hecho en el jardín trasero cuando era más pequeña. Esa donde tantas veces nos habíamos enrollado. Era tan grande como mi salón y mi cocina juntos.

Los padres de Grace eran los más ricos de Fair Haven. Ambos teletrabajaban, pero también viajaban mucho por ocio y por placer. El padre se encargaba de la publicidad de una empresa de barcos, así que muchas veces se iban de crucero gratis. Eso sí, no solían llevarse a Grace por su fobia a estar en el medio del mar.

—Hola —saludé al verla. Ambos sabíamos que teníamos una conversación pendiente, aunque ella se había limitado a dejar en visto el mensaje que le había mandado esa misma mañana.

—Ya era hora de que llegases —respondió, tirada en la cama. Cuando se levantó, no pude evitar recorrerla con la mirada.

Llevaba un vestido de punto que me dejaba ver todo su cuerpo. Estaba formado por hilos gruesos que se unían formando cuadrados, pero en medio solo se veía su piel.

—¿Se supone que eso te tapa?

—Es la moda.

—Ya.

Me ahorré una broma porque no había ido para eso. Ella se acercó a mí y trató de colocar los brazos en mis hombros, pero me alejé nada más ver sus intenciones.

—Quiero que borres el vídeo que me has grabado esta tarde.

Grace puso los ojos en blanco.

—Así que a eso has venido... —No era una pregunta. Estaba afirmándolo, decepcionada.

—¿Por qué has hecho algo así? —le recriminé.

—Yo no lo grabé. Lo hizo Mark. Pensaba que iba a ver a Jane desnuda.

—Maldito Mark.

Ese sí que iba a oírme. Parecía que esa noche iba a acostarme aún más tarde, cuando solo me apetecía dormir.

—¿Puedes borrar el tuyo?

—No lo tengo. ¿Para qué iba a querer volver a ver cómo te enrollas con esa? Tengo varios vídeos en los que me besas a mí. Prefiero disfrutar de esos.

Era cierto que, a veces, Grace nos grababa, pero yo siempre cortaba el vídeo antes de llegar al momento clave. Se mojó los labios antes de mordérselos.

—Tenemos que hablar, Grace.

Ella alzó ambas cejas, como si no se esperase que fuese directo al tema. Luego, casi las unió en una línea recta en un gesto de enfado.

—Jamás entenderé que después de todo lo que ha hecho...

—No ha hecho nada. Fue un malentendido desde el principio —la corté—. Oye...

Grace bufó.

—No quiero hablar de ella. ¿Has venido para eso? ¿Para decirme lo buena y guapa que es Jane?

Me mantuve serio.

—No he mencionado nada de lo que acabas de decir.

Podría hablarle de todo eso durante horas, pero no había ido para eso. Grace negó con la cabeza. La rabia se dibujaba en su rostro.

—Ya lo has hecho a lo largo de todos estos años. Siempre la traías a la conversación de una forma u otra. Jane esto, Jane aquello, aquí jugaba con Jane, aquí Jane se cayó del patín, y en esta esquina perdió un diente de leche. ¡Dios, eres insoportable!

Apreté los labios, sin entender esa actitud.

—Lo creas o no, esto no tiene nada que ver con ella. —Nos señalé a ambos—. Quiero decir, sí. Sabes que hay algo entre Jane y yo. Siempre lo ha habido. Pero nada de eso cambia que, entre tú y yo, para mí...

Me quedé callado porque sentía que estaba metiendo la pata. No me estaba expresando bien. La forma en la que a Grace se le humedecieron los ojos me sorprendió.

—Para ti nunca hubo nada salvo sexo —completó ella, fulminándome con la mirada.

Una lágrima se le escapó, y algo dentro de mí se paralizó al ver cómo se la limpiaba. Ambos nos quedamos en silencio. Fuera, había comenzado a llover, y las gotas golpeaban con rudeza los cristales de las ventanas.

—Me dejaste caer más de una vez que para ti era igual. Es más, recuerdo que, en una ocasión, hace meses, dijiste que querías besarme solo para presumir de mí.

—¿Cómo se puede estar tan ciego como tú, Asher? ¿Te crees que iría detrás de ti y aguantaría tu humor si no pensase que podías cambiar?

La forma férrea y dolida en la que me miraba hizo que algo en mi cerebro hiciese clic.

—¿Yo te...? ¿Te gusto de verdad?

—¡Ag! ¡Mira que eres idiota! ¿Vienes a romper lo que quiera que sea esto y te das cuenta ahora? Pensaba que eras más inteligente.

En realidad, ya le había dicho que nuestro rollo se había acabado cuando estuvimos en el lago. Se acercó a darme un empujón y yo me quedé muy quieto. Si lo que decía era cierto, si todo ese tiempo ella había sentido algo por mí...

—Grace..., ya lo hablamos... Nosotros no... Nunca. Grace...

Ella me dio otro empujón, y yo agarré sus dos manos.

—¡¿Grace qué?! ¡Dime, Asher! ¡¿Grace qué?!

—No soy adivino. Si me dices que no te gusto para nada más, y que solo quieres presumir de mí...

—¡Te dije eso después de que tú me recordases de nuevo que solo éramos amigos y volvieses a mencionar a Jane!

Era increíble la forma en la que lloraba y me asesinaba con los ojos al mismo tiempo. Solté sus manos y di unos pasos hacia atrás.

—Mierda. Si me hubieses dicho cómo te sentías, jamás habría seguido quedando contigo de esa forma.

—¡Precisamente por eso no te lo decía! Prefería que estuvieses conmigo, aunque solo fuese para eso, a que no lo hicieses.

Sus palabras me dolieron. Sobre todo, porque me sentía identificado con ella. Cuando el plan aún estaba en marcha, la parte más profunda de mí prefería fracasar a dejar de estar con Jane. Cerré los ojos y me llevé una mano a la frente. Aquello me había dejado en *shock*. Jamás imaginé que ella pudiese tener sentimientos hacia mí. Esa no era la imagen que había dado ni lo que había mostrado. Incluso una vez Emily había venido a verme para decirme

que no me hiciese ilusiones con Grace, que no quería nada serio conmigo.

—Mira, lo siento. De verdad que lo siento. Nunca ha sido mi intención hacerte daño.

—¡Pues lo hiciste! Cada vez que hacías como si yo no fuese importante. Cada vez que, de la nada, mencionabas el nombre de Jane. Cada vez que preferías quedar con tus amigos antes que conmigo. O cuando yo salía con ellos por ti. ¡Dios, si ni tan siquiera me caen bien!

Me quedé sin aire.

—Creía que te lo pasabas bien con ellos.

—¡Porque estaba contigo, idiota! Pero ¡¿sabes qué?! ¡Ya no quiero nada de ti! ¡NADA! ¡Puedes quedarte con ella y no volver a hablarme!

Me dio la espalda para tratar de recomponerse. Yo necesité varios segundos para hacer lo mismo.

—Grace..., esto es... —Me costaba aclarar las ideas—. Le dijiste a Chai que solo quedabas conmigo para pasar el rato y para entretenerte. La vez que me picó esa araña en la cara, no quisiste que me acercara a ti delante de tus amigas porque, palabras textuales tuyas, te daba vergüenza que me viesen así porque parecía que tenía un grano gigante. Me dijiste miles de veces que no querías nada serio.

Ella respiró hondo y habló con pesar:

—Volvemos a lo mismo. Lo hice porque tú me dijiste decenas de veces que no me querías como novia, y no iba a quedar por debajo de ti delante de nadie. De todas formas, para ti nunca fui lo suficientemente buena.

Lo primero que había dicho era cierto. Jamás la había visto como algo más.

—Eres suficiente para cualquier persona, Grace.

—No para ti. —Se giró hacia mí como si tuviese un resorte.

—Para cualquiera. Simplemente, no eres la indicada para mí, pero no por eso no vales la pena. Créeme. No quiero que te sientas así. *Nunca* ha sido mi intención que te sientas así. Tengo miles de cosas que agradecerte. Cuando pasó lo de mi madre, fuiste un gran apoyo. Siempre voy a estar agradecido por eso y por todas esas veces que has cuidado de mí. Siempre voy a ser tu amigo, aunque no voy a volver a quedar contigo a solas. Tienes que entenderlo.

—No vamos a ser amigos después de esto —advirtió señalándonos a ambos.

Respiré hondo. Grace no me era indiferente. No después de todos los momentos que habíamos compartido. No le deseaba nada malo. De verdad que no. Pero sabía que, si iba a comprometerme con Jane, debía respetarla, y eso incluía romper lo que quiera que fuese aquello de raíz.

—Aunque dejemos de ser amigos, si en algún momento te pasa algo, vas a tenerme para apoyarte.

—Seguro que a tu nueva novia le encantará que vengas a apoyarme —dijo con sorna.

No me había entendido. Una vez más.

—Ella vendría conmigo, Grace —aseguré, como si no lo dudase ni un momento. Jamás haría nada a escondidas de mi mejor amiga—. Jane es la clase de persona que, si te ve mal, será la primera en estar a tu lado. Lo sabes tan bien como yo.

Puso los ojos en blanco, pero no me rebatió.

—Claro, porque ella es perfecta —bufó.

—Para mí lo es. Y quiero intentarlo de verdad. La quiero, y, precisamente por eso, te entiendo. Comprendo que estés así. De verdad que lo siento.

Un silencio denso se interpuso entre ambos. Fuera sonó un relámpago. Ella ni se inmutó.

—La quieres.

No sabía si era una pregunta o una afirmación cubierta de rabia.

—Sí, la quiero. Y tengo que ser sincero contigo, Grace. Te mereces a alguien que te quiera así. Tienes mucho que aportar, y estoy seguro de que, en algún momento, llegará el indicado.

La forma en la que apretaba los puños y fruncía la mandíbula me turbó.

—Para mí, tú eras el indicado hasta que ella volvió. Si no hubiese regresado...

—No habría estado contigo. Tienes que entender que esto no se trata de Jane. Bueno, sí, por supuesto que sí, pero me refiero a que nunca habríamos estado juntos. Joder... Yo ni tan siquiera sabía cómo te sentías.

—¡No hagas como que es mi culpa! ¡Toda la culpa es suya!

Tiró al suelo un vaso con un líquido rojo. La superficie de madera se llenó de la bebida al mismo tiempo que la habitación lo hacía con un grito de rabia.

—No es culpa de Jane. Y tampoco te culpo a ti. Reconozco mi responsabilidad en no haberme dado cuenta, ¿vale?

—¿Y eso de qué me sirve? ¿Eso es todo? Reconozco mi responsabilidad, Grace. He sido un completo idiota, Grace. Grace esto, Grace aquello. ¡Para! ¡Podríamos haber estado juntos!

—No lo entiendes —dije apesadumbrado. Estaba tan enfadada que no razonaba.

El peso de su mirada cayó sobre mí con algo que no supe discernir.

—Claro, yo no entiendo nada, y el gran Asher Brown lo entiende todo.

No iba a volver a decirle que, pasara lo que pasase, no habríamos sido pareja.

—No, yo no te he entendido a ti hasta ahora. Fue sin darme cuenta, pero... por supuesto que me arrepiento de habértelo hecho pasar mal. De darte falsas esperanzas a pesar de decirte cientos de veces que solo éramos amigos. No sé qué más decir. Si hubiese sabido que te sentías así, me habría alejado para no hacerte daño.

Ella asintió con la cabeza, con una seriedad impoluta.

—Como ahora, que también vas a alejarte...

Había tanta tristeza en sus ojos que no supe si abrazarla. La atraje hacia mí justo cuando comenzó a llorar con más fuerza.

—Vales mucho. Y alguien que te merezca se dará cuenta. Quiero que recuerdes eso.

—Pero no lo suficiente. Nunca lo suficiente.

—Claro que sí. Te lo he dicho, eres suficiente para la persona indicada. Eres mucho más que suficiente.

Sabía que pensaba así, en parte, por sus padres. Siempre habían sido muy estrictos con ella. La habían obligado a superarse a sí misma una y otra vez, y para ellos nunca era suficiente. Grace se había desahogado decenas de veces conmigo. Como aquella vez en la que había sacado casi todo sobresaliente y sus padres le habían reñido por su único notable. O esa vez en la que había quedado subcampeona en hípica y ellos no habían celebrado su victoria, sino que lo habían visto como un fracaso porque otra chica había sacado mejor puntuación que ella. Le habían enseñado a ver su vida como una competición. Siempre pendiente de lo que otros pensasen. Me quedé un rato con ella, consolándola como pude, hasta que caí en algo importante.

—Prométeme que dejarás en paz a Jane —pedí.

No me respondió salvo con un leve asentimiento.

—Voy en serio, Grace. Necesito que me prometas que la dejarás tranquila.

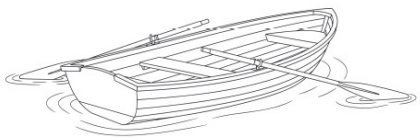
Ella se separó de mí y me miró con detenimiento. Se quedó seria unos segundos antes de asentir una vez más.

—Claro, la dejaré *tranquila*. —Pronunció esa palabra con demasiada intensidad—. Porque ir contra ella es ir contra ti.

Por un instante, recordé cuando le había dicho esa frase siendo unos niños que jugaban con las pistolas de agua en el jardín de mi casa. Jane estaba en mi equipo, y a Grace le había dado por ella y no dejaba de apuntarla. Mi vecina se estaba agobiando, y a mí esas palabras me habían salido solas.

—Así es. Si la tocas a ella, me tocas a mí.

Grace se mostró impasible mientras me despedía. Aun así, algo dentro de mí estaba nervioso. La conocía lo suficiente como para saber que el que me alejase lo sentía como una derrota, y, probablemente, iba a hacer algo al respecto. Ella siempre intentaba quedar por encima. Esa era su forma de actuar. Era lo que le habían enseñado desde pequeña. Pero nunca, ni en mis peores pesadillas, podría haberme imaginado algo como lo que iba a hacer.



Unos quince minutos más tarde, estaba delante de la casa de Mark. No hizo falta que llamase a la puerta porque siempre la dejaban abierta. Entré con cuidado y bajé las escaleras hasta su sótano, del que provenía música. En esa ocasión, solo estaban Chai y él jugando a videojuegos.

—¡Levántate! —le ordené a Mark al verlo sentado en su sofá marrón.

Él no tardó en hacer lo que le pedía y dejar el mando en la mesa de cristal. Chai se abalanzó sobre mí justo en ese momento, haciendo que el puñetazo que iba directo a la mejilla de Mark quedase en el aire.

—¡Eh, eh! ¡Tranquilo! —pidió Mark.

—¿Qué te pasa? —preguntó Chai, mirándome con sorpresa después de casi tirarme al suelo.

No podía culparlo. Mi amigo había entrenado durante años para que su cuerpo reaccionase al peligro, y el cinturón negro que se había ganado por ello era la prueba de todos sus esfuerzos.

—¿Sabes qué ha hecho este desgraciado?

Chai negó con la cabeza mientras yo intentaba zafarme de él.

—Sea lo que sea, no merece que te pongas así.

Trató de calmarme, cosa que agradecí, pero la rabia que tenía en mi interior hacía hervir mi sangre y clamaba por plantar mi puño en la cara de Mark.

—¡Yo no he hecho nada! —se defendió él, situándose detrás del sofá cuando me logré zafar de mi amigo con un golpe. Chai no era el único que sabía dónde atacar, y yo tenía la ventaja de que había entrenado con él decenas de veces. El corazón me iba a mil por hora cuando agarré a Mark por el cuello de su camiseta y lo aprisioné contra la pared.

—Jane está conmigo ahora, y como vuelva a verte intentando grabarla, te las verás conmigo. ¿Te ha quedado claro?

Chai me separó de Mark al ver que levantaba el puño de nuevo.

—No entiendo qué ocurre —dijo.

—Este desgraciado me grabó besándome con Jane porque pensaba que iba a verla desnuda —solté con toda la rabia que

llevaba dentro.

La cara de Chai se oscureció. Ni tan siquiera yo lo vi venir. Le pegó tal puñetazo a Mark que lo tiró al suelo.

—¡Aaah! —se quejó él.

—Eso no se le hace a ninguna mujer —sentenció Chai con una voz tan seria que hasta yo me quedé de piedra. Era muy difícil enfadar a mi mejor amigo, pero había bastado con que supiese que estaban faltándole el respeto a una chica para que ocurriese. Eso me hizo admirarlo un poco más.

—No te vuelvas a acercar a Jane si no es para tratarla bien. ¿Entendido? —le advertí a Mark.

—Blanco y en botella —respondió él mientras se levantaba del suelo y se masajeaba la mejilla en la que Chai le había propinado el golpe.

Mark era imbécil, pero sabía cuándo alguien le marcaba un límite, y yo acababa de hacerlo. Le quité el móvil para borrar el vídeo y me aseguré de eliminarlo también de la papelera de reciclaje.

—¿Está bien Jane? —preguntó Chai al acompañarme fuera de la casa—. ¿Necesitas que te ayude con algo?

Negué con la cabeza antes de darle un abrazo.

—Me basta con que estés.

—Siempre —respondió él antes de despedirse.

Al llegar a casa, me acosté sin ni siquiera quitarme la sudadera. Me encontraba fatal. Di tantas vueltas en la cama que incluso Love se bajó y se quedó a dormir en la alfombra. Furioso, me levanté y empecé a pensar de nuevo en Jane. Mis pensamientos iban de ella a mi madre y viceversa.

Tenía tantos recuerdos con ellas juntas que, en la plenitud de la noche, era inevitable recordarlas. Como esa vez que había querido hacerle una tarta a su madre por su cumpleaños y habíamos

acabado llenos de harina hasta las cejas. Y luego mi madre había venido, y, en lugar de reñirnos, había participado en una pelea de harina donde todos habíamos acabado riéndonos. Y limpiando la cocina durante más de media hora. O cuando quisimos quedarnos con la señora Davies y le dijimos que mi madre esperaba un hermanito cuando en realidad no quería tener más hijos. Mi madre se había tocado la barriga en la distancia, haciendo que Margaret se alejase a la carrera y lo contase por todo el pueblo. O esa vez, cuando teníamos seis y siete años, en la que yo distraje a Lory, el dueño de la tienda, mientras ella se comía un montón de golosinas. Luego se sintió tan mal que fue con su dinero a pagarlas. Aunque, antes, mi madre nos riñó y nos explicó por qué aquello estaba mal.

Pensaba en todo eso y en que no soportaría que Jane se fuese a marchar una vez que se acabase el verano. ¿Habría alguna posibilidad de que se quedase, como la señora Davies le había dicho a mi padre? Me ardía la sangre de pensar que se iría de nuevo y que tal vez volvería a perderla.

Presa de mis pensamientos, me levanté y fui al despacho de mi padre. Había una caja con cosas de mi madre que me gustaba mirar de vez en cuando. Y una carpeta que quizá le fuese bien a Jane con lo que estaba pasando con Miranda. Sabía que mi madre había trabajado el amor propio con un psicólogo poco tiempo antes del accidente. Estaba convencido de que lo había hecho porque mi padre había dejado de cuidarla y se había alejado de ambos. Ojalá hubiese sabido lo equivocado que estaba también sobre este asunto.

Miré el reloj. Eran las tres de la mañana. Ojalá pudiese hablar con Jane. Seguro que ella haría que me sintiese mucho mejor. Suspiré hondo. Ya que no podía dormir, podía dejarle la carpeta para que la encontrase por la mañana. Además, tenía algo más de ella que todavía no le había devuelto.

29



Jane

Un ruido sordo sonó en medio de la oscuridad. Quise abrir los ojos, pero estaba tan dormida que tuve que luchar para hacerlo. Me desperté segundos después y miré hacia todas partes. Me apresuré a levantarme y encender la luz. Estaba sola. No había nadie. ¿Acaso me lo había imaginado? Miré hacia abajo, a mi pijama de ositos marrones. Y a esos calcetines a juego que me empeñaba en seguir usando a pesar de que tenían algún que otro agujero.

Tardé unos segundos más en entender que el golpe que me había despertado había sido el sonido de la ventana al golpear con fuerza la pared. Fuera volvía a llover. De hecho, había tormenta. Una brisa fría se colaba en la habitación y movía las cortinas blancas.

—No es nada —murmuré, tratando de calmarme, antes de levantarme a cerrar la ventana porque el suelo se estaba mojando. Tardé un poco en percatarme de que había algo sobre mi escritorio que antes no estaba ahí—. ¿Qué es esto?

Me acerqué y vi el sujetador que Asher se había llevado colocado con cuidado sobre la silla. A su lado, había una carpeta en color azul que ponía «Sesiones 6, 7 y 8». Las palabras «amor propio» estaban escritas con rotulador dorado. La abrí y descubrí que se trataba de actividades trabajadas en una sesión con un psicólogo. En uno de los folios salía el nombre «Amber Brown». Me puse tan nerviosa que tuve que ir al baño a aliviarme y a echarme agua en la nuca.

Asher había estado en mi habitación. Me miré en el espejo y vi lo desordenado que tenía el pelo. ¿Él me ha visto así? Bueno, en realidad, había dormido con él en infinitas ocasiones cuando éramos pequeños, pero ahora era diferente.

—Está bien —murmuré mientras volvía a mi cuarto, antes de cerrar la puerta con cuidado de no hacer ruido. Había escuchado los ronquidos de mi padre al pasar por el pasillo. Me tumbé en la cama y abrí la carpeta por la hoja que ponía «Sesión 6». Me sentía como si estuviese haciendo algo incorrecto al entrar de esa forma en la intimidad de Amber. Aunque, si Asher me había dejado esa carpeta, era por algo.

—Escalera de la autoestima —leí en voz baja, observando una imagen que tenía varias palabras dibujadas con un rotulador celeste. En una esquina inferior del folio ponía el nombre del psicólogo que había creado la escalera, M. Rodríguez.

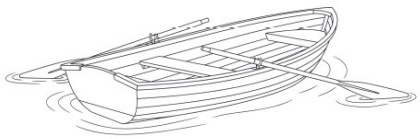
De pronto, entendí que todo aquello era porque le había confesado a Asher que, en ocasiones, no me sentía suficiente. Se me calentó el corazón al entender que era su forma de tratar de ayudarme a sentirme mejor conmigo misma. Cada escalón tenía un nombre adjudicado.

—Autoconocimiento, autoconcepto, autoevaluación, autoaceptación y autorrespeto —leí.

En cada uno de los escalones se explicaba cada concepto. El autoconocimiento consistía en conocerse a uno mismo, en saber cosas sobre ti, como tus gustos, tus metas, tus virtudes o tus defectos. Me quedé un buen rato pensando qué pondría en el primer escalón. Imaginé que el psicólogo de Amber esperaría algo más profundo que un «me gusta el chocolate» o «ver una serie». Agarré un cuaderno y un bolígrafo.

«¿Quién soy?», escribí. Luego añadí: «Una adolescente, insegura, tímida, que quiere ser abogada». Me di cuenta de la contraposición de todo aquello. ¿Cómo iba a ser una abogada insegura o tímida? ¿Es que yo iba a ser así siempre? ¿Había alguna posibilidad de cambiar?

«Soy un desastre», escribí antes de hacer una bola con el papel y tirarlo a la basura. Aquello era ridículo. No iba a lograr una buena autoestima ni amor propio así. Aunque era muy temprano, salí del cuarto y me preparé el desayuno.



Los días siguientes no hice nada en especial. Asher había tenido amigdalitis y apenas nos habíamos visto. Pensé en ir a visitarlo, pero me había dicho que no quería que yo también me enfermase. Cuando se recuperó, tuvo que hacer horas extra en el restaurante de su padre por la llegada de nuevos turistas, y al terminar estaba demasiado cansado para vernos más allá de un ratito o de cuando nos cruzábamos al sacar la basura. Tampoco hablamos mucho más por redes. Solo le envié un mensaje dándole las gracias por la carpeta.

Intenté volver a hacer la escalera de la autoestima, pero me enfadé de nuevo porque no fui capaz. De pronto, no me apetecía ver a nadie. A excepción de Carmen, claro. Sobre todo, porque hablar con ella era una aventura.

Ya tenía el móvil de vuelta y podía usarlo sin restricciones. Y hablar con mi amiga era uno de mis pasatiempos favoritos. Además, de todo sacaba un salseo.

Carmen: Pues vi a ese impresentable liarse con otra chica.

Yo: ¿Y qué hiciste?

Sabía que mi amiga no dejaría pasar algo como aquello.

Carmen: Le hice una foto y se la enseñé a su novia.

Yo me había sacado una con cara de sorprendida y se la había enviado tras leer aquello.

Yo: Tan tú. ¿Y qué te dijo la novia?

Carmen: Que iba a pensar si había hecho la foto con IA porque quizá yo estaba celosa y enamorada de él en secreto.

Me contaba historias de muchas personas que ya conocía, y de otras que acababa de conocer. Era algo así como mi distracción, como cuando me ponía a ver sus vídeos donde se hacía peinados que parecían fáciles en sus manos. Una vez había intentado hacerlos y me había dado cuenta de que era una negada para peinarme.

Salvo eso, me pasaba los días metida en redes sociales, viendo la vida de otras personas y dejando la mía pasar.

Hasta que, un viernes, mi padre entró en mi habitación con cara de pocos amigos. Ni siquiera le aguanté la mirada antes de seguir deslizándome por el *feed* de mi TikTok.

—¿No piensas salir de aquí? ¿Otra vez te vas a quedar encerrada en la cueva?

—Estoy bien así, gracias.

—Muy bien. Nueva norma. Si quieres el teléfono, tienes que salir al menos dos horas diarias.

Puse los ojos en blanco.

—No pienso darte el móvil otra vez.

Sentí el diablo entrar en el cuerpo de mi padre. Si hubiese podido prenderme fuego con la mirada, lo habría hecho.

—¿Que no qué? ¿Se te olvida que soy tu padre y que puedo quitártelo cuando me dé la gana?

—¡Por Dios! ¡¿Qué quieres ahora?!

—¡Que salgas, Jane! ¡Eso quiero! Que te dé el aire.

—¿Otra vez vas a mandarme a dar una vuelta con el barquero?

—¿No te das cuenta de que cuando estás con el teléfono te aíslas y te olvidas de tu vida?

Suspiré hondo y bufé. Aquello no era cierto, aunque sí que pasaba muchas horas conectada.

—Te lo he preguntado en serio. ¿Puedo dar una vuelta en la barca con el señor Davies?

La cara de mi padre cambió del enfado a la sorpresa.

—¿Lo dices de verdad?

Asentí con la cabeza. Parecía bastante satisfecho cuando salió diciendo que iba a llamar a George. Un rato más tarde, estaba montada en la barca con el anciano. Los rayos del sol se reflejaban en el lago mientras pasábamos por debajo de uno de los puentes llenos de flores, en esa ocasión, azules. Cada puente tenía flores de

un color distinto. Cuando era pequeña, Asher y yo íbamos a verlos con nuestros padres.

—¿Quién ganó el concurso de comer más chuletones?

—Oh, no te lo vas a creer. Ese viejo de Wilson aún tiene buen fondo. Por un momento, me preocupó que su nieto fuese a ver cómo se atragantaba. Es un cabezota.

Él también era un cabezota. Uno que se preocupaba por su viejo amigo al mismo tiempo que hacía ver que no lo podía ver. Sonreí mientras el barquero remaba con tranquilidad. El agua parecía brillar bajo el cálido sol de verano. Agosto había llegado hacía ya una semana, aunque parecía escurrirse entre los dedos como la arena del mar. Me gustaba estar en el lago Faellen. Me daba una calma difícil de describir. Era como si, a medida que me adentraba en él, mis problemas fuesen más efímeros.

—Estás muy callada, pequeña Jane.

—Solo pensaba en lo bien que me hace venir aquí.

Él se tocó la barba blanca, recién arreglada.

—Es normal. Los jóvenes lo tenéis más complicado. Siempre con las cabezas metidas en vuestros teléfonos, no vayáis a perderos algo importante. Cuando lo verdaderamente importante está aquí fuera. Si yo hubiese tenido eso a tu edad, me habría vuelto loco.

—¿Por qué?

—¿Cuántos estímulos ves en menos de treinta segundos cuando no tienes la cabeza metida en la pantalla? Mira a tu alrededor.

Observé el lago que nos rodeaba. No había tantos. El agua. La forma en la que se movía. Las nubes. El cielo. Los colores terrenales que se proyectaban entre la brillante vegetación. Los árboles y la forma en la que los rayos del sol se colaban entre ellos.

—Pocos —respondí—. O, al menos, no los suficientes como para acelerarme.

—Y, ahora, cuenta hasta treinta mientras miras tu red social.

Hice lo que pedía, y resultó que vi siete vídeos diferentes en esos treinta segundos. Si lo miraba como él decía, era una locura. Quizá esto también hacía que me deprimiera. Puede que el cerebro humano no estuviese preparado para recibir tantos estímulos diferentes en tan poco tiempo. Al fin y al cabo, las redes sociales lograban engancharnos porque el algoritmo sabía lo que nos gustaba.

—Es...

—Lo es —aseveró, colocándose bien su boina azul—. Cuando te sientas deprimida, deja el móvil y sal a la naturaleza. No hay nada mejor para relajarte. Bueno, sí que hay otra cosa, pero eres muy pequeña para ello —bromeó, y yo me puse roja de la vergüenza. Si supiese que me había besado con Asher en su casa, en la habitación que su mujer estaba preparándole con tanto esmero para sorprenderlo...

—¿Pequeña Jane?

—Hace un día muy bonito —respondí, muerta de la vergüenza. Él soltó una carcajada ante mi nerviosismo y yo agaché la cabeza queriendo hacerme pequeña de verdad para desaparecer.

—Bueno, la juventud es muy hermosa, pero, si eliges bien, la vejez también puede serlo.

Agradecí el cambio de tema y volví a respirar. No me había dado cuenta de que había dejado de hacerlo.

—¿Cómo supo usted que Margaret era la indicada?

Él soltó una carcajada que no entendí, aunque transmitía tanta paz que le devolví una sonrisa.

—Bueno, hay veces que lo dudo. Esta mañana me dijo que nos hiciéramos un selfi. Se dice así, ¿verdad?

—Selfi, sí.

Asintió complacido.

—Bueno, pues accedí a hacerme un selfi, y cuando me da por mirar el móvil... ¡¡Tenía orejas de conejito!!

La risa salió sola de mis labios. Él dejó de remar y negó con la cabeza, haciéndose el compungido.

—¿Le puso un filtro?

—¡De conejito! ¡¡Las orejas eran rosas!! —Para ser aún más dramático, se llevó una mano a la frente y se masajeó las sienes. Exploté en carcajadas ante la imagen que se proyectaba en mi mente.

—¿Y qué hizo usted?

—Pues, al darme cuenta, me levanté enfadado de la mesa. Luego, cuando le dije que iba a salir, lo arregló haciéndome un corazón con la protección solar en el brazo. Esta mujer me va a volver loco. Además, sé que se trae algo entre manos y me tiene muy intrigado.

Imaginarme la escena me calentó el corazón. Por un momento, pensé en Asher. Y en Margaret, en la sorpresa tan bonita que le estaba preparando.

—La verdad es que admiro su relación. Es un amor que ha durado muchos años.

—El amor es algo que se siente de manera natural, aunque luego hay que elegir siempre a la misma persona todos los días. Hasta en los malos. La mayoría de la gente cree que el amor no es fácil, pero, si encuentras a la persona adecuada, seguir eligiéndola cada día se vuelve la decisión más fácil de tomar de todas. Ves sus cosas buenas y sus cosas malas, y decides seguir amándola porque vuestro vínculo es más fuerte que todo lo demás. No necesito otra cosa que a Margaret para que se me ilumine el día, y ahí lo recuerdo todo.

Apoyé la espalda en el asiento de la barca mientras él dejaba los remos para acomodarse.

—Ojalá mis padres hubiesen seguido juntos.

—Hay veces en las que el primer amor no es el definitivo, y tampoco pasa nada. Sé que tengo suerte de poder amar a alguien como amo a mi mujer y de ser correspondido, pero, en ciertas situaciones, también es de sabios dejar ir.

No entendí sus palabras del todo, por lo que pregunté:

—¿Se refiere a si alguien te trata mal?

—Exacto. El amor es apoyo, compasión, compañía, pero jamás guerra. Y no me refiero a una pelea tonta. Hay veces que Margaret y yo no nos soportamos. El otro día, me echó sal en el café como venganza por haberla enfadado; sin embargo, sé que, cuando llega la noche y acaba un nuevo día, no elegiría a nadie más que a ella.

Me imaginé a su esposa enfadada con él y sonreí. Sus palabras se quedaron dando vueltas en mi cabeza hasta que llegué a casa horas más tarde. Anochecería en un rato, y el señor Davies iba a ver el atardecer con su esposa como cada tarde. De pronto, me apetecía hacer lo mismo con Asher. No me lo pensé dos veces cuando tecleé el mensaje en mi teléfono, pero luego recordé lo que me había dicho George. Sabía que Asher ya estaba en casa porque lo había visto entrar mientras yo me despedía del anciano. Me armé de valor y llamé al timbre. Cuando salió, me dejó sin aliento.

30



Asher

Salí de la ducha justo cuando llamaron al timbre. Love ladró para avisarme de que había alguien allí. Me coloqué una toalla en la cintura porque pensé que sería mi padre, que había vuelto de su turno.

—¿Jane? —solté al encontrarla en el umbral.

Tardó varios segundos en reaccionar, y me di cuenta de que era porque estaba empapado y solo cubierto por una toalla de las pequeñas.

—¿Quieres un espectáculo completo? Puedo quitármela, si lo prefieres —bromeé, aunque, si ella quería, no era broma.

—Dios, Asher —se exasperó. Yo sonreí orgulloso, porque me encantaba picarla y lo inocente que era.

—Pasa, anda.

Love no le dejó hacerlo porque se abalanzó hacia ella como un peluche gigante.

—Oh, hola, pequeña, ¿cómo estás? —saludó mientras la acariciaba.

Mi perra disfrutaba de la atención y la forma en la que le ladraba me decía que la reconocía y se alegraba de verla. La imagen me conmovió un poco, pero quise ponerla de los nervios, así que comencé a subir las escaleras y me quité la toalla a medio camino. Escuché el sonido de su respiración ahogada, y camuflé las risas hasta que entré en mi habitación. Ahí sí que dudé qué ponerme. Al final, me decidí por unos pantalones cortos negros y una camiseta blanca. Al fin y al cabo, solo era Jane. Aunque esas tres palabras significaban un mundo. No había nadie que me importase más que ella.

—¿Qué querías? —pregunté mientras bajaba por la escalera, viendo que seguía acariciando a Love.

—Voy a proponerte algo, pero no quiero que suene cursi ni que te burles de mí.

Alcé las cejas, curioso.

—Vaaaale... —contesté haciendo la a infinita y con una sonrisa.

Ella tomó aire antes de atreverse a hablar.

—¿Te apetece ver el atardecer conmigo?

Algo en mi interior se calentó. Y no era nada sexual, sino algo mucho más profundo. Como si hubiese tocado una parte de mí que únicamente ella sabía que existía. Que quizá solo reaccionaba con ella, y que acariciaba cada vez que me sonreía.

—Vería mil atardeceres contigo, Jane.

Ella se acercó con el rostro iluminado.

—Repítemelo.

Me mojé los labios. Notaba la garganta seca. El ambiente se había vuelto íntimo. Hasta Love se nos había quedado mirando sin dejar de mover la cola.

—Mil atardeceres contigo.

Jane suspiró y yo acorté las distancias antes de depositar un beso en sus labios. Rocé su boca con dulzura, como si temiese que el momento se fuera a terminar incluso antes de empezarlo. Nunca había sentido nada como aquello. Fue solo un beso corto, pero dulce, tierno, cargado de emociones. Jamás pensé que yo sería capaz de besar así. Su boca sabía a hogar. A felicidad. A ella.

Sentir tanto en un gesto tan breve me asustó. ¿Qué demonios era aquello? No lo sabía, aunque era lo más intenso que había experimentado jamás. Me la quedé mirando como quien observa una obra de arte. Llevaba un peto vaquero corto y una camiseta blanca con corazones negros. Su pelo estaba recogido en una trenza que caía por su hombro derecho, y sus ojos brillaban tanto que podrían haber sido una constelación.

—¿Cómo lo haces, florecilla?

—¿Qué?

—Que quiera besarte todo el tiempo. Y que sienta tanto con cada beso. Cada vez que te toco es como si hubiese llegado a mi hogar.

Sus labios temblaron ante lo que acababa de decir, pero era cierto. Todo lo bueno se magnificaba con la persona adecuada. Y ella lo era para mí. Eso era lo único que tenía claro en mi vida.

—Algún día sabré qué responder a esas cosas tan bonitas que me dices.

Me reí sin esperarme esa respuesta. Sus mejillas estaban algo rojas, y me pareció aún más perfecta.

—¿Vamos? —le pregunté, y ella asintió con una sonrisa.

—¿Lo vemos en tu césped?

—Donde quieras.

Cogí un mantel grande para ponerlo en el jardín y unos aperitivos que tenía en el frigorífico. Los dos nos sentamos y Love se colocó a

nuestro a lado. De pronto, el mundo parecía ir más despacio. El tiempo tenía un matiz diferente. ¿Eso era estar en paz? Si no lo era, se le parecía mucho. El sol todavía estaba bastante alto, pero pronto se ocultaría entre los árboles que estaban tras el lago Faellen.

—Muchas gracias por dejarme la carpeta de tu madre.

—¿Estás haciendo las actividades que hay? Yo en su momento hice alguna que otra.

Ella dio un trago a su zumo de naranja.

—Si te soy sincera, no he sabido hacerlo muy bien. —Se colocó un mechón de cabello detrás de la oreja.

—¿Por qué?

Vi como fruncía los labios tras mi pregunta.

—No tengo muy claro qué responder. Quise hacer lo de la escalera de la autoestima, pero no lo conseguí.

Me quedé pensando en sus palabras y se me ocurrió una idea.

—¿Y si lo hacemos a la inversa?

Ella parpadeó varias veces.

—¿A la inversa?

—Yo respondo por ti, y tú por mí. ¿Por qué no vas a por ese folio? Vamos, eso solo nos unirá más.

Tras pensárselo unos instantes, se levantó y volvió al cabo de dos minutos. El sol no había bajado ni un poquito en su ausencia.

—¿Empezamos por el autoconocimiento? ¿Qué destacarías de mí? —me preguntó.

—¿Tengo que empezar yo? —le respondí con otra pregunta.

—Claro. Las damas primero, recuerdas —bromeó, e hizo que esbozase una sonrisa.

—Bueno, vale. A ver, autoconocimiento. —Me quedé unos segundos pensando qué podía decir. Notaba el nerviosismo de Jane en mi propia piel—. Eres introvertida, tímida, pero muy inteligente.

También entiendes a los demás y empatizas con sus emociones. Uno de tus miedos, más allá de lo que nos preocupa a todos como que nuestra familia esté bien, es caerle mal a la gente. Creo que es un miedo que tendrías que superar, porque no le puedes caer bien a todo el mundo. Como meta... ¿Sigues queriendo ser abogada?

Jane asintió y se mordió el labio cuando le dije que era su turno. Notaba que le había molestado que le dijese que tenía que superar ese miedo, pero no lo mencionó.

—Asher..., eres la persona más comprensiva que conozco. Eres bueno y, aunque a veces seas un engreído, eres uno simpático. También eres muy impulsivo y adicto al peligro. Uno de tus miedos es no ser suficiente o no encontrar el camino que quieres en la vida. Y déjame decirte que eres la persona más válida que conozco y que en algún momento encontrarás lo que quieres ser, y, si no, puedes probar todas las veces que necesites. Mientras vivas, seguirás teniendo oportunidades para comprobar qué te hace feliz y en qué eres bueno. Recuerdo que eras muy bueno en mates. Quizá se te diese bien la programación.

Me quedé sin saber qué decirle. Era como si me conociese mejor que yo mismo. Carraspeé antes de seguir con el siguiente escalón.

—Autoconcepto. ¿Cómo te ves a ti mismo? —leí—. Vaya... ¿Sabes, Jane? Creo que no te ves como deberías y que no tienes una buena imagen de ti. Eres preciosa, tienes una forma de ser que encandila, pero no te muestras a los demás porque temes decir algo que pueda molestarlos. Lo haces desde pequeña, y es algo que me da mucha rabia. Si la gente supiese cómo eres en realidad... Si tú lo supieses..., te quitarías esa inseguridad de golpe.

—¿Se supone que no podemos reaccionar a lo que dice el otro? ¿Solo aceptarlo? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

—No vas a decirme que no tengo razón.

—Puede que la tengas, aunque yo no me veo así. Hay miles de cosas que cambiaría de mí, empezando por mi aspecto.

Me costaba entender por qué no se veía como yo lo hacía. Por un momento, el rostro de su madre se me vino a la cabeza. Ella también distorsionaba su propia imagen.

—¿Qué cambiarías? —pregunté.

—Tengo muchos mofletes y... ¿Asher, qué haces? —Se sorprendió al ver que agarraba sus dos mejillas y las apretujaba.

—Amo tus mofletes.

Ella se sonrojó.

—Y mis piernas... son muy anchas por la parte de arriba...

Volví a agarrar la zona que decía y negué con la cabeza.

—Nunca he visto unas piernas más perfectas en mi vida. Me ponen tus piernas, Jane.

—¿Te... te... qué? —Se sonrojó, a lo que yo reí.

—Me ponen tus piernas —repetí sin ningún apuro.

—Dios, Asher... Pues... pues... también tengo un poco de grasa en los brazos. Odio esa parte de mí, y, por mucho que adelgace, sigue ahí. No puedes decirme que eso es bonito.

—¿Cuándo vas a entender que amo todo de ti? Además, tienes unos brazos preciosos. Hay brazos flacos, y otros que no lo son tanto, pero ¿y qué? Son parte de tu cuerpo, y tienes que amarlos porque te permiten hacer muchas cosas.

Jane parecía sorprendida por lo que le estaba diciendo, aunque continuó:

—¿Y las manchas que me salen en verano debajo de los ojos?

—Me encantan, así como las pecas que te salen en la nariz, florecilla.

Necesitó unos segundos para calmarse, y, de pronto, me abrazó. La envolví entre mis brazos mientras el sol comenzaba a deslizarse por el horizonte.

—No sé qué he hecho para merecer a alguien como tú en mi vida. Eres increíble, Asher.

Que fuese ella quien buscase mis labios y me besara me pilló por sorpresa, pero mucho más que mi padre llegase justo en ese momento. Yo siempre estaba atento a todo lo que me rodeaba; sin embargo, en esta ocasión, solo lo había estado de ella, como si todo lo demás fuese insignificante ante lo que nos unía.

—¿Qué os creéis que hacéis? —gritó acercándose con cara de enfado—. Se te aguó el champú otra vez. —Eso último lo dijo en español.

Jane trató de separarse, pero no la dejé. Love ladró a modo de saludo. Negué con la cabeza, porque ya era hora de contar públicamente que mi vecina me tenía loco.

—Solo estoy viendo el atardecer con mi novia, papá.

Mi padre abrió la boca, sorprendido. Jane hizo lo mismo a mi lado.

—¿Tu qué? —dijeron ambos a la vez.

—Mi novia. Ene, o, uve, i, a —le dije a él, para luego añadir en un susurro mirando fijamente a Jane—: Si tú quieres.

—Claro que quiero.

Su mirada se iluminó, y no pude evitar que algo cálido reverberase por mi interior. Le dediqué una sonrisa antes de depositar un beso en su frente.

—¡Será posible! —Mi padre entró en casa farfullando palabras ininteligibles, pero yo solo tenía ojos para Jane. Además, él estaba insoportable últimamente, saltaba a la mínima. ¿Le pasaría algo? Jane se rio y se cubrió la boca con ambas manos.

—¿Cómo has sido capaz de hacer eso? —me preguntó con esa timidez que tanto me gustaba.

—¿Eso? Pero si el hecho de que tú y yo estemos juntos me parece lo más natural del mundo. —Me quedé mirando el cielo unos instantes antes de volver a posar mis ojos en los suyos—. Como el atardecer.

Ella volvía a tener las mejillas coloradas. Busqué su mano con la mía y la apreté con suavidad durante unos instantes. Luego, la atraje hacia mí para que se dejase caer en el hueco de mi hombro. Ambos nos quedamos abrazados mirando el sol, que entonces sí que estaba perdiéndose entre las montañas, justo por encima del vibrante lago Faellen.

31



Jane

Había pasado una semana desde que Asher me había pedido salir y aún no me lo creía. Nunca había sido tan feliz. Era como si nuestra relación siguiese como si jamás nos hubiésemos separado, pero mucho más íntima. Aunque, por lo visto, sus amigos habían decidido ignorarme. Todos menos Chai, que seguía saludándome cuando me veía. No era la primera vez que iban a su casa y ni me saludaban o se iban al verme. ¿Por qué harían algo así?

Por otro lado, estaba muy contenta porque mi madre había mejorado y había conseguido mover un poco la comisura del labio. Su boca ya no se encontraba tan caída porque el nervio facial afectado estaba respondiendo bien al tratamiento, y los médicos eran muy positivos al respecto. Además, a pesar de que todavía no podía pestañear, había logrado mover un poco el párpado. Hablar con ella me hacía sentir que todo estaba volviendo a la normalidad. Podía contarle mis cosas y que ella hiciese lo mismo conmigo.

Aquello me había hecho entender que mis padres también eran humanos, y que tenían miedos e inseguridades como el resto de los mortales. Por su parte, mi padre no se había tomado tan bien que tuviese novio, pero que fuese Asher lo tranquilizaba. Él también lo había visto crecer, y, cuando se lo conté, me había dicho que no podía ser de otra forma. Ah, y que si hacía algo sin tomar precauciones me mataría. Casi estuvo a punto de darme la charla de cómo se hacían los bebés. Gracias a Dios que Margaret llegó a casa justo en ese momento y lo interrumpió.

El 12 de agosto me desperté emocionada. Ese día tendría lugar una de mis fiestas preferidas, la Noche Blanca, donde todo se llenaba de luz.

De niños, Asher y yo solíamos mirar ensimismados cómo todos los vecinos colocaban cientos de velas por doquier y las encendían justo al caer el sol. El alcalde, Theodoro, incluso mandaba hacer figuras con las velas en varios puntos emblemáticos, y había un mapa con un recorrido oficial que se entregaba a quien lo quisiese. También formaba el nombre del pueblo con cientos de cirios en el centro de la plaza principal.

Además, el local con la iluminación más original lograba salir en la publicidad que se colocaba en las vallas de las afueras del pueblo, para atraer a los turistas. La tienda de Lory era mítica porque llenaba la entrada con velas, formando un arco, y escribía frases sobre la luz y la esperanza en el escaparate. Los turistas se solían hacer fotos e incluso venían muchos visitantes de los pueblos cercanos.

Aunque la verdad era que la mayoría de los vecinos también competían para que sus casas quedasen entre las más iluminadas, y eso hacía que se involucrasen al máximo en crear una noche

mágica. Tanto era así que el alcalde ofrecía cuatro entradas para el cine a la casa más original.

Jason, el fotógrafo del pueblo y hermano del alcalde, se pasaba todo el tiempo haciendo fotos para luego subirlas a la página web.

La tradición era comer un helado de la tienda de Lory mientras paseabas viendo las velas en cada recoveco de Fair Haven. Y luego, los fuegos artificiales en el lago Faellen. El ambiente era festivo, y muchos vecinos también colocaban farolillos o guirnaldas en tonos blancos y dorados por las calles. Además, había una norma no escrita donde todos nos vestíamos de blanco.

—¿Te apetece hacer la ruta de las velas conmigo? —me preguntó Asher, que me esperaba en la cocina con mi padre.

Nuestra rutina era que, si él no trabajaba, venía a desayunar conmigo cuando se despertaba. Me encantaba verlo allí, como cuando éramos pequeños. Si yo me levantaba antes que él, era yo la que iba a su casa. Aún no habíamos dado el paso de dormir juntos, pero era algo que deseaba con todas mis fuerzas.

—Claro que sí. Me encantaría —le respondí ganándome una sonrisa de su parte junto a una mirada de advertencia de mi padre, que leía el periódico.

La canción *Iris* de Natalie Taylor sonaba de fondo. Era de mis favoritas y me relajaba escucharla. Había tenido la idea de crearle a mi padre un perfil en Spotify, pero se empeñaba en seguir poniendo la radio de la televisión. Me senté a desayunar con Asher, que había hecho tortitas. Mi padre continuó leyendo el periódico como si no estuviésemos, aunque sabía que estaba muy pendiente de nuestra conversación. De hecho, de cada uno de nuestros movimientos.

Charlamos sobre la última serie que habíamos visto juntos e hicimos tiempo hasta la hora del almuerzo. Él se fue a trabajar al restaurante de su padre, aunque vino a buscarme antes del

atardecer, para verlo juntos mientras paseábamos por las calles de Fair Haven. Asher me dio la mano cuando dejamos nuestra calle atrás. Varios vecinos comenzaban a encender las velas al mismo tiempo que el sol empezaba su descenso.

—Helado de dulce de leche, ¿verdad? —me preguntó un poco antes de llegar a la cola que había en la tienda de Lory.

—¿Tú de fresa?

Él asintió mientras esperábamos nuestro turno. Justo delante vimos al señor y a la señora Davies, riéndose por algo que solo ellos dos sabían. Los observé y, por un instante, no pude evitar vernos a Asher y a mí en unos años. Si algo tenía claro era que quería seguir eligiéndolo durante todos mis atardeceres.

—Buenas tardes, señor y señora Davies —saludó Asher cuando el matrimonio salió de la cola con dos cucuruchos. Yo lo imité, pero llamando a Margaret por su nombre.

—Hoy nuestro anochecer es un poco diferente, ¿verdad, querida? —preguntó el barquero.

—Oh, George... Deja de quejarte porque había partido. Sabes tan bien como yo que no lo habrías visto mientras disfrutabas el atardecer conmigo.

—No, no lo habría visto. Pero ¡lo habría escuchado!

Margaret se rio y puso los ojos en blanco como si hablase con una causa perdida.

—Tantos años viendo el ocaso con mi marido, y todavía me gana el béisbol —respondió cruzándose de brazos.

—¡Si solo pongo la tele un poco más alta de la cuenta!

—Quizá deberías mirarte el oído, George. Todo Fair Haven se entera menos tú.

—¿Sabe quién iba ganando? —preguntó Asher, que también solía ver los partidos y no se perdía casi ninguno.

—No. Mi tele ha desaparecido por arte de magia —respondió el señor Davies, y miró de reojo a su esposa.

—La he cambiado de sitio porque estoy probando una nueva decoración... Además, sabes que esta es mi noche favorita. Este atardecer hay que verlo mientras paseamos por nuestras calles.

—Únicamente espero que, ya que la tele ha desaparecido, al menos me lo hayas puesto a grabar.

—Cualquiera te aguantaría si no lo hiciese, viejo gruñón. —La señora Davies nos observó con una sonrisa y ojos radiantes antes de dirigirse solo a nosotros—. Pasadlo bien, chicos, y no volváis tarde.

—Claro, Margaret —respondí—. Volveremos pronto.

Ojalá hubiese sabido todo lo que iba a pasar esa noche. Y como las cosas podían torcerse en menos de un instante. Los dos ancianos se alejaron tras charlar unos segundos más. No se me pasó por alto que Margaret tiró a propósito una bola de su helado para que su marido le diese una de las suyas. Probablemente, lo había planeado para cuidar la dieta de su esposo. Me quedé mirándolos con una sonrisa mientras Asher pagaba nuestro pedido. El señor Davies debía de saber que ella iba a hacer algo así, porque yo lo conocía lo suficiente como para saber que a él no le gustaba el helado de pistacho y que a su mujer le encantaba. Curiosamente, la bola que fue a parar al cucurucho de Margaret era de ese sabor.

—¿Nos vamos? —preguntó Asher, y me ofreció mi helado. Lo agarré y di un mordisco a la galleta al mismo tiempo que comenzamos a andar. Ya casi había anochecido, por lo que la luz de las velas empezaba a iluminarlo todo. La gente charlaba y paseaba con tranquilidad, y el ambiente del pueblo se volvía más íntimo y acogedor que de costumbre.

Caminamos tranquilamente mientras comentábamos lo bonito que se veía nuestro hogar y la forma en la que algunos vecinos habían

metido velas en botellas para lanzarlas al lago. Eso era nuevo, pero ver el lago Faellen iluminado me encantó. La imagen que tenía ante mí parecía una postal. Las montañas apenas se veían detrás debido a la oscuridad, aunque seguía sintiéndolas ajenas a todo. Agarré el musculoso brazo de Asher cuando le dio un lametón a mi helado.

—¡Eh, yo también quiero del tuyo! —me quejé con tono infantil, a lo que él aprovechó para besarme con el sabor de mi helado aún en los labios. Nos perdimos en la frialdad de nuestras bocas, rodeados de la Noche Blanca. Las velas bailaban a nuestro alrededor con suavidad y las calles se llenaban de gente. Pero yo solo lo veía a él. Sus manos me agarraron por la cintura y me atrajeron más contra su cuerpo. Separó su boca de la mía para dar un bocado a su propio helado. Acto seguido, volvió a besarme mientras me daba a probar el sabor de la fresa. Yo me perdí en él. Todo lo que hacía lograba abrumarme y volverme loca. Al mismo tiempo, era paz y calma. Únicamente él conseguía eso.

—¡Asher! —gritó una voz desde la distancia que logró que me sobresaltase.

Ambos nos separamos bruscamente justo cuando alguien volvía a llamarlo. Miré en la dirección de la que venía el sonido y vi algo que habría aterrado a cualquiera.

32



Jane

Mi corazón se saltó un latido. El grito ahogado se congeló en mis labios. El aire se quedó en algún lugar de mi garganta. Quise salir corriendo, pero no pude. Me quedé paralizada mientras todo parecía pasar a cámara lenta.

—Tranquila —me pidió Asher, aunque ante esa situación era imposible.

Un grupo de jóvenes encapuchados y enmascarados se acercaron a nosotros armando escándalo. Algunos de ellos llevaban hasta bates de béisbol. Grité cuando alguien separó mi mano de la de Asher y lo levantó en el aire.

—Tranquila, Jane —me pidió uno de los encapuchados, que por su voz supe que era Chai. Lo confirmé cuando se levantó la máscara y me mostró sus rasgos.

Tenía la garganta tan seca del miedo que no pude ni tragar saliva al descubrirlo.

—Pero ¿qué hacéis?

—Secuestrar a Asher —me contestó.

—¿Y la Noche Blanca?

—¿A quién le gusta esa chorrada? —respondió Mark, y me cayó como una patada en el estómago.

—¿Qué haces hablando con ella? —dijo una voz que conocía demasiado bien. Emily.

Chai volvió a colocarse la máscara y se alejó de mí. No supe qué hacer cuando se llevaron a Asher. Me quedé ahí plantada unos segundos, abrazándome a mí misma. Me apetecía ver las velas con mi novio, pero, en lugar de eso, acabé siguiéndolo mientras un grupo de jóvenes lo secuestraba para llevarlo a una de las zonas alejadas del lago. No tuve tiempo de pensarlo mucho. Me monté en la parte de atrás de la vieja camioneta de Chai en el segundo exacto en el que arrancó. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que éramos demasiados. Si la Policía veía a tanta gente montada ahí, íbamos a tener un problema.

—¿Por qué hacéis esto? —pregunté.

—¿No lo sabes? En nada es su cumpleaños —respondió una chica muy atractiva que no conocía.

¿De qué conocía a Asher? Sentí una tirantez desagradable en el estómago, aunque no tanta como cuando vi a Grace montada en el asiento delantero con mi mejor amigo. Mis ojos se entrecerraron al ver cómo le colocaba una venda en los ojos, alargando más de la cuenta el contacto. ¡Estaba demasiado cerca de él! ¡¿De verdad que para ponerle una venda tenía que sobarlo?! La chica fingió perder el equilibrio en una curva y se dejó caer encima de Asher. Él se alejó como pudo en su asiento y murmuró algo que no llegué a oír. Sentía una rabia en mi interior que no me gustaba lo más mínimo. Yo no

era así. Traté de centrarme en otra cosa y miré hacia la parte de atrás de la camioneta.

—¡¿Jane?! —gritó Asher mientras se volvía con la cara tapada.

—Aquí —respondí complacida porque incluso con los ojos vendados me había buscado.

No pude centrarme demasiado en él porque varios pitidos me sobresaltaron. Dios, nos seguían al menos diez motos. El rugido de los motores cruzaba la noche y se mezclaba con el de la música insoportable que tenía puesta Chai. ¿Todo eso era por el cumpleaños de Asher? ¡Una fiesta sorpresa para él! Pero ¡si no era hasta dentro de diez días! Yo apenas había empezado a hacer su regalo, y, por lo visto, todos se me habían adelantado. Al parecer, Mark se iba de viaje y había convencido a todos para celebrarlo antes de tiempo. Los jóvenes montaron escándalo hasta llegar a la parte del lago donde el señor Davies tenía su barquita roja. Esa vez no avanzaron hasta el final del camino, sino que se quedaron en la cercanía.

Normal, porque la mayoría de la gente estaba en el centro del pueblo celebrando la Noche Blanca. ¡Mi fiesta favorita y donde debería estar yo! ¡No ahí rodeada de extraños! Respiré hondo y noté como se me removía el estómago. Todos habrían podido oír mis tripas de no ser por el volumen tan alto de la música. Chai redujo la velocidad para aparcar su furgoneta y muchos saltaron de ella aún en marcha. Yo esperé hasta que se detuvo por completo para hacerlo. Observé el lugar. Lo habían llenado de globos dorados. La única hoguera que había estaba hecha con velas y formaba las palabras «Feliz cumpleaños Asher».

—¡Bebidas para todos! —gritó Grace mientras se subía un poco más ese vestido rojo y ajustado. Alguien me dio un vaso de plástico color azul. La música comenzó a sonar en el interior de otro coche tuneado. No tenía ni idea de dónde había salido. Lo mismo ya estaba

ahí cuando habíamos llegado, pero, con tanto caos, no me había fijado. Me abracé a mí misma, sin saber muy bien cómo reaccionar porque nadie me hablaba. Me sentía sola e ignorada.

Tras quitarse la venda, Asher trató de acercarse a mí, aunque el tumulto de gente felicitándolo no se lo permitió. Yo tampoco pude hacerlo. Todos lo rodeaban. Aun así, era consciente de cómo me buscaba con la mirada. Entonces algunos se sentaron en el suelo formando un círculo. Al menos eso podía hacerlo. Los enmascarados se descubrieron los rostros y me fijé en que Chai y Mark tenían la cara morada e hinchada. Ambos se habían peleado con alguien. O entre ellos, quién sabía.

¡Qué diferencia entre ellos y yo! A mí me había preocupado durante semanas tener aquella herida en la mejilla, y ellos presumían lo que les había pasado, orgullosos. Mark incluso fardó de su labio roto.

Pensé en lo que me había dicho Asher cuando había llamado a mi madre tras enterarme de lo de su operación. Quizá a las mujeres se nos exigía mucho más porque había toda una industria cosmética que dependía de nosotras. De nuestras inseguridades.

—¡Vamos al agua! —gritó una chica mientras se desnudaba y mostraba unas piernas preciosas.

Miré las mías al sentarme donde la mayoría lo hicieron, y traté de que no se marcase ningún hoyuelo ni nadie notase que tenía celulitis. También intenté apretar el estómago, que se me marcaba bajo el botón de los vaqueros blancos. De pronto, recordé a Asher diciéndome que amaba cada parte de mi cuerpo. ¿Por qué él podía hacerlo, pero yo era tan dura conmigo misma que no lo conseguía? ¿De verdad merecía la pena ser mi propia enemiga y hablarme tan mal?

—Bueno, voy a enseñaros las vistas que tengo aquí detrás —dijo una voz a través del altavoz de un móvil.

Emily se acercó. Estaba viendo un TikTok, y supe que era de Gabriella Menths. Lo miré de reojo y vi que llevaba un filtro encima de todo ese maquillaje hecho por profesionales. ¿Cómo no iba a compararme con ella y sentirme inferior? ¿Cómo, cuando ella tenía todo un equipo detrás? Quizá el problema fuese ese. Que me comparaba con alguien que estaba trabajando y que se dedicaba a mostrarse oculta tras maquillaje y efectos creados por una aplicación.

—¿Ya ha subido otro vídeo? —preguntó Grace al llegar a donde estábamos, y pasando de mí con tanta facilidad como lo había hecho Emily—. ¿Dónde está ahora?

—Se ha ido de viaje a Roma —respondió su amiga.

—Qué mal le queda esa ropa —la criticó Grace justo antes de mirarme a mí—. Como a ti lo que llevas puesto, Jane.

—Grace, ¿qué cojones estás diciendo? —le preguntó Asher furioso mientras se acercaba a mí.

Sentir su mano sobre mi cintura me dio fuerzas. Ella se hizo la inocente, aunque sus palabras me habían dolido más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Solo he dicho la verdad —comentó, y se tocó su propia cintura al mismo tiempo que me miraba de arriba abajo—. No sé qué le ves.

Sabía por qué había dicho eso. Asher me había contado lo que había pasado cuando había ido a hablar con ella. Cerré los ojos, tratando de calmarme. Estaba deseando llorar, pero luego recordé algo que había leído en la carpeta sobre amor propio que mi vecino había dejado en mi cuarto. Yo no era la opinión de otras personas. Ni lo que decían de mí. No había un único tipo de belleza. Había miles. Y tenía que ser bella para mí, no para los demás. Grace no era

más que yo. No iba a darle esa satisfacción. Abrí la boca para responderle, pero las palabras de Asher me detuvieron.

—Todo. Todo lo que le veo me gusta —respondió él, haciéndome sonreír a pesar del nudo en la garganta. Era increíble cómo, a pesar de estar mal, conseguía derretir una parte tan honda de mi ser—. Eres preciosa, Jane.

Lo observé como si fuese a cámara lenta. Dejó un beso en mi mejilla y luego me dio la mano con dulzura. Grace nos fulminó con la mirada.

—Pues ponte gafas —dijo, y las otras chicas que se habían acercado estallaron en carcajadas.

Asher abrió la boca para volver a hablar, pero le di un apretón en la mano para que no lo hiciera. Se giró hacia mí como si tuviese un resorte en el cuello. Yo no le devolví la mirada. Solo veía a Grace y sus amigas reírse de mí. ¿De qué les servía eso?

Era como si algo en mi interior hubiese dicho basta. Puede que me sobrasen dos o tres kilos, aunque ¿quién era ella para decirme nada? O tal vez no me sobrasen. Puede que mi cuerpo fuese así y estuviese en mi versión más sana. O quizá ese pequeño michelín que me salía al sentarme se arreglase con algo tan sencillo como llevar una talla más. Así incluso estaría más cómoda. ¿Desde cuándo nos habían metido ese miedo a subir de talla? Era una adolescente. Mi cuerpo estaba cambiando, y no podía ser igual que cuando era una niña. Además, mientras me mantuviese saludable y activa, ¿qué más importaba?

Fue inevitable que me acordase de mi madre. De todo lo que ella estaba sufriendo por no aceptarse a sí misma. Por no amarse como era, cuando para mí era perfecta y no cambiaría nada de ella. De nuevo, me vinieron a la mente las palabras de Asher el primer día

que vimos el atardecer juntos. Cuánto daño nos hacíamos a nosotros mismos por no vernos con amor.

—Me sabe mal que te sientas así, pero, al contrario que tú, yo no necesito criticar a otras personas para estar bien conmigo misma.

Todas se quedaron calladas al escucharme. La chica tímida plantándole cara a Grace. Aquello era nuevo, y la verdad es que me gustó. Ella me miró con los ojos saliendo de sus órbitas antes de reaccionar.

—Oh, Dios. Ya os dije que era muy problemática. Fijaos cómo acaba de hablarme. No te bastó con llamar a la Policía cuando competimos, que ahora encima vas en mi contra —se quejó.

Parpadeé varias veces, anonadada. Varios chicos se colocaron a su lado. Todos me observaron con seriedad.

—Yo no llamé a la Policía —me apresuré a decir.

—Claro que lo hiciste. Te vimos llamar por teléfono, y justo después vinieron. Díselo, Emily.

La interpelada miró a Grace.

—Es cierto. Yo te vi hablar por teléfono —aseveró la chica.

Mi boca llegó al suelo. ¿Tan enfadada estaba porque yo estuviese saliendo con Asher como para decir eso? ¿Acaso le gustaba de verdad? No había llegado a responderme cuando se había colado esa noche en mi casa.

—Pero ¿qué estás diciendo? —pregunté furiosa e impotente. Me sentía atacada a todos los niveles.

—Jane no llamó a nadie —me defendió Asher.

—¿Ah, no? ¿Acaso la viste como nosotras? —dijo Grace.

Entonces lo recordé ¡Me habían visto llamando a mi madre, que no me había respondido!

Los murmullos se extendieron por todas partes. Ya entendía por qué todos me habían hecho el vacío durante los últimos días y

apenas habían hablado conmigo las pocas veces que habíamos coincidido. Pensaban que yo me había chivado de la carrera. ¡Y encima Emily y Grace mentían para confirmarlo! Podía esperarme algo así de Grace, pero no de Emily.

—¿Cómo puedes decir eso? —pregunté mientras me acercaba a la pelirroja—. ¡Llamé a mi madre! ¡No a la Policía!

Emily frunció el ceño.

—¿Para qué iba alguien a llamar a su madre cuando está de fiesta? —inquirió ella.

Me entraron ganas de darle una bofetada. ¿Dónde había quedado la chica que creía mi amiga?

—Bueno, ya está. Entendemos que no quieras reconocerlo —dijo Grace con despreocupación, antes de quitarle el móvil a Emily y proponer grabar un TikTok para calmar el ambiente. Detesté que hiciese eso. Quería quedar como la buena calmando una situación que ella misma había empezado. Me había hecho lo mismo demasiadas veces cuando éramos solo unas niñas. Una vez, incluso había dicho que yo había roto algo que jamás había tocado. Me ardía la sangre.

Miré a Asher, y me bastó con eso para saber que él no las creía. Quería irme a casa, pero no iba a darles ese gusto. Por Asher, y también por mí. Volvía a sentirme fuera de lugar. Grace bromeó con Mark mientras colocaba el móvil sobre uno de los pilares de madera para grabarse.

—¿Quieres que nos vayamos? —me preguntó Asher, conociéndome tan bien que sabía que eso era lo que me apetecía.

Mi antigua yo habría dicho que sí. La de entonces quería ser más fuerte y no dejar que otras personas decidiesen lo que hacía o no. Además, el sitio era precioso. Y era inevitable no acordarme de la

paz que me daban las conversaciones que había tenido con el barquero en ese lugar.

—Estoy bien aquí —respondí en voz tan alta que Grace me observó antes de poner los ojos en blanco.

—No les hagas caso —me pidió él. Yo solo agaché la cabeza, sin saber muy bien cómo actuar—. Eres perfecta tal y como eres. Lo sabes, ¿verdad?

Asher me alentó dándome un beso en los labios que me calentó el corazón. A pesar de eso, el enfado habló por mí.

—Ahora mismo me parece que la perfección es algo aburrido de conseguir, porque nunca acabas de lograrla para todo el mundo y puede volverse una obsesión, elefante —le respondí, sin esperar que semejantes palabras saliesen de mi boca. ¿Por qué no me había dado cuenta antes? ¿Cuántos momentos me había perdido por pensar que no era suficiente? ¿O que debería cambiar una u otra cosa de mí?

—Por eso mismo hay que ser feliz y no perfecto. Eso último ya lo somos para las personas correctas, porque hasta las imperfecciones se vuelven bonitas en los ojos adecuados. —Me acarició las piernas con las yemas de sus dedos mientras hablaba. Un escalofrío me recorrió cuando volvió a besarme con cariño.

—Yo soy feliz cuando estoy contigo —le confesé.

—Y yo contigo, florecilla. —Nos quedamos mirándonos durante unos instantes. La sonrisa bailaba en sus labios, y los míos no tardaron en contagiarse—. Vamos, déjame darte una experiencia completa de lo que sería una buena hoguera.

Asher me acarició la mejilla antes de alejarse un momento hacia el coche del que salía la música. Por el camino, habló con varios amigos que no tardaron en encender varias fogatas cerca de nosotros. Me quedé mirando una de ellas porque había perdido de

vista a mi vecino. Aquel sitio tenía su propia magia. Hogueras bajo la luz de la luna y con el lago de fondo. Las montañas se perdían en la oscuridad, pero sentirlas ahí también daba calma.

—¡Va a hacerlo! —gritó una chica después de quitar la música.

Me giré para ver como todos vitoreaban a Asher, que se acercaba a mí con una guitarra. No tenía ni idea de dónde la había sacado.

—¿Vas a cantar? —preguntó emocionada Grace, dejando de hacer el TikTok y enfocando a Asher con su cámara.

—Voy a cantarle —le respondió mirándome a mí. Mi corazón se había salido de mi pecho y había caído varios metros por delante de la emoción. Asher podía cambiar mis sentimientos con una facilidad apabullante.

De pronto, solo existían él y la forma en la que se sentó a mi lado con la guitarra en mano. Sus ojos grises parecían más salvajes cuando se fundieron en los míos. Rezumaban encanto. Ese con el que era capaz de ganarse a las personas.

Ante la atenta mirada de todos, comenzó a cantar la canción *Belong together* de Mark Ambor. Su voz era rasgada y profunda, cargada de emoción y de buena vibra al mismo tiempo. Grace se encargó de grabarlo todo, y Emily le quitó el teléfono y compartió el directo con los seguidores de Asher. De pequeña, lo había escuchado cantar, y ya lo hacía muy bien. Pero había crecido, y había mejorado tanto que, si él quisiese, podría grabar hasta un disco con esa voz tan especial.

—*You and me belong together, like cold iced tea and warmer weather*... —acabó la canción repitiendo justo esa frase en un susurro que estaba dedicado única y sencillamente a mí.

Cuando terminó, todos lo vitorearon. Los aplausos llenaron la noche antes de que alguien volviese a poner música en el coche. Asher acercó su cabeza a la mía para besarme, y yo lo correspondí.

De fondo, pude escuchar a Grace hacer como que vomitaba, pero me dio igual. Había decidido que no iba a amargarme la noche. O eso pensaba. Era imposible imaginar los planes tan peligrosos que surcaban la mente de Grace.

33



Jane

Al cabo de un buen rato, Asher se levantó a pagar nuestra *pizza* barbacoa cuando Chai se acercó con varias cajas. Ambos intercambiaron una mirada cómplice, pero no le di importancia. Me ofrecí a pagar mi parte, pero mi vecino lo rechazó. La próxima vez iba a invitarlo yo y no aceptaría ninguna negativa al respecto.

—¿Has recortado la *pizza* en forma de corazón? —exclamé emocionada al verla.

Él se rio y Chai desapareció con una sonrisa. Claramente se lo había pedido a su amigo.

—Para que luego digas que no soy romántico. Además, Chai ha colaborado comiéndose los trozos restantes.

Lo observé en la distancia mientras él me sonreía y se tocaba el estómago.

—¡Y en tiempo récord! —afirmó orgulloso, al lado de un grupo de chicos.

Tanto Asher como yo sonreímos.

—Ya he aclarado lo de que llamaste a la Policía. Son muy pocos los que se creen la versión de Grace —comentó en un susurro.

—Gracias.

Cenamos en silencio, apreciando los fuegos artificiales, que empezaron en ese momento. Las luces brillantes y de colores variopintos se proyectaban sobre el lago Faellen. A pesar de estar rodeada de tanta gente, me sentía bien. Asher, sentado justo a mi lado, lograba que estuviese cómoda. Chai también me hablaba con simpatía, indiferente a que Grace lo hubiese prohibido.

Intenté conversar con Emily, pero ella me respondía con monosílabos. Solo me habló una vez para ofrecerme un vaso de gaseosa, que, por la situación, acabé aceptando a pesar de que Asher me había conseguido una botella de agua. Por lo demás, se limitaba a comerse su parte de la *pizza* que había comprado con su amiga y otras chicas que me sonaban de la noche de la carrera. No se me había pasado por alto que Grace le había dicho que no debería comer tanto porque se le estaba acumulando grasa en las caderas. ¿Quién le decía algo así a su amiga? Emily dejó el pedazo a medio comer, pero luego, cuando la otra chica se alejó, se lo terminó poco a poco. También me fue imposible ignorar que, tras eso, fue a vomitar lejos de todos. Lo supe porque volvió pálida y tocándose el estómago, que sonó como si estuviese vacío. Quería ayudarla, por muy mal que me tratase.

—¿Estás bien?

Solo otro estallido de color rojo en el cielo respondió mi pregunta. Los fuegos artificiales seguían iluminando la noche. Agarré el vaso de refresco y di el primer trago pensando en cómo actuar después de que me hubiese ignorado de una manera tan directa. No se me

pasó por alto la forma en la que sus ojos se posaron en mí mientras bebía. Lo aproveché para establecer contacto visual con ella.

—Tengo que irme —comentó antes de levantarse y acercarse a donde estaba Grace.

Intenté centrarme en la conversación que mantenían Asher y Chai, pero hablaban sobre coches y no quería interferir en algo que no entendía. De pronto, las carcajadas de varias chicas me llamaron la atención. Todas me observaban. Traté de ignorarlas, aunque, al ver que diez minutos más tarde seguían igual, tomé una decisión. Aquello ya era suficiente.

—¿Me esperas aquí un momento? —le pregunté a Asher, que había cambiado de tema y en ese momento estaba hablando sobre un videojuego con su amigo. Me alejé ante la atenta mirada de mi novio y me dirigí a donde estaba la rubia.

—¿Podemos hablar?

Grace se sorprendió de que me dirigiese a ella. A su alrededor, el resto se quedó en silencio y nos observaron.

—Vamos, ¿acaso te doy miedo y necesitas a más gente alrededor? —insistí, sin saber muy bien de dónde venía la tranquilidad de mi voz.

—No sé de qué hablas —respondió, e hizo un gesto para que nos dejasen a solas—. ¿Qué quieres?

Esperé a que las demás se alejasen. Ella me observó con recelo mientras se terminaba de un trago el contenido de su vaso. Se había manchado el vestido rojo con la bebida, justo en el abdomen.

—Quiero decirte que estoy cansada de esta situación. Estás poniendo a los demás en mi contra, y sé que lo haces por Asher.

Grace bufó antes de dedicarme una sonrisa aviesa.

—El problema no es Asher. Puedo volver a tenerlo cuando quiera. Tú no eres ni serás nunca competencia.

Noté una punzada en el estómago al percibir el asco en su voz.

—Por supuesto que no soy competencia. No *quiero* ser competencia de nadie, Grace. Y si prefieres pensar eso, que Asher irá corriendo a ti cuando tú quieras, estás muy equivocada. Él es alguien fiel. Siempre lo ha sido.

Ella soltó una carcajada y me miró con incredibilidad.

—¿Ah, sí? ¿Fue fiel cuando te besó estando conmigo?

Apreté los labios.

—Tú y él nunca hablasteis de lo que sentíais de manera sincera, y eso provocó confusiones. Él creía que solo erais amigos con derecho. —Tomé una bocanada de aire antes de seguir hablando—: Pero, si de verdad tú sentiste algo por él en algún momento, te pido disculpas. Estuvo mal que no rompiese contigo antes de besarme. Y también lo estuvo por mi parte si en algún momento fuimos amigas. Quizá debería haber hablado contigo antes y haberte contado cómo me sentía, o haberte escuchado, aunque tú nunca me diste esa opción. Desde un primer momento hablaste mal de mí.

—¡No lo hice desde el primer momento! —protestó.

—¡Por favor! Si me llamaste vagabunda.

—No a ti. A tu ropa.

Puse los ojos en blanco.

—Esto es absurdo. Y también que estemos así. No te considero mi enemiga, Grace. Solo venía a disculparme si en algún momento te he hecho daño, y a pedirte que pares.

Ella rio como si hubiese dicho algo gracioso. Yo ladeé la cabeza con desagrado antes de girarme para volver con mi novio.

—No te quiero aquí, Jane. Y, créeme, no vas a quedarte mucho tiempo.

Me giré hacia ella, aturdida por lo que acababa de decirme.

—Fair Haven no te pertenece. Puedo estar donde me plazca.

Ella volvió a reír, y, esa vez, la forma en la que lo hizo me erizó el vello de la nuca. Grace estaba dolida porque Asher me hubiese elegido a mí, no porque ella quisiese estar con él. La conocía lo suficientemente bien como para saberlo.

—Tanto Fair Haven como Asher estaban mejor sin ti. A veces solo se necesita tiempo para abrir los ojos.

Respiré hondo. Seguía sin saber por qué me mantenía tan tranquila. Quizá estaba cansada y por eso no me importaba tanto lo que estaba diciéndome.

—Tienes que entender de una vez que esto no es una competición.

Me alejé justo antes de volver a escucharla reír. Ella había crecido pensando que de eso trataba la vida. De ganar siempre. Me giré al escuchar como varias chicas se reían mirando en mi dirección. Eran sus amigas. Me acerqué a Asher, tratando de no dejarme intimidar. Él me cobijó a su lado y siguió hablando con Chai después de preguntarme si todo iba bien.

—Por supuesto —le sonreí, pero no pude evitar volver a mirarlas.

Algo me decía que Grace estaba fuera de sí de pura rabia. No había mucho más que pudiese hacer que dejar que pasase el tiempo entre ambas y las cosas se calmasen. Tomé el vaso con bebida que había dejado al lado de Asher. Él me echó otro hielo al ver que el que tenía se había derretido. Para mi alivio, las amigas de Grace se alejaron. Sin embargo, Emily se acercó a mí hecha una furia.

—¿Por qué has hecho eso?

—¿Qué exactamente?

—Decirle a Grace que no es competencia para ti.

Tomé aire y me zafé del brazo de Asher, que había detenido su conversación con Chai para centrarse en la mía.

—No le he dicho eso.

—Pues es lo que está contando. ¡Dios, Jane, te estás equivocando tanto!

Emily siempre había sido alguien dependiente. Su padre se había quitado de en medio antes de que ella naciese, y todos sabíamos que su madre la había descuidado hasta acabar abandonándola siendo ella aún una niña. Entendía que se hubiera apoyado en mí de pequeña, y que, en mi ausencia, hubiera recurrido a Grace. En ella había encontrado a alguien que estaba ahí, aunque la tratase mal.

—¿De verdad piensas eso?

—Pienso que no deberías haber regresado. No cuando has causado tanto daño. ¿Y ahora qué? ¿Vas a volver a irte al final del verano y a dejar a Asher hecho pedazos una vez más?

De nuevo, sospeché que a ella le gustaba mi novio.

—Escúchame, Emily. No voy a volver a irme. Mi madre quiere que estudie el próximo curso en el instituto Chestender, con vosotros.

Había hablado de esto ya con Asher en uno de nuestros desayunos y la noticia lo había hecho muy feliz. En cambio, ella se dio una palmada en la frente.

—Vaya, qué maravilloso, ¿no? ¿Ahora tus padres van a volver juntos? —preguntó con sorna e irritación.

—No van a volver. Solo... Mi madre me contó que extrañaba la paz que hay en Fair Haven, y..., después de lo que le ha pasado, le va a venir bien.

Lo mejor era que así podría seguir con Asher. No soportaría volver a separarme de él. Además, el instituto ofrecía muy buenos programas y extraescolares decentes si luego quería ir a la universidad para cumplir mi sueño de ser abogada. Incluso podríamos elegir una en la que estuviésemos cerca, o vivir juntos. Me ilusioné con el mero pensamiento. Y me habría deleitado en él de no ser por Emily. La pelirroja cogió aire e hinchó las mejillas,

reteniéndolo. En cualquier otra persona, habría resultado un gesto infantil, pero en ella...

—¡¡¿Y ha tenido que darse cuenta ahora?!! —estalló.

—Emily, para —advirtió Asher.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Claro. ¡Qué bonito que vayáis a estar en clase juntos! —siguió farfullando de mala gana—. Ahora estarás hasta contento por no graduarte.

Asher tomó aire y lo soltó lentamente. Yo ya sabía que no iba a graduarse ese curso porque le habían quedado varias asignaturas. Me daba mucha pena, porque era consciente de lo inteligente que era. Sin embargo, había dejado de estudiar cuando su madre falleció, y no había tenido a nadie dispuesto a tenderle la mano y a hablar con él. Su padre estaba demasiado ocupado tratando su propio dolor. Y mi padre... se había separado del suyo por aquella época. Ninguno había sabido estar para el otro cuando más se necesitaron.

—No puedes quedarte aquí —me ordenó Emily, volviendo a centrarse en mí—. No tienes ni idea de dónde te estás metiendo. Además, no te queremos aquí.

Lo dijo con tanta rabia que dejé de respirar. Di varios tragos a mi refresco ante su rechazo. De pronto, no me sentía muy bien. Estaba un poco mareada.

—Emily, para y vete. No vuelvas a hablarle así o no respondo —intervino Asher al mismo tiempo que le hacía un gesto a Chai para que se la llevase. Los vi alejarse mientras la chica hacía varios aspavientos y Grace corría en su dirección con la mirada posada en mí.

—Se han vuelto completamente locas —me quejé rabiosa y notando los ojos vidriosos por las lágrimas que amenazaban por salir

—. Las dos.

—Vámonos de aquí. No voy a tolerar que te traten mal —se ofuscó Asher.

Los fuegos artificiales seguían iluminando el cielo de fondo mientras se me formaba un nudo en la garganta. Odiaba las ganas de llorar que me entraban ante los conflictos. ¿Cómo iba a ser una buena abogada así? Quizá debería replantearme toda mi vida. Una maldita lágrima de pura impotencia se deslizó por mis mejillas.

—Pero es tu fiesta.

—Mi única fiesta eres tú, florecilla. Eres el motivo de todo, ¿te enteras? De que sonría, de que cante... Créeme, voy a hablar muy seriamente con ambas cuando la situación se calme.

Que quisiese posponerlo hasta que las cosas se tranquilizaran me demostró que Asher era más maduro de lo que parecía. Me enjugó las lágrimas mientras me daba un arrebatador beso cargado de ternura. Y luego otro. Y otro. Y uno más hasta que consiguió aliviar ese nudo tan horroroso en mi garganta, aunque seguía encontrándome mal. Quizá me estaba poniendo enferma.

—Está bien, vámonos —acepté antes de terminarme la gaseosa de un largo trago.

Para mi desgracia, volví a llorar nada más decir esa frase. Odiaba ser tan frágil. Una vez que empezaba, me costaba calmarme.

—Eh, tranquila —me alentó, y me cobijó entre sus brazos. Dios, olía tan bien. Abrazarlo era como encontrar refugio en mitad de una tormenta. Habían encendido todavía más fogatas mientras la luna se alzaba en lo más alto. Me daba rabia no estar disfrutando de una hoguera a medianoche con la persona que más quería por culpa de gente que no podía ni verme—. Me despido de los chicos y nos vamos. Pero estate tranquila y no las escuches. No hay ningún lugar

en el que quiera que estés más que aquí. Te necesito junto a mí, Jane. Me haces mejor en todos los sentidos. Te quiero.

Sus palabras me hicieron reír de alegría. De nuevo, había cambiado mis emociones de forma casi mágica. Algo cálido reverberó en mi pecho cuando sus dedos acariciaron mi cabello con suavidad.

—Yo también te quiero —confesé.

Nos quedamos perdidos en una mirada larga. Su respiración me hizo cosquillas en los labios.

—Lo nuestro siempre fue inevitable. Como cuando atardece y el sol se esconde en el horizonte. O como cuando las estrellas brillan en el cielo. ¿Te he dicho ya que te quiero? —preguntó.

Volví a reír con suavidad, presa del momento y de todas las emociones que sentía a flor de piel. Asher estaba a tono porque había bebido alguna que otra copa, pero no había llegado a emborracharse.

—Acabas de decírmelo.

—Pues nunca será suficiente. Céntrate en eso y en nada más. Nadie que no te quiera merece tus lágrimas, mi amor. Ni hacerte sentir mal. Y te repito que pienso hablar muy seriamente con ellas, solo que ahora no es el momento. Grace está borracha, y solo serviría para que montaran otro escándalo. Pero lo haré, y se les van a quitar las ganas de molestar a mi chica.

¿Su chica? Jamás me había llamado así. Por un instante, mis piernas se convirtieron en un flan. Me derretí por dentro.

—¿Desde cuándo... dices esas cosas... tan bonitas?

Notaba que la lengua me pesaba un poco. Traté de que no se diese cuenta de lo cansada que estaba. Incluso había empezado a entrarme sueño.

—Solo te las digo a ti, idiota. —Sonrió antes de besarme y morderme el labio inferior—. Haría lo que fuese para que te rieses y estuvieses feliz.

Me hacía sentir tan bien que todo lo demás dejó de importar. Sus manos acariciaron mi espalda y luego se posaron descaradamente en mi trasero al mismo tiempo que me dejaba un beso en la frente antes de alejarse a despedirse. Alguien subió la música justo en ese instante. Mark lo entretuvo charlando mientras yo me quedaba mirándolo. No había nada que quisiese más en el mundo que a él.

Estaba tan sumida en lo que Asher hacía que no me di cuenta de que varias figuras se habían acercado por detrás hasta que me taparon la boca impidiéndome gritar. El miedo se apoderó de mí. Alguien me agarró con fuerza de los hombros y una punzada de dolor me recorrió. Sentí unas uñas clavarse en mi piel, y el corazón se me detuvo. Me costaba respirar y, por mucho que tratase de zafarme, no podía hacerlo. De pronto, no eran solo dos manos las que me sujetaban, sino al menos seis. Grité como pude a través de la que cubría mi boca, pero apenas salió un leve murmullo de mis labios. Mi cuerpo empezó a temblar cuando mis pies dejaron de tocar el suelo. Traté de dar una patada, pero solo conseguí que una dolorosa descarga me recorriese el tobillo. Jamás había sentido tanto miedo. Era como si mi ser se hubiese congelado y la sangre no recorriese las venas.

El tiempo parecía condensarse, como si un hilo espaciotemporal se hubiese deshilachado del universo, mientras varias chicas me sostenían en el aire y me alejaban de donde estábamos en contra de mi voluntad. Algo arañó con desesperación dentro de mí. La impotencia de no poder moverme. Mis ojos miraron la silueta de Asher, pero estaba de espaldas y nadie más nos prestaba atención. Quien hubiese planeado aquello, lo había preparado demasiado bien.

De pronto, nos encontramos cubiertas por las sombras del follaje. El cielo estaba tan oscuro que apenas se veía nada.

—Qué bien te ha sentado la medicina. Parece que estás incluso acostumbrada —se burló la voz de Grace en medio de la penumbra.

Algo dentro de mí dio un respingo. ¿Había sido mi corazón? No lo sabía. Sentía mi cuerpo como algo lejano, como si no fuese mío. Estaba agotada y, a pesar del miedo, tenía muchísimo sueño. Entonces lo recordé. ¡El vaso que Emily me había ofrecido! ¡Le habían echado algo! ¡Por eso me estaba sintiendo tan cansada!

—¿Qué estáis ha... ciendo? —logré decir, porque me costaba horrores hablar.

Era como si no estuviese consciente del todo. Forcé la vista para enfocar lo que tenía delante, pero solo veía luces distorsionadas que se mezclaban con la oscuridad. La desesperación me despedazaba por dentro. Estaba mareada y sin fuerzas. Traté de zafarme de esas manos que marcaban mi piel una vez más, sin éxito. Solo me libré de ellas cuando me lanzaron sobre algo duro y frío. Mi espalda se quejó, y mi hombro, que había impactado con algo que parecía un hierro, también. Me incorporé como pude y me di cuenta de que se trataba de un remo. De buenas a primeras, me encontraba en el lago, en una de las barcas grandes del señor Davies.

—¿Qué... hacéis? —pregunté de nuevo, intentando con todas mis fuerzas alejar la neblina mental. Mi voz sonaba cada vez más apagada y frágil. Más lejana, como si se hubiese separado de mi cuerpo y fuese otra persona la que hablaba por mí.

—Lo que debí hacer nada más verte aparecer por el pueblo. Has venido solo a quitarme a Asher —respondió Grace.

Hice el intento de hablar, pero no pude. Sentía la lengua hinchada. O quizá me lo estuviese imaginando. Dios, me encontraba fatal.

Tenía ganas de vomitar. Me asomé por la cubierta justo a tiempo y vacié mi estómago en el lago.

—Oh, es tan asquerosa —dijo otra chica.

Emily farfulló algo que me pareció ininteligible.

—Esto es exactamente lo que necesitábamos. —Noté la sonrisa en la voz de Grace, y supe que estaba grabándome.

Alguien comenzó a remar mientras yo trataba de levantarme para volver a tierra, pero estaba tan agotada que fue inútil.

—¿Tan borracha que no te tienes en pie, Jane? Mejor quédate ahí, *tranquila* —aconsejó Grace, burlándose.

¿Aquello era lo que querían? ¿Tener un vídeo mío donde parecía que estaba borracha porque ellas mismas me habían drogado?

—¿Por qué? —logré decir. Me costaba centrarme. Los ojos se me cerraban solos y me escocían.

—Oh, esto me lo pidió Asher hace tiempo. Además, ¿crees que tu padre te dejará quedarte después de verte drogada? Tu madre te sacará de aquí en menos de un día —se envalentonó Grace—. Aunque siempre puedes decidir irte por tu propio pie. Entonces, guardaré el vídeo.

Quise gritarle, pero cada vez era más incapaz de luchar contra el sueño. Emily se mantenía al margen, observando la situación.

—Chan... ta... je —logré decir. Traté de ponerme en pie una vez más y lo medio conseguí. Quizá me había venido bien vomitar. O puede que la adrenalina, dentro de lo posible, me estuviese ayudando un poco.

—No le has enseñado el otro vídeo —se burló la chica que había hablado antes.

Me quedé mirándolas mientras Grace asentía y se acercaba con su teléfono en la mano. La cabeza me daba vueltas, pero me obligué a

mirar lo que me enseñaba. Aun así, tuvo que zarandearme para que mis ojos se abriesen. Jamás había estado tan cansada.

—Mira lo que quería hacerte Asher —dijo al mismo tiempo que subía el volumen a un vídeo en el que ella salía desnuda y abrazada a él, que llevaba solo un bóxer negro. Grace tenía las manos sobre sus hombros y él la miraba fijamente. Sentí algo romperse dentro de mí al verlos así. Mi respiración se quedó atascada en mi pecho, congelada. Me faltaba el aire. El vídeo parecía ir en cámara rápida, hasta que se ralentizó cuando él le ofreció su sudadera y ella se la puso.

—Voy a aprovechar que Jane aún confía en mí y voy a hacer que se vaya de este pueblo —dijo él en la grabación.

—No va a durar ni una semana aquí —respondió Grace.

—Créeme que no. Haremos que se largue. No voy a perdonar lo que hizo. Se merece pagar por ello.

De pronto, todo mi mundo se puso patas arriba. ¿Asher había querido echarme? Dios, no podía pensar ni analizar con claridad. Un dolor que venía de mi corazón se extendió por todo mi cuerpo. Era como si me hubiesen apuñalado.

—Eso... —tardé unos instantes en seguir la frase— es men... tira.

—¿Mentira? No hay nada falso en este vídeo. ¿Te creías que eras especial? Porque solo estaba usándote —se rio Grace.

Me acerqué a ella con intención de empujarla, pero no pude ni forcejear de lo débil que estaba. Me dolía el pecho por lo que acababa de ver, y mis músculos apenas reaccionaban. Grace me apartó con brusquedad. Yo tropecé con el remo y volví a perder el equilibrio.

Sentí que mi cuerpo caía sin poder hacer nada. Como si lo hubiese hecho en un abismo y fuese una mera espectadora. Aunque era a mí a quien le estaba ocurriendo aquello. Tenía que reaccionar. El horror

recorrió cada parte de mi ser. De pronto, estaba sumergida en el agua. No podía respirar. Traté de salir a la superficie, pero estaba demasiado débil. Mis ojos se cerraban. Mi pulso parecía ir sumamente lento. Intenté abrir los ojos sin éxito. La oscuridad me consumía.

Sentía como mi cuerpo se hundía cada vez más. Las lágrimas salían sin control y se fundían con el lago Faellen. Mi cabeza parecía hincharse ante la falta de oxígeno, tanto que empezó a doler. Conseguí abrir los ojos y distinguí la figura de la barca en medio de la oscuridad. Intenté moverme de nuevo, pero el cansancio volvió a apoderase de todo mientras mis párpados se cerraban. Nunca habría imaginado que mi final fuese a ser así. Cuando eres joven, vives como si fueses inmune a todo. En menos de un segundo, me arrepentí de todas las veces en las que no había valorado mi vida. No quería morirme. Sin embargo, en ese momento, parecía inevitable.

34



Asher

De pronto, noté que algo iba mal. Una de las barcas del señor Davies se encontraba en medio del lago y Grace estaba forcejeando con Emily. Miré alrededor y, al no encontrar a Jane, el corazón se me aceleró al entender que ella también estaba ahí. No lo pensé dos veces antes de tirarme de cabeza al agua para sacarla de las garras de esas dos. Y de Letty, la otra chica que estaba con ellas. Una que era casi peor que Grace, porque hacía las cosas sin pensar nunca en las consecuencias.

—¡¿Donde está?! ¡¿Dónde la tenéis?! —bramé llamando la atención de todos. Habían parado la música hacía rato para disfrutar de los fuegos artificiales, que estaban a punto de terminar.

—¡Está ahí! —gritó Emily señalando el fondo del lago.

Grace intentaba zafarse de las manos de su amiga y gritaba como si estuviese loca. No pude prestar más atención a esa escena porque aún estaba lejos de donde se encontraban. Nadé con todas mis fuerzas hasta el punto que me había señalado y me sumergí con el

corazón en un puño. La busqué sin éxito por todas partes. Notaba la piel erizada de puro horror. ¡No la veía! Salí aterrorizado para coger aire.

—¡No la veo! ¡No la veo! —grité con voz desesperada—. ¡Que alguien me alumbre! ¡JANE!

Me percaté de que Emily se había tirado al agua y ahora otra chica agarraba a Grace. No hizo falta que hablase para saber que la pelirroja también la había perdido de vista. El terror de lo que estaba pasando era sobrecogedor. Aquello tenía que ser una pesadilla. Volví a sumergirme justo cuando escuché que más personas se tiraban al lago. Busqué y busqué, y, de pronto, fue como si se hiciese la luz. Alguien había encendido los faros del coche en nuestra dirección. Seguí buscando a pesar de que notaba como el aire me abandonaba. Entonces percibí algo un poco más abajo. Era como si alguien estuviese moviendo el agua con suaves manotazos. No me permití volver a la superficie para respirar a pesar de que me estaba asfixiando.

Bajé más, dejándome embargar por la leve esperanza de no habérmelo imaginado. Algo me oprimió el corazón con violencia mientras seguía descendiendo. Los segundos hasta encontrarla fueron interminables. Tenía los ojos cerrados, y la mera imagen me paralizó durante un segundo. Me aferré a Jane, aterrado de que fuese su cuerpo inerte el que tenía agarrado. Que ella ya no estuviese ahí. Que no volviese a mirarme nunca más.

Los ojos se me nublaron por las lágrimas incluso dentro del agua. Nunca había estado tan asustado. Era mentira. Sí que lo había estado. Una sola vez. Cuando había visto a mi madre salir disparada a través de la luna del coche. Me dolía el corazón solo de imaginarme que Jane iba a acabar como ella. Con todas mis fuerzas, traté de subirla hacia arriba. Sentirla tan inmóvil me provocó

taquicardia. Notaba las pulsaciones incluso en la garganta. De pronto, Chai apareció a mi lado y me ayudó a llegar a la superficie. Cuando saqué la cabeza, lo primero que hice fue llamarla.

—¡Jane! ¡Jane!

Ella no reaccionaba. Rompí a llorar. El corazón se me iba a salir del pecho cuando Chai me indicó que la subiésemos a la barca. Lo intentamos, pero no lo conseguimos porque no nos coordinamos bien. Otra mentira. Era yo. ¡ERA YO! ¡Mis manos no reaccionaban! Habían perdido su fuerza y solo se agitaban contra mi voluntad. Todo mi cuerpo temblaba como una hoja a punto de caer de su rama. Me sentía exactamente así. Como si estuviese cayendo por un precipicio que no tenía final.

—¡¿Qué cojones has hecho, Grace?! ¡LA HAS TIRADO! —clamé en un arrebato de impotencia. Ella había sido la causante de todo. Dijo algo en voz baja, pero no le pude prestar atención. Solo pensaba en que, ahora que acababa de recuperar a Jane, iba a perderla de nuevo. Esa vez quizá para siempre.

Mi corazón se rompió mientras la observaba. Mi mejor amiga. Mi chica. Estaba congelada y no reaccionaba. El miedo me arañó las entrañas. El frío se instaló en mis huesos, calando más hondo que una bala. Con la ayuda de varios chicos que llegaron a donde estábamos, conseguimos poner a Jane en la barca y subir tras ella.

—Ha tragado agua —informó Chai, y comenzó a apretar su pecho varias veces para hacer la reanimación cardiopulmonar. Jane seguía sin reaccionar, y yo sentía que todo el mundo se había detenido. El aire no entraba por mi garganta. No podía moverme. Quería acercarme a ella, pero mis piernas no respondían. Apenas me sujetaban. Era una maldita pesadilla. Eso tenía que ser. Iba a despertarme en cualquier momento. Ella no podía estar muerta. Por favor... ¿Cómo podía estar bien hacía unos segundos y ahora...? Las

lágrimas se derramaron sobre mis mejillas. ¿Cómo había pasado todo eso?

—No ha estado mucho tiempo ahí abajo. No puede haberse muerto —aseguró horrorizada Emily, que parecía empezar a ser consciente de la gravedad de la situación.

—¡No digas eso! —bramó Grace realmente nerviosa.

Emily subió a la barca y abrazó a la rubia. Me obligué a reaccionar y a acercarme a mi mejor amiga. Mi razón de todo. Toqué su piel con cierto temor, aunque eso hiciera mis miedos más reales. Quería despertarme de aquel mal sueño, no aceptar que era la maldita realidad. Jane estaba ahí. Y podía estar muerta. Joder..., la sentía congelada.

—Vamos, Jane. Vamos, florecilla —rogué, pero no tuve ninguna respuesta.

Ella permaneció inerte como una piedra. Todos la observábamos cuando mis manos ocuparon el lugar de las de Chai para hacer fuerza sobre el pecho de Jane yo mismo. Él se apartó tapándose la boca en un gesto de desesperación. Apreté con movimientos rápidos y firmes porque era lo único que podía hacer en ese momento.

—¿Cuánto tiempo ha estado debajo del agua? —preguntó Chai mirando a ambas chicas.

—No más de dos minutos —aseguró Emily.

Analicé lo que acababa de oír. Dos minutos. Un corazón no dejaba de latir tan rápido. Y no el de Jane. De pequeños, jugábamos a sumergirnos en el agua y aguantar la respiración, y ella siempre ganaba. Miré mis manos mientras apretaba su pecho. ¿Qué estaba haciendo? Todo aquello estaba mal. Chai había comenzado la reanimación sin ni tan siquiera mirar si tenía pulso.

—¡JODER! —bramé antes de poner la cabeza sobre su torso para comprobar si su corazón latía.

Uno, dos, tres... Mis propias pulsaciones me impedían escucharlo. Grité, presa de la rabia, pero me obligué a centrarme. Fueron los segundos más largos de mi vida. Entonces un suave latido vibró en el pecho de Jane.

Di un brinco al escucharlo. ¿Por qué, si su corazón latía, ella no reaccionaba? «¡Dos minutos, Asher! ¡Solo han sido dos minutos!». Mi cerebro lo procesó todo a la velocidad de la luz. ¡Estaba viva, pero no respiraba! Como si lo hubiese hecho toda mi vida, puse las manos sobre su estómago para apretar con fuerza varias veces antes de colocarla en posición lateral. Estuve a punto de desmayarme de alivio al ver cómo expulsaba el agua para volver a respirar.

—¡Gracias al cielo! ¡JANE! —grité.

Abrió los ojos asustada, y pedí a todos que le dejasen espacio. Algunos jóvenes se tiraron al lago voluntariamente para despejar el lugar.

—¿Estás bien? ¿Te duele algo? —pregunté asustado.

—Bien... —dijo tan solo. Parecía estar luchando contra el... ¿sueño?

Jane trató de incorporarse, pero no lo consiguió. Entonces miró a Grace con expresión aterrada.

—¿Grace? ¿Qué le has hecho? —pregunté notando como el diablo se apoderaba de mi cuerpo.

La rubia parecía no saber dónde meterse. Yo lo entendí de pronto. Las había visto murmurar antes de tenderle el vaso con bebida a Jane hacía un rato. La ira que sentí fue tan abismal que Chai tuvo que agarrarme para que no me abalanzase sobre ella. Luego me di cuenta de lo que iba a hacer y traté por todos los medios de calmarme. Para ello necesité dar varios puñetazos a la barca.

—¡LA HAS DROGADO! ¡¿Cómo has podido hacer eso?! ¡Eres una víbora! —Mi voz temblaba y me ardía la garganta del nudo que se me acababa de formar.

—¡Recuerda de quién fue la idea! —me espetó, dejándome paralizado.

Todos los que aún estaban en la barca se volvieron hacia mí. Letty soltó una carcajada. Mierda. Cuando yo todavía quería que Jane se fuese de Fair Haven, le había dado carta blanca a Grace para hacer un vídeo donde se la viese borracha. Pero ¡en ningún momento había dicho nada de drogarla! ¡Ni tampoco íbamos a tirarla de la barca! Me odié a mí mismo. ¿Cómo había visto bien hacer todo eso antes de conocer la verdad? ¿En qué clase de persona me convertía? ¡Aquello era aberrante! La culpa se unió a ese cúmulo de emociones que se arremolinaban en mi interior.

—Asher... —El estómago me dio un vuelco al escuchar a Jane—. A casa.

Me acerqué a ella y agarré su rostro. Tenía tan mal aspecto que me dolía verla.

—Vas a pagar por esto —afirmé mirando a Grace. Traté de incorporar un poco a Jane mientras Mark y Chai remaban hacia la orilla.

—No quise tirarla —exhaló ella.

—¡Claro que sí! —grité.

Grace tomó aire al mismo tiempo que negaba con la cabeza. Me entraron ganas de lanzarla al agua, pero aún estábamos en una zona demasiado profunda y no sabía nadar.

—Lo creas o no, que se cayese al lago fue un accidente —intervino Emily tiritando de frío, o quizá de nervios.

No pude creerla. Había estado a punto de matar a Jane. ¡Es que lo pensaba y me ardía la sangre! Odiaba tanto a Grace en ese

momento. Estaba tan furioso...

—¡No quiero volver a verte! ¡Si sabes lo que te conviene, te alejarás de mí! —clamé furioso mientras levantaba a Jane en volandas y la sacaba de allí en cuanto la barca llegó a la orilla—. Tranquila, florecilla —le dije al oído—. Vamos al hospital.

—No, a casa —dijo ella antes de perder la conciencia.

—¡Jane! —me acojoné al verla inerte en mis brazos sin saber qué hacer.

—Está dormida —explicó Grace siguiéndome.

—¡Que a ti no quiero ni oírte! —le grité.

—Asher, le dimos una dosis baja, y además ella vomitó, así que no puede haberse intoxicado —aclaró Emily al llegar a donde estábamos.

—¿Una dosis de qué?

—Es una medicina que el padre de Grace usa para no marearse en los viajes cuando tiene que viajar en barco. Da mucho sueño.

—Le pusimos dos pastillas en la bebida. En unas horas estará bien. Solo necesita descansar —prosiguió la rubia.

Escucharla me alivió un poco, pero el enfado seguía ahí. El monstruo quería escapar de mí y parecía estar rompiendo todas mis defensas. Tenía que controlarme o la ira iba a consumirme.

—Si de alguien jamás me habría esperado algo así, es de ti, Emily. ¿Qué cojones te pasa? ¡¿Cómo has sido capaz de esto?! —le grité antes de irme.

Grace. Llevaba tiempo creyendo que Emily seguía demasiado fervientemente a su amiga. Como si se le hubiese metido en la piel. Alejé esos pensamientos de mi cabeza; lo que ocurriese entre esas dos no era cosa mía. ¡No quería saber nada de ellas después de aquello!

Ni tan siquiera le pedí permiso a Chai para subirme en su vieja camioneta. Sabía que tenía las llaves en la guantera. Le puse el cinturón a Jane como pude, porque me temblaban las manos. Yo no me lo abroché. No quería perder más tiempo. Mi amigo me observó sin decirme nada. Él sí que era consciente de lo que podría haber pasado. Coloqué a Jane lo más cómoda que fui capaz y conduje a toda velocidad hacia su casa. Necesitaba que estuviese a salvo. Que durmiese y que se despertase lo más pronto posible. Iba a pasarme toda la noche observándola.

—Jane..., florecilla... —la llamé, pero ella estaba profundamente dormida a mi lado. La única respuesta que tuve fue la forma en la que arrugó la nariz en sueños, como tantas otras veces la había visto hacer cuando dormíamos juntos de pequeños.

Esa noche había más tráfico de la cuenta en Fair Haven por culpa de la festividad. Tardé casi una hora en entrar en nuestra calle porque la mayoría de los turistas se iban en ese mismo momento. Cuando llegamos a su casa, aparqué la camioneta y la saqué en volandas. Si su padre la veía así, ambos íbamos a tener un gran problema. Para mi alivio, Henry aún no había vuelto a casa. Aunque por un momento me planteé contarle lo que había ocurrido a un adulto. A alguien que supiese qué hacer. Aquello no había sido cosa de críos. Grace había atentado contra la vida de Jane. No me creía que se hubiese caído por accidente. Reprimí las ganas de pegar un alarido de rabia y me centré en ella. Abrí la puerta usando sus llaves tras apoyarla un momento en el quicio de la puerta. Luego la levanté con cuidado y me dirigí a su habitación.

—Ya estamos en casa, florecilla.

La coloqué en su cama. Estaba empapada y muy fría. Decidí llenar la bañera de agua caliente. Cuando estuvo lista, la cogí en brazos y la llevé hasta allí. Con mucho cuidado, le quité la ropa, dejándola

con la interior para no faltarle al respeto. Ella se movió y abrió los ojos, perdida.

—¿Qué...? —comenzó. Se llevó una mano a la cabeza y se acarició las sienes—. Ay...

—¿Te duele la cabeza? —le pregunté, preocupado. Tenía muy mal aspecto.

Ella asintió y empezó a mover todo el cuerpo para comprobar que estaba bien.

—¿Qué... ha pasado? —Mi mirada se cruzó con la suya cuando hizo esa pregunta—. Dios..., creo que... no recuerdo... Las imágenes están... borrosas...

—Tenemos que parar a Grace de una vez. Casi te ahogas. Casi te pierdo... —le respondí, guardándome toda la verdad. Que yo también había sido parte de aquello. La culpa me apretaba el pecho. El miedo me cortaba la respiración.

—Ella no me... no me tiró. Solo me empujó y me... caí.

Que Jane dijese eso me dejó sin saber qué responder, aunque no pude evitar sentir alivio.

—¿Grace no te tiró al lago para que te ahogaras?

Jane seguía tocándose la cabeza, dolorida. De pronto, se me vino algo a la mente. Una imagen de cuando había salido a respirar una bocanada de aire mientras buscaba a Jane. Un atisbo de una conversación. Grace le pedía a Emily que la soltase para tirarse al agua. Pero Grace no sabía nadar. Por eso estaban forcejeando cuando las había visto en el barco. Necesité sentarme en el suelo tras comprenderlo, aliviado.

—No. Fue... un acci... dente, pero sí que... me drogó. Hizo un vídeo para... mis padres.

Lo sabía. Quería enseñarle esa grabación a sus padres para que se la llevasen de Fair Haven. Yo mismo le había quitado esa idea de la

cabeza varias veces. Sobre todo, porque los padres de Jane no vivían de las apariencias como los de Grace. Para Miranda y Henry no era importante lo que otros pensasen de su hija, solo que ella estuviese bien y feliz. En cambio... para los padres de Grace era justo al revés. Si un vídeo de su hija borracha hubiese visto la luz, habrían tomado medidas serias, incluso la habrían mandado fuera.

Ambos nos quedamos en silencio y yo aproveché para intentar tranquilizarme. Jane estaba bien, y eso era todo lo que importaba. Aunque me daba pánico la charla que teníamos pendiente. Imaginar que podría dejarme me robaba el aliento. Joder, y recordar que ese día casi la había perdido.

—¿Puedes enjabonarme el pelo? Estoy... agotada y creo que hue... lo mal —me pidió, y yo lo hice sin dudarlo. Desenredé su cabello oscuro con las manos y fui usando los productos que ella me decía. Me pareció algo tan íntimo que quise relajar el ambiente con una broma.

—¿Quieres que te enjabone también el cuerpo? —le pregunté con una sonrisa pícara, tratando de animarla.

—¿Eso te gustaría? —Ella resopló. Me aliviaba ver que hablaba un poco mejor—. Estoy agotada..., Asher, pero me encantaría que te bañases tú también, porque... vas a pillar un resfriado. Tienes... las manos heladas... y... el que huele fatal eres tú.

Tiró de mí, me resbalé y caí en la bañera totalmente vestido. Hasta con las chanclas que llevaba puestas. Jane me observó con una sonrisa que llegaba hasta su mirada. Sus ojos eran como un abismo en el que quería perderme una y otra vez.

—Será posible... —me quejé.

—Qué pena..., te has empapado —comentó sin arrepentirse ni un poco.

Jane rio, y yo aproveché para ponerle un poco de jabón en la nariz a modo de venganza. En respuesta, hundió los dedos en mi pelo para acercarme más a ella. La abracé sintiendo su cuerpo mojado debajo del mío. Me encantaba estar con ella. Era fácil olvidarse de todo. Ni siquiera me di cuenta de que Henry había vuelto a casa hasta que oímos su voz.

—¿Jane? —preguntó, y tanto mi novia como yo nos percatamos del problema que se avecinaba.

—¡La puerta! —exclamé en un susurro, porque la había dejado abierta.

—Ciérrala —pidió ella.

—No da tiempo —afirmé. Además, ¿cómo iba a explicar que los dos estábamos empapados? Henry iba a matarme.

—Jane, ¿estás en casa? —insistió su padre.

Ella me miró con expresión asustada. Yo agarré sus mejillas y la obligué a respirar hondo.

—Controla tu cara —le pedí antes de sumergirme en la espuma del baño para que Henry no me viese.

—Papá, estoy aquí. Per... dona, he dejado la puerta abierta. ¿Puedes cerrarla? —dijo ella. La escuché amortiguada por el agua mientras aguantaba la respiración y rezaba por que la espuma del baño no se moviese.

—Claro. ¿Te lo has pasado bien? —preguntó Henry.

Mierda. Una de mis chanclas se salió de mi pie sin querer. Sentí como la mano de Jane se movía en esa dirección.

—Genial, pero ahora necesito intimidad, por favor. Estoy muy cansada.

—Vale. Vaya, aquí huele fatal.

—He estado en el lago, en la zona de las algas...

—Oh, nuestro querido lago. Esa es la única parte que no huele bien, y ahí vas tú. Venga, no tardes. Tengo que usar el baño —dijo antes de cerrar la puerta.

Al momento, Jane me agarró el cabello y tiró con suavidad hacia arriba. Nada más sacar la cabeza intercambiamos una mirada y ambos nos reímos. Ella se llevó ambas manos a la boca, camuflando sus carcajadas, y yo deslicé los dedos por mi cabello. Aquello había sido muy arriesgado. Y aún quedaba lo peor, que era escabullirme de allí.

—Casi que mejor salgo por la ventana del baño y te veo en un rato en tu habitación.

Jane me sonrió. El subidón de lo que acababa de pasar la había animado un poco.

—Creo que será... lo mejor, pero no tardes —respondió.

—Descuida.

No se me pasó por alto que, justo después de salir por la ventana, ella se levantó y me ofreció el espectáculo de su cuerpo semidesnudo. La respiración se me atascó en la garganta y me la quedé mirando embobado. En sus labios se dibujaba la sonrisa de alguien que sabía que estaba haciendo algo perverso.

—Asher, espabila —me riñó, por lo que me obligué a alejarme, aunque no antes de notar que había movido el tobillo como si le doliese.

Llegué a mi casa, llené el plato de comida de Love y le puse agua. Mi padre la había sacado a la Noche Blanca, pero él se había quedado dormido viendo la televisión. Mejor así. Al menos no me vería entrar empapado en casa. Mis pensamientos iban a mil por hora. Tenía que cuidar de mi novia. El remordimiento me acariciaba la espalda. Debía hablar con Jane y contárselo todo. Decirle que yo también había planeado cosas contra ella antes de descubrir que no

tenía nada que ver con la muerte de mi madre. Me sentí la peor persona del mundo. Una punzada de dolor me atravesó el pecho. Tenía miedo de hacerlo, pero necesitaba ser valiente. Aunque eso significase perderla para siempre.

35



Jane

Asher volvió al cabo de unos cinco minutos con un paquete de guisantes congelados. Entró por la ventana y una brisa veraniega lo hizo con él. Yo seguía agotada y con lagunas en mis recuerdos. Todavía me sentía mal, pero me tranquilizaba un poco poder hablar mejor. Me había cepillado los dientes y el cabello antes de volver a mi habitación.

—¿Dónde vas con eso?

Él se limitó a sonreírme y mirarme fijamente con esos ojos grises que tanto me gustaban.

—Soy fan de tu pijama de Minnie Mouse.

—Yo del tuyo de... ¿de qué se supone que es? ¿No había un pijama más soso en toda la tienda?

Hinchó el pecho de orgullo. No entendía por qué se lo había tomado como un cumplido.

—Es un pijama de hombre.

—Es un pijama horrible —le respondí, y me quedé embelesada mirando cómo me ponía el paquete de guisantes en el pie. Adoraba la forma en la que cuidaba de mí y que se hubiese dado cuenta de que había vuelto a hacerme daño en el tobillo que creía ya curado. Estaba segura de que era dolor muscular—. Ven aquí y abrázame.

Él se sacó cinta adhesiva del bolsillo y me sujetó el paquete de guisantes al pie con ella antes de acercarse y abrazarme. Tuve que reírme ante su ocurrencia.

—A sus órdenes. Hoy podemos decir que ha sido un día duro.

Resoplé con el pelo aún mojado. La verdad era que seguía estando muy cansada, pero dormir por el camino me había aliviado un poco. Asher me refugió entre sus brazos. Él también olía a recién duchado. Su aroma me tranquilizaba.

—Se podría decir que casi no lo cuento. Gracias por encontrarme.

Él apretó los puños, enfadado. Y sabía de sobra que no era conmigo.

—Podemos denunciarlas.

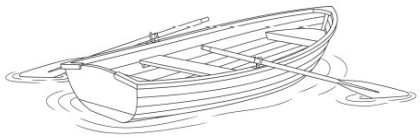
—Grace no me tiró a propósito.

Nos mantuvimos en silencio un buen rato. Yo luchando contra el sueño. Él sumido en sus pensamientos. El canto de un grillo se colaba por la ventana.

—Esta noche será mejor que no le demos más vueltas. Solo quiero dormir abrazado a ti.

Asher se colocó detrás de mí y me agarró por las caderas. Pegué mi espalda a su pecho después de apagar la luz. Hacía rato que le había dicho a mi padre que me iba a dormir, así que no esperaba que entrase en mi cuarto. Disfruté de la presencia de Asher y de la paz que me daba sentirlo a mi lado durante toda la noche. Puede que en otro momento hubiésemos sido incapaces de aguantar nuestra atracción, pero en ese en concreto ambos estábamos tan

agotados que solo pensábamos en descansar. Además, seguía notando mi cuerpo extraño. Más pesado de lo habitual. Me dormí sintiendo como Asher acariciaba mi cabello con suavidad.



Al día siguiente, cuando me desperté, la cabeza seguía molestándome un poco, pero me sentía muchísimo mejor. La luz entraba a raudales y llenaba toda la estancia. Asher ya estaba despierto y miraba por la ventana, dubitativo.

—Buenos días, elefante —le saludé antes de incorporarme para darle un beso.

—Buenos días, florecilla —me contestó, y me besó los nudillos—. ¿Estás mejor?

—Como si me hubiese pasado un camión por encima —bromeé sonriente.

Él me devolvió la sonrisa antes de darme un dulce beso en los labios. Podría acostumbrarme a despertarme a su lado.

—Hay que denunciar a Grace por haberte drogado —insistió, y supe que había estado toda la noche pensándolo. Al menos, ya no decía que había tratado de ahogarme.

—No hay ninguna prueba. Y ya ha conseguido lo que quería. Seguro que en cuanto le enseñe ese vídeo a mis padres me deja en paz. Debería hablar con ellos y adelantarme.

Las lagunas mentales de la noche anterior se me iban llenando poco a poco. Sin embargo, era como si mi mente tratase de hacerme recordar algo que mi corazón no quisiera. Había un recuerdo que vagaba por mi cabeza. Uno que me había hecho mucho daño, y me

preocupaba no recordarlo. Estaba convencida de que era un asunto muy importante. Asher se llevó una mano a la frente, pensativo.

—Hay algo que tengo que contarte, Jane. Y créeme que lo siento muchísimo. Necesito que me prometas que me escucharás —me pidió con una seriedad apabullante.

Me asusté al verlo así. Me llevé una mano al pecho antes de acortar más las distancias con él.

—¿De qué se trata? ¿Estás bien?

Él colocó ambas manos sobre mis hombros. Algo dentro de mí se emocionó. Asher hacía ese gesto desde pequeño cuando quería asegurarse de que la otra persona lo escuchase. Me encantaba conocerlo tan bien, aunque también me preocupaba lo que estaba pasando.

—Prométemelo.

Tragué saliva. Si estaba así de preocupado, debía de ser algo muy gordo.

—Está bien —accedí.

Asher asintió como si eso le confortase, pero lo conocía demasiado bien como para no ser consciente de que tenía ganas de echarse a llorar. Todo mi cuerpo se puso alerta. ¿Qué era lo que le ocurría? ¿Por qué estaba así?

—Cuando volviste al pueblo, no te quería aquí. Recuerda que pensaba que habías tenido algo que ver con el accidente de mi madre, y..., bueno..., yo ya sentía cosas por ti. Eso ha sido así desde siempre. Estaba hecho un lío y... —Se quedó callado tratando de organizar sus ideas.

—¿A dónde quieres llegar? —pregunté, asustada por lo inseguro que parecía.

Asher se alejó y me dio la espalda justo después de mirarme como si estuviese esperando que me rompiese en cualquier momento.

Respiró hondo antes de volver a girarse hacia mí.

—Pacté con Grace para echarte de aquí. Quería que volvieses a Nueva York. La noche de las carreras, el plan era que te montases conmigo y asustarte. Y luego..., la noche de las hogueras..., antes de que tuviésemos la conversación sobre mi madre..., pensaba...

La sangre se me había helado y el estómago me había dado un vuelco. Agarré las sábanas con fuerza, presa de la rabia.

—¿Pensabas qué?

—Pensaba tirarte al lago para asustarte.

Salté de la cama como si tuviese un resorte. El paquete de guisantes que aún tenía atado a la pierna se movió conmigo.

—¿Que quisiste qué?

—No como tú te imaginas. Solo iba a darte un empujón tonto. Te mojarías, los chicos se reirían de ti y querrías irte. Yo... lo siento muchísimo. Y estoy muy avergonzado de haber planeado algo así.

Aquello era demasiado.

—Lo de ayer...

—¡No tuve nada que ver con lo de ayer! —aseguró—. Yo jamás habría usado medicinas ni nada por el estilo. Además, nunca habría dejado que te pasase nada.

De pronto, el vacío mental se llenó con la imagen del vídeo. Me llevé una mano al pecho tras recordarlo y solté un grito ahogado. Grace abrazando a Asher mientras decían que querían echarme. El enfado y el dolor se mezclaron con la traición. Me dolía el alma, si es que eso era posible.

—El vídeo... —dije tan solo.

Él parecía no seguir el curso de la conversación.

—¿Qué vídeo?

Me llevé ambas manos a la cabeza y apreté los párpados. No quería ni escucharlo. La ira brotaba de mí sin control.

—¡Grace me enseñó un vídeo! ¡Tú estabas abrazado a ella! En su casa del árbol. De pequeña, estuve allí varias veces. Tú... Tú decías... decías que... ¡¡bas a hacer que me marchase! ¡También decías algo sobre la confianza! —acabé la frase en un sollozo, incapaz de recordar las palabras exactas. Asher se quedó blanco. La culpabilidad era visible en su rostro.

—Esa noche..., fue antes de saber la verdad.

Mi padre tenía que haber salido a hacer *footing*. Esa era la única explicación de que no estuviese ya en mi cuarto preguntando qué pasaba después de escuchar mis gritos. De pronto, lo recordé.

—¡Le dijiste que no duraría ni una semana y que ibas a aprovechar que aún confiaba en ti! —aseguré.

—¡Porque estaba roto de dolor!

—¡Usaste la confianza que siempre he tenido en ti!

Me quité el paquete de guisantes de la pierna y lo arrojé al suelo con rabia.

—Jane...

—¡No, Jane no! ¡Asher, no hay nada más valioso que nuestra confianza! ¡Ese es nuestro mayor vínculo!

—Lo sé, pero pensaba que tú tenías la culpa de lo que le...

—¡No, eso no es excusa! ¡Quisiste usar en mi contra lo más valioso que teníamos! ¡Y luego nunca me lo dijiste!

—¡Era lógico que tuviese un plan!

—¡¿Tenías un... plan para e... char... me de aquí?! —Mi voz se rompió varias veces en esa frase.

Su rostro también lo hizo en una mueca de dolor.

—¡Sí, pero porque desde siempre te he querido! ¡Y no soportaba quererte de la manera en la que lo hacía pensando que habías tenido algo que ver con el accidente!

Entonces entendí el auténtico significado de la conversación que habíamos tenido aquella tarde en el bosque. Por eso había dicho que quería alejarme y no podía. Porque tenía un plan.

—Vete —ordené. Estaba tan enfadada que no podía ni hablar—. No quiero verte.

Asher se tambaleó al escucharme. Se apoyó en mi escritorio como si le fallasen las fuerzas.

—¿Estás rompiendo conmigo? —Su voz sonó como un pequeño hilo quebradizo, y algo dentro de mí tembló.

—Te he dicho que te vayas. Necesito pensar.

—Pero...

—¡Pero nada! ¡Vete! —Le tiré un peluche con forma de aguacate y él lo recibió como si le hubiese tirado una bomba.

—Lo siento. Tienes que creerme. Lo del vídeo fue por eso, y lo demás..., lo que te he contado..., todo fue antes de que hablásemos en el bosque.

—¡Querías hacerme daño! —aseveré.

—¡Sí, y ya te he pedido perdón! Jane..., sabes por qué lo hice...

Lo observé con toda la seriedad que pude en un momento como aquel. Dios, me temblaban hasta las manos.

—No es motivo para hacerle daño a nadie.

—¡Eso lo dices porque tu madre no murió de esa forma!

—¡No la uses como si pudieses justificarlo todo con eso! —grité, y me arrepentí nada más soltarlo por la boca. Era un tema demasiado sensible, y yo lo había tratado fatal. Perder a una madre era lo peor que podía pasarle a alguien. Era un dolor que yo no podía entender, porque no lo había experimentado. Las mejillas de Asher se llenaron de lágrimas, y una parte de mi corazón se separó del resto al verlo. Pero nada de eso borraba el hecho de que había intentado herirme.

Mi mejor amigo. El que jamás pensé que me haría daño. Había intentado hacerlo aposta.

—Se nota que nunca has perdido a nadie. ¡No sabes lo que se siente! ¡No sabes lo que es pasarte tantos años pensando que tu mejor amiga ha sido la responsable de todo!

—Pues deberías haber hablado conmigo antes en lugar de llenarte de ese odio que casi te envenena. ¡Estabas dispuesto a hacerme daño!

Él negó con la cabeza como si no entendiese que yo fuese capaz de decir eso.

—¡No exageres! No iba a hacerte daño, solo a asustarte para que te fueses. ¡Siempre he querido que estuvieses a salvo! ¡¿Por qué te cuesta tanto comprenderlo?!

Asher gruñó, y yo lo imité presa de la rabia. Tenía demasiadas emociones estallando al mismo tiempo. Algunas tan contradictorias que no era capaz de razonar. Necesitaba espacio.

—¡Asher! ¡Que te vayas! ¡Quiero estar sola!

Él se sacudió el cabello con una mano y acabó con las dos unidas sobre su pecho. Le estaba haciendo daño. Era capaz de verlo. Pero había algo roto dentro de mí. ¡Se había compinchado con Grace para echarme de Fair Haven! ¡Dios! ¡Y no había negado que el vídeo fuese real! ¡Había confesado haber dicho que iba a usar la confianza que había entre ambos!

Nos quedamos en silencio. Él trató de acercarse, pero yo me alejé. El sollozo que salió de su garganta me dolió como si me hubiesen sacado el corazón del pecho.

—Vete. Déjame sola. Ya te he escuchado. He cumplido, y ahora quiero que te vayas.

Asher tenía los ojos rojos y vidriosos.

—Jane..., por favor...

—¡Vete! —le grité mientras trataba de empujarlo hacia la ventana.

—No voy a dejarte, Jane —dijo antes de agarrar mis manos y besarme. Me pilló tan de sorpresa que encontró mis labios con brusquedad. Prácticamente chocó nuestras bocas. Algo dentro de mí tembló. Mi cuerpo reaccionaba a él con tanta intensidad que asustaba. Me fundí en ese beso al comprender que podía ser el último. Quise transmitirle todo el dolor y toda la rabia que ardían en mi corazón. Intenté separarme, pero no me dejó. Quizá porque él también entendió que tal vez no hubiesen más besos entre ambos. Pensarlo me dolió tanto que perdí las fuerzas. El dolor parecía proyectarse hacia todas partes. Mi interior sangraba. Asher apretó más la mano que tenía sobre mi cabello. Respiramos el uno del otro. Lo necesitaba más que a nada. Y él... había tratado de herirme... ¡con Grace! Odié ese pensamiento. Tanto fue así que acabé mordiéndole para que se separase de mí. Asher se alejó tocándose el labio inferior con gesto de dolor.

—Jane, yo te quiero.

—Y yo quiero que te vayas.

Me sentí como la peor persona del mundo porque vi que le estaba rompiendo el corazón. Asher sollozó una vez más y sus hombros se levantaron y bajaron varias veces. ¿Estaba siendo injusta? No. ¡El día anterior casi me habían matado, y ahora resultaba que mi novio lo había planeado todo hacía tiempo con la psicópata del pueblo porque quería que me marchase! La ira se debía de haber apoderado de mí en algún punto porque sentía que todo lo que decía era con la intención de hacerle tanto daño como él me había hecho.

—¿Estás rompiendo conmigo?

No pude responderle. Las palabras se habían quedado atascadas en mi garganta. ¿Aquello era nuestro final? Me dolía la mera idea de

pensarlo, aunque no sabía qué era lo que tenía que hacer.

—Te voy a dar espacio, pero voy a volver en un rato para ver si estás bien —dijo con esfuerzo, al ver que yo no era capaz de responder a su pregunta.

Estaba tan furiosa... Necesitaba romper algo, y, de todas las cosas que había en mi habitación, elegí su corazón.

—Por mí no vuelvas nunca —respondí echándome a llorar.

Quería estar sola, y, al mismo tiempo, deseaba estar con él.

—Jane... —Asher también lloraba, y no supe quién lo hacía con más fuerzas—. Te aseguro que le dije que te dejase en paz después de que lo de mi madre se aclarase.

—Pues creo que a ella no le quedó tan claro. Eras la persona en la que más confiaba, Asher. Pensaba que nuestra amistad seguía intacta. Me sentía como si no hubiese pasado el tiempo cuando estaba contigo. Como si jamás me hubiese ido. Y ahora me entero de que todo fue una mentira. Mientras yo disfrutaba de estar contigo, tú tramabas a mis espaldas con Grace.

—¡Yo jamás dije nada de drogarte!

Di gracias al cielo por haber vomitado y por que el efecto de las pastillas hubiera disminuido. Si no..., ya no estaría allí. Pensarlo hizo que me estremeciera. Miré por la ventana de mi habitación. Las ramas de los árboles se movían con ligereza. Hacía un poco de viento y estaba nublado.

—Pero querías tirarme al lago.

—Jane..., fui un idiota, ¿vale? Y lo más seguro es que me hubiese tirado contigo. Siempre he tenido este maldito sentimiento de protección cuando se trata de ti. No importa lo que te pase, ahí voy a estar.

No soportaba que me dijese ese tipo de cosas en un momento en el que necesitaba odiarlo. Asher siempre había cuidado de mí, eso

era innegable, pero enterarme así de toda la verdad era realmente duro. No aguanté más la situación y salí fuera. Ni tan siquiera me quité el pijama. ¿Para qué? Nada podía mejorar mi aspecto cuando me sentía como una mierda por dentro. Asher me siguió, aunque bastó una mirada para que se quedase atrás. Marqué el número de la única persona que podía ayudarme en una situación así.

—Carmen, necesito hablar con alguien —le dije a mi mejor amiga de Nueva York en cuanto respondió al segundo tono.

36



Asher

Me dolía el corazón como si se hubiese hecho mil pedazos. El dolor era tan brutal que parecía que se extendía por todo mi cuerpo dejándome sin energía. No podía respirar. Jane estaba enfadada conmigo, y tenía todo el derecho. Y el maldito vídeo... Grace lo había grabado sin que me diese cuenta. La había cagado pero bien. ¿Y si no me perdonaba? ¿Y si la perdía de verdad?

—Jane...

La seguí hasta la puerta de mi casa mientras ella se alejaba con el teléfono en la mano. Su padre se acercaba corriendo con ropa deportiva. Traté de que no me viese llorar y me metí en mi casa al mismo tiempo que me limpiaba las lágrimas. Nada más entrar, escuché a mi padre levantarse del sofá.

—¿En serio no has tenido tiempo de ordenar tu habitación desde ayer que te lo dije? —me soltó. Algo dentro de mí rugió. Lo último que necesitaba era eso. Me fui a mi cuarto flechado sin intención de responderle, pero, por lo visto, él tenía ganas de pelear—. ¡¿Cómo te

atreves a ignorarme?! —Escuché sus golpes en la puerta—. ¡Asher, abre ahora mismo o te quito la puerta!

—¡Como si me quitas la vida! ¡Me da igual! —respondí. Me sentía fatal.

Sus golpes pararon y su voz se suavizó.

—Hijo, ¿estás bien?

—¿Qué más te da? Desde que murió mamá, solo te importa el maldito restau... rante. —Mi voz se quebró en la última palabra. No podía más. Me sentía el culpable de todo. Además, sabía perfectamente el motivo por el que papá se había alejado de mí. Uno que me destrozaba por dentro.

—Vamos..., abre la puerta y no digas tonterías.

Obedecí para encararme con él. Me daba igual que me viese llorando.

—¿Que no diga tonterías? ¡Llevas años evitando estar conmigo! ¿Y ahora quieres saber qué me ocurre? ¡Vete a tu maldito restaurante y déjame en paz!

Mi padre me miraba anonadado.

—No evito estar... —Ni él pudo acabar esa frase. Se quedó en silencio antes de hacerlo. El hecho de que no fuese capaz de contradecirme me hundió y me hizo estallar al mismo tiempo. Comencé a llorar con más fuerza y me saqué aquello que llevaba años sabiendo.

—¡Solo te interesa el restaurante porque me culpas de lo que le pasó a mamá!

Mi padre se quedó blanco y me observó como si me viese por primera vez. No pude aguantar su mirada. Ni la forma en la que sus ojos se llenaron de lágrimas. ¿Por qué le dolía que me hubiese dado cuenta de lo obvio? Yo pensaba lo mismo. Odiar a Jane durante tantos años había sido la forma de alejar la culpa que sentía en el

pecho por todo lo que había pasado. Si yo no hubiese insistido en ir..., mi madre seguiría conmigo. Me giré sin ser capaz de parar de llorar y me llevé ambas manos al pecho. Cada latido acelerado del corazón me dolía, y esos pinchazos parecían extenderse por todo mi cuerpo.

—Asher, ¿cómo puedes pensar eso? ¡El accidente no fue tu culpa! Fue el otro conductor el que se saltó el *stop*. Tú solo eras un niño.

Mi padre me rodeó para colocarse frente a mí y me agarró de los hombros. Yo desvié la mirada al suelo, avergonzado.

—Si no hubiese querido ir a Nueva York para ver a Jane...

—Asher, no es tu culpa. Vamos, mírame. ¿Cómo puedes pensar eso?

—Te alejaste de mí, papá. De pronto, ya no querías hacer nada conmigo y te pasaste semanas evitándome. Estaba más tiempo con la señora Davies que contigo.

Él se llevó una mano al pelo en un gesto que yo mismo hacía muchas veces. Dobló la sudadera que había sobre mi cama e hizo espacio para sentarse.

—Sé que lo hice mal en ese momento, pero no fue tu culpa. Jamás te he culpado. Créeme que el único motivo por el que sigo aquí eres tú. No fuiste el único que se culpó de lo que ocurrió. Tal vez si yo os hubiese acompañado...

—¡No digas eso! —exclamé asombrado de que mi padre se culpase a sí mismo. Por primera vez, vi como se retiraba una lágrima que se había escapado de sus ojos—. Tú tenías que trabajar.

—No era cierto. Podría haber contratado a alguien para unos días. La verdad es que no quería ir. Tu madre y yo no estábamos en un buen momento, Asher.

Lo sabía. Era pequeño por aquel entonces, pero lo sabía. Todo se había torcido cuando la madre de Jane se había vuelto loca y se la

había llevado en medio de la noche. Yo había salido en pijama y me había quedado mirando cómo obligaba a su hija a montarse en el coche. Henry le pedía que no se marchase, aunque Miranda ni siquiera lo había mirado. Jane no me había visto, pero yo había observado como se agarraba a su peluche de aguacate y como se le caía al suelo cuando su madre la había subido al coche en contra de su voluntad. Yo me había quedado paralizado mirando la escena. No había sido capaz de correr tras ellas hasta que el coche había arrancado calle abajo. Henry me había interceptado y solo me había dado tiempo a agarrar el peluche. El mismo que esa tarde Jane me había tirado a la cara.

—¿Qué os sucedió, papá? Te he preguntado mil veces y nunca me lo has contado. ¿Por qué te alejaste de mamá?

Él suspiró hondo y me hizo sentarme a su lado.

—Porque todos cometemos errores, Asher. Y yo tengo que admitir que a veces soy un desastre.

Me lo quedé mirando justo antes de colocar una mano sobre su hombro.

—No eres un desastre, papá, solo eres humano.

Mi padre me abrazó mientras negaba con la cabeza.

—Esa frase la decía tanto tu madre.

—Estoy seguro de que, donde se encuentre, está sonriendo porque yo te la repita.

Sentí su sonrisa en mi cuello.

—Esta conversación debería ser al revés. Se supone que tendría que consolarte yo a ti, y jamás lo he hecho. Lo siento.

Le devolví el abrazo sintiendo que me estaba dando algo que necesitaba desde hacía años.

—Quiero saber qué ocurrió. Todo se torció la noche que Miranda se fue con Jane. Te alejaste de Henry y... comenzaste a pelear con

mamá.

Mi padre se separó de mí como si quemase. Casi pude sentir que una barrera invisible se interponía entre ambos.

—A veces es mejor dejar las cosas como están —comentó con serenidad mientras se levantaba.

—¿Te engañó?

El tiempo se congeló cuando esas palabras salieron de mi boca. Lo había pensado más de una vez, pero me había negado a darle cabida a esa idea. No quería pensarlo. No quería averiguar que mi madre había hecho algo tan horrible.

—Asher, tu madre era una mujer maravillosa, y no quiero que nada enturbie lo que recuerdas de ella.

—Pudo haber sido una buena madre y una pésima esposa.

—No fue una pésima esposa. Como te he dicho, solo cometió un error. Eso no significa que no me quisiese o que no te quisiese a ti. Me di cuenta de eso justo después del accidente. Nada de lo que hiciese habría podido provocar que yo dejase de amarla, aunque ella se murió pensando que la odiaba.

Su voz estaba cargada de tristeza y añoranza. Tragué saliva. Entonces, mis temores eran ciertos.

—¿Fue con Henry? ¿Por eso Miranda se marchó esa noche?

Mi padre volvió a sentarse en la cama mientras yo notaba una puñalada más en mi pecho. Pensar en mi madre como alguien capaz de traicionar a su marido me pareció horrible.

—Miranda los vio darse un beso en el jardín.

De pronto, fue como si mi interior se llenase de vacío. Tal vez, porque estaba sintiendo demasiado y no sabía a qué emoción atender. Tragué saliva y miré hacia el frente.

—Cuando pasó un poco de tiempo, tu madre intentó pedirle perdón en persona. Quería que regresara, pero me imagino que,

cuando la llamó por teléfono, se negó a verla.

Por eso lloraba al volver al coche. Mi madre me había mentido. Me había dicho que era Jane la que no quería verme para no hablar de su error. El enfado parecía desperezarse en mi interior junto a la mezcla infinita de emociones que comenzaban a tomar fuerza. Y la maldita culpa por haber responsabilizado a mi mejor amiga de todo durante demasiado tiempo.

—¿Solo se besaron?

—Si te sirve de algo, tanto tu madre como Henry me juraron que así fue.

Bufé incrédulo. Love vino hacia nosotros moviendo la cola. La acaricié tratando de calmarme. Mi padre me observaba, cauteloso.

—¿Y tú los creíste?

—En su momento, quise hacerlo, pero, una vez que la confianza se rompe, es lo más difícil de recuperar.

Esa frase me dolió en lo más hondo.

—No entiendo qué se le pasó a mamá por la cabeza —dije con los dientes apretados.

Lo que yo le había hecho a mi mejor amiga... No era mejor que mi madre. Los ojos se me humedecieron de nuevo.

—Es mejor no pensarlo.

Tomé aire. Todo aquello era demasiado. Y no podía haberlo averiguado en peor momento.

—Yo he traicionado la confianza de Jane —le confesé, y después le conté todo lo que había pasado desde que había llegado a Fair Haven. Por primera vez, sentía que mi padre estaba ahí para mí. Sobre todo, cuando comenzó a caminar por mi habitación nervioso mientras le explicaba lo que había ocurrido el día anterior.

—Siento mucho que hayas crecido con ese odio. Todo ha sido mi culpa. Debería haber estado ahí para ti. Ahora me doy cuenta de

que he sido un padre horrible.

Que eso fuera lo primero que me dijese me dejó de piedra.

—No has sido tan horrible... Un poco insoportable sí, pero tanto como horrible... no —bromeé al ver que volvía a culparse.

—¿Qué vainas dices? —preguntó en español. Prefería que se enfadase a que estuviese triste y autocompadeciéndose.

—Jane..., de ella hablaba. Qué mala memoria —me burlé, a lo que él negó con la cabeza sin poder ocultar una sonrisa.

—Es normal que necesite tiempo, pero estoy seguro de que te perdonará. No tuviste nada que ver con lo que pasó ayer. Y yo tengo que contárselo a Henry. Esa Grace debe responder por medicar a nuestra Jane —aseveró antes de tamborilear con los dedos sobre mi escritorio. Me quedé mirando su mano y el anillo de casado que aún llevaba. Pensé en mamá y en que ella tampoco se sentiría orgullosa de mí.

—No hay ninguna prueba.

—Pues no importa. Pienso hablar con los padres de Grace y el abuelo de Emily. Tienen que saber lo que han hecho. —Se quedó pensando algo a la par que se rascaba la barbilla—. Oye..., esa Grace... ¿No es la misma chica con la que tú salías? ¿Quién iba a pensar que era capaz de algo así con la cara de buena que tiene?

—Por eso mismo nadie se espera que haga las cosas que hace, papá.

—¡Vaya con la culicagada! —exclamó en español.

No pude evitar reírme.

—Grace necesita ayuda, papá.

—Sí, y el que se ponga en su camino, más. Vamos, te vendrá bien algo caliente, y luego iremos a hablar con Henry. Esto no puede repetirse.

—Jane me va a odiar más por contárselo a su padre —me lamenté.

—Jane es una adolescente como tú que no sabe que estas cosas solo se solucionan contándolas. Además, tranquilo, que voy a ser yo el que hable con Henry. Puedes quedarte aquí si quieres.

—Pero hace mucho que no habláis.

Se acercó a la puerta y salió al pasillo antes de girarse hacia mí. Había algo diferente en su mirada. Algo que no estaba ahí antes y que logró calentarme el corazón.

—Bueno, por un hijo se hace cualquier cosa, y yo he visto crecer a Jane. Además, nunca es mal momento para retomar el contacto. Creo que ambos nos necesitamos.

Alcé una ceja, sorprendido.

—¿Vas a perdonarlo?

—Eso ya lo hice hace tiempo. Yo perdí a mi mujer, pero él perdió a su familia. Además, que lo haya perdonado no significa que lo haya olvidado. Perdonar es ser capaz de recordar algo sin que te duela y sin que sientas la necesidad de hacer daño a la persona que te dañó. Yo no le deseo nada malo a Henry.

Sentí que me faltaba el aire. No paraba de darle vueltas a todo. Mi cabeza iba a explotar.

—¿Y a mamá? ¿Lograste perdonarla? Porque yo no sé si podré.

Mi padre se acercó a mí y acarició a Love. Era consciente de que le costaba mostrar cariño, pero, precisamente por eso, que hubiésemos compartido un abrazo minutos antes había significado tanto.

—A ella me resultó más difícil. Tuve que aprender a mirar lo que nos había pasado desde una perspectiva que me hiciese el menor daño posible. No podemos elegir lo que nos sucede, aunque sí cómo lo afrontamos. Quiero que recuerdes eso.

En ese momento estaba tan saturado de información que no me di cuenta del consejo tan grande que me había dado mi padre. Me limité a observarlo acercarse a la puerta una vez más. Tomó aire y me miró fijamente a los ojos.

—Y déjame decirte otra cosa. No voy a permitir que afrontes nada más solo. Voy a cambiar, Asher. Créeme que voy a hacerlo. Por ti.

Cuando por fin salió de la habitación, los dos teníamos los ojos llenos de lágrimas. Me tiré hacia atrás en la cama y me clavé sin querer el botón de los vaqueros que había dejado ahí la noche anterior. Los alejé y me hice un ovillo. Love se subió para acurrucarse junto a mí. Tenía demasiadas cosas en las que pensar. Aunque una más se sumó a todas ellas cuando bajé a la cocina y un papel en la papelera llamó mi atención. Mi corazón se congeló al ver una palabra escrita en color rojo. El tiempo también pareció detenerse. Mi mundo se hundió un poco más. Agarré la carta arrugada y la leí con una mano en el pecho. ¿Cómo era aquello posible? Comencé a temblar y me fallaron las piernas. Mis rodillas chocaron contra el suelo. ¿Por qué me había ocultado mi padre algo tan importante? No podía ser...

37



Jane

No me apetecía hacer nada ni salir de casa. Hacía cinco días que no veía a Asher ni respondía sus llamadas. Incluso tenía la ventana de mi habitación cerrada y la persiana bajada para que no pudiese entrar.

Necesitaba que el tiempo pasara para que suavizase los bordes de aquello que me hacía tanto daño. Asher no solo me había traicionado, sino que encima había descubierto algo horrible. El día que nos peleamos, después de charlar con mi amiga Carmen y tranquilizarme, había querido ir a aclarar las cosas con mi vecino, pero había sido el mayor error de mi vida. Lo había escuchado hablando con su padre y había averiguado de la peor de las maneras la verdadera razón por la que mi madre había abandonado a mi padre hacía ya cuatro años.

No había sido una egoísta como había pensado durante todo ese tiempo. No había sido su culpa. El culpable había sido mi padre.

Nada más enterarme, había vuelto a casa hecha una fiera y le había pedido explicaciones. ¿Cómo había podido hacer algo así? ¿Besarse con la mujer de su mejor amigo? Ahora entendía por qué Andrés se había separado de él. Y el motivo por el que lo había hecho mamá.

Me sentía fatal porque no se lo había puesto nada fácil a mi madre después de mudarnos. Había sido insoportable en un momento en el que ella estaba muy vulnerable. Quizá había sido entonces cuando su autoestima y su amor propio se habían deteriorado todavía más, y todo eso la había llevado a realizarse todos esos nuevos retoques. La belleza era algo tan subjetivo que era fácil dejar de verla en uno mismo. Y mi madre lo había hecho. Había dejado de verse y había comenzado a escudarse en una validación que dependía de otros porque estaba herida. ¿Cuántas heridas internas no veíamos en los demás?

—Jane... No puedes quedarte aquí encerrada —dijo mi madre entrando en mi cuarto una vez más—. Tiendes a aislarte cuando las cosas te duelen, pero esta no es la forma de solucionarlas.

Mi madre había venido al día siguiente de enterarse de lo que me había hecho Grace. Mi padre la había llamado en cuanto Andrés le había contado lo sucedido.

Me levanté de la cama con los ojos hinchados de tanto llorar. Sí, podía admitir que llevaba todos esos días llorando sin parar.

—Dejaría de estar así si me hicieras caso y nos fuésemos.

Posé la mirada en sus labios. Ya estaban mucho mejor, y la parálisis apenas se notaba. Su ojo también había mejorado gracias a una nueva terapia que tenía que seguir realizando. Incluso su forma de hablar estaba progresando, aunque le costaba pronunciar la erre.

—Huir de los problemas no los arregla. Lo que tu padre hizo va a dolerte siempre, pero sigue siendo tu padre. Es solo una persona

que se equivocó como puede hacerlo el resto de la humanidad —me dijo antes de suspirar, melodramática.

—No entiendo cómo eres capaz de defenderlo. Y dejad de hacerme sentir que estoy siendo dramática.

Dios, necesitaba tanto llamar a Carmen y que ella hiciese de escudo contra el mundo. Mi amiga había sido la única que había reaccionado como se espera de alguien al que le cuentas que tu padre se había besado con otra. Había alucinado y se había enfadado tanto como yo. Ajena a mis pensamientos, mi madre se acercó a mí y me abrazó.

—Aquí tienes todo el derecho de ser dramática, Jane. Pero, tarde o temprano, tendrás que elegir si quieres a tu padre en tu vida, o si por un solo error merece la pena echarlo de ella.

Los ojos se me llenaron de lágrimas y sentí una punzada dolorosa en el pecho.

—Te hizo daño.

—Sí, y yo se lo hice alejándolo de ti. Os lo hice a los dos. Todos nos equivocamos en algún punto.

Tomé aire mientras me sentaba en la cama. Apreté las sábanas con ambas manos, frustrada. Estaba enfadada con mi familia, con Asher, con la vida... No parecía que tuviese ningún lugar seguro. Todo se tambaleaba.

—Mi vida es un desastre, mamá. Yo soy un desastre —acepté en voz alta antes de romper a llorar.

—No eres un desastre. Eres humana, y, en algún punto, créeme que todas las personas se han sentido así.

Puse los ojos en blanco. Asher me había dedicado esas mismas palabras tiempo atrás, cuando bromeábamos juntos sobre lo torpe que podía llegar a ser. Me pregunté si, en algún momento de todos esos años de amistad, nuestras madres no habrían compartido esas

palabras y por eso él las había interiorizado. Ser humana y no un desastre.

—Dudo mucho que todo el mundo haya pasado por esto.

—No me refiero a eso, sino a pensar que tu vida no vale la pena o que todo te sale mal. A tener días de mierda. Eso le pasa a todo el mundo, aunque siempre hay un motivo para seguir y esperar a que lleguen días mejores. Porque siempre los habrá. Solo estás viendo una parte pequeña de la vida, pero hay mucho más.

—Porque lo mejor está siempre por llegar —me burlé anticipándome a lo que iba a decir—. Deja esas frases tan ridículas de lado por una vez, mamá.

Ella me dedicó una mirada compasiva.

—Tu problema es que no valoras lo que tienes. Hay miles de personas que desearían haber vivido el peor de tus días, porque para ellos quizá no fuese tan malo porque han pasado por cosas peores. Ahora mismo, hay gente en los hospitales luchando por ver, por caminar, por vivir... Y tú prefieres estar aquí perdiendo tu vida en esta habitación.

Que esas palabras salieran de la alocada de mi madre me sorprendió. Tal vez lo que había sucedido con la última operación la había hecho madurar.

—Habría preferido estar en mi habitación de Nueva York —protesté, dándome cuenta de lo absurda que sonaba—. Que otras personas lo pasen peor que yo no significa que no pueda sentirme así de mal.

—Claro que no significa eso. Tienes derecho a sentirte mal, pero también la obligación de intentar con todas tus fuerzas salir de ahí. Y de pedir ayuda, Jane.

—¿Quieres que se la pida a papá? —pregunté cargada de ira.

Mi madre me decía eso porque ella misma había comenzado a ir a terapia. ¿Por qué no lo había hecho antes de acabar así? Supuse que, a veces, no nos dábamos cuenta de lo mal que estábamos hasta que las consecuencias eran inevitables.

—Pues tu padre estaría encantado de ayudarte. Créeme que nadie lo está pasando peor que él.

Puse los ojos en blanco.

—Venga ya.

—Abre los ojos y mira a tu padre como lo que es, una persona. ¿Sabes si ha comido o dormido estos días?

Sentí una punzada en el pecho. ¿Por qué me caía una bronca cuando peor estaba?

—Lo sabría si se hubiese comportado como un adulto y me hubiese contado lo que ocurrió entre vosotros para que no me enterase así.

Me la quedé mirando mientras se colocaba bien el pañuelo de seda que adornaba su cuello. Sabía que se lo ponía para cubrir las cicatrices de la operación, que todavía estaban sanando.

—Fui yo la que no quiso que te lo contase. Eras muy pequeña. Incluso lo amenacé para que no fuese a vernos diciéndole que te llevaría lejos y no sabría dónde estabas.

Solté una exclamación ahogada. Aquello era muy cruel.

—¿Cómo pudiste hacer eso?

Mi madre se calló unos segundos, y eso en ella era muy raro.

—Era mi forma de protegerte. De protegernos... Yo siempre he sido... inestable. No soportaba la idea de que te separasen de mí si él ganaba la custodia. —Tomó aire e hizo una pausa—. Tanto tu padre como yo nos equivocamos.

Me tiré hacia atrás en la cama, negando con la cabeza. No sabía quién había sido más inmaduro de los dos.

—Fuiste egoísta. Podrías haberte ido a vivir a otra casa en nuestro mismo pueblo.

—Hice lo que necesité para sanar, Jane. Y espero que tú hagas lo mismo, porque lo que no se sana acaba haciéndonos daño de nuevo en un futuro. Solo tienes que verme a mí. Además, créeme que no me lo perdonaré jamás. El hecho de operarme tantas veces hizo que no estuviese contigo cuando más me necesitabas. Yo... La culpa que tengo ahora mismo... Dios, sentía que no era suficiente. Sentía que...

Acalló sus palabras como si no se atreviese a seguir hablando. No hacía falta. Mi madre había sufrido mucho durante esos últimos meses. Además, se estaba divorciando de ese músico que estaba segura de que había contribuido a hundir su autoestima. Más de una vez lo había escuchado criticando su físico y hablando sin tapujos de que él había estado con otras famosas que eran más guapas que mi madre. Eso, y las críticas a las que la habían sometido sus fans y la prensa.

—¿Por eso te operaste tantas veces? —le pregunté, a lo que ella se giró hacia mí.

—Lo hice porque dejé de verme. Todos tenemos heridas, Jane. Algunas más recientes que otras. Por eso es tan importante estar de nuestro propio lado y aprender a querernos.

Aprender a querernos. Esas tres palabras parecieron dibujarse en el aire entre ambas durante unos segundos. Fue entonces cuando algo en mi cerebro hizo clic. El problema de retocarte era que muchas veces no se hacía para gustarte, sino para gustar, y había casos, como el de mi madre, en el que no sabían cuándo parar. Se había vuelto adicta a cosas que realmente no necesitaba a medida que su autoestima iba dependiendo cada vez más de una validación externa. Quizá, si en lugar de que nos explicasen algoritmos y

fórmulas matemáticas que no íbamos a usar nunca, nos dedicasen una asignatura para aprender a querernos, las cosas irían mejor.

—Pero, mamá, tú no necesitabas ninguno de esos retoques ni operaciones.

—Y ese es el motivo de que te hable de la importancia de apoyarte a ti misma. Después de esta última operación, me he dado cuenta de que la gran mayoría de la gente cambiaría algo de sí misma que otra persona desearía tener —comentó antes de salir de mi cuarto y dejarme pensando.

Lo que mi madre acababa de decirme era cierto. Desde pequeñas, nos mandaban mensajes sobre cómo debía ser el cuerpo de la mujer. Delgadas, pero no tanto que perdiésemos nuestras curvas. Fuertes, pero no tanto que se nos marcasen los músculos. Con el cabello brillante y sin canas. No podíamos tener manchas en la piel, ni granos, ni espinillas. Todo eso era algo que ocultar, cuando, en realidad, afectaba a muchísima gente. Nos contaban que las arrugas eran feas, cuando solo eran señal de que habías tenido la gran oportunidad de vivir. ¡Y eran algo natural! Sin embargo, incluso en los anuncios de cremas antiarrugas usaban a chicas muy jóvenes que no tenían ni una sola marca en su rostro, como si escondiesen a las que sí porque no fuesen perfectas según la sociedad. A las mujeres ni tan siquiera nos dejaban envejecer dignamente.

Entonces me di cuenta de todo lo que había que cambiar en la sociedad. Pero tenía que comenzar por mí misma. Y hacerlo de verdad. Proponérmelo hasta conseguirlo. Aceptar mi oscuridad y empezar a amarla hasta que la luz entrase en ella. Y algo me decía que el primer paso consistía en identificar aquello que me hacía sentir insegura o que no me dejaba disfrutar de mi vida como debería. Quizá por eso me levanté de la cama y fui al salón para hablar con mi padre. Por un instante, me quedé mirando la foto de

mi madre que volvía a estar junto a las demás. Seguro que la había puesto para hacerla sentir más cómoda. Siempre había sido detallista. Tomé aire. No me lo pensé más veces y salí fuera a buscarlo. Lo encontré pasando el cortacésped. Cuando me vio, supe que sintió miedo, y me di cuenta de lo roto que estaba. Él me pidió perdón con los ojos húmedos. No tenía muy claro si iba a ser capaz de perdonarle, pero iba a tener que vivir con ello.

38



Jane

Llevaba una semana sin ver a Asher, pero sí que había tenido noticias de Grace y Emily. Ambas habían venido a disculparse por separado, y el padre de Grace nos había informado de que su familia iba a mudarse fuera de Fair Haven durante una temporada. Imaginé que era porque no soportaban que hablasen de su hija y de que casi me había ahogado.

Emily no tardó en venir a verme de nuevo, y esa vez me encontró en la cocina, merendando frambuesas. La observé mientras entraba por la puerta trasera como tantas otras veces había hecho de pequeña, cuando su madre se iba días y días con sus nuevos novios, hasta que desapareció definitivamente con uno de ellos.

—¿Quieres merendar? —le dije, como si no hubiese estado a punto de acabar con mi vida.

—¿De verdad que me has perdonado?

—Estoy en ello —comenté, porque la verdad era que todavía no lo había hecho. Aunque hubiese sido un accidente, había estado a punto de no contarlo. Además, estaba el tema de que me habían dado un vaso con sedantes. No entendía cómo Emily había llegado a hacerle tanto caso a Grace—. ¿Para qué has venido?

Ella se mordió el labio, que aún estaba algo hinchado por el ácido hialurónico.

—Quería pedirte disculpas de nuevo, y preguntarte si habría alguna forma de que hablases con el padre de Grace para que no se fuesen. Quizá si tú intervienes...

Me la quedé mirando mientras terminaba de masticar un fruto y me lo tragaba.

—Sé que Grace quiso tirarse al agua a ayudarme, y que tú se lo impediste porque si no iba a ahogarse ella también. No os guardo rencor, pero creo que a ambas os vendrá bien separaros. Grace no tiene límites, y tú pareces seguirla incondicionalmente.

Emily se sentó en la silla que estaba justo enfrente de la mía.

—Créeme que también le dije que te dejase en paz... Pero, cuando se enteró de que estabas con Asher, se volvió loca. Incluso yo lo hice. No entendía cómo habías sido capaz de hacerle tanto daño. Ella no está acostumbrada a que le digan que no ni a perder. Si se marcha, lo pasará fatal, porque donde vaya no tendrá a nadie.

Me la quedé mirando y vi la tristeza en sus ojos.

—Eso le va a venir muy bien. Quizá así aprenda a relacionarse con otro tipo de patrones que no hagan daño a nadie. O no piense que es el ombligo del mundo.

Emily tragó saliva. Parecía realmente angustiada.

—¿Y si no lo hace? ¿Y si se hace daño?

Y entonces lo comprendí. Emily no estaba enamorada de Asher, sino de otra persona.

—Siempre fue Grace, ¿verdad?

Ella abrió los ojos de par en par.

—¿Qué?

—Te gusta Grace.

—No digas tonterías —respondió poniéndose colorada, y se levantó de la silla. Me la quedé mirando fijamente, sin decir nada, y quizá ella notó que no la estaba juzgando—. Puede. Vale. Sí, me gusta Grace. Por eso quiero que hables con su padre. Hazlo por mí.

Decir lo siguiente me costó muchísimo, aunque sabía que era lo correcto.

—Precisamente lo hago por ti, Emily. Como te he dicho, te va a venir bien separarte de ella. Estoy segura de que hay chicas maravillosas ahí fuera que se morirían por estar con alguien como tú, pero Grace no es una de ellas. Nunca va a serlo. Y, créeme, no te hace bien.

Soné tan directa que no me reconocí, pero estaba agotada de todo. Ella frunció el ceño.

—Grace también me quiere. A su manera.

Me quedé mirando sus labios, ya mucho menos hinchados.

—¿Recuerdas cuando se metía con tu cuerpo o te hacía comentarios malintencionados? Si a alguien le da igual hacerte daño, no te quiere —dije al mismo tiempo que sentía como si cada palabra me clavase un puñal.

Asher había hecho eso mismo. O no, quizá nunca había llegado a hacerlo. Estaba hecha un lío. Sobre todo, porque incluso cuando había querido hacerme daño, me había protegido. Era consciente de que había pasado por una situación muy dura con lo de su madre. Y, aun así, él había elegido el amor que sentía por mí antes que nada más.

—Pues prefiero eso a estar sola —reprochó la pelirroja, sacándome de mis pensamientos.

—Eso es porque no sabes quererte a ti misma. Si aprendieses a valorarte, no dirías ese tipo de cosas.

Empezaba a darme cuenta de lo importante que era el amor propio. De cómo podíamos ser nuestro peor enemigo cuando nos minimizábamos y nos comparábamos con otras personas. Además, quererse no dependía de cómo éramos físicamente, sino de todas las cosas que éramos también por dentro. En el interior, todos estábamos hechos de colores. Algunos eran brillantes, otros mates, pero todos ellos vibraban.

Éramos como hacíamos sentir al resto. Escuchados y no juzgados. Como nos comportábamos cuando queríamos gritar. Como nos tomábamos las cosas. Como ayudábamos a otras personas. Y, por fuera, cada persona tenía un tipo de belleza, y nadie podía decir que no era bonita. El hecho de que nadie era perfecto, y que lo que veíamos en internet no solía ser verdad, era algo que todos deberíamos comprender. Y que, incluso en esa imperfección, había belleza. Rara y salvaje belleza.

Emily se marchó de mi cocina sin mediar palabra, pero yo añadí que podía venir a mi cumpleaños si le apetecía. Iba a necesitar amigas de verdad a su lado, y, aunque no la hubiese perdonado del todo, podía entenderla un poco mejor para llegar a hacerlo.

De pronto, necesitaba aire. Salí al patio trasero, donde estaba el columpio que mi padre me había construido de pequeña bajo la rama de un árbol. Me senté en él y comencé a columpiarme con suavidad. Necesitaba que mi interior se calmase, y solo había una persona capaz de lograr eso. Pero ¿cómo iba a acercarme a él después de la forma en la que lo había tratado la última vez que nos habíamos visto? Cada vez lo sentía más lejos, y eso era muy

doloroso. No tenía ni idea de cómo arreglar lo que yo misma había estropeado.

—Sigues columpiándote como cuando eras pequeña —dijo una voz a mis espaldas que logró erizarme la piel.

Me levanté del columpio como si tuviese un resorte. Lo observé de arriba abajo y la boca se me secó. Asher estaba ante mí y parecía un maldito Dios griego. No llevaba camiseta y sus músculos resplandecían bajo los rayos del sol. Me puse nerviosa nada más ver como una gota de sudor le recorría el torso. Algo me decía que acababa de cortar el césped de su patio trasero. Su mirada gris me atrapó al mismo tiempo que mi corazón se saltó un latido.

—No me columpiaba. Solo me he sentado a pensar.

—¿En mí? —bromeó Asher.

—Idiota —le respondí. Sobre todo, porque sí que estaba pensando en él—. Oye...

—La he cagado, y lo sé —me interrumpió—. Y también sé que me quieres lejos. Solo me he acercado porque he visto a Emily, y la verdad es que me ha preocupado un poco. Cuando quieras que hablemos, voy a estar para ti —respondió con intención de irse, dejándome boquiabierta porque incluso enfadados hubiese querido protegerme.

Mi corazón se estrujó. A pesar de lo mal que lo había tratado, él quería seguir ahí para mí.

—No te vayas. Aún me duele un poco el pie —mentí. Me senté de nuevo e hice como que me costaba columpiarme.

Asher me dedicó una sonrisa tan cálida que podría haber iluminado una ciudad completa. Me quedé mirándolo mientras se colocaba detrás de mí. Sus manos agarraron mis caderas para impulsarme. Me estremecí ante el roce de su piel. Lo había extrañado muchísimo. Segundos después, me estaba columpiando.

Todo se convirtió en algo íntimo. Incluso el aire del ambiente cambió. De pronto, todas las veces que había hecho eso mismo cuando éramos más pequeños se me vinieron a la cabeza. Las vi como quien repasa un álbum de fotos repleto de momentos felices. Era tan reconfortante sentir tanto por alguien que conocías desde siempre. Lo quería en mi vida. Esa era mi mayor verdad. Y la primera norma para mantener a alguien en tu vida era tratarlo bien.

—Siento mucho haberte tratado tan mal —me disculpé mientras él seguía columpiándome.

El silencio se interpuso entre ambos durante unos segundos. El suave sonido de la cuerda del columpio sobre la rama del árbol nos invadió, mezclándose con el de los pájaros que piaban a nuestro alrededor. Sin necesidad de volverme, supe que una sonrisa se había formado en los labios de Asher. Contuve el aliento hasta que volvió a hablar.

—Voy a tener que pensarme si te perdono o no —me respondió al mismo tiempo que se colocaba al lado del columpio, porque yo ya me balanceaba sola gracias a la inercia.

—¿A qué te refieres? —pregunté alzando una ceja, divertida de pronto. El dolor había pasado a un plano tan lejano que ya no parecía existir. Ese era el efecto que Asher tenía en mí.

—Te perdono a cambio de un beso —me soltó, con su habitual tono burlón. Ese que usaba cuando quería resultar gracioso, y acababa siendo cautivador—. A no ser que te hayas vuelto una cobarde.

Me lo quedé mirando mientras el columpio ralentizaba su ritmo.

—¿Solo eso? —dije.

—¿Solo? ¿Cómo que solo? Cuando me besas es como si hicieses que el mundo desapareciese. Como si todas las preguntas

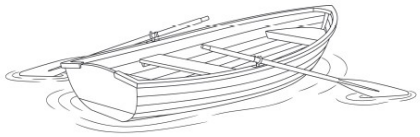
obtuviesen respuesta. Como si la vida encajase. Y no sabes el miedo que da eso, Jane.

Los ojos se me llenaron de lágrimas al escucharlo. Instintivamente, me levanté del columpio y me lancé a sus brazos. Su duro cuerpo me recibió y me cobijó. Sus brazos me apretaron contra él justo antes de deslizar las manos hasta mi rostro. Nos besamos como si hubiésemos encontrado una galaxia en los brazos del otro. Con necesidad y anhelo. Sin que fuese posible que aquello ocurriese de otra forma. Si las medias naranjas existían, Asher era la mía. No porque yo estuviese incompleta, sino porque me complementaba de tal forma que parecía que nuestras almas fuesen una sola. Puede que, al fin y al cabo, él fuese el lugar donde yo encajaba a la perfección.

—Te he echado de menos, florecilla.

—Solo hemos estado una semana separados —dije, aunque lo cierto era que yo también lo había extrañado muchísimo.

Hicimos las paces con una facilidad apabullante, porque quizá el amor también era eso. Conocer los errores del otro y no juzgarlos. Entender que, como había dicho el barquero, amar era elegir a la misma persona todos los días.



Celebramos nuestros cumpleaños el mismo día, con una fiesta que luego acabamos en el lago Faellen. Primero lo celebramos con nuestra familia, que también incluía a los Davies y los Wilson. Margaret nos hizo una tarta de chocolate que estaba exquisita. Extrañé muchísimo a mi amiga Carmen durante todo el día. El único

de nuestros amigos que vino fue Chai, y tuvo un detalle muy bonito conmigo. No solo me regaló un peluche con forma de media *pizza* a juego con la otra mitad que le regaló a Asher, sino que incluyó una cartita donde decía que si necesitaba cualquier cosa lo tenía ahí. La verdad era que Chai siempre se había portado muy bien conmigo.

Mark y Emily se reunieron luego con nosotros en el lago. Después de lo que me había pasado, ambos fueron más atentos que de costumbre. Le regalé a Asher un pijama de Micky Mouse para paliar lo horrible que era el suyo marrón, junto a un álbum de fotos de ambos. Por su parte, él me regaló una pulsera con una flor y me llenó la habitación de flores. Dentro de cada ramo, había cartas donde me contaba sus mejores recuerdos conmigo. Ambos estábamos bien, pero tenía la sensación de que Asher me ocultaba algo. Y no era lo de nuestros padres, porque ambos habíamos hablado ya del tema y sabíamos cómo se sentía el otro al respecto.

Mi novio estaba en un punto más sano, porque la verdad era que yo había puesto a mi padre en un pedestal del que se había caído, y aunque estaba intentando mejorar nuestra relación, todavía me costaba un poco. Asher lo tenía más fácil porque Andrés era la víctima y era más sencillo empatizar con él. Sin embargo, jamás me atrevería a culpar de algo a su madre, porque ya no estaba entre nosotros, y sabía que eso sería una herida que se grabaría siempre en el corazón de mi novio.

—Tengo ganas de que llegue la próxima semana —comenté distraída, subida a la barquita del señor Davies con Asher. A veces, el anciano nos la dejaba con la condición de que tuviésemos cuidado y no montásemos a nadie más.

—¿Por el concurso de tartas?

Sonreí con emoción. Estábamos en mitad de una hermosa tarde de inicios de septiembre, y la vegetación que rodeaba el lago Faellen

parecía brillar con más fuerza, como si se estuviese resistiendo a la inminente llegada del otoño.

—Seguro que vuelve a ganar Margaret. Aunque el último año estuvo muy reñido con la señora Wilson.

Asher se dejó caer hacia atrás mientras la barquita se movía.

—¿Sabes? Mi padre me dijo que, cuando era joven, la señora Davies tenía una pastelería. Bueno, sus padres. Ella los ayudaba antes de casarse con su marido.

—Eso lo explica todo —comenté.

Él miró al cielo, donde el sol comenzaba a ponerse.

—Por lo visto, aún no le ha enseñado la habitación al señor Davies.

—¿Y eso?

Pensaba que ya lo había hecho hacía tiempo. Asher alzó ambas cejas y se mordió un carrillo.

—Estaba esperando a que le trajesen algo. No sé, una estatua que por lo visto era importante para ellos y había mandado a arreglar —explicó—. Si cuando sea anciano no vas a hacerme ese tipo de sorpresas, déjame ya, ¿vale?

Me reí por la forma en la que lo dijo y él se unió a mis risas. Luego, simplemente nos quedamos en silencio. Lo observé con atención. Asher seguía preocupado por algo, y yo era muy consciente de ello. Además, me enfadaba que no me contase qué era.

—¿Qué es lo que te preocupa tanto? —le pregunté.

Yo había estado ocupada preparándolo todo para la vuelta al instituto. La verdad era que me agobiaba un poco el cambio de centro, pero sabía que iba a irme bien. También había bromeado con Asher al respecto, porque él decía que era la única persona a la que le hacía ilusión volver a las clases. Y por supuesto que no me hacía

ilusión eso, aunque sí comprar papelería bonita y rotuladores con brillo o frases positivas.

—Ya te he dicho varias veces que no es nada —comentó, cerrándose en banda como todas esas otras ocasiones en las que le había preguntado al notarlo serio.

Me mordí el labio frustrada y recordé las palabras del señor Davies. «Cuando te sientas mal, observa la naturaleza». Y fue exactamente lo que hice. Toqué los bordes rojizos de su barquita y la sentí caliente por los rayos del sol. Miré el cielo. Tanto Asher como yo estábamos compartiendo un nuevo atardecer, y eso ya era motivo para estar agradecidos.

Yo misma había estado a punto de no contarlo hacía unas semanas. Y había sido en ese mismo lugar. Pero había decidido que no quería que una mala noche me privase de un sitio que me encantaba. Sobre todo, a esa hora, cuando el lago Faellen reflejaba el ocaso junto a un manto de tonos dorados. El cielo estaba precioso mientras pasábamos por debajo del puentecito de madera repleto de flores azules.

—Te digo lo mismo que siempre: no quiero forzarte a hablar de algo que no te apetece, pero, cuando quieras hacerlo, estoy aquí.

Asher suspiró hondo y se llevó una mano al pelo. Nos quedamos en silencio, por lo que solo se escuchaba el vaivén del agua que chocaba contra nuestra pequeña embarcación. Los pájaros piaban sobre las ramas de los árboles y un suave olor a castañas asadas invadía el ambiente. Lory, el dueño de la tienda del pueblo, hacía que su hijo Nick pasease con su carrito de castañas por todo Fair Haven para vendérselas a quien quisiese nada más llegar septiembre.

—Voy a volver a competir —dijo al fin.

—¡No puedes volver a competir! —exclamé, negándome en rotundo.

—Jane, no te he pedido permiso.

—Podrías matarte. Si quieres volver a competir, apúntate a algún circuito o algo así. No tengo ni idea de cómo va eso, pero seguro que puedes federarte de algún modo.

Hablaba desde el desconocimiento total, y me daba igual. Solo pensar en Asher de vuelta en las carreras me cortaba la respiración.

—No tengo otra opción —me confesó con pesar.

El silencio entre ambos apresó el lugar

—¿Por qué?

—No creo que deba...

—¿Por qué? —pregunté con más rotundidad.

Él se mordió el labio y remó con más fuerza. Como si centrarse en eso pudiese hacer que yo cesase en mis preguntas...

—Asher... —rugí.

—Necesito el dinero, Jane.

Mi corazón se saltó un latido.

—Pero... ¿Por qué? ¿Te has metido en algún lío?

—No. Bueno, sí. Mi familia está en un lío. Y tengo que solucionarlo.

Quise decirle que las cosas no se solucionaban de una forma en la que se pudiese ir a la cárcel, aunque algo había llamado demasiado mi atención.

—¿Tu familia?

Asher dejó de remar y me indicó que mirase al cielo. El sol se escondía por completo ante nosotros. De lejos, justo encima del puente lleno de flores, había un gato blanco lamiéndose la patita.

—¿Cómo que tu familia?

—No importa, Jane.

—Claro que importa. Tu familia es mi familia.

Aquello le conmovió lo suficiente como para dejar de mirar el atardecer y observarme a mí. Tenía los ojos rojos. Su expresión estaba desencajada. Parecía... vulnerable. Algo me apretó el estómago. Verlo así me afectaba demasiado.

—Sabía que mi padre estaba mal de dinero, pero no imaginé que tanto. Hace unas semanas, vi una carta donde decían que nos iban a desahuciar.

Solté un grito ahogado de puro terror al mismo tiempo que me llevaba una mano al pecho.

—¿Van a echaros de vuestra casa?

Asher suspiró con pesar, como si le costase hablar del tema sin echarse a llorar. Se mordió el labio de nuevo, aunque pronto recuperó la compostura.

—No de casa. La orden de desahucio es para el restaurante. Por lo visto, mi padre debe dinero, así que tengo que conseguirlo como sea.

Apreté los dientes mientras un recuerdo se desperezaba en mi mente. Durante el primer paseo que había dado con el barquero, había visto a Andrés muy alterado por algo. ¡Y tenía un papel en la mano! Probablemente fuese una carta del banco. Por un instante, admiré lo fuerte que era Asher. Esa capacidad de enfrentarse a los problemas. Pero había algo que no me gustaba. No podía hacer siempre lo mismo. Cada vez que tenía un problema, se lo guardaba para no preocupar a nadie. En eso era como su padre.

—Tiene que haber otra forma de hacerlo sin que te pongas en peligro a ti mismo. No quiero que vuelvas a cargar con algo así tú solo. ¿Me oyes? Estoy aquí para lo bueno y para lo malo. No estás solo.

Asher me atrajo hacia él y me dio un beso en la frente. Me recosté sobre su pecho, inquieta y sin poder dejar de pensar en lo que acababa de averiguar. El sol se convirtió en una rendija anaranjada antes de fundirse por completo con las montañas.

—No quería preocuparte —murmuró al fin.

Lo observé con detenimiento porque veía emociones muy tristes surcando su rostro. Tragué saliva mientras alzaba una mano para acariciar su mejilla. Él tembló ligeramente, y yo me incorporé para llamar su atención. Cada vez tenía más claro que Fair Haven era mi lugar en el mundo porque ahí era donde estaba Asher. Pero no únicamente por eso, sino porque, si algo tenía este pequeño pueblo, era que todos estaban siempre dispuestos a ayudar a sus vecinos.

—¿Sabes? Se me está ocurriendo una idea.

39



Asher

La idea de Jane todavía vagaba por mi cabeza. Si lograba llevarla a cabo, ya no tendría que competir ni que arriesgar mi vida. Aunque... una parte de mí extrañaba las carreras. Esa adrenalina que te entraba cuando todo dependía solo de ti. De un movimiento de volante. De un reflejo. De un segundo. En ese momento, me pregunté si tendría alguna posibilidad de competir en NASCAR, una de las mayores carreras de coches en Estados Unidos. Quizá, si conseguía un buen entrenador, podría compatibilizarlo con mis estudios. Después de lo que le había ocurrido a Jane y por la forma en la que yo había reaccionado bajo presión, había decidido estudiar algo relacionado con las ciencias de la salud. Tal vez enfermería. Seguro que se ganaba un buen sueldo. A lo mejor así podría ayudar a mi padre dentro de unos años. Estaba dándole vueltas a cómo quería que fuese mi vida cuando recibí una llamada que me heló la sangre.

—Asher, el señor Davies ha tenido un accidente. Necesito que localices urgentemente a su mujer —dijo la voz de mi padre.

El teléfono se me cayó al suelo de puro miedo. ¿Qué le había pasado al barquero?

40



Jane

Me enteré de la noticia cuando Margaret y Asher llamaron preocupados a la puerta. La anciana lloraba de una forma que me encogió el corazón mientras no paraba de repetir el nombre de su marido.

Habían venido para que mi padre los llevase al hospital del pueblo vecino, donde habían ingresado al señor Davies después de un accidente. El teléfono de Andrés se había quedado sin batería justo después de hablar con Asher, y no teníamos forma alguna de contactar con ellos para informarnos del estado de salud del barquero.

Llegamos al hospital en menos de veinte minutos, cuando normalmente se tardaba media hora. Mi padre había corrido más de la cuenta debido a la situación.

—¿Cómo está George Davies? Lo han traído aquí después de sufrir un accidente. Soy su mujer —dijo Margaret con las mejillas mojadas

nada más acercarse al mostrador de información.

—Ahora lo busco—respondió con total tranquilidad la administrativa mientras tecleaba lentamente y sin apartar la mirada de su ordenador. Mascaba un chicle de forma descarada y daba la sensación de que hacía de todo menos buscar el número de habitación.

—Por favor..., ¿puede darse prisa?

La mujer, que debía de tener unos veintimuchos, se rio de algo que veía en su pantalla, sin escucharla. Nos estaba ignorando en un momento tan duro como aquel. Margaret respiró hondo y se dejó caer en el mostrador para hablarle más bajito.

—Sé quién eres. Creciste en Riverbrook y hace menos de dos semanas saliste con un enfermero que está casado. Un tal Philip. Si no me dices ahora mismo dónde está mi marido, voy a contárselo todo a su esposa. Mmm... Y también a tu abuela, que es una conocida mía. Pobre Helen, no le hará nada de gracia saber eso. Vas a darle un buen disgusto —amenazó Margaret, dejándonos a todos boquiabiertos. Ella siempre había sido cotilla, pero no esperaba que fuese capaz de enterarse de lo que ocurría en otros pueblos—. He dicho el nombre de George Davies y no te veo buscándolo.

La joven se quedó blanca y la miró por primera vez.

—Ahora mismo —dijo asustada.

Tragué saliva, admirada por la forma en la que Margaret sacaba las garras por su marido.

—Está en la segunda planta. Habitación 286.

Margaret no esperó a que nadie más le dijese nada y salió disparada hacia el ascensor. Sin embargo, cuando vio que tardaba más de la cuenta, se metió por la puerta que daba a las escaleras. Las subió casi de dos en dos a pesar de su edad. La seguí pensando

que eso era lo que hacía el amor. Cuando la persona que querías estaba en peligro, no te importaba nada más.

—Cualquiera diría que la señora Davies acaba de amenazar a esa administrativa con la pinta de anciana adorable que tiene —me susurró Asher, que, al igual que todos, no se atrevía a adelantar a Margaret mientras subía con la respiración entrecortada.

—A ver si así aprende a tratar un poco mejor a los familiares que vienen preocupados a pedir información —le respondió mi padre.

—¡George! —gritó Margaret nada más llegar a la segunda planta y ponerse a buscar la habitación—. ¡George!

Ninguno sabíamos qué había ocurrido realmente ni si el señor Davies estaba o no consciente, pero el aire se escapó de los pulmones de los cuatro en un suspiro de alivio colectivo cuando escuchamos su voz llamando a su esposa.

—¡Mi sol! ¡Estoy aquí! ¡Mi Margaret!

El señor Davies estaba vivo. Entramos en la habitación correspondiente justo cuando Andrés salía a buscarnos.

—Oh, George. ¿Qué te ha ocurrido?

—Estaba en el ayuntamiento y me caí al bajar las escaleras. Pero estoy bien, querida.

—Bueno, se ha roto un tobillo —intervino Andrés, a lo que Margaret lo miró agarrando con fuerza su bolso.

—¿Te lo has roto? —repitió la anciana, preocupada.

—Medio roto. El médico dice que no es una gran fractura —afirmó el padre de Asher.

Los hombros de la señora Davies se tensaron y giró todo su cuerpo hacia Andrés.

—Tú... ¿Cómo te atreves a llamar a tu hijo y darle tan poca información sobre mi George? —preguntó mientras le pegaba con el

bolso ante la atónita mirada de todos—. Pensábamos que se nos había muerto o que estaba muy grave.

Pom. Pom. Pom. Le dio un bolsazo prácticamente con cada palabra. La cara de Andrés era épica. Asher reprimió una carcajada por miedo a ser el siguiente en recibir la ira de Margaret.

—Lo siento. Lo siento mucho. Me quedé sin batería antes de poder decir nada más, y el señor Davies no llevaba el teléfono encima.

El anciano agarró a su mujer de la cintura. Lo hizo con cuidado y sin levantarse de la cama.

—Margaret, tranquila. Estoy bien. Siento haberte asustado, mi amor —trató de calmarla.

—Esto no es nada. Antes ha amenazado a la administrativa de la puerta porque tardaba en darle su número de habitación —soltó Asher, que no pudo evitar esbozar una sonrisa de burla cuando miró a su padre. Andrés lo fulminó con la mirada antes de devolvérsela. La señora Davies se tapó la cara, avergonzada de pronto.

—Oh, mi Margaret es muy protectora cuando se trata de mí —respondió el barquero.

—¿Qué hacías en el ayuntamiento? ¿Y por qué no bajaste por el ascensor? —preguntó su esposa.

—Siempre me dices que me mueva más. Pues, para una vez que lo hago, resulta que voy a tener que estar con el tobillo vendado durante varias semanas.

Fue entonces cuando Margaret por fin reaccionó y rodeó con los brazos a su marido. Ambos se fundieron en un abrazo que nos conmovió a todos.

—Pobrecita de mí, aguantarte así.

—¡Eh! ¿Perdona? —se quejó el señor Davies provocándonos una sonrisa.

El amor que se tenían llenaba la estancia. Estuvimos casi una hora con ellos, y luego, tanto Margaret como nuestros padres se fueron a la cafetería a descansar un poco.

—¿Margaret ha dejado aquí su bolso? —preguntó el barquero con la misma sonrisa que tendría un niño pequeño antes de hacer una travesura. Tanto Asher como yo nos miramos con complicidad.

—Sí, ese es el bolso de su esposa —le respondí, observándolo detenidamente.

Sus ojos azules brillaron cuando me pidió que se lo diese. Sacó el teléfono de su mujer y tecleó algo en él. Se tomó su tiempo para hacerlo porque le costaba un poco escribir, pero, cuando volvió a guardar el móvil en el bolso, quedó claro que había hecho algo por la cara de pillo que puso. Por si su expresión no fuese suficiente, se frotó hasta las manos como si hubiese trazado un plan muy complicado.

—¿Qué ha hecho, señor Davies? —preguntó Asher con curiosidad.

—Oh, lo veréis en un rato. Simplemente seguidme el juego. Aunque quizá necesite que uno de los dos distraiga a mi esposa para que tarde un poco más en entrar. Jane, a ti se te da mejor que a este de aquí conversar.

—Pero qué ataque acaba de lanzarme —se quejó Asher.

—Tranquilo. La habilidad de la conversación también puede trabajarse —se burló el barquero, sacando a mi vecino de sus casillas y haciendo que yo me riese por la situación.

—Eso mismo le digo yo, señor Davies. Que tiene que mejorar su habilidad para conversar —intervine.

—Pero ¡si no me has dicho eso en tu vida! —se quejó Asher, haciendo que tanto el señor Davies como yo nos riésemos.

Me acerqué a mi novio para darle un beso en la mejilla. Él me atrapó por sorpresa y giró la cara en el último momento para darme

uno en los labios. Me perdí en la curva de su boca mientras notaba que el mundo dejaba de girar. El beso me robó el aliento, pero me dio muchísimo más que eso. Me hizo sentir viva.

—Asher, por favor... —dije avergonzada de que me besase delante del anciano.

Mis mejillas enrojecieron al darme cuenta de cómo nos observaba con una sonrisa traviesa.

—Donde las dan, las toman, florecilla —me respondió Asher encogiéndose de hombros.

Tenía una expresión llena de vida que se mantuvo enredada con la mía. Me empapé de sus emociones y de todo lo que me ofrecía como si fuese el aire que necesitaba para respirar. Un aire que siempre había estado ahí para mí. El barquero nos leyó con una mirada azulada antes de carraspear.

—El mayor error que se puede cometer en la vida es dejar morir aquello que amas. Nunca permitáis que ese amor que sentís el uno por el otro muera. Cuidadlo como si no hubiese nada más importante que aquello que os une, y respetaos siempre.

Asher tomó mi mano, y sentí miles de mariposas en el estómago. Sus ojos grises se posaron en mí, robándome el aliento. Por un momento, recordé todas esas tardes interminables que habíamos compartido de pequeños. Esos paseos en la barca, con George cuidando de nosotros. Esas cenas en el pequeño muelle de madera con nuestros padres. Todas las risas. Todos los recuerdos que se agolpaban en algún lugar de mi mente y me generaban esa cálida sensación en el pecho. Él siempre había sido importante para mí. Era consciente de que yo también lo había sido para él. Y ahora, lo que teníamos había evolucionado a un plano mucho más grande que nosotros dos juntos. Quererlo me hacía sentir viva y en paz al mismo tiempo.

—¿Así es como ha conseguido llevar tanto tiempo con su esposa? —preguntó Asher.

—Oh, así y aprendiendo a decir esto. —El barquero tosió para crear un ambiente más solemne—. Oh, sí, querida, tienes razón.

Asher se rio antes de imitarlo y ganarse una mirada incendiaria de mi parte.

—Pienso decirle eso a Margaret —me quejé, a lo que el señor Davies me miró, divertido. Seguimos hablando durante un rato más hasta que escuchamos que nuestros padres y su esposa volvían a la habitación.

—Necesito que los distraigas, Jane. Dile a Margaret que tienes que hablar con ella —me pidió el señor Davies.

—Está bien, pero... ¿de qué?

—Ahora es cuando demuestras eso de que eres mejor conversando que yo —me picó Asher.

—Tonto.

—Lista.

—Y, si puedes, llévate también a vuestros padres —añadió el señor Davies, ajeno a nuestra retahíla.

—Pero... ¿para qué? —pregunté divertida.

—Oh, Asher ya te lo contará luego.

41



Asher

Vi salir a Jane de la habitación y desviar a los tres adultos que se dirigían hacia la puerta. No tenía ni idea de cómo lo había hecho, pero lo había conseguido sin el menor problema. Todos le hicieron caso ante mi atónita mirada. Incluso mi padre, que me dedicó una expresión seria antes de alejarse.

—¿Por qué ha hecho eso?

—Porque un hombre tiene que hacer lo que un hombre tiene que hacer.

—¿Qué?

El señor Davies, aún sentado en la cama, miraba hacia el pasillo.

—Oh, ya viene. Sígueme el juego.

—Pero ¿qué juego?

No me di cuenta de lo que ocurría hasta que el señor Wilson llegó. El barquero se había tumbado en la cama y tenía los ojos cerrados. Yo observé como Louis entraba con su bastón y ni tan siquiera reparaba en mí.

—Oh, mi fiel amigo. ¿Cómo has acabado sedado después de un accidente?

El estómago me dio un vuelco al escucharlo. El señor Davies se hacía el dormido mientras el señor Wilson se acercaba a su cama.

—¿Cómo ha ocurrido? —me preguntó en cuanto se dio cuenta de que estaba ahí.

—Los médicos aún no tienen una idea clara de cómo ha acabado así —me oí a mí mismo respondiendo.

Pude apreciar como una leve sonrisa se formaba en los labios del barquero durante un breve instante. ¿Qué se suponía que estaba haciendo?

—Pobre amigo mío. Cuando he leído el mensaje de Margaret he venido enseguida a verlo. No me puedo creer que esté así. —Para mi sorpresa, el señor Wilson tenía los ojos llenos de lágrimas—. Margaret me dijo que viniese a despedirme de él. No puedo creerme esto.

Estuve a punto de negarlo todo cuando Louis agarró la mano del otro anciano con un cariño infinito.

—Oh, viejo cascarrabias, ojalá hubiese podido decirte que no pude cerrar mi taller para dedicarnos al negocio de las barcas porque mi Yolanda tenía un quiste en el pecho. Me asusté tanto que no quise dejar ningún trabajo por ella. Y luego te enfadaste tanto que no te dije lo que había ocurrido por puro orgullo. Qué dos idiotas hemos sido, amigo mío.

Abrí los ojos de par en par al escucharlos. Hace una semana le pregunté a mi padre y me enteré de que se habían peleado porque el señor Davies había querido montar un negocio y el señor Wilson lo había dejado plantado en el último momento, cuando el barquero ya había pedido el préstamo.

—Señor Wilson... —dije yo, a punto de confesarle la verdad. Él negó con la cabeza antes de mirarme. Movía inquieto su bastón.

—No te preocupes, muchacho. Mi mujer está perfectamente. Todo quedó en un susto que me hizo replantearme las cosas. Tenía que cuidar de ella, y no era el momento para lanzarme de lleno a un nuevo negocio. —Luego volvió a dirigirse hacia el barquero—. Siento mucho haberme distanciado de ti, George. Siempre fuiste un hermano para mí. No me puedo creer que estés así.

El anciano se alejó en dirección a la puerta de la habitación, y, justo en ese momento, el señor Davies soltó un grito para asustarlo. El señor Wilson gritó y dio un salto con el bastón en la mano. Yo me quedé mirando la escena sin saber dónde meterme.

—¿Estás ciego o qué? ¿No ves que no tengo ninguna máquina conectada? ¡Solo tengo el tobillo roto! —se burló el barquero en tono de enfado, señalando el pie afectado.

El señor Wilson tardó unos segundos en recuperarse del susto y en darse cuenta de que lo había engañado.

—¡Me has enviado tú el mensaje desde el móvil de Margaret! ¡Serás mentiroso! —exclamó—. Espero que tengas una recuperación lenta y dolorosa.

Se giró justo cuando George le sonrió.

—Yo también te he echado de menos, viejo amigo. Y sigo considerándote un hermano, pase lo que pase. Además, te he hecho un favor. Ahora los dos sabemos que todavía no es tarde. Si me hubieses dicho lo de Yolanda, lo habría entendido.

El señor Wilson se quedó en silencio. Tenía el ceño tan fruncido que sus cejas casi se unían.

—No atendiste a razones. En lugar de preguntarme por qué no había ido al banco a pedir el préstamo contigo, decidiste hacerlo solo.

Intercambiaron una mirada que decía mil cosas.

—Creo que ambos nos equivocamos entonces, Louis.

—Yo al menos no soy un viejo cascarrabias, George. —El señor Wilson levantó su bastón para darle un golpe al barquero en su pierna buena—. Como vuelvas a hacer algo así, te romperé yo mismo el otro tobillo.

Unas risas en el pasillo me distrajeron por un segundo.

—Me encantaría verte intentándolo —respondió el barquero con aire burlón, justo antes de mirarme—. ¿Ves? Tampoco hay que dejar morir las amistades.

—¿De qué diablos hablas? —preguntó el señor Wilson.

Yo lo sabía perfectamente. Se refería a la frase que nos había dicho antes a Jane y a mí.

—De que no podrías vivir sin mí, viejo impresentable.

—Viejo mentiroso.

Los pasos de varias personas acercándose interrumpieron la conversación por un instante.

—Oh, George, ¿qué has hecho esta vez? —preguntó la señora Davies entrando en la habitación sin mirar al señor Wilson.

—Nada.

—Casi me ha provocado un infarto, Margaret —se chivó Louis con gesto dramático.

—Solo le he dicho que yo tampoco podría vivir sin él —respondió el barquero encogiéndose de hombros, dejando a todos con la boca abierta.

—Yo no he escuchado eso en ningún momento —aseveró el señor Wilson.

—Porque con esas orejas de viejo no eres capaz de oír ya nada.

—Prefiero tener mis orejas que tu nariz. ¿Cómo puede seguir creciéndote?

—Te diré yo lo que me ha crecido.

—¡George! —intervino la señora Davies.

—No estamos en igualdad de condiciones. Aquí falta Yolanda —se quejó el barquero porque no había nadie que frenase a su amigo.

—Lo sé, pero cuando recibí el mensaje estaba en el taller y me vine corriendo —explicó el señor Wilson, ganándose una mirada cariñosa de George—. Oh, Dios, va a matarme por venir sin ella.

Todos sonreímos ante su gesto.

—Anda, ven aquí, viejo roñoso —respondió el señor Davies mientras alzaba ambos brazos para que el otro anciano se acercase.

El señor Wilson dudó unos segundos, pero al final se acercó y lo abrazó. Todos nos quedamos absortos mirando aquel emotivo gesto. Incluso sentí como el corazón se me calentaba un poco. El señor Wilson se separó de él al cabo de unos segundos.

—Ya está, no vayas a pegarme los piojos.

A diferencia de lo que todos pensamos que haría, el barquero se rio. Jane se acercó a mí y me fundí con ella en otro abrazo. Sabía que a mi novia también le había gustado ver la reconciliación de los dos ancianos. Toqué su nariz con la mía, y sus ojos, del color de las hojas secas, sonrieron. Amaba eso de ella. Y también me encantaba que nos entendiésemos con la mirada.

—Creo que te pareces mucho al barquero —me dijo cuando salimos del hospital tomados de la mano.

—¿Ah, sí? ¿En qué?

—Los dos sabéis hacer sonreír a la gente incluso en su peor momento, elefante.

—¿Esa es tu forma de decirme que estás loca por mí?

Jane se rio y puso los ojos en blanco.

—No, solo de decirte que eres insoportable.

—Vaya, qué duro debe de ser estar loca por un insoportable.

Comencé a correr calle abajo hasta llegar al aparcamiento. Sabía que ella me seguía, así que me giré y la levanté en el aire aprovechando la inercia. Su cabeza quedó unos centímetros por encima de la mía cuando sus brazos se posaron en mis hombros. Nuestras miradas se enredaron. El sol comenzaba a ponerse a lo lejos cuando la besé como si no necesitase nada más para ser feliz.

—Eres lo mejor de mi vida, Jane.

Sentí como su cuerpo se relajaba entre mis brazos mientras sus pies tocaban el suelo. Volvía a sacarle más de una cabeza cuando la besé de nuevo. Sus besos eran algo parecido a una droga. Ella era capaz de sacar todos los demonios que habitaban mi cabeza y de llenarla con esperanza. Una que me contaba que nos quedaban aún muchas cosas buenas por vivir. Y un futuro lleno de atardeceres.

Epílogo



Jane

Mi idea para que no desahuciaran a Andrés y que el pueblo no perdiese el restaurante de Brown fue genial. El señor Davies había hablado con el alcalde, Theodoro, para pedirle que contase con Andrés en las fiestas locales, por eso estaba en el Ayuntamiento el día de su caída. Gracias a eso, Andrés había podido facturar lo suficiente para cubrir una parte importante de los atrasos de su deuda. En unos pocos meses lograría remontar.

Así que ahí nos encontrábamos, sentados en el exterior, alrededor de las mesas de madera del restaurante de Brown mientras celebrábamos el concurso de tartas.

Como cada año, habían venido cientos de personas a degustar los postres que hacían nuestros vecinos. También participaban algunas personas de otros pueblos y ciudades.

Las calles se adornaban con guirnaldas rojas y todos vestíamos con algo de ese color. Había música, de la que se encargaban Mark y Chai, y un ambiente increíble. El ayuntamiento había dispuesto varias mesas extra enfrente del restaurante, muy cerca del lago Faellen, que brillaba bajo el último aliento de un cielo de verano.

—¡Qué clima tan agradable hace en este pueblo! ¡Y qué paz da ver las montañas! —dijo Carmen, dejándose caer justo a mi lado con un delantal.

Lo mejor de todo era que mi amiga estaba en Fair Haven. Había llegado por sorpresa después de organizarlo con mi madre. Me hacía muy feliz tenerla allí conmigo, porque la había echado mucho de menos. Sus ojos ambarinos se posaron en mí mientras se volvía a hacer una coleta. Aposta, le dio un coletazo a Asher para molestarlo. Yo no pude camuflar una risa.

—¡Eh, ¿no tienes que volver a trabajar con mi padre?!

Carmen había venido a pasar unos días, pero, al enterarse de que Andrés iba a necesitar ayuda para el concurso, no había dudado en ofrecerse.

—¿Y tú? ¿No es tu descanso demasiado largo? ¿Es porque eres el hijo del dueño? —respondió mi amiga con audacia.

La verdad era que disfrutaba de verlos pelearse, porque, en el fondo, sabía que ambos se llevarían bien.

—Privilegios —contestó Asher, haciéndose el importante.

—¡Andrés! —gritó Carmen, provocando que mi novio pusiese los ojos en blanco. El interpelado se acercó después de servir bebidas en otra mesa—. Tu hijo me está molestando.

Mi novio abrió la boca de par en par, sorprendido.

—¡Sigue y verás, Asher! —dijo su padre en español. No entendí lo que significaba, pero, por las risas de Carmen y el refunfuño de mi vecino, supe que lo había reñido.

—¡Papá, venga ya! —respondió él, confirmando mis sospechas.

—Que chimba que estés aquí, Andrés —dijo Carmen.

Reconocí la palabra «chimba». Asher me la había explicado de pequeño. Estaba segura de que significaba algo bueno.

—Pues a mí no me lo parece —respondió Asher en español, ganándose que ambos se riesen.

—¿Has visto qué acento tiene? —preguntó su padre en nuestro idioma, como si Asher no estuviese allí.

—¡Eh, mi español es perfecto! —se quejó él mientras yo daba un trago a mi refresco.

—Bueno, digamos que... creo que no lo intentas lo suficiente —dijo Carmen. Yo escupí la bebida al no poder aguantar la risa.

—¿Perdona? ¿Que yo no qué?

—Sí, eres un ejemplo a no seguir.

Volví a reírme al ver la cara de Asher. Su cara de alucinado me decía que no se creía lo que estaba oyendo. Andrés se unió a mis risas.

—Vamos, yo soy hija de mexicanos y lo hablo perfectamente. Tú, en cambio, aunque seas hijo de un colombiano... ¿Verdad, Andrés? —prosiguió mi amiga.

El padre de Asher se llevaba genial con ella.

—Bueno, démosle un voto de confianza a mi hijo. Seguro que puede mejorar —respondió guiñándole un ojo a mi novio antes de alejarse a atender otra mesa.

Asher se dejó caer un poco más en el asiento después de balbucearle a Carmen que ya se las pagaría. Yo solo los observé, divertida.

—Voy a por más refrescos —dijo él—. Ya que algunas no hacen su trabajo, lo haré yo. De nada.

Ahí tanto Carmen como yo nos reímos por su fingida indignación. Lo observé alejarse mientras mi amiga se acababa lo que quedaba de bebida en mi vaso. Sin permiso.

—¿En serio que habla mal español? —le pregunté.

—Qué va. Habla genial, pero no puedo defraudar a Andrés. Espera que mantenga a su hijo a raya.

Me reí, sorprendida.

—¿Te lo ha pedido él?

—Me ha dicho: «Vigila a ese mocoso, que a veces se le agua el champú».

Nos reímos juntas. Ella se me quedó mirando con esos ojos tan grandes y expresivos.

—Es un buen chico. Me gusta para ti —me dejó caer.

—Sí que lo es. Ayer fue al pueblo vecino solo porque Lory no quería venderle levadura a la señora Davies. Decía que no podía venderle provisiones a la competencia.

Carmen volvió a quitarse la coleta y su cabello oscuro cayó sobre sus hombros. Mi amiga se peinaba unas diez veces al día. Le encantaba jugar con su pelo.

—¿En serio? ¿Su mujer también compite en lo de las tartas? ¿Por eso no le vendió levadura? —Asentí a su pregunta justo antes de que ella añadiese—: ¡Me encanta este pueblo!

—Creo que hay muchas personas que quieren ganar el premio solo para presumir de que han derrotado a Margaret. Harían leyenda, la verdad. La llaman la Imbatible.

—Vaya..., no seré yo la que se atreva a competir contra ella —alabó—. Además, probé una de sus tartas de brócoli y... estaba buena.

Lo dijo con los ojos salidos de sus órbitas de la sorpresa.

—Eres de las pocas personas que conozco que le gustaría algo así.

Ambas nos reímos de nuevo, y no pude evitar percatarme de que Chai nos estaba observando. Mi amiga también se dio cuenta, y lo miró tan fijamente que las mejillas del chico comenzaron a ponerse rojas antes de alejarse. No me dio tiempo a preguntarle nada al respecto porque Asher llegó justo en ese momento.

—Toma, también te he traído una a ti —dijo ofreciéndole un refresco a Carmen.

—Vaya, a veces puedo entender qué ha visto mi amiga en ti.

—La próxima vez prueba con un gracias —comentó.

—Graciaaaaaaas... —cedió ella, divertida.

Asher sonrió y Carmen le devolvió la sonrisa. Sentí la mano de mi novio en mi espalda justo antes de perdernos en una mirada infinita.

—Vuelvo a la cocina. Sois tan adorables que me muero de envidia. Sana, por supuesto —dijo mi amiga.

La observé alejarse mientras Asher se echaba a reír. Yo le di un beso en la mejilla a modo de agradecimiento por el refresco, y él me dedicó una mirada que me derritió. Todos estábamos disfrutando. Por un momento, me detuve en observar a nuestros vecinos. Todas esas caras que conocía tan bien. A pesar de llevar solo unos meses de regreso en Fair Haven, era como si nunca me hubiese ido.

El señor Wilson reía junto al barquero, que avanzaba rápidamente en su recuperación. Le contaba a su amigo que Margaret le había decorado un cuarto solo para él, para que volviese a pintar.

—Y también ha puesto un cuadro horroroso de ambos en la habitación —comentó haciéndose el apesadumbrado justo después de ponerle su chaqueta fina sobre los hombros a su mujer. El señor Davies siempre estaba pendiente de que no se resfriase.

—Oh, esa habitación tenía que tener algo de mí.

El señor Davies la observó mientras tamborileaba con los dedos contra la mesa.

—¿Una foto de nosotros con orejas de conejo?

—Era un filtro muy bonito. Todo blanco y rosa —aseguró orgullosa Margaret, haciendo que Asher y yo nos riésemos.

—¿Y hacía falta ponerle un marco también de color rosa?

Margaret refunfuñó.

—Esa habitación es solo tuya, pero tenía que tener algo para que te acordases de mí.

—Yo siempre me acuerdo de ti, querida.

En una mesa más alejada, Emily charlaba con una chica de otro pueblo. Había revertido el efecto del ácido hialurónico usando otro producto, y sus labios volvían a lucir parecidos a como habían sido siempre. Por lo que sabía, continuaba hablando con Grace, quien se había adaptado bien a la vida de ciudad, y por fin había enfrentado su trauma apuntándose a clases de natación. Al fin y al cabo, era lo que siempre había querido.

Jackson, el rival de Asher en las carreras, nos observaba rodeado de sus amigos en una de las mesas. No habían hecho las paces, pero al menos se habían saludo. Además, Asher competía a veces contra él en el circuito, legalmente y bajo la mirada de su entrenador. Había decidido que quería estudiar y compaginarlo con las carreras, tomando todas las precauciones necesarias. Además, su padre iba a verlo a menudo.

Por mi parte, también había logrado mejorar la relación con el mío, que en ese momento estaba charlando con mi madre y con Andrés como si no hubiese pasado el tiempo. De alguna forma, el padre de Asher parecía capaz de estar en todas partes por lo inquieto que era y lo rápido que iba de un lado a otro.

Y, si miraba más hondo, hacia cómo me sentía, me percataba de que había dado un paso enorme. Podría decir que por fin había hecho las paces conmigo misma. Había aprendido a mirarme siendo

mi amiga, y a tratar de no herirme. Sabía que merecía el mismo trato que le daba a otras personas. Merecía sonreírme al mirarme al espejo independientemente de la etapa de mi vida en la que estuviese. Merecía ser mi amiga. Ahora sabía que no había nadie perfecto, pero que en la imperfección estaba la verdadera belleza.

Y también que no necesitaba cambiar nada de mí para agradar a nadie. Pasé una mano por mi mejilla, donde no había ni rastro de la herida que la cubría hacía ya semanas. Recordé lo mal que lo había pasado por el qué dirán. Entonces no lo sabía, pero en ese momento sí. Quien me quisiera iba a aceptarme como era. Como lo hacía Asher, que estaba acariciando mi cabello después de que nos comiésemos a medias dos trozos de tarta. Uno de la señora Wilson y otro de Margaret. El jurado había dicho que la última era la ganadora, pero ella había decidido compartirlo con su amiga y darle la medalla a ella.

—¿Recuerdas lo que hablamos de la escalera de la autoestima? —le pregunté, a lo que él asintió con la cabeza—. Creo que por fin estoy llegando a los últimos peldaños. Los de la autoaceptación y el autorrespeto. Me gusta mi vida como es. Me gusta que, de todas las vidas que hay en el universo, me haya tocado vivir esta. Tengo la suerte de compartirla con personas que me quieren y a las que quiero. Y contigo. Me gusta compartirlo todo contigo. Creo que eres la mayor suerte de mi vida, Asher Brown.

Mi novio me atrajo hacia él y me sentó en su regazo. Su mano acarició mi cadera, autoritario. La fuerza de esos dedos que recorrían la piel desnuda de mi espalda me estremeció.

—Yo no podría imaginar otra vida en la que no estés. Has sido mi primera vez en muchas cosas, pero hay una que me aterra y me encanta a partes iguales.

Me reí, nerviosa de pronto. Asher era capaz de calmarme en menos de un segundo y de hacer que al siguiente mi corazón fuese a mil por hora.

—¿En qué soy tu primera vez?

—En querer entregar mi vida a alguien.

Algo dentro de mí se derritió. Asher apoyó su frente sobre la mía, y esos ojos grises me taladraron. Sentí algo quemar muy dentro de mí. El aire se quedó en algún lugar de mi garganta mientras sus labios atrapaban los míos con devoción y anhelo. Bebí de aquel beso en el que parecía que podíamos transmitir todo lo que sentíamos el uno por el otro. Amaba el vínculo que ambos teníamos. Estar con él era como si la vida se llenase de colores. Y sabía que deseaba eso el resto de mis días.

—Quiero entregártela a ti, Jane. Lo quiero todo contigo. Las mañanas, las noches, los días, los meses, los años. Todo.

Por un momento, me dejé arrastrar por la suave cadencia de su voz. Por todas las promesas que llevaban escritas sus palabras. Por todo lo que nos quedaba por vivir juntos. Por la manera en la que se despertaba cada uno de mis sentidos ante sus caricias. El amor se condensaba entre nosotros. En el roce de nuestros cuerpos al besarnos. En la intensidad de vivir un momento que ambos querríamos recordar.

—Jane... —susurró mi nombre con tanta ternura que las emociones me desbordaron.

—Yo también lo quiero todo contigo, Asher. Hasta que no queden más atardeceres.

FIN

Agradecimientos

Escribir este libro ha sido como encontrar un refugio inesperado. Un lugar donde detenerme, imaginar y dar forma a todo lo que llevaba dentro. Si ahora estás leyendo estas líneas, gracias por darle un espacio fuera de mí. Desde hoy, esta historia también te pertenece.

Quiero empezar agradeciendo a quienes apostaron por mí desde las aulas. A todos esos profes que han elegido mis libros como lecturas en clase y que han confiado en mis historias para tratar temas que marcan tanto en la adolescencia. Gracias por vuestra vocación y por acercar mis palabras, siempre desde el cariño, a nuevas generaciones. Fue especialmente bonito cuando una de vosotras me dijo que fue una alumna la que pidió mi libro como lectura.

También quiero hacer una mención especial a los libreros de la provincia de Cádiz que buscaron un lugar para mis obras entre sus estantes. En especial, a Bibliopola, Plastilina, La Maga, Baobab, Roleón y Alavera, entre muchas otras. Gracias por confiar en mis historias y hacerles un hueco en vuestros hogares llenos de letras.

A mi madre, gracias por acompañarme a cada firma, aunque eso significara coger un tren o un avión, y por animarme a seguir escribiendo incluso cuando yo dudaba. A mi hermana, por aconsejarme siempre y darme tanto apoyo incondicional. A mis sobris, y en especial a Rafa, por esa llamada en la que algo no terminaba de encajar y me ayudó a verlo desde otra perspectiva.

A mi cuñi Esther, gracias por estar y ser una más de la familia. A Bori, por apoyarme y elegir mis libros como regalo de cumpleaños de los amigos y amigas de sus peques.

Gracias también a Berta y Sandra por mover mis historias y ayudarles a encontrar su hogar, y a mis editoras de Planeta por confiar en mí y regalarme esta oportunidad tan bonita.

A mis amigas Elena, Marta, Laura y Carmen, gracias, siempre.

A mis lectoras de Wattpad, en especial a Valentina, Milena y Sol. Gracias por apoyar tanto mis historias.

Y, por último, de nuevo a ti, que sostienes este libro entre tus manos. Gracias por leer, por darle vida a estas páginas y por dejarme seguir soñando.

Hechos de colores
Sarah Mey

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de portada, Planeta Arte & Diseño
Ilustración de portada, © Laia Tinaut, 2026
Ilustración de las flores, © Feodora_21 / Shutterstock
Ilustración del volante, © harun_art / Shutterstock
Ilustración de la barca, © Sheikh Rofik / Shutterstock

© Sarah Mey, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
MatchStories es una colección de Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.edicionesmartinezroca.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2026

ISBN: 978-84-270-5521-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



Un beso al aire

Miró, Sandra

9788427055353

504

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Querer a alguien es aceptar que tienes algo que perder… y aun así escogerlo para vivir esa historia. Una novela que te rompe y te repara.

La vida de Gabriela nunca ha seguido un camino marcado. Siempre ha preferido avanzar sin mirar más allá, dejando que el tiempo hiciera su trabajo.

Pero todo se altera el día en que Adrián entra en su vida sin pedir permiso y pone de inmediato su rutina patas arriba.

Y, como la vida rara vez sigue el plan que imaginaban, lo que empieza con una cena pronto se transformará en amor. Gabriela y Adrián crecerán juntos, cambiarán sus prioridades, también sus sueños, y descubrirán que hay momentos y personas que cuando llegan a sus vidas dejan un recuerdo imposible de borrar.

Porque hay amores que merecen cada latido.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El lobo y la serpiente

Robinson, Rebecca

9788427054455

480

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Tu nueva obsesión empieza aquí. Destinada a casarse con su enemigo, entregarle su corazón sería imperdonable.

Vaasa Kozár está convencida de que la muerte la acecha, pues la extraña magia que acabó con su madre parece haber despertado en ella. Su despiadado hermano, decidido a aprovechar esta maldición para su propio beneficio, la compromete con Reid de Mireh, un implacable gobernante extranjero, con la esperanza de que la inevitable muerte de Vaasa le sirva de pretexto para invadir su nación. Pero ella no está dispuesta a ponerlo tan fácil: accede al matrimonio con la firme intención de escapar, armada con la destreza política y las habilidades de combate que su difunto padre le enseñó. Sin embargo, para su sorpresa, se dará cuenta de que Reid es un rival más astuto de lo que había pensado. Él se ofrece a contarle todo lo que sabe sobre la poderosa magia que corre por sus venas, a cambio de que le ayude a hacerse con el poder.

Mientras la estrategia letal de su hermano se pone en marcha, Vaasa tendrá que aprender a confiar en su nuevo aliado y, sobre todo, controlar la atracción que comienza a aflorar entre ella y Reid.

«Fascinante. Robinson explora a la perfección el tropo del *enemies-to-lovers*, con una **historia de amor a fuego lento** en la que el ingenioso tira y afloja entre Vaasa y Reid se lleva todo el protagonismo. **Un final de infarto** que deja con ganas de más. **¡Una autora a la que seguir!**» *Publishers Weekly*

«Un universo mundo fascinante y un sistema de magia único, Robinson firma **un debut arrollador que atrapa**.» *Library Journey*

«Mágico e hipnótico. **Lectores de romantasy, aquí está vuestro próximo libro favorito.** Rebecca Robinson lleva el *enemies-to-lovers* a otro nivel.» *Cosmopolitan*

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La última luna

Erya

9788427055391

384

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En un mundo dividido por el poder, la verdad es el enemigo más peligroso.

Tras la caída de la Luna, todo quedó arrasado.

Tan solo unas franjas habitables **resisten bajo las auroras, entre zonas de frío extremo y calor abrasador** en las que acechan las criaturas más peligrosas.

Izz es una rebelde que desafía al Alto Comisionado y huye con unos informes capaces de cambiar el destino de la nación.

Nil e**s un saqueador lunar marcado por la muerte** de su hermano y con una misión clara: capturarla. Sin dudas. Sin preguntas.

Pero cuando sus caminos se cruzan en el Desierto Polar, todo lo que creían saber comenzará a resquebrajarse.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Captive: No juegues conmigo

Rivens, Sarah

9788427052352

608

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El fenómeno Dark Romance que ha conquistado Francia, seduciendo a más de 800.000 lectoras en tiempo récord.

EL ÁNGEL

Cuando mi madre murió, mi vida cambio por completo. Para ayudar a mi familia, me he visto envuelta en el oscuro mundo de la mafia. A pesar de las cosas terribles que he vivido, no estoy dispuesta a rendirme. Al menos, eso pensaba hasta que me obligaron a trabajar para Asher Scott. Es el jefe del clan Scott y la persona más horrible que he conocido...aunque mi corazón no siente lo mismo.

EL DIABLO

Todos piensan que soy la persona más fría que han conocido, pero no es fácil formar parte del despiadado mundo al que pertenezco. Desde que me pusieron al frente del negocio familiar, para proteger al clan Scott, juré que nunca me volvería a fiar de nadie. Y lo estaba consiguiendo…hasta que mis hermanos me obligaron a aceptar que Ella Collins trabajara para mí. Estar cerca de ella es peligroso.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Jano y el talismán del trueno

Mollá, Damián
9788427054875
272

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

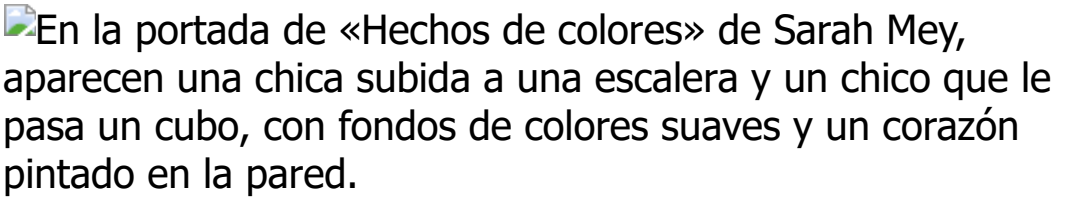
Cuando descubres que tu padre guarda el secreto del trueno, ya no hay vuelta atrás. Un secreto milenario. Un talismán legendario. Y una carrera contrarreloj para salvar el mundo.

Cuando el padre de Jano desaparece sin dejar rastro, todo apunta a que no se trata de un simple secuestro. Su familia guarda **un secreto milenario** relacionado con un talismán capaz de alterar el equilibrio del mundo.

Para encontrarlo, Jano y sus amigos deberán descifrar pistas escondidas entre leyendas de dioses, sectas oscuras y trampas mortales y enfrentarse a una organización dispuesta a todo con tal de hacerse con el poder del trueno.

Una aventura trepidante, que combina **acción, humor y curiosidades mitológicas** en una historia pensada para lectores que disfrutan descifrando misterios.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


En la portada de «Hechos de colores» de Sarah Mey, aparecen una chica subida a una escalera y un chico que le pasa un cubo, con fondos de colores suaves y un corazón pintado en la pared.